

EL FENÓMENO INTERNACIONAL

LESLIE WOLFE

LAS CHICAS DE

ANGEL

CREEK

UN THRILLER DE KAY SHARP

JENTAS

LAS CHICAS DE ANGEL CREEK

Leslie Wolfe

Las chicas de Angel Creek

Título original: The Angel Creek Girls

© Leslie Wolfe, 2021. Reservados todos los derechos.

© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

Traducción: Ana Castillo © Jentas A/S

ISBN: 978-8742-81-293-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

First published in Great Britain in 2021 by Storyfire Ltd. trading as Bookouture.

AGRADECIMIENTOS

Doy especialmente las gracias a mi amigo y águila legal de Nueva York, Mark Freyberg, quien me guio con pericia por los entresijos del sistema judicial.

CAPÍTULO UNO

El invitado

Un rápido golpe contra la oscura ventana sobresaltó a Cheryl.

El cuchillo se desvió hacia un lado en su mano temblorosa y se clavó en la carne de su dedo, justo donde sujetaba la zanahoria en la tabla de cortar.

Gimió en voz baja y se metió el dedo palpitante en la boca, aliviando el dolor, mientras miraba la negrura absoluta que había fuera de la ventana.

¿Julie por fin volvía a casa? ¿Qué demonios la había llevado a dejar salir a su hija de dieciséis años cuando ya deberían haberse ido? Le había dicho a Julie que tenía que volver pronto a casa, pero esa niña no obedecía a nada, independientemente de lo que hubiera pasado. ¿Dónde podría estar en una noche de tormenta como esa?

Probablemente con ese nuevo novio suyo, besándose en su camioneta en algún lugar, olvidando por completo todo lo que habían hablado. Y, aun así, no podía enfadarse demasiado con ella; la pobre chica había pasado un infierno en los últimos dos días. Solo esperaba que no estuviera compartiendo demasiado con ese novio suyo.

Otro golpe contra la ventana, aumentando la esperanza en su pecho, solo para hacerla desaparecer un momento después. Solo era lluvia, que caía con más fuerza, más pesada; grandes gotas que se estrellaban contra los cristales de las ventanas bajo la fuerza de ráfagas de viento huracanadas.

No tendría sentido marcharse esa noche. El viaje a San Francisco fue largo, unas cuatro horas por la autopista. No se veía a sí misma haciendo eso con tres niños en el coche cuando ni siquiera podía ver a veinte metros delante de ella. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si se estropeaba el coche? No... Tendría que vivir una noche más de terror y marcharse mañana a primera hora.

Se obligó a respirar, conteniendo el torrente de lágrimas alimentadas por la preocupación que amenazaban con salir a la luz. Heather, su hija de ocho años, apartó los ojos de su móvil durante una fracción de segundo y le dirigió una de esas miradas penetrantes que Cheryl se había acostumbrado a esperar de ella cada vez que se enfadaba. Era como si la niña tuviera la extraña capacidad de leer la mente de su madre.

Cheryl se sacó el dedo de la boca y forzó una sonrisa.

—¿Tienes hambre, cariño?

—Ajá. —Heather frunció el ceño y volvió a lo que estaba haciendo en su móvil, probablemente jugando. Estaba sentada en el sofá blanco con las piernas dobladas por debajo de sí, vestida con unos pantalones de pijama de gran tamaño y la sudadera que se había puesto ese día para ir al colegio, su favorita, que se habría puesto para ir a la cama si hubiera podido. Sus calcetines de Mickey Mouse estaban tirados en el suelo, desechados minutos después de que Cheryl la hubiera obligado a ponérselos.

—¿Mamá? —llamó la más pequeña desde detrás de una cucharada de Cheerios que chorreaba leche por toda la mesa. La niña de cuatro años había aprendido a usar la cuchara, pero seguía blandiéndola como un arma: su pequeño puño la agarraba como si fuera la espada del rey Arturo, haciendo volar la comida por los aires. Sus coletas rebotaban con cada movimiento, sujetas con lazos verdes que ya empezaban a soltarse.

—Sí, Erin, ¿qué pasa? —preguntó Cheryl, incapaz de apartar los ojos de la negrura que cubría la ventana de la cocina, donde gotas de agua de lluvia la hacían parecer más amenazadora que cualquier otra noche. A lo lejos, un trueno retumbó en el ambiente con una vibración siniestra, provocando un escalofrío en Cheryl.

—Heather se está comiendo el pelo otra vez —informó Erin con orgullo, su voz aguda rebosante de risas, mientras su hermana mayor le lanzaba una mirada implacable.

—Chivata —susurró Heather en voz baja tras quitarse rápidamente un largo mechón de pelo oscuro de la boca. Le gustaba enroscarse el pelo y luego masticarlo sin pensar mientras sus dedos golpeaban la pantalla de su móvil, la **tablet** de Julie o cualquier otro dispositivo que tuviera a mano—. Chismosa.

—No insultes a tu hermana, Heather —intervino Cheryl. La oscuridad del exterior se desvaneció de repente bajo un robusto haz de luz cuando una camioneta se detuvo. A través de la ventanilla, cubierta por una red de gotas de agua que creaban fragmentos de luz con los bordes del arcoíris, vio cómo Julie le lanzaba al joven conductor una sonrisa llena de lágrimas, y luego salía corriendo de la camioneta y se dirigía hacia la puerta, chapoteando sin cuidado en los charcos que bordeaban el camino de entrada. La camioneta se alejó y la oscuridad recuperó su propiedad del terreno.

El pecho de Cheryl se hinchó de alivio. Todavía enfadada por la imprudencia de su hija mayor, volvió a las verduras que esperaban en la tabla de cortar. En el tiempo que Julie tardó en abrir la puerta y entrar, ya había cortado el resto de las zanahorias en trozos desiguales y los había echado a la olla, haciendo que el guiso hirviera a fuego lento.

—Hola, mamá —la saludó Julie desde el umbral de la puerta con una pequeña sonrisa cargada de culpa, dispuesta a salir corriendo hacia su dormitorio—. Huele bien aquí. —Tenía el pelo castaño mojado y pegado a la cara, goteando sobre sus mejillas y su pecho. Su ropa estaba empapada y a sus pies empezaban a formarse pequeños charcos de agua.

—No tan rápido —la detuvo Cheryl—. Ve directa a la ducha, ¿me oyes? Te vas a resfriar. Hace mucho frío ahí fuera. —Se estremeció al recordar cómo se había sentido, hacía solo dos días, al encontrarse a la intemperie con aquel tiempo durante horas, y se limpió las manos contra el delantal, nerviosa.

La sonrisa de la chica se marchitó.

—No hace falta. En la camioneta de Brent hacía suficiente calor.

Cheryl soltó un largo suspiro. Jóvenes. Alimentándolo todo, desde las grandes esperanzas hasta la capacidad del cuerpo para soportar el frío y la humedad de octubre en las laderas de Mount Chester.

—¿Y cuántos años tiene ese Brent? ¿No debería evitar conducir de noche, con este tiempo?

Las cejas de Julie convergieron sobre el comienzo de su nariz.

—Tiene casi dieciocho años, mamá. Ya te lo he dicho. —Cambió el peso de un pie al otro y se apartó un mechón de pelo pegajoso de la cara con los dedos, largos y pálidos, para colocárselo detrás de la oreja—. ¿Puedo irme ya?

Cuando la oscuridad del exterior pareció desvanecerse de nuevo, la mirada de Cheryl se desvió hacia la ventana. Tal vez era un coche que pasaba por allí o algo así.

—La cena estará lista en media hora —respondió ella, con el miedo recorriéndole las venas y la tensión haciéndole rechinar los dientes—. Sabes que deberíamos habernos ido hoy. Ya lo habíamos hablado. No puedo creer que me hayas hecho esto, Julie.

La chica levantó las manos y las dejó caer sobre sus muslos, dando un sonoro golpe

contra la tela de sus vaqueros.

—Sé cómo te sientes con todo esto, pero no tengo miedo. Llámame loca, pero no lo estoy. Quiero quedarme. Por favor... No puedes hablar en serio. No tenemos a dónde ir.

El tono creciente de la voz de su hija reflejaba los temores más profundos de Cheryl. ¿A dónde irían? ¿Cómo vivirían? La vida a la fuga no era un paseo por el parque para una viuda, madre de tres hijos. Pero no había otra opción, no después de lo que había ocurrido el sábado anterior por la noche.

—Hablo muy en serio, Jules —respondió con severidad, apoyando las manos en las caderas—. Nos vamos mañana a primera hora. Deberíamos habernos ido hoy, pero tú y tu novio decidisteis otra cosa, ¿no?

Julie miró de reojo la pila de maletas que había en el pasillo.

—Lo siento, mamá. No puedo creer que esto sea real. Cosas así no le pasan a la gente hoy en día. Nos habríamos enterado por las redes sociales.

—Las redes sociales no tienen nada que ver. Ahora ve a asearte, sécate el pelo y baja a cenar. —La tensión en su voz debió haber llamado la atención de Heather, porque su hija de ocho años había abandonado el móvil y la miraba con la boca algo abierta, pareciendo asustada. **«Mierda»**.

El sonido del timbre sobresaltó a Cheryl. Un leve gemido salió de sus labios antes de taparse la boca abierta con una mano temblorosa. Miró por la ventana y le pareció ver una camioneta con los faros apagados en la entrada. La pintura blanca del vehículo reflejaba la luz que se escapaba por la ventana de la cocina; su aspecto era espectral bajo la lluvia que caía.

Julie corrió al lado de su madre y la agarró del brazo con ambas manos.

—No abras, mamá —susurró con voz temblorosa. Todo su valor declarado se había desvanecido sin dejar rastro.

Cheryl se lo pensó un momento. Quienquiera que estuviera en la puerta ya las habría visto a través de la ventana. Habría visto que las luces estaban encendidas, había oído sus voces a través de la puerta cerrada. Lanzó una mirada apresurada al reloj de pared, justo encima de la chimenea. Las nueve y veintisiete. El invitado inesperado era, sin duda, una mala noticia, pero había que ocuparse de las malas noticias.

—¿Quién es, mamá? —preguntó Heather, apartando los ojos de la pantalla del móvil durante un breve instante.

Cheryl tomó una decisión. Iba a enfrentarse a quien fuera como había hecho antes, con valentía y dispuesta a hacer lo que hiciera falta para proteger a su familia. Nada malo ocurriría. Todas estarían bien y a la mañana siguiente se habrían ido de ese horrible lugar. Tras apartar a Julie, se acercó a la puerta.

—Lleva a tus hermanas arriba, Jules.

—Pero, mamá...

—¡Un momento! —habló Cheryl en voz alta, dirigiéndose al huésped de última hora—. Ahora —susurró en respuesta a la desobediencia de Julie, con los ojos clavados en los de su hija. Esperó un poco hasta que Julie cogió a Erin en brazos, agarró la mano de Heather y se las llevó escaleras arriba. Cuando las vio llegar al piso superior, giró la llave.

Tomó aire y abrió un poco la puerta sin quitar la cadena. Bajo la tenue luz amarillenta que provenía de la bombilla del porche, reconoció el rostro del invitado. No era quien ella pensaba que sería, pero aun así eran malas noticias. Por suerte, estaba solo.

—Ah, eres tú —dijo Cheryl, cerrando la puerta lo suficiente para poder quitar la cadena. Invitó al hombre a entrar y evitó su mirada escrutadora. Al verlo, sus sentidos se habían puesto frenéticos y el miedo la atenazaba, amenazando con aflorar en palabras indeseadas. Cuando lo hizo pasar y le indicó que tomara asiento junto a la mesa del comedor, apenas podía mantener las manos quietas; el latido de su pecho era tan fuerte que le sacudía todo el cuerpo.

Desde lo alto de la escalera, Julie observó la escena con los ojos entornados por el terror. Estaba inclinada sobre la barandilla, tratando de captar cada palabra pronunciada entre los dos adultos.

—¿Una copa de vino? —preguntó Cheryl, y el hombre asintió con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Tomaré un poco —contestó él, y luego siguió cada movimiento de ella mientras sacaba las copas, descorchaba una botella y vertía el líquido rojo sangre. Su mirada penetrante la observaba con curiosidad, como si fuera una especie exótica que estuviera deseando diseccionar.

Cheryl se sentó a la mesa, bebió un sorbo de vino y casi se atragantó con él por el nudo que tenía en la garganta, que se resistía a ceder ante el líquido frío y sabroso. Dejó la copa sobre la mesa y apoyó las manos temblorosas sobre el regazo, esperando. Fuera lo que fuera lo por lo que ese hombre estaba allí, pronto sucedería. Y entonces se acabaría.

Un fuerte silbido la hizo sobresaltarse. El guiso había hervido y la salsa chisporroteaba sobre la superficie roja y caliente, enviando remolinos de humo hacia arriba. Revolvió la olla y apagó el fuego, ignorando el chapoteo que había llegado al suelo junto a la estufa. Después, volvió a sentarse, jugando nerviosamente con el dobladillo de su delantal a cuadros blancos y verdes.

El hombre que la observaba tenía unos fríos ojos grises, directos e inflexibles, y no parecía inmutarse por el agua que goteaba de su corto pelo y bajaba por su cuello. La miró como si lo supiera todo. Como si de alguna manera se hubiera enterado de lo que había hecho.

Pero es era imposible.

—Sabes por qué estoy aquí —acabó diciendo, con voz firme y práctica—. Es la hora. Sus palabras le helaron la sangre.

—No —susurró ella, sacudiendo la cabeza y apartándose de la mesa. Su silla chirrió contra las baldosas en señal de protesta—. No... Déjanos en paz, por favor —suplicó con la voz convertida en un gemido tembloroso. De pie, retrocedió vacilante hasta llegar a la pared—. No tienes que hacerlo.

Una rápida sonrisa se dibujó en la comisura de los labios del hombre.

—Tiene que pasar —dijo, mirándola de esa forma tan intensa y despiadada—. Lo has sabido todo este tiempo.

—Íbamos a irnos —respondió ella, señalando las maletas en el pasillo—. Iba a desaparecer. Si hubieras venido mañana, nunca nos habrías encontrado.

La mueca se había convertido en una sonrisa al completo, la más fría que había visto nunca.

—Pero estás aquí —argumentó—. Uno nunca puede escapar de su destino. Lo sabes, ¿verdad? —Se levantó y dio unos pasos lentos hacia ella. Cheryl necesitó de todo su autocontrol para no chillar de terror—. Sabes que ella debe cumplir con el suyo. —Se metió las manos en los bolsillos—. Esta noche.

—¡No! —gritó la mujer, corriendo hacia la puerta principal. Si podía escapar de la casa, tal vez llegaría hasta su vecino de al lado. Tal vez él podría ayudarla.

Desde lo alto de la escalera, oyó gritar a Julie:

—¡Heather!, llama al 911 como te enseñó mamá. ¡Hazlo, ya! Y no bajes. —Entonces se precipitó escaleras abajo, sus pies golpeando al aterrizar en los escalones.

Esa chica nunca la escuchaba. Ni siquiera cuando su vida dependía de ello.

Cheryl no se atrevía a correr en busca de ayuda y dejar a su hija sola con aquel hombre. Se quedó inmóvil durante un instante, luego se volvió y se interpuso entre Julie y él, protegiendo a su hija con su propio cuerpo.

—No te la llevarás, ¿me oyes? No te dejaré —dijo, con la adrenalina alimentando el coraje que de algún modo llenaba su voz—. Déjanos marchar.

El hombre dio dos pasos más hacia ella.

—Eso no va a suceder. Ella viene conmigo. Esta noche. Como debe ser.

Un sollozo ahogado llenó el pecho de la madre. Otra vez no. Esa locura no iba a repetirse. Creía que ya lo había superado. Había creído que estaban a salvo.

—Quería irme. Por favor, déjanos marchar. Nadie tiene por qué saberlo. —Juntó las manos en un gesto de súplica mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Por favor, te lo ruego, déjanos ir.

Él no se inmutó. No había ni un atisbo de comprensión en los fríos ojos de aquel hombre.

—No puedo —respondió con lo que parecía un encogimiento de hombros indiferente—. Sabes que no puedo. Tiene que ser así, y lo sabes. —Una nueva sonrisa ladeada se dibujó en sus labios durante un breve instante—. Por eso sigues aquí; por eso no te has ido. Es ella... Su poder tira de ti, reteniéndote aquí. Hay que hacerlo.

Cheryl miró a su alrededor en busca de algo que pudiera usar, un arma, cualquier cosa. A su lado, sobre la encimera, el bloque de cuchillos estaba a su alcance. Se lanzó a por uno, pero no fue lo bastante rápida.

Él lo era más.

Sintió que la hoja le atravesaba el abdomen como un puño de acero. Jadeó e intentó gritar, pero ningún sonido salió de sus labios. Al desplomarse, oyó cómo el cuchillo caía, repiqueteando en el suelo de la cocina, a su lado.

Cuando su mundo empezaba a oscurecerse, vio al hombre abalanzarse y agarrar a Julie. Su hija gritaba y la llamaba, pataleando y retorciéndose con todas sus fuerzas. Luego, el sonido de un golpe y Julie cayendo, quieta e inerte, en el fuerte agarre del hombre.

Entonces se hizo el silencio y la oscuridad descendió sobre la mente de Cheryl, espesa, impenetrable, aunque ella luchó con cada gota de vida que aún corría por sus venas.

Desde lo alto de la escalera, Heather llamó con voz temblorosa.

—¿Mami?

Nadie respondió.

CAPÍTULO DOS

Una mañana lluviosa

La detective Kay Sharp corría descalza por la cocina, demasiado adormilada para sentir el frío suelo bajo sus pies. Su larga melena rubia se esparcía en mechones sueltos sobre su rostro, resistiéndose a sus intentos de mantenerla en su sitio con una mano. El aire helado le puso la piel de gallina, pero hizo caso omiso y llenó la cafetera de agua. La vertió con rapidez y colocó un filtro nuevo y unas cucharadas de café recién molido antes de pulsar el botón.

La máquina se puso en marcha.

Satisfecha, se apoyó en la encimera y aspiró el aroma. Disipó la niebla que envolvía su cerebro e inyectó algo de brío en su cuerpo, aunque un toque de migraña seguía amenazando su mañana. Entrecerrando los ojos a la luz sombría que entraba por la ventana desde el cielo encapotado, ya que había estado lloviendo toda la semana, se hizo la pregunta que había estado evitando desde que le había sonado la alarma, más fuerte que una sirena.

¿Tenía un poco de resaca?

Se le dibujó una sonrisa al recordar la cena de la noche anterior. El detective Elliot Young, su compañero desde que se había incorporado a la oficina del sheriff de Mount Chester, sentado frente a ella, sin apenas mediar palabra por el excelente filete en su punto y la cerveza que lo acompañaba. Recordaba haber pedido otra, y otra, pero la verdad era que se había bebido todo aquel brebaje porque no quería irse a dormir.

No tan pronto.

No mientras esos ojos azules la miraban así, diciendo más de lo que nunca se había permitido. No mientras ella no tomara una decisión acerca de él.

¿O era todo fruto de su imaginación? Incluso si no lo fuera, ¿no sería mejor para ella ignorarlo todo y evitar el último error profesional, el de relacionarse con otro policía?

Los ojos de Kay se desviaron hacia la placa y la pistola que había dejado sobre la encimera la noche anterior, cuando estaba demasiado cansada para guardarlas en el cajón habitual. Su hermano, Jacob, conocía las reglas y nunca habría tocado sus cosas.

Al ver esa estrella dorada de siete puntas, se le hinchó el pecho, anticipando con impaciencia el comienzo de su turno. Pero eso tenía menos que ver con el trabajo policial y más con su compañero. Tal vez. Aunque le encantaba el trabajo y no se veía haciendo otra cosa que no fuera hacer cumplir la ley.

Se rio por lo bajo.

—Menuda loquera estás hecha —murmuró para sí, sin dejar de sonreír—. No eres capaz de ver ni lo que tienes delante de tus narices.

Hacía aproximadamente un año que había regresado a Mount Chester, dejando atrás una carrera como perfiladora del FBI asignada a la oficina regional de San Francisco. Había cambiado todo eso por ser detective en la pequeña ciudad en la que se había criado y vivir con su hermano en una casa cargada de sombríos recuerdos.

Menos mal que él, Jacob, dormía como un tronco, porque ella se había apresurado a encender la cafetera con la camiseta y las bragas que se había puesto por la noche para

dormir. Quiso beber un sorbo antes de meterse en la ducha, sabiendo que apenas tendría tiempo de lavarse el pelo antes de que Elliot pasara a recogerla.

Elliot.

Otra vez él, en el centro de sus pensamientos, como casi todos los días. Que la llevaba y la traía del trabajo como si ella no tuviera vehículo propio. ¿Eso significab...?

Un ruido llamó su atención y se quedó inmóvil. La puerta del dormitorio de su hermano estaba entreabierta, y se movía despacio. Frunció el ceño y se colocó detrás de la isla de la cocina para ocultar sus piernas desnudas, preparándose para saludar a Jacob. Con suerte, él pasaría tambaleándose de camino al baño y ella podría salir corriendo de la cocina antes de que él se diera cuenta de su aspecto.

La puerta se abrió en silencio y salió una mujer joven, con el pelo enmarañado corriendo en mechones castaños y desordenados sobre el cuello de la camisa de cuadros de Jacob, la cual apenas le cubría el trasero. De espaldas a Kay, giró con suavidad el pomo de la puerta, cerrándola sin hacer ruido, y luego se dio la vuelta y se quedó inmóvil en cuanto vio a Kay.

—Oh —susurró, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza. Se ciñó la camisa alrededor de su esbelto cuerpo y se paró en su sitio, insegura de qué hacer.

—¿Café? —preguntó Kay, sosteniendo el recipiente listo en el aire.

Ella asintió un par de veces, nerviosa, y luego contestó con voz suave y entrecortada:

—Sí, por favor. —Con una mano agarraba la camisa por el pecho, mientras que con la otra tiraba del dobladillo.

Kay se mordió el labio y ocultó la sonrisa mientras se daba la vuelta para sacar una taza del armario. Su hermano pequeño tenía novia. Qué tierno. Se merecía ser feliz. Llenó la taza y se la entregó. «**Aquí tienes**». La frase no formulada flotaba en el aire, cargado de la vergüenza de la chica, tan denso como la niebla matinal de San Francisco, mientras cogía la taza de la mano de Kay.

—Lynn —dijo ella, con la mano en el aire sosteniendo la taza. Finalmente, decidió dejarla en la encimera y su mano, ya sin carga, se dedicó enseguida a tirar del dobladillo de la camisa de Jacob—. Eres su hermana, ¿verdad? La policía —añadió, lanzando una mirada de soslayo a la placa y el arma de Kay.

Por instinto, Kay dio un paso para interponerse entre la chica y su arma. No respondió de inmediato y clavó los ojos en el dorso de la mano de Lynn. En la raíz del pulgar tenía un pequeño tatuaje, cinco puntitos dispuestos como suelen aparecer en la cara número cinco de un dado. La chica había pasado una temporada en la cárcel.

—Creo que es hora de que te vayas —dijo Kay con frialdad—. Me esperaré.

Poniéndose pálida, Lynn entró corriendo en el dormitorio de Jacob, cerrando la puerta tras de sí con un fuerte golpe. Unos minutos más tarde, salió completamente vestida y se dirigió corriendo a la puerta, evitando la mirada de Kay y las preguntas de Jacob.

—¿Qué pasa?! —gritó Jacob tras ella desde su dormitorio, pero Lynn ya se había marchado.

«**Oh, mierda**», pensó Kay, anticipándose con recelo a la conversación que estaba a punto de comenzar.

Jacob entró en la cocina rascándose la cabeza, donde se amontonaban sus ralos mechones de pelo, y entrecerró los ojos bajo la tenue luz como si hubiera sido él quien hubiese bebido demasiadas cervezas en el Hilltop la noche anterior. Llevaba una camisa sin mangas y pantalones de pijama a rayas, arrugados y sudorosos.

—¿Por qué la has espantado? —preguntó—. ¿Qué te ha hecho?

Kay respiró y decidió mantener la calma.

—Tiene antecedentes, Jacob. ¿De dónde la has sacado?

Él se rascó el abdomen, y sus dedos tiraron de la camisa, levantándola hasta que pudo pasar las uñas por su piel.

—¿Cómo sabes que tiene antecedentes? Acabas de conocerla.

—El tatuaje en su mano, ¿los cinco puntos? Eso es tinta de prisión. Cada punto representa una de las cuatro paredes de una celda, y el punto central representa al recluso.

Jacob se encogió de hombros y se apartó de ella.

—Yo también he estado en la cárcel, y no hice nada para merecer el tiempo que cumplí. Por si lo habías olvidado.

Kay levantó las manos en un gesto apaciguador, echando ya de menos la taza de café que había abandonado sobre la encimera.

—Sí, lo sé, pero esto es diferente.

Su hermano sacudió la cabeza y apretó los labios. Pasó junto a ella, abrió la nevera, sin prestar ni un momento de atención a su atuendo, y luego sacó una salchicha de un paquete que había comprado alguno de esos días.

—¿Quieres una? —le preguntó, y ella negó con la cabeza. Él la mordió y masticó ruidosamente con la boca abierta. Cuando su hermano estaba enfadado, comía. Incluso si eso significaba comer salchichas crudas sacadas directamente del paquete.

—He visto ese tipo de tatuajes... —empezó a decir ella, pero él la hizo callar con un gesto de la mano.

Echando la barbilla hacia delante, se giró para mirarla y luego se tragó los restos de salchicha a medio masticar.

—Escucha, hermanita, no soy un partidazo, no sé si me entiendes. Tengo trabajos temporales cuando puedo encontrarlos y vivo con mi hermana, por el amor de Dios. Para empeorar las cosas, resulta que ella es policía y todo el pueblo sabe que tuvo que sacarme de la cárcel.

—Pero eras inocente...

—¿Cuánta gente crees que se lo cree de verdad? ¿Eh? Creo que la mayoría piensan que has movido algunos hilos para que mi expediente desaparezca solo porque eres policía y puedes salirte con la tuya. Así que perdóname si me importa una mierda si Lynn ha cumplido condena. —Enfadado, se limpió la boca con el dorso de la mano—. Sin embargo, no creo que lo hiciera. Me lo habría dicho.

—¿En serio? —soltó Kay, arrepintiéndose de inmediato. No quería disgustar a su hermano. Era su trabajo, la gente con la que trataba cada día, lo que le hacía ver el mundo de una determinada manera; cada persona era un posible delincuente, un mentiroso, un tramposo, un ladrón, puede que incluso un asesino.

Jacob suspiró con los ojos nublados por la tristeza y la resignación.

—Sí, en serio. No soy un completo idiota, ¿sabes? Me doy cuenta cuando alguien es sincero conmigo.

Bajó los ojos. Jacob era un adulto que había estado viviendo por su cuenta hasta que ella regresó a Mount Chester después de haber estado fuera durante once años. Era más que capaz de cuidar de sí mismo, y ella era su hermana, no su madre. Su historia juntos, los duros momentos que habían compartido al crecer, la habían vuelto sobreprotectora.

Era la única familia que le quedaba.

—Lo siento, hermanito —le dijo, tocándole el brazo con suavidad—. Dejaré de entrometerme, de forma permanente.

—¿Y eso es una promesa? —preguntó, sonriendo como un gato que acaba de abrir el bote de mermelada.

—Es una promesa —respondió con rapidez—. Os deseo a los dos lo mejor que este romance pueda ofreceros —añadió, aún con la intención de investigar los antecedentes de la chica en cuanto llegara a la oficina.

Un coche apareció por la entrada del terreno, haciendo crujir guijarros bajo sus ruedas. Kay miró por la ventana y reconoció el Ford Interceptor sin matrícula de Elliot.

—Mierda —murmuró mientras corría hacia su dormitorio.

—Hablando de malas decisiones —se rio Jacob—, ¿cuándo vas a hacer a ese tejano un hombre feliz, hermanita?

—Tú no te metas, ¿quieres? Solo somos compañeros —respondió ella, que se echó desodorante a toda prisa y se puso un jersey de cuello alto mientras buscaba en su armario un par de pantalones limpios y planchados—. Trabajamos juntos, eso es todo.

—Claro que sí —dijo Jacob, burlón, cuando sonó el timbre. Abrió la puerta e invitó a Elliot a entrar.

Cuando Kay salió del dormitorio unos instantes después, su aspecto era cuidado y estaba lista para empezar otro día, con el pelo recogido en una coleta con una pinza, un maquillaje sencillo y solo un ligero toque de perfume a su alrededor, como la bruma matinal del océano. No había ni una sola prueba del drama que había ocurrido en su cocina ni de la ausencia de su ducha prevista.

Al verla, Elliot inclinó la cabeza y levantó dos dedos hasta el borde de su sombrero de ala ancha, ocultando por un momento el brillo de sus ojos azules, justo cuando ella intentaba contener la sonrisa.

Entonces sonó su teléfono. Lo cogió y su sonrisa se desvaneció, dejando tras de sí un profundo gesto que persistió después de terminar la llamada. Tomando otro sorbo de café, cogió su arma y se la guardó en el cinturón.

—Han encontrado un cuerpo en Angel Creek.

CAPÍTULO TRES

Escena del crimen

No hubo mucha conversación entre Kay y Elliot en el trayecto hacia Angel Creek. Otro asesinato en su pequeña y pacífica comunidad era una nube oscura que se sumaba a las que derramaban lluvia sin cesar. Los limpiaparabrisas zumbaban rítmicamente, llenando el silencio y animando a la mente de Kay a divagar.

Elliot viró un poco a la derecha para pasar junto a la señal de Complejo de Angel Creek, que les daba la bienvenida al barrio. Era uno de las más recientes, construido pocos años antes del regreso de Kay a su ciudad natal. Las casas eran **bungalows** de ladrillo, independientes, en parcelas arboladas de casi media hectárea. Mirando las calles desiertas, no se podía saber que uno de los residentes de la comunidad había sido encontrado muerto esa misma mañana.

El fuerte chasquido del intermitente del todoterreno la devolvió a la realidad. Se acercaron a la dirección, y Elliot estaba a punto de girar a la derecha en la pequeña calle ya atestada de coches de policía, una ambulancia y la furgoneta del forense.

Unas cuantas personas estaban reunidas al otro lado de la calle, acurrucadas bajo unos paraguas que apenas resistían el fuerte viento y la lluvia torrencial. Sin embargo, no se rendían, cerrando filas como si la proximidad de los vecinos aumentara sus propias posibilidades de supervivencia cuando un depredador mortal acechaba cerca.

—Márchense a casa, aquí no hay nada que ver —murmuró Kay, pero solo Elliot oyó sus palabras.

—No lo harán —respondió, acercándose todo lo que pudo a la casa acordonada con cinta amarilla que prohibía el paso—. Nunca he entendido la curiosidad morbosa de la gente, pero es lo mismo en California que en Texas.

—Es instinto. —Kay cogió su paraguas del suelo, donde había estado goteando por el camino—. Antaño, antes de los medios informativos e internet, el cotilleo solía ser la forma primordial de información como medida de seguridad de la manada, y crear vínculo con los demás aumenta las posibilidades de supervivencia, independientemente de la especie.

Cuando detuvo el todoterreno, su breve sonrisa dejó al descubierto dos filas de dientes perfectamente blancos.

—Bueno, si lo explicas así...

Ella ya se encontraba bajo la lluvia torrencial, donde el viento tardó unos dos segundos en volver del revés su paraguas. Gruñendo, bajó la cabeza y corrió hacia la puerta principal. Una vez que se encontró a cubierto en el porche, abandonó el paraguas estropeado y pisó fuerte para librarse del agua que goteaba de sus botas.

—Eso no será suficiente esta vez —dijo el doctor Whitmore, que había salido corriendo de su furgoneta y se encontraba con ella en la puerta—. Te daré dos monos y botines protectores. —Hizo una seña a su ayudante, que se apresuró a repartir dos juegos de bolsas de plástico selladas, y un tercero para el propio médico.

Kay estudió la cara del hombre mientras rasgaba el envoltorio y extraía un mono desechable, que se puso sobre la ropa. Tenía un aspecto sombrío, con las arrugas de la

frente más profundas que las que ella había visto en las escenas de crímenes donde habían trabajado juntos en el pasado. Su relación profesional se remontaba a antes de que él se jubilara en Mount Chester y ella se incorporara a la oficina del sheriff local. Habían compartido siete años de escenas del crimen en San Francisco, cuando ella aún era agente especial y perfiladora del FBI, recién salida de la universidad, y él era el médico forense jefe del condado de San Francisco.

—¿Cómo está todo ahí dentro? —preguntó, apoyándose en la barandilla del porche para levantar el pie y deslizar los protectores de calzado sobre la bota.

—Acabo de llegar —respondió el doctor Whitmore—. Pero prepárate; es algo complicado, según lo que he oído de los primeros en llegar a la escena. La víctima es Cheryl Coleman, aunque su apellido de casada era Montgomery; treinta y cinco años, higienista dental y viuda, madre de tres hijas. Dos de las niñas están desaparecidas, según el vecino que descubrió el cuerpo. Es ese, el que está allí. —El doctor Whitmore señaló a un hombre de mediana edad que temblaba bajo una manta en la parte trasera de la ambulancia—. El condado está trayendo a todo el mundo para ayudar en la búsqueda. —Se subió la capucha del mono por la cabeza y se ajustó bien la cuerda alrededor de la cara.

Los músculos tensos delineaban las mandíbulas apretadas de Elliot. Kay suspiró y se tragó un impropio mientras se ponía el mono. Estaban a punto de entrar en una escena del crimen acompañada de mal tiempo. El riesgo de contaminación forense aumentaba drásticamente con cada gota de agua de lluvia. Kay siguió el ejemplo del doctor y se ajustó la capucha, aprisionando su empapado pelo bajo ella. Ya se sentía como si hubiera entrado en una sauna, e iba a pasar un rato hasta que pudiera quitarse el traje.

—¿Listos? —preguntó el doctor Whitmore, echándoles un vistazo a ambos detectives antes de abrir la puerta y entrar.

Lo primero que Kay notó al adentrarse en la casa fue el olor a estofado. Probablemente pasaría un tiempo antes de que pudiera tomar un guiso sin pensar en aquella escena del crimen.

El médico se dirigió a la cocina, como siguiendo el fuerte olor. A mitad del pasillo, las fosas nasales de Kay percibieron otro olor, más pesado, metálico: el olor de la sangre.

Casi choca con la ancha espalda del doctor Whitmore. Este se había detenido bruscamente al final del pasillo, murmurando un juramento. Luego se hizo a un lado, dejando espacio para que ella y Elliot se acercaran.

El corazón le latía con fuerza mientras contemplaba la escena y se le hacía un nudo en el estómago. Una mujer yacía acurrucada de lado en un charco de sangre coagulada, sujetándose aún el abdomen con una mano lívida. Los rastros burdeos de los riachuelos de sangre seca tejían dibujos en sus dedos helados, donde había mantenido la presión sobre la herida en vano. Su pelo castaño, largo y brillante, se agitaba alrededor de su cabeza, moviéndose con suavidad cuando la brisa atravesaba la puerta. Sus ojos, aún abiertos, miraban fijamente hacia la entrada trasera, y su otra mano se extendía en la misma dirección en un gesto suplicante. Sus labios, azulados y pálidos bajo el brillo rosado, se entreabrían como si susurrara una última palabra, como si respirara por última vez.

Una niña de no más de tres o cuatro años, pálida como una sábana, yacía inerte contra el cuerpo de su madre. Tenía la cabeza apoyada en el brazo de la mujer y el pulgar

metido en la boca. Una de sus coletas se había soltado, y un lazo elástico verde estaba en el suelo, a su lado. Mechones sueltos de pelo cubrían parte de su rostro cubierto de lágrimas, unos rizos castaños enredados y apelmazados en sangre. A pocos centímetros de su cabeza había un cuchillo de filetear de gran tamaño abandonado en el suelo, probablemente tirado por el asesino justo después de apuñalar a su madre.

A Kay se le heló el corazón. «**Oh, no**», se dijo para sí, sus ojos buscando un atisbo de respiración, un movimiento de ojos, cualquier cosa.

Cuando el doctor tocó el cuello de la niña en busca de latidos, la pequeña se movió y gimió en silencio, sin despertar de su sueño sepulcral.

—Oh, Dios —susurró Kay, tapándose la boca con una mano enguantada—. Está viva. Déjame sacarla de ahí...

—Primero necesitamos fotos —contestó el forense, con un tono de tristeza inconfundible—. Antes de que este charco de sangre sea pisoteado un poco más. Te prometo que trabajaremos rápido.

Su ayudante empezó a hacer fotos, moviéndose rápidamente por la abarrotada cocina y fotografiando desde varios ángulos tras colocar marcadores de la escena del crimen cerca de todas las huellas y manchas de sangre relevantes.

—El vecino encontró el cuerpo —anunció Elliot—. Frank Livingston. Vive al lado con su mujer y su madre. Están fuera, por si quieres hablar con ellos.

—Lo haré, sí —respondió Kay, incapaz de apartar los ojos de la niña. Cada fibra de su ser la instaba a agarrar a la niña y llevarla a un lugar seguro, donde pudieran limpiarla de la sangre de su madre y abrigarla con ropa seca y cálida. Donde pudiera empezar a olvidar los horrores que había presenciado.

Pero su ropa manchada de sangre era una prueba, y sus atormentados recuerdos podrían ser la clave para atrapar al asesino de su madre.

—Había tres niñas en la casa —continuó Elliot—. Julie, de dieciséis años, y Heather, de ocho, están desaparecidas.

«Esta pobre niña es esencial para encontrar a sus hermanas».

—¿Cuánto falta? —preguntó Kay con voz impaciente a la ayudante del doctor Whitmore.

La joven la miró, sorprendida.

—¿Unos diez minutos, quizá? —respondió ella, reanudando enseguida su tarea.

—Que sean cinco mientras recorro la escena —ordenó, y se apresuró a marcharse. No podía soportar ver a esa niña yaciendo en la sangre de su madre ni un momento más. Quería gritar.

—Pediré declaraciones formales a los vecinos —ofreció Elliot tras lanzarle una mirada sombría. Pero no se movió, como si esperara algo.

Kay se dirigió directamente a la entrada trasera, el punto central de los últimos segundos de vida de Cheryl Coleman. Había tres maletas amontonadas junto a la pared. La lámpara de la cocina seguía encendida, luchando contra la sombría luz del día que entraba por las ventanas, pero Kay encendió su potente linterna para examinar de cerca unas marcas de rozaduras en el suelo. Una silla derribada con una de sus patas rota, un corte largo y profundo en el lateral de un armario y fragmentos esparcidos de una tetera hablaban de la lucha que había tenido lugar.

—Una sola puñalada en el bajo vientre —anunció el doctor Whitmore—. Murió desangrada en cuestión de minutos. Por el volumen de sangre perdida, apostarí una

cuantiosa suma a que el cuchillo le seccionó la aorta abdominal.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Kay, mirando el picaporte de la puerta trasera, manchado de sangre. El sudes había apuñalado a Cheryl, ¿y después qué? ¿Cogió a dos chicas y se fue? No... Se había producido una pelea. Había tirado el cuchillo al suelo, y eso significaba que no se sentía amenazado por ninguna de las dos chicas. Pero tuvo que someterlas, acallar sus gritos de alguna manera, porque debieron gritar. Esas marcas señalaban donde una de las chicas debía haber pateado erráticamente, tratando de liberarse de su agarre. ¿Por qué no aferrarse al cuchillo y amenazar con él a las chicas para que se rindieran?

«**Ah, pero nunca has apuñalado a una mujer antes, ¿verdad?** —pensó Kay, paseándose despacio por la habitación mientras examinaba la escena desde todos los ángulos—. **No tenías ni idea de lo que se sentiría, de lo resbaladiza que podía ser la sangre a borbotones, y por eso soltaste el cuchillo. Justo... ahí**».

Terminó su pensamiento con un dedo apuntando hacia donde el cuchillo seguía en el suelo, marcado con una etiqueta amarilla con el número cuatro en letra negra.

—Entonces, ¿qué sucedió? Creo que la mayor te atacó, ¿no? —susurró Kay, sin darse cuenta de que estaba expresando sus pensamientos.

Se agachó junto al cuerpo de Cheryl, ahora bocarriba, preparada para que la sonda hepática del doctor Whitmore le tomara la temperatura. Aunque tocada por la niebla de la muerte, su mirada seguía siendo intensa, como si estuviera a punto de volver a la vida y se apresurara a encontrar a sus hijas desaparecidas. Una vez más, Kay miró a lo largo de la línea de visión que Cheryl tuvo durante los últimos momentos de su vida.

La puerta de entrada trasera.

—La temperatura del hígado sitúa la hora de la muerte entre las nueve y las once de la noche de ayer —dijo el doctor Whitmore, suspirando pesadamente cuando se levantó, con la sonda aún en la mano—. Esta puerta fue encontrada abierta, y ayer la noche fue casi gélida. Eso aumentará el margen de error en la determinación de la hora de la muerte...

—La puerta aún estaba abierta cuando la encontraron, ¿verdad? —preguntó Kay, sin siquiera reconocer la afirmación del forense.

—Sí, así es como el vecino supo que algo iba mal —dijo Elliot, acercándose a ella con lentitud.

Kay le lanzó una rápida mirada, preguntándose por qué se había demorado en entrevistar a la familia del vecino. Luego miró por la ventana de la puerta trasera. El camino de entrada discurría paralelo a la casa, y los primeros intervinientes lo habían mantenido vacío en un intento desesperado por preservar la integridad de la escena del crimen, a pesar del tiempo. El coche de Cheryl debía estar aparcado en el garaje. ¿Y si el vehículo del asaltante había estado en el acceso al mismo la noche anterior? Entonces, tal vez el vecino podría haber notado algo.

A unos metros a la derecha, pudo ver la parte trasera de la ambulancia. Un par de agentes del sheriff habían levantado unas carpas que apenas resistían el viento, lastradas con sacos de arena, que creaban unos improvisados refugios contra la lluvia para ellos y para los técnicos de criminalística que pululaban por el lugar. Debajo de una de esas carpas, pegando fuertes pisotones y envuelto en una manta de urgencias, estaba el vecino que había encontrado el cadáver de Cheryl. Hablaba con dos mujeres, probablemente su mujer y su madre, las cuales se encontraban muy juntas.

Estaban fuera del alcance de sus oídos, el sonido del viento aullante y la lluvia martilleante hacían difícil oír a alguien, aunque estuviera a un par de metros de distancia. Pero su lenguaje corporal era otra historia. La mujer mayor no paraba de decir algo que hizo que el hombre sacudiera la cabeza varias veces y luego subrayara su afirmación con gestos apaciguadores de las manos. Dijera lo que dijera, no estaba de acuerdo con ella y quería que se callara. La mujer más joven, que lucía un mal corte de pelo con el flequillo recortado de manera desigual y llevaba un enorme **foulard** enrollado al cuello, lanzaba miradas de soslayo todo el tiempo, con los ojos cargados de miedo.

—Hablemos con ellos —dijo Kay; y entonces abrió la puerta y se precipitó a través de la lluvia con su mono desechable. Ahora estaba arruinado para el uso al que estaba destinado, pero al menos servía para evitar que el tiempo empapara su ropa un poco más. Resbaló y estuvo a punto de caerse cuando su botín de plástico aterrizó en un charco de barro, pero la mano de Elliot la agarró del brazo y la estabilizó.

—Gracias —gritó por encima del hombro, justo cuando llegaron bajo la carpa—. Somos los detectives Sharp y Young —anunció, palmeándose el bolsillo por la costumbre de mostrar su placa, pero era inalcanzable sin quitarse el mono—. Tengo entendido que fue usted quien encontró el cuerpo.

El vecino estaba pálido y visiblemente alterado, con las comisuras de los ojos hacia abajo, rebosantes de lágrimas. La tensión dibujaba dos líneas profundas y verticales que flanqueaban su boca. Su pelo, todo blanco, mostraba una línea de retroceso que hacía que su frente pareciera alta, distinguida, serena. Sin embargo, parecía perplejo y mucho más afectado por la muerte de su vecina de lo que Kay había esperado.

—Mmm, sí, fui yo. Soy Frank Livingston, y esta es mi mujer, Diane —dijo, volviéndose hacia la mujer del mal corte de pelo—. Y mi madre, Elizabeth —añadió, tocando el antebrazo de la otra mujer—. Vete a casa, madre, por favor. Hace demasiado frío para ti.

La mujer mayor le ignoró, probablemente encantada de tener algo de emoción en su vida, aunque fuera de tipo morboso. Eso era lo que todo su comportamiento le decía a Kay. Tenía una chispa obstinada en sus ojos azules y una sonrisa severa en los labios, la marca de la terquedad. Iba vestida con demasiada pulcritud para un paseo informal por un camino de entrada y unos quince metros de césped empapado, y se había molestado en pintarse los labios y ponerse joyas. La anciana no iba a irse a ninguna parte.

—Lláname Betty, querida —dijo, mostrando unos dientes manchados por la edad cuando su sonrisa se ensanchó—. Todo el mundo lo hace.

—Gracias, lo haré —contestó Kay, y dirigió su atención a Frank Livingston, cuya arisca mirada evitaba la de su mujer, pero intentaba mirar fijamente a su madre. El hombre tenía secretos—. Señor Livingston, por favor, díganos cómo encontró el cuerpo.

El vecino frunció el ceño y apretó los puños durante un instante, con los ojos clavados en Kay.

—El cuerpo, el cuerpo. Ustedes solo piensan en el cuerpo. ¡Era un ser humano! Su nombre era Cheryl. ¿No podemos al menos fingir un poco de civismo?

«**Oh, así que duele a nivel personal** —pensó Kay—. **Interesante**». Levantó una mano en señal de disculpa.

—Tiene toda la razón, señor Livingston, y le pido disculpas. Por favor, hableme de Cheryl. ¿Cómo supo que algo iba mal?

El hombre se aclaró la garganta discretamente antes de hablar, y sus ojos volvieron a

desviarse, evitando los de ella, igual que había estado evitando los de su mujer.

—Esa puerta estaba abierta, y nunca lo está. Lo vi cuando entraba en mi coche para ir a trabajar.

—¿Dónde trabaja? —preguntó Elliot.

—En Chester High —respondió con rapidez—. Soy el profesor de ciencias.

—¿Entró en la casa? —preguntó Elliot.

—S-sí. La llamé y, como no contestó, entré. —Como si se diera cuenta de que podía haber hecho algo mal, se apresuró a explicarse—: No pisé nada, tampoco toqué nada. Cuando las vi así, tiradas, salí corriendo y llamé al 911.

Diane Livingston observaba a su marido con una mirada intensa, con la boca un poco abierta. Si había habido algo más que una relación de vecindad entre Frank y Cheryl, Diane no sabía nada al respecto. Pero parecía asustada, como si Frank estuviera a punto de decir algo equivocado. No parecía herida, sospechosa ni celosa. No, solo genuinamente triste por la muerte de Cheryl e inesperadamente asustada.

—¿Notó algo distinto anoche? —preguntó Elliot—. ¿Tráfico inusual, ruidos fuertes, tal vez un coche en el camino de entrada?

Frank miró a su mujer a los ojos un instante y luego negó con la cabeza.

—No, nada. Con esta tormenta, tampoco se podía oír mucho. Quizá gritó, pidió ayuda o algo, pero no la oí. —Su voz se apagó hacia el final. Sonaba ahogado—. No puedo creer que esto haya pasado, a solo unos metros de donde estábamos durmiendo.

—¿Estaba la hija de Cheryl cerca de su cuerpo cuando la encontraron? —preguntó Kay. Él mantuvo el contacto visual con ella durante un breve instante.

—¿Erin? Sí. También la daba por muerta. —Tragando con dificultad, dio un paso más hacia Kay—. Las otras dos chicas han desaparecido, ya sabe, Julie y Heather. Se lo dije a los otros policías. Tal vez huyeron asustadas. Pero ¿por qué no acudieron a nosotros?

—¿Que huyeron? —soltó la mujer mayor, agarrando la manga de Frank con los dedos agarrotados—. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo? Te lo dije... ¿Cuántas veces te lo dije? —Cuanto más hablaba, más subía el tono de su voz, como si el fuego de sus emociones se avivara con sus palabras—. Te lo dije, y no hiciste nada al respecto. Y ahora se ha ido. Esa chica dulce e inocente se ha ido.

—No le hagan caso a mi madre —intervino Frank, interponiéndose físicamente entre Betty y Kay—. Es solo su alzhéimer hablando. Se lo diagnosticaron el pasado enero.

—¡No estoy loca! —Betty reaccionó abofeteando a su hijo con su frágil mano—. Ahora que se ha ido, no podrán volver a encontrarla —le dijo a Kay. Luego centró su atención en Elliot y apoyó la mano en su antebrazo.

Inquieta, la detective dio un paso atrás.

—Señora, por favor...

—¿Quiere escucharme? —insistió Betty. La mirada de sus ojos era intensa, casi maníaca—. ¡Esa chica se ha ido! Y todo el mundo sabía que iba a pasar.

CAPÍTULO CUATRO

Sacrificio

El cielo lloró.

Se detuvo frente a las altas ventanas y observó cómo la intensa lluvia golpeaba el suelo, estallando en diminutas gotas que luego se fundían en riachuelos de agua fangosa que corrían por el camino de entrada. Vistas a través de los hilos de unas cortinas blancas iluminadas por lámparas de araña doradas y tenues, las nubes grises y cargadas no parecían menos amenazadoras. De vez en cuando, una de ellas parpadeaba con una luz azulada, y luego retumbaba un trueno, enviando ecos de perdición a través de su corazón.

Madre estaba enfadada.

Debía creer que él la había abandonado y ahora exigía lo que le correspondía.

Pero no la había abandonado; antes que eso preferiría que le arrancaran su propia vida del pecho. No había cerrado los ojos para dormir ni una sola noche sin susurrarle una oración, sin pensar en ella. Estaba en cada hoja caída que tocaba el suelo en otoño y en cada brizna de hierba que se abría paso a través de la nieve fundida en primavera. Estaba en la llamada de los pájaros y el aullido de los lobos en las laderas de Mount Chester. Estaba en el hipnótico cielo azul de California tanto como en la desolada reunión de nubes, bordeadas de relámpagos y con reminiscencias de pizarra, carbón y grafito.

La llevaba en la sangre. Siempre estaba a su lado.

Tras apartar las cortinas con sus dedos pálidos y finos, se acercó a la ventana y apoyó la frente caliente contra el frío cristal. De cerca, el sonido de la lluvia golpeando el pavimento de la entrada parecía más fuerte, como si el cristal transparente no fuera capaz de mantener a raya a sus demonios.

Su mensaje era claro. Exigía otro sacrificio.

El agua se había acumulado en el césped, levantando lodo por encima de las briznas de hierba adormecidas y recortadas, y escapando por entre los cantos rodados hasta el asfalto. Justo entre las losas de hormigón que formaban el camino hacia la entrada, la lluvia había arrastrado la tierra, dejando grietas entre ellas, pequeñas aberturas que no eran sino recordatorios de otras más grandes.

Hacía tiempo que no ofrecía un sacrificio a Madre.

Demasiado tiempo.

Bajo la amenaza de las lágrimas, cerró los ojos con los párpados muy pesados, que dieron la bienvenida a la oscuridad. Juntó las manos frente al pecho y descansó un rato en la oscuridad silenciosa, con el único sonido del tamborileo de la lluvia contra todo lo que tocaba.

—Madre Tierra, escúchame —susurró—, imploro tu misericordia y tu perdón. Escucha a tu hijo, que hoy se presenta ante ti. Las lágrimas que lloras por tus hijos queman mi piel y apuñalan mi pecho. Muéstrame el camino elegido y déjame traerte un sacrificio digno para curar tus heridas y secar tus lágrimas. —Se detuvo un momento, escuchando, y un trueno suave y lejano respondió a su plegaria—. Madre Tierra, escucha a tu hijo —

continuó—. Sé el vínculo entre los mundos de la Tierra y los del Espíritu. Que los vientos sagrados se hagan eco de tu voz y lleven tu sabiduría a cada rincón.

—Volvió a escuchar, pero solo la lluvia golpeaba con fuerza las ventanas. Ella seguía enfadada, esperando que él cumpliera sus promesas, que curara sus heridas. Junto al borde de una losa de hormigón, la grieta se había hecho más profunda, ominosa, recordándole otra, a treinta metros de profundidad, donde las heridas de Madre sangraban abundantemente.

—Esta vez el sacrificio te hará feliz —susurró, abandonando la comodidad de los fríos cristales y comenzando a pasear por la habitación. Sin embargo, no podía apartar la vista del paisaje empapado por la lluvia. Eran lágrimas de Madre, que caían pesadas, llenas de angustia y dolor, implacables.

Volvió a la ventana y apretó las manos con fuerza.

—Serás feliz, Madre; lo juro por mi vida —susurró en un tono muy bajo—. La chica es joven y pura, está intacta. Y su sangre... Su sangre es el verdadero sacrificio.

Tal vez fuera su imaginación, pero parecía que el cielo empezaba a despejarse en algún lugar hacia el oeste.

Madre lo había oído. Estaba aceptando el sacrificio.

CAPÍTULO CINCO

Heather

Elliot se quedó para terminar las entrevistas de los Livingston mientras Kay volvía al interior de la casa después de cambiarse el mono y los botines por otros secos. No le importó tener que cambiarse y no le dijo ni una palabra a Jodi, la versátil ayudante del doctor Whitmore. La joven morena evitó la mirada de Kay temiendo una reprimenda por no haber terminado las fotos más rápido, pero la mente de la detective estaba en otra parte, aún bajo el hechizo de las extrañas declaraciones de la anciana señora Livingston. ¿Era una mujer senil, como había insistido su hijo? ¿O sabía algo que su hijo y su nuera, Diane, no querían que Kay supiera? En cuanto tuviera un momento, volvería a hablar con Betty, a ser posible sin testigos alrededor, solo por diligencia. Teniendo en cuenta que lo más probable era que la mujer estuviera rozando los ochenta años, había muchas posibilidades de que la entrevista acabara resultando una pérdida de tiempo y volviera a confirmar el diagnóstico de alzhéimer.

Por ahora, había asuntos más urgentes: una niña que necesitaba cuidados inmediatos y encontrar con vida a sus dos hermanas mayores. Las primeras horas son siempre críticas en los secuestros de niños. Las dos hermanas Montgomery habían sido raptadas hacía casi doce horas, la mitad del tiempo en el que las probabilidades de recuperar con vida a un menor secuestrado eran más altas. Una vez transcurridas las primeras veinticuatro horas, las probabilidades de que el niño regrese con vida disminuyen con cada hora, hasta ser casi nulas al cabo de dos días completos.

Forzando a sus pulmones a llenarse de aire y exhalando poco a poco, Kay se tomó un breve momento para pensar en sus prioridades. En primer lugar, necesitaba algo de ADN para adjuntar a los expedientes de los casos de personas desaparecidas. Con el ADN registrado, las fuerzas del orden de todo el mundo podrían tener con qué cotejarlo si se recuperara a alguna de las hermanas. Al darse cuenta de que aún no había recorrido la parte de arriba de la escena, y sabiendo que sería más probable encontrar el ADN de Julie en un cepillo de pelo o en fibras de cabello sueltas con raíces adheridas que pudiera recuperar de la cama de la chica, subió las escaleras con rapidez, fijándose en cada detalle de la escena.

No había ni una sola gota de sangre que ella pudiera ver en el piso de arriba, y todo estaba en orden, todo el que podía esperarse de un hogar con una madre trabajadora y tres hijas. Cada uno de los dormitorios tenía su propia marca de desorden. La habitación más grande, donde Cheryl había dormido sola, solo mostraba su lado de las sábanas enredado y desordenado, mientras que la otra mitad estaba intacta. La ropa que debió ponerse el día anterior seguía colgada en el respaldo de una silla: una blusa **beige** de botones y unos pantalones negros. Había un vago olor a clínica dental en la habitación, probablemente traído con su ropa. El tocador estaba lleno de cosméticos y accesorios, nada del otro mundo, solo las típicas marcas de droguería. La habitación parecía tranquila, ajena por completo a la tragedia que había provocado la muerte de su residente.

Siguiendo adelante, Kay entró en el siguiente dormitorio. En cuanto cruzó el umbral,

supo que era de Julie. Grandes pósteres con Justin Bieber y Taylor Swift cubrían algunas de las paredes. El suelo estaba sembrado de ropa, calcetines y zapatos desechados, como si un torbellino hubiera barrido el armario, dejando perchas estériles; soldados caídos en una lucha injusta.

Julie había abandonado su cepillo en la cómoda y Kay lo metió enseguida en una bolsa de pruebas. Todavía tenía pegados varios mechones largos de pelo castaño, y el doctor Whitmore podría extraer ADN de las raíces. El ADN de Julie podría adjuntarse a los informes de personas desaparecidas de ambas chicas, y la estrecha coincidencia familiar bastaría para ofrecer una identificación positiva en caso de que se encontrara a Heather. Desde esa perspectiva, se podría haber utilizado el ADN de Cheryl, pero el de Julie era ideal.

Una punzada de miedo apuñaló a Kay en el pecho. Siguió recogiendo pruebas como si las chicas no fueran a aparecer vivas, tal y como había dicho la anciana señora Livingston, aunque aquello que dijo no tuviera sentido. Los secuestradores podían cambiar la apariencia y el nombre de una niña, incluso conseguirle documentos falsos y lavarle el cerebro para que creyera que era otra persona, pero el ADN nunca mentía. Algún día, y esperaba que fuera pronto, esas niñas serían encontradas y devueltas a la familia que les quedaba.

Sacudiéndose la sensación de fatalidad que le helaba la sangre, Kay se dirigió al último dormitorio. «***Las encontraremos hoy, basta de tonterías***», se amonestó mientras entraba en la habitación. Reinaba otro tipo de caos, con piezas de Lego, cómics y purpurina, y olor a plástico de Barbie. Montones y montones de purpurina, pegada en las fibras de la alfombra, cubriendo el escritorio y las mantas de las dos literas deshechas. Un dormitorio de chicas normal y corriente, aparentemente sereno y protegido de todos los peligros de la vida.

No le quedaba nada más que hacer en el segundo piso.

Se acercó a las escaleras, se agarró a la barandilla y empezó a bajarlas asiéndose fuerte, con los botines resbaladizos sobre la moqueta. Estaba a mitad de camino cuando le pareció oír un pitido.

Sonaba como un teléfono. Un teléfono que se está quedando sin batería.

El móvil de Cheryl había sido encontrado en su bolso, abajo. ¿Era entonces ese el de Julie?

Subiendo de nuevo a toda prisa, Kay siguió la fuente del sonido hasta el dormitorio más grande y miró a su alrededor. Abrió los cajones y buscó en el armario, escuchando atentamente, pero solo se encontró con el silencio. Registró el cuarto de baño a fondo y luego volvió al dormitorio, pasando las manos enguantadas por las sábanas, bajo la almohada, en los pliegues del edredón.

Nada.

Escuchó con atención de nuevo, conteniendo la respiración, pero lo único que oía era el ruido lejano del equipo de médicos forenses en el piso de abajo, recogiendo pruebas, charlando en voz baja, metiendo y sacando el equipo de la casa, todo ello con el telón de fondo de una lluvia torrencial que golpeaba el techo y las ventanas.

Estaba a punto de irse, descartando el sonido como algo que podría haber oído desde abajo, cuando sintió que algo le tiraba del tobillo. Se quedó petrificada, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Permaneciendo inmóvil, miró hacia abajo y vio la mano de una niña, con las uñas cubiertas de esmalte rosa brillante, agarrando con fuerza un

puñado de tela del mono.

—Oh —susurró Kay, que se arrodilló despacio para mirar debajo de la cama.

La niña que se escondía debajo tenía unos ocho años. Su delgado cuerpo cabía holgadamente, y estaba tumbada bocabajo. Se quedó mirando a Kay, cuya mirada era de sorpresa y se había quedado boquiabierta, sin decir una sola palabra. Llevaba un móvil en la mano izquierda, apretado con fuerza.

—Hola, Heather —susurró Kay—. Me llamo Kay, y soy de la policía. Ahora estás a salvo.

La niña la miró fijamente, en perfecto silencio, sin reconocer en modo alguno las palabras que acababa de oír.

—Vamos a sacarte de ahí, ¿de acuerdo? —Kay extendió las manos, invitando a la niña a agarrarse y dejarse sacar, pero esta no se movió. Un escalofrío recorrió el delgado cuerpo de la niña, que rechinó los dientes por un momento.

Se encontraba en estado de **shock**.

Kay metió la mano bajo la cama y la tocó con suavidad.

—Vamos a jugar a un juego, tú y yo, algo así como una guerra de pulgares, pero tienes que agarrarte a mi mano y no puedes soltarla, o perdemos las dos. —Extendió la mano y esperó a que Heather la cogiera. Después de lo que pareció una eternidad, los dedos fríos y temblorosos de la niña aferraron los suyos—. ¿Lista? —preguntó Kay, pero no obtuvo respuesta. Tirando suavemente, sacó a la niña de debajo de la cama, la cogió en brazos y corrió hacia las escaleras.

Resbaló y estuvo a punto de caerse con la niña en brazos; el plástico de sus escarpines no era lo bastante rugoso para la alfombra. Tras quitárselos, bajó los escalones y se dirigió al salón, evitando la cocina manchada con la sangre de Cheryl.

—¿Doctor? —gritó con urgencia en la voz.

El médico forense se apresuró.

—¡Ah! —exclamó al ver a la niña. Una sonrisa de alivio se dibujó en la comisura de sus labios, y Kay habría jurado que vio lágrimas en los ojos del anciano—. Me alegro mucho de verte, pequeña —dijo, antes de desaparecer un instante y regresar empujando despacio una camilla con un pequeño pasajero atado a ella.

Erin estaba sentada a un lado de la camilla, envuelta en una manta, chupándose el dedo, con las correas que le rodeaban la cintura manteniéndola en su sitio. Kay puso a Heather al lado de su hermana y el doctor trajo otra manta para ella.

Kay apartó un mechón rebelde de la cara de Heather y se lo colocó detrás de la oreja.

—¿Sabes quién se llevó a tu hermana? —preguntó, mirando a la niña.

Esta permaneció en silencio, con los ojos vidriosos y vacíos.

—Es importante que me cuentes lo que pasó aquí anoche —dijo Kay con suavidad—. Tenemos que encontrar a tu hermana.

Heather no dio señales de haber oído a Kay. Se quedó mirando el aire, con la mano aferrada al móvil. No había reconocido a su hermana pequeña de ninguna manera, ni a nadie más. Tenía los ojos secos y la boca floja. Estaba disociada.

—Monstruo —dijo Erin, sacándose el pulgar de la boca.

Kay se volvió hacia ella.

—¿Qué has dicho? —preguntó en un suave susurro—. ¿Sabes quién se llevó a Julie?

—Monstruo —repitió—. Vino un monstruo.

«**Dime algo que no sepa**», pensó. Con un largo suspiro, Kay apoyó las manos en las caderas. Iba a ser una batalla cuesta arriba.

—He oído las buenas noticias —oyó una voz detrás de ella—. Has encontrado a una de las chicas. —El sheriff Logan había entrado, con mono y botines como todos los demás, la talla única ceñida a su circunferencia. Era un hombre corpulento, con ojeras hinchadas y arrugas en las comisuras de los labios y en el entrecejo. Su fuerte voz hizo que Heather se sobresaltara, sus ojos se concentraron y temieron por un momento antes de volver a caer en la nada—. Llamaré a los servicios sociales.

—Señor, si me permite, vamos a retrasar eso.

—Sabes que no podemos, detective; tenemos procedimientos que seguir. Es la ley.

—Y siempre lo hacemos, pero esta es una situación especial —suplicó ella, acercándose a él y bajando la voz—. Estas chicas son testigos, están cubiertas de pruebas. Están en estado de **shock** y Heather no dice ni una palabra.

—Entiendo todo eso, pero...

—Soy psicóloga. Eso es lo que necesitan estas chicas, un profesional formado que las ayude a superar el trauma. Al mismo tiempo, podré extraer información valiosa que podría ayudarnos a encontrar a Julie.

El sheriff Logan se rascó la cabeza bajo su corte de pelo.

—No sé, Kay. Las cosas podrían ponerse feas si la familia viene a buscarlas. He encargado a la agente Hobbs que investigue a los familiares. No tenemos derecho a...

—Son testigos en un asesinato-secuestro, sheriff. Y están en estado de **shock**. Los servicios sociales las internarán en un hospital psiquiátrico infantil, donde las atiborrarán a pastillas. Nunca volveremos a ver a Julie.

—¿Y qué piensas hacer con ellas, detective? ¿Llévartelas a casa contigo como un par de cachorros rescatados?

Se le había pasado la idea por la cabeza, pero no podía hacerlo. Tenía que atrapar a un asesino y encontrar a Julie. No podía permitirse cuidar de las niñas ella sola.

—No. Estaba pensando en reutilizar la sala de descanso por un tiempo. —Esa sala era una habitación en la parte trasera del edificio de la oficina del sheriff donde había varias literas para que los policías que hacían turnos dobles pudieran dormir un poco cuando lo necesitaran.

—¿Y crees que eso es apropiado para dos niñas pequeñas?

—Es mejor que el psiquiátrico, sheriff —respondió ella, mirándolo con una súplica tácita—. Déjeme al menos intentar acceder a ellas. Necesitaré unos días, no más.

—Tienes veinticuatro horas, detective; después de eso, haré la llamada pertinente. Y, si la familia aparece, tú te encargarás.

Kay arrugó la frente, pero decidió no discutir más. Para eso, siempre quedaba el día siguiente, cuando tal vez pudiera mostrar algún progreso. En su lugar, dibujó una sonrisa de agradecimiento en los labios.

—Gracias. Necesitaré un par de oficiales que me ayuden a ocuparme de ellas. Farrell, por ejemplo. Es madre, lo hará bien. Ella puede conseguirnos algo de ropa...

Logan se burló, levantando los brazos en el aire.

—¿Tenemos a una chica desaparecida y quieres que dos oficiales se queden al margen como niñeras?

—Son testigos, sheriff —respondió. Por el rabillo del ojo, vio acercarse a Elliot. Bien. Necesitaba refuerzos, toda la ayuda posible—. Cuando el asesino sepa que dejó cabos sueltos anoche, quizá quiera terminar el trabajo.

—¿Estás diciendo que no sabía que había otras dos niñas aquí anoche? —preguntó

Logan, con la voz sembrada de incredulidad.

—Lo que digo es que yo, por mi parte, no quiero correr el riesgo —respondió con calma, sabiendo el efecto que sus palabras tendrían en su jefe—. ¿Y si no lo sabía? ¿Y si Heather y Erin estaban escondidas arriba?

El sheriff se frotó la barbilla con sus dedos cortos y rechonchos manchados de amarillo por fumar puros en cadena.

—¿Cómo estás manejando las llamadas de rescate?

—La verdad es que no espero nada —respondió Kay—. Cheryl era viuda, y el asesino sabe que se ha ido. Y esta casa no refleja que fuera una familia con una buena economía.

—Se lo pensó un segundo y continuó—: Pero desviaré el fijo a mi teléfono, por si acaso. Quizá tengamos esa suerte. Pero hasta entonces, las niñas...

Logan la había estado mirando con atención, como si tratara de leerle la mente.

—Veinticuatro horas, Sharp, ni un minuto más. —Su teléfono sonó mientras expresaba su ultimátum. Kay respondió con un escueto «Sí», mientras el sheriff atendía la llamada un momento y la terminaba sin decir palabra—. Detective Young, a ti te asigno otro caso.

Vaya, así que para eso eran los refuerzos.

Elliot asintió y se acercó.

—¿Qué ocurre?

—Un hombre ha sido encontrado muerto a un lado de la interestatal. El primero en llegar dice que ha recibido un disparo en el corazón.

CAPÍTULO SEIS

Julie

La única luz provenía de una bombilla amarilla que colgaba por los cables del techo, varios metros por encima de su cabeza. La habitación estaba fría y húmeda; el aire, cargado de un olor a moho y rancio que ella dejó de percibir hacía ya tiempo. Solo había una ventana, más cercana al alto techo y completamente tapiada, como si es que fuera a poder alcanzarla aunque se esforzara al máximo. El suelo era estéril, de hormigón duro y frío como el hielo, pero Julie se sentó en él, se abrazó las rodillas y empezó a mecerse de un lado a otro mientras amargas lágrimas caían de sus ojos hinchados.

—Oh, mamá, lo siento mucho —gimoteó, como había hecho una y otra vez desde que había vuelto en sí en aquel espantoso lugar—. Por favor, perdóname... Por favor, mamá, perdóname.

Cómo deseaba haber tomado en serio a su madre desde el principio y haber abandonado Mount Chester en lugar de lo que había hecho, y además haberse ido a una cita. Cómo deseaba haberla escuchado... Ahora seguiría viva, echándole la bronca por el desastre de su habitación.

En cambio, estaba encerrada en aquel lugar abandonado, y su recuerdo más vívido era el cuerpo de su madre cayendo al suelo, con la sangre brotando de su herida, mientras aquel hombre monstruoso se reía. Y sus hermanas... ¿Qué les había pasado? ¿Seguirían vivas, arriba, donde les había dicho que se quedarán? ¿O estarían...?

No se atrevió a terminar la frase por miedo a que se convirtiera en realidad. Temblando, se rodeó las rodillas con los brazos y rezó en silencio, como su madre le había enseñado hacía muchos años, cuando era pequeña. Al cabo de un rato, las palabras de la oración repetida se fundieron en una simple petición.

—Por favor, que estén vivas.

Luego volvió a sollozar hasta que ya no pudo respirar. En cuanto cerró los ojos, la imagen del cuerpo de su madre se formó bajo sus párpados, ahondando en el hueco y ardiente abismo que sentía en su pecho.

A veces, gritaba contra los muros de hormigón, pero nadie respondía.

—¿Por qué la mataste? —preguntó, golpeando la gran puerta metálica con los puños—. ¿Por qué? ¿Por qué no me llevaste a mí y a ella la dejaste vivir? Es a mí a quien querías, enfermo hijo de puta, ¿por qué tuviste que matarla?

Entonces la respuesta que ya conocía acudió a su cansada mente, succionando el aliento de sus pulmones y helándole la sangre.

Su madre había muerto defendiéndola. Su madre había muerto por su culpa. Por lo que había hecho. Porque ella nunca la escuchaba. Porque salió corriendo de casa y se fue con Brent al cine en vez de quedarse para que pudieran escapar a San Francisco. Se había besado con él, tan cautivada por sus labios que ni siquiera se había dado cuenta de que la película había terminado y empezaba otra. Solo en el viaje de vuelta a casa recordó la advertencia de su madre y la realidad de su situación la golpeó como un tren de mercancías, dejándola hecha un despojo lleno de lágrimas y de culpa en el asiento del copiloto de la camioneta de Brent; alguien de quien no podía deshacerse lo bastante

rápido.

Había olvidado todo lo que su madre le había pedido, y ahora tenía las manos manchadas de sangre.

¿Se perdonaría alguna vez lo que había hecho?

Enterró la cara entre las rodillas, demasiado débil para gritar. Merecía morir, como había muerto su madre y quizá también sus hermanas. Porque había sido una idiota descuidada y egoísta que no se había dado cuenta del peligro que corrían, aunque su madre se lo había explicado una y otra vez, aun sabiendo lo que había hecho su hija. Julie lo había visto con sus propios ojos y aún no podía creerlo.

Estúpida, imprudente... eso es lo que era.

Inquieta, se levantó y empezó a arrastrar los pies por la habitación, de un lado a otro, escuchando. Solo el sonido de la lluvia entraba por la ventana entablada, el inconfundible golpeteo contra los canalones metálicos. A veces, los truenos bajos resonaban extrañamente contra los muros de hormigón, haciéndolos vibrar casi de forma imperceptible, como si la propia casa temiera la tormenta y se estremeciera desde los cimientos.

Alguien había colgado un espejo en una de las paredes grises inacabadas, un sentido del humor enfermizo o algo aún peor para quién sabe qué que ella ni siquiera entendía. En la desgastada superficie de cristal se veía a sí misma cautiva, desesperada, desesperanzada, cada vez que pasaba por allí. Seguía con la ropa que se había puesto al volver del cine la noche anterior, ahora casi completamente seca por el calor de su cuerpo. Sin embargo, no se reconocía cada vez que pasaba junto al espejo y se miraba de reojo. Esa chica de ojos hundidos y andar inestable no podía ser ella. Solo era un mal sueño y pronto despertaría. Pero ¿cómo podría, si ni siquiera estaba durmiendo?

En el rincón más alejado había una cama con sábanas, almohadas y un edredón que ella no había tocado, pues prefería la frialdad del suelo y la dureza de la puerta cerrada al riesgo de dormirse sobre almohadas blandas y ser sorprendida por quien pudiera entrar.

Porque no pensaba dejarse sorprender nunca más. No, quería preguntarle al hombre que se la había llevado qué había hecho con sus hermanas. Luego se dejaría caer en sus manos, mereciendo ser castigada por el daño que había causado y sin ganas de vivir un día más.

Con la cabeza gacha bajo la renovada amenaza de las lágrimas, se sentó en el mohoso y duro suelo de cemento y se rodeó de nuevo las rodillas con los brazos, sollozando en silencio. Ojalá pudiera saber de sus hermanas. Ojalá alguien se lo dijera.

CAPÍTULO SIETE

Refugio

La oficina del sheriff de Mount Chester rara vez utilizaba la sala de descanso. En los escasos días en los que todos los agentes estaban haciendo doble turno en busca de un niño desaparecido o un turista perdido, algún oficial ocupaba una de las seis literas, colocadas a lo largo de las paredes en dos filas de tres. No eran muy cómodas; solo las utilizaban los agentes del sheriff varones, ya que las mujeres solían conducir hasta la comodidad de sus camas. Las literas, estrechas y algunas torcidas, tenían una almohada abultada y una manta áspera y de color apagado que olía a aire viciado y a calcetines sucios.

La habitación servía para muchas otras cosas, como para guardar material de limpieza y oficina, una vieja impresora cubierta de una capa de polvo tan espesa que parecía viva y varios monitores de ordenador, probablemente estropeados, pero que seguían apareciendo en algún lugar del inventario de activos fijos. Una estantería contra la pared del fondo albergaba el suministro de munición para toda la comisaría, justo al lado de bombillas de repuesto y varios uniformes pulcramente doblados.

Kay había juntado dos de las mejores literas y las había forrado con mantas de repuesto. La agente Farrell había corrido a casa y había vuelto con ropa limpia y seca que las niñas podrían ponerse y un juego de sábanas con un colorido estampado de animales del Rey León. A continuación, las dos mujeres pasaron por el desgarrador proceso de recoger pruebas de los cuerpos de las niñas.

Heather se resistió a la petición de Kay de que soltara el móvil que había estado agarrando todo el tiempo; la detective tuvo que apartar suavemente sus dedos del aparato. El hecho de que se lo quitaran hizo que los ojos embrujados de Heather se llenaran de lágrimas, las primeras que Kay le había visto, lágrimas silenciosas que rodaban por un rostro inerte. Cada vez más preocupada por la capacidad de la niña para hacer frente a su trauma, Kay se metió el móvil en el bolsillo y luego pasó unos minutos cogiéndola de la mano y hablándole con voz tranquilizadora sobre cómo iba a recuperarlo en cuanto obtuviera algunas pruebas de él. Le dijo que todo iba a salir bien, aunque ahora no lo pareciera. Que era una niña valiente, tan valiente que Kay deseaba tener una hija como ella. Y, mientras pronunciaba las palabras, se encontró creyéndoselas.

Después les quitaron la ropa, prenda por prenda, y las sellaron en bolsas de pruebas. Jodi las ayudó en todo momento; a Heather no parecía importarle. La ayudante del doctor Whitmore las guio durante todo el proceso con pocas palabras, pronunciadas con voz entrecortada.

Una vez que las niñas estuvieron envueltas en sábanas limpias y de pie sobre una gran extensión de papel colocada en el suelo, Jodi las peinó lenta y suavemente con un cepillo. El pelo ensangrentado de Erin fue lo que más problemas planteó, pero al final Jodi cortó algunos mechones y los metió en una pequeña bolsa de pruebas para aligerar el proceso. Lo siguiente fue rasparles bajo las uñas, por si habían arañado al asesino de su madre.

Finalmente, las niñas se dieron una ducha. Farrell se ofreció voluntaria para la tarea y acordó los vestuarios femeninos mientras duró. Tenía unos veinticinco años y era una gran policía, inteligente, enérgica y todo corazón. Le cantaba a la pequeña Erin, intentando mantener su atención alejada del agua manchada de sangre que se arremolinaba alrededor de los pies de la niña, con la voz quebrada de vez en cuando, sin tono y con respiraciones entrecortadas, mientras la niña se chupaba el pulgar con tanta fuerza que sus dientes dejaban profundas marcas de mordiscos alrededor de su dedo.

Heather permaneció disociada y en silencio durante todo el calvario. Su boca se negaba a articular una sola palabra, su mirada estaba desenfocada, perdida en una distancia que hacía soportable su trauma. Cuando la ducha por fin terminó, se dejó guiar hasta la sala de descanso y se sentó en un lado de la litera doble que Kay había improvisado, y esperó, silenciosa y perdida, probablemente sin darse cuenta de lo que la rodeaba ni del paso del tiempo.

Desde el Waffle House llegaron a toda prisa raciones dobles de tortitas empapadas en sirope que llenaron la oficina del sheriff con el olor de los domingos por la mañana, pero las niñas apenas las tocaron, ni tampoco la infusión de manzanilla que alguien había preparado en el microondas.

Poco después, por fin estaban dormidas, vestidas con ropa limpia pero algo grande que la agente Farrell había cogido prestada del armario de su hija. Erin seguía chupándose el dedo, pero dormía profundamente, con una respiración regular, silenciosa. Heather en cambio respiraba con dificultad; su sueño era inquieto, agitado, probablemente invadido por pesadillas indescriptibles. Kay se quedó mirándolas un momento y luego salió de la habitación en silencio, cerrando la puerta tras ella, mientras en su mente se veía a sí misma disparando al responsable una y otra vez.

En el pasillo se cruzó con el sheriff Logan, que debía llevar un rato vigilando a las niñas a través de la pequeña ventana empotrada en la puerta de la sala de descanso.

—¿Has encontrado algo? —preguntó, con el ceño tenso, fruncido. Mascaba con impaciencia su habitual chicle mentolado, con los músculos bailándole en la mandíbula por el ritmo de fuerte y rápido al masticar, nada casual.

—Nada —tuvo que admitir—. No esperaba nada tan pronto —añadió con rapidez, sabiendo que Logan podía cambiar fácilmente de opinión y hacer esa temida llamada a los servicios sociales—. Necesitan descansar, más tarde hablaré con ellas. ¿Algo sobre la búsqueda?

Se pasó la mano por la frente y luego por el pelo.

—Nada. La unidad K9 volvió con las manos vacías, pero ya nos lo esperábamos. Los perros no pueden hacer mucho cuando las víctimas van en vehículos. La alerta AMBER salió hace un par de horas.

—¿Alguna llamada?

El sheriff rio.

—Solo los imbéciles de siempre que no saben lo que hacen. He perdido un montón de horas detrás informes falsos. —Miró a las chicas durante un instante y luego volvió a mirar a Kay—. ¿Crees que la hermana desaparecida sigue en la zona? Los controles de carretera no nos han aportado nada.

Quería decirle que no había datos suficientes para formular un perfil, ni siquiera para comprender cuáles podrían haber sido las intenciones del sudes.

—No hay forma de saberlo —respondió en su lugar—. Espero poder averiguarlo cuando

las pequeñas empiecen a hablar. ¿Se fijó en las copas de vino que había en la mesa? Eso me dice que el asesino no era un extraño. Tampoco se forzó la entrada. Cheryl conocía al sudes.

—Quizá las niñas también lo conocían —dijo el sheriff, amasándose la barbilla con la mano, por lo que algo le molestaba visiblemente—. ¿Un romance que salió mal?

Kay se encogió de hombros. De todas las cosas que pueden poner en peligro el resultado de una investigación, hay una que destaca como la razón más importante para que haya casos sin resolver, y es llegar a conclusiones infundadas demasiado pronto y luego mantenerlas.

—Eso no lo sabemos.

—Eso es lo que suele ocurrir —insistió Logan con una rápida sonrisa que dejó al descubierto brevemente la encía que sujetaba sus molares izquierdos—. Alguien engaña, o alguien deja a alguien. Una mujer despechada, la esposa de su amante, ese tipo de cosas. En todos mis años en las fuerzas del orden, puedo decirte que son las mujeres, las drogas o el dinero, nada más, lo que lleva a la gente a matar aquí, en nuestra zona.

—Sí, podría ser una mujer —admitió Kay, aunque en su fuero interno se sentía mal. Una mujer probablemente habría dejado marcas de pintalabios en la copa de vino. Y el secuestro de una adolescente tenía mucho más sentido para un agresor masculino, por todas las razones horribles y enfermizas—. El doctor Whitmore lo aclarará en cuanto analice la copa de vino. Lo más probable es que haya suficiente saliva en ella para sacar ADN.

La sonrisa ladeada del sheriff volvió a aletear en sus labios y luego desapareció.

—Pero tú eres la perfiladora. ¿Qué crees tú?

—Creo que es demasiado pronto para decirlo —respondió ella con cautela—. El arma homicida oportunista, un cuchillo de la cocina de Cheryl, habla de falta de premeditación, de un crimen pasional. Pero el secuestro nos pone frente a algo completamente diferente, algo que no encaja. No creo que tengamos aún todas las piezas de este rompecabezas. —Miró la hora y sintió una punzada de angustia que le recorrió las entrañas—. Julie lleva fuera dieciséis horas ya, y no tenemos nada. Ninguna llamada de rescate, aunque tampoco esperaba una en realidad. No tengo ni idea de lo que ha pasado. Todo lo que sabemos es que, anoche, lo que empezó como una visita casual acabó en un baño de sangre y en el secuestro de una chica.

El sheriff miró por la ventana a las dos niñas dormidas, vigiladas de cerca por la agente Farrell. Kay siguió su mirada y reprimió un suspiro. Sintió el impulso de entrar corriendo y despertarlas; tal vez pudieran darle algo, cualquier cosa que la ayudara para encontrar a Julie. Pero sería más probable que se comunicaran con ella y recordaran detalles críticos después de haber dormido una hora. Es entonces cuando el cerebro traumatizado se cura.

—Las respuestas están en estas dos niñas —dijo, comprobando de nuevo la hora, con la tensión filtrándose en su voz—. Solo ellas pueden darnos la información que necesitamos para encontrar a Julie. Y cada momento cuenta.

CAPÍTULO OCHO

Segunda escena del crimen

Estaba cayendo un auténtico diluvio.

Los remanentes de un huracán que provenía del Pacífico azotaban la costa oeste con fuerza, descargando más lluvia de la que la zona había visto en un año.

Elliot se levantó el cuello de la chaqueta y presionó firmemente la parte superior de su sombrero, asegurándose de que permaneciera donde debía una vez que saliera del coche. Furiosas ráfagas de viento hacían que la lluvia se arremolinara en círculos sobre el asfalto; las gotas eran tan pesadas que formaban grandes burbujas al caer al suelo. El agua que bañaba la interestatal se escurría hacia el arcén, pasando por encima de cada coche que circulaba por el carril en dirección norte y que enviaba salpicaduras de la misma por encima de la mediana, incluso cuando los conductores aminoraban la marcha para contemplar boquiabiertos el gran número de vehículos de las fuerzas del orden presentes en el lugar de los hechos. Después de despejar el estrecho arcén, el agua fluyó hacia el lado de la carretera, donde la grava se encontraba con la hierba bajo un par de centímetros de acumulación.

Donde yacía la víctima.

Y donde la lluvia borraba cualquier rastro de evidencia que pudiera tener en su cuerpo.

Varios agentes ya habían levantado algunas carpas. Una había sucumbido al viento, con una de las patas doblada y el techo inclinado hacia un lado, amenazando con derrumbarse.

—Vosotros dos —llamó Elliot gritando a un par de agentes para hacerse oír contra la tormenta—. Traed una lona y mantenedla sobre el cuerpo hasta que llegue el forense. Corred rápido, más que si tuvierais que ir al retrete.

La víctima, un hombre de unos cincuenta años, había rodado hasta la cuneta. Estaba tumbado bocabajo, con el cuerpo alineado con el lado de la carretera, las piernas cruzadas por los tobillos por el giro y las perneras del pantalón retorcidas alrededor de estos en la misma dirección. La piel de su rostro, o lo que se apreciaba de él, era de un azul pálido y con manchas; su barba, entrecana y pulcramente recortada, estaba salpicada de gotas de lluvia y barro.

Llevaba una chaqueta azul marino que repelía el agua y que debía ser cara, ya que después de tanto tiempo bajo la furia de los elementos no se había arrugado ni un ápice. Como el hombre había sido arrojado ahí hacía tiempo, cualquier rastro visible de sangre ya había desaparecido. Elliot pensó que le podrían haber disparado ahí, al lado de la carretera, o traído a ese lugar desde la escena de un crimen primario. Pero ¿quién detiene su coche en el arcén de la interestatal, donde los vehículos pasan a una velocidad increíble, y dispara a alguien?

Se agachó junto al cadáver y examinó el agujero de la chaqueta del hombre, visible justo entre los omóplatos. Tocó los bordes del agujero con la punta de su bolígrafo y entrecerró los ojos en la penumbra. Los bordes estaban quemados y el tejido de poliéster estaba endurecido por el calor; la bala había sido disparada a corta distancia, la boca del arma había estado en contacto directo con el cuerpo del hombre o a menos de quince

centímetros.

Los dos agentes del sheriff se apresuraron a traer una lona azul, la extendieron sobre el cuerpo del hombre y la sujetaron por las esquinas a un metro y medio del suelo.

—¿Así está bien, detective? —preguntó uno de los hombres, entornando los ojos bajo la lluvia que le golpeaba directamente en la cara.

—Inclínala hacia un lado, para que el agua no se estanque —le indicó Elliot. Aquel policía trabajaba a destajo, pero parecía un auténtico novato.

—¿Y la pongo en el suelo?

—No. Mantenla así hasta que llegue el forense. —Era como si nunca hubieran trabajado en una escena del crimen bajo la lluvia.

Los labios de Elliot se tensaron y se movieron sin hacer ruido. Probablemente murmuraba una maldición. Justo cuando iba a decir algo, la furgoneta del forense se detuvo junto al guardarraíl y el doctor Whitmore se precipitó hacia donde se encontraba el cuerpo.

—Me mantenéis ocupado estos días —dijo en lugar de un saludo—. Esto cada vez se parece menos a la jubilación que quería.

—No me culpes a mí de esto, doctor —replicó Elliot, sujetándose el sombrero por encima de la cabeza mientras el viento empeoraba—. Si por mí fuera, solo vendrías a vernos cuando estuvieras realmente aburrido de la agenda social de tu mujer, y jugaríamos al billar y nos tomaríamos unas cervezas en vez de pasar el rato en este barrizal.

El doctor Whitmore se agachó al lado de la víctima, bajo la lona.

—Tienes facilidad de palabra, lo reconozco —dijo, frunciendo el ceño mientras examinaba el cuerpo con rapidez. Después lo colocó en posición supina—. Una sola herida de bala en la parte superior del cuerpo —anunció—. Orificio de entrada por la parte trasera. Sabré más cuando lo tenga en mi mesa. —Levantó el brazo del hombre y examinó la piel de cerca, subiéndole la manga un par de centímetros. Lo flexionó por la muñeca y el codo, luego le subió un poco la camisa y la chaqueta para observar una sección de su abdomen.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Elliot.

—Lleva aquí un rato —respondió el médico—. Basándome en el rigor y la decoloración, diría que un par de días. —El doctor Whitmore se puso en pie y caminó hacia atrás, abandonando la lona azul—. Vamos a cargarlo —le dijo a su ayudante, una joven que parecía abatida bajo la lluvia torrencial—. ¡Bolsa para cadáveres! —le indicó al verla coger la camilla—. No tiene sentido tratar de llevarlo sobre ruedas en todo este lodazal.

—¿Puedo? —preguntó Elliot, haciendo un gesto vago hacia el cadáver.

—Adelante —respondió el forense.

Agazapado junto al hombre una vez más, Elliot rebuscó en sus bolsillos, intentando encontrar una cartera o algo que ayudara a identificarlo. No había nada: ni cartera, ni llaves, ni móvil. El asesino había hecho un buen y minucioso trabajo antes de arrojarlo allí.

El doctor Whitmore esperó a que la bolsa para cadáveres estuviera en el suelo junto al cuerpo del hombre y abrió la cremallera. Luego agarró a la víctima por los hombros mientras su ayudante le agarraba las piernas. En perfecta sincronía forjada por la práctica, levantaron el cadáver y lo depositaron en la bolsa. Unos instantes después, cerrada con cremallera y asegurada con correas, estaba cargada en la furgoneta, lista

para ser llevada a la sala de autopsias.

Elliot empezó a buscar el arma del crimen, y los dos agentes se le unieron en cuanto la lona azul dejó de ser necesaria. Los dos eran los únicos recursos con los que contaba; el resto del equipo del sheriff estaba desplegado en la búsqueda de Julie Montgomery. Recorrieron la zona en cuadrícula, mirando cuidadosamente detrás de cada arbusto y dentro de cada zanja. El doctor Whitmore les prestó un rodillo magnético, que les facilitó el trabajo al no tener que agacharse y hundir las manos en zanjas llenas de agua donde el arma podría haber sido desechada.

Unas dos frustrantes horas después, se rindieron. No se encontró el arma homicida.

CAPÍTULO NUEVE

Ventana

Los altos ventanales dejaban entrar toda la penumbra, apenas aclarada por su paso a través de las cortinas blancas y etéreas que caían en ondas perfectamente alineadas desde el techo hasta el suelo. Había apagado las dos lámparas de araña, en consonancia con la consternación de Madre. Nunca había evitado su ira; de todos sus hijos, él era el único que la comprendía, el que sabía curar sus heridas y secar sus lágrimas.

Había sido elegido mucho tiempo atrás.

Se pasó los dedos por el pelo, rizado y engominado, de las raíces a las puntas, donde estas, desiguales, sin recortar desde hacía tiempo, le tocaban los hombros. Frotándose las manos para calentárselas, se situó a unos metros de la ventana, con su rebeca *beige* desabrochada sobre una camisa de seda blanca y unos pantalones negros. Un escalofrío le recorrió la espalda y hundió las manos en los pequeños bolsillos, apretándolas en sus puños. No se acercó al fuego que ardía vivo en la chimenea. Sus ojos permanecían clavados en el lúgubre paisaje exterior, donde Madre lloraba.

Donde sangraba. Justo al lado de las losas de hormigón de su camino, se abría en la ladera de la colina Ash Brook una grieta cada vez más profunda, que era un mero recuerdo de la abisal, de al menos treinta metros de profundidad. «¡Oh, cómo debe dolerle eso a Madre!».

Apretó las manos con fuerza, con la piel fría y húmeda al tacto incluso después del relativo calor de los bolsillos de punto, como si su propia sangre se negara a nutrir su cuerpo.

—Madre Tierra, escucha a tu hijo —susurró—. Estoy ante ti, implorando tu misericordia y tu perdón. Muéstrame el camino a seguir y detendré tu hemorragia y secaré tus lágrimas. —Respiró y bajó los párpados, dando la bienvenida a la oscuridad, donde Madre le hablaba—. La he encontrado, Madre, la que aliviará tu sufrimiento. Está lista para ti.

Respiró hondo, despacio, sintiendo la mano de Madre tocándole, aliviando sus miedos, llenándole de paz. Abrió los ojos y escudriñó el cielo, pero las nubes se amontonaban en una temible capa de penumbra y la lluvia caía con más fuerza que antes.

Avanzó con lentitud hacia la estantería y se detuvo frente a la tercera sección. Tocó un botón escondido detrás de uno de sus libros más preciados, *El símbolo de la gloria*, de George Oliver, y la estantería se deslizó hacia la derecha, mostrando una zona de pared desnuda con una ventana en medio. Se acercó despacio, tímidamente, como si temiera lo que iba a ver.

Esa ventana no daba al exterior. A través de una serie de espejos emparejados instalados en ángulos de cuarenta y cinco grados en túneles descendentes, captó una visión de lo que ocurría en el sótano, dos niveles por debajo de él, donde dormía la niña. En su extremo, ella solo podía ver un espejo, nada más, mientras que él era capaz de observarla sin cesar, viendo cada uno de sus movimientos y oyendo cada una de sus palabras por los diminutos altavoces instalados en el marco de la ventana.

La miró hipnotizado. No podía creer lo hermosa que era, el tipo de belleza que solo las

jóvenes y puras desprenden por cada poro de su piel. Con los ojos fijos en la imagen de la chica, dejó que sus dedos helados tocaran el cristal donde ella aparecía con los labios entreabiertos mientras lloraba en silencio, acurrucada de lado; donde su pelo llegaba hasta el hormigón gris; donde su pecho se hinchaba con cada respiración, hecha añicos.

—Lo siento mucho, mamá —gimoteó la niña, sobresaltándolo.

No era la primera vez que perturbaba sus pensamientos con esas tonterías. Irritado, apagó los altavoces con un giro rápido y furioso de un botón. Si hubiera dejado de llorar, tal vez habría podido aferrarse a ella un poco más. ¡Qué cosas más bonitas podrían hacer juntos si tuvieran tiempo!

Su imaginación tejía planes interminables y visiones de días dichosos con la chica en brazos; su dedicación a Madre vaciló por un instante antes de encogerse de hombros ante la tentación. Y, aun así, tal vez se quedaría con ella por un tiempo.

Solo si Madre lo permitía.

CAPÍTULO DIEZ

Planes de viaje

Tras sujetarse la larga melena rubia para atrapar los mechones que se habían escapado, Kay soltó un improperio y apretó el puño, deseando que hubiera algo que pudiera romper. No había ninguna opción buena que pudiera tomar, todas las que tenía eran igual de malas. Una era obligar a las niñas a despertarse, cuando era obvio que necesitaban descansar un poco antes de ser arrastradas de nuevo al centro de una horrible realidad. La otra era dejarlas dormir, mientras que al mismo tiempo Julie, que ya llevaba dieciocho horas fuera, necesitaba desesperadamente su ayuda. Cualquier información que pudiera obtener de las dos pequeñas sería un tesoro, el comienzo de un rastro de migas de pan que podrían seguir para encontrar a su hermana desaparecida.

Había intentado despertar a Heather, pero la niña no estaba en condiciones de mantener una conversación. Apenas en pie y pálida como un fantasma, se tambaleó hasta el baño y volvió con la misma mirada vacía. Luego se sentó a un lado de la cama, inmóvil y en silencio, hasta que Kay se rindió, la tumbó de lado y la tapó con la manta. Antes de que Kay pudiera llegar a la puerta, estaba profundamente dormida pero inquieta, luchando contra los demonios que acechaban sus pesadillas.

No podía hacer nada. No en ese momento, no antes de que tuvieran la oportunidad de empezar a curarse; el trauma era demasiado grave para permitirles funcionar sin el reposo curativo del sueño. Pasó un largo rato sopesando lo que estaba bien y lo que estaba mal, y pidiendo consejo a Hipócrates en su mente, se marchó, cerrando la puerta silenciosamente tras de sí. Solo el padre de la medicina conocería la respuesta a su dilema. Ya les había negado la tranquilizadora ayuda de la medicación para dormir, preocupada por la pérdida de memoria a corto plazo que podrían sufrir como efecto secundario. Aun así, se alejó con paso apresurado y el ceño fruncido, desgarrada por dentro, sabiendo que Julie seguía ahí fuera.

Pero no iba a quedarse de brazos cruzados mientras las horas pasaban como minutos y Julie estaba desaparecida. Aún podía hacer su trabajo, mirar las pruebas, examinar la escena del crimen una vez más, buscar en los registros cualquier indicio de crímenes similares ocurridos en el norte de California. Pero ¿serviría de algo? Esa mañana, al ver el arma homicida abandonada en la escena, dedujo que Cheryl podría haber sido el primer asesinato del sudes.

Decidió que volver a visitar la escena del crimen era su mejor opción, así que condujo a fondo hasta Angel Creek, con la sirena y los intermitentes encendidos a pesar de que el tráfico estaba relativamente despejado. Ese mismo día, cuando había recorrido las habitaciones de la casa, se había sentido apresurada y distraída por encontrar a Erin y Heather, por su necesidad de llevarlas a un lugar seguro, de protegerlas, un poco inquieta por sus sentimientos inesperadamente fuertes hacia las dos niñas. ¿Qué había sido todo eso? Nunca había tenido instintos maternales que ella reconociera, ni había imaginado una vida para sí misma en la que tuviera hijos, sabiendo que jamás podría dejar atrás por completo los horrores de su trabajo antes de volver a casa para acunar a su prole.

Ver la cinta amarilla de la policía ondeando al viento le hizo recordar el momento. Se detuvo junto a la casa y saludó con la mano al agente del sheriff encargado de vigilar el lugar; luego subió los cinco escalones del porche tras una corta y vigorosa carrera a través de la lluvia que caía, ignorando los charcos que pisaba y el agua que le golpeaba la cara como agujas heladas. Una vez terminada la recogida de pruebas, ya no era necesario llevar mono ni botines protectores, pero se limpió bien los pies antes de entrar y se sacudió las gotas de lluvia de la chaqueta azul marino.

La casa estaba silenciosa y casi a oscuras; la poca luz que entraba se filtraba por las pesadas nubes y los grises omnipresentes que parecían ser la tónica de esos días. Faltaba más de una hora para el atardecer, pero parecía mucho más tarde; incluso las farolas habían comenzado su tarea, desprendiendo capas de amarillo sodio que enviaban chispas de luz dorada contra el asfalto mojado, reflejadas en cada gota de lluvia. Encendió la luz y se detuvo, cerrando la puerta y contemplando todo el entorno.

Un salón modesto pero limpio, con un sofá y un televisor grande, y pocos muebles más. Una caja de juguetes ocupaba la esquina más alejada, de Erin por lo que parecía, llena de animales de peluche mezclados con piezas de Lego y muñecas. En la pared, una estantería con algunos libros, álbumes de fotos y un jarrón sin flores. El sofá de tela blanquecina estaba limpio y parecía nuevo, animado por unos cojines de colores con un estampado floral verde y negro que hacía juego con los toques verdes que Cheryl había insertado creativamente en la decoración: el color de las cortinas, el tono del jarrón, el estampado de cuadros verdes del camino de mesa que había en la del comedor.

Kay caminó despacio hacia la cocina, donde una mancha de color burdeos oscuro contaba la historia de lo ocurrido. Un marcador olvidado de la escena del crimen con el número once en letra negra sobre plástico amarillo seguía junto al bloque de cuchillos de la encimera. El olor metálico de la sangre oxidada estaba presente, tenue pero todavía allí, mezclado con el del guiso que nadie se había molestado en retirar del fuego y tirar.

Un escalofrío invadió su cuerpo. Se abrazó a sí misma, frotándose los brazos con las manos mientras imaginaba cómo el equipo enviado por la oficina del sheriff entraría allí dentro de unos días y empezaría a limpiarlo todo, desde la sangre del suelo hasta el contenido de la nevera, para después sellar la casa y prepararla para lo que estaba por venir. Un grupo de extraños revisando las cosas de Cheryl, tocando todo, violando su vida, su hogar.

«Dentro de unos días, ese guiso estará lleno de gusanos», pensó; y entonces vació la olla en el fregadero de la cocina y encendió el triturador de basura. Zumbaba con fuerza, pero ella acogió con agrado el ruido; cualquier sonido daba vida a esa casa tocada por la muerte. Se apresuró a enjuagar la olla y la dejó bocabajo en el fregadero, sintiéndose un poco culpable por el tiempo que había perdido en una tarea tan insignificante.

Se dirigió a la mesa del comedor, de la que ahora faltaba la silla que se había roto. Se quedó en su lugar, imaginándose a sí misma como Cheryl, sentada frente a su invitado después de haber servido vino para los dos. ¿Cómo pasaron de beber vino juntos al apuñalamiento? ¿Qué sucedió?

Kay visualizó la escena: Cheryl sirviendo el vino, el invitado ya sentado a la mesa, esperando, charlando, sonriendo. Tal vez sonriendo; no lo sabía con certeza. ¿Un hombre? ¿Una mujer? Tenía que ser un hombre. Una mujer no era del todo imposible, pero no le encajaba por varias razones. La noche había empezado bien, pero entonces...

¿Qué había salido tan mal? ¿Dónde estaban las niñas en ese momento? ¿Sabía que sus tres hijas estaban en la casa? ¿Por qué dejó testigos?

Recorrió el suelo de la cocina palmo a palmo, estudiando la superficie donde las marcas de las rozaduras desaparecían en la alfombra del salón, en el lugar en el que la silla destrozada había caído al suelo. Luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta trasera, estudiándola. Los agentes que habían trabajado en la escena dijeron que no había signos de que se hubiera forzado la entrada. El sudes había accedido por ahí, por la puerta trasera, no por la delantera; habían encontrado un pequeño charco de agua en las baldosas, a medio metro de la puerta, ahora casi completamente seco.

Tenía que ser alguien familiarizado con la propiedad, alguien que la hubiera visitado antes.

Abriendo dicha puerta, Kay miró fuera. El camino de entrada discurría paralelo a la casa hasta la puerta del garaje, unos metros más lejos de la carretera que la puerta trasera. Tenía sentido llamar a esa puerta bajo la lluvia, estando esta más cerca del coche que debió conducir para llegar hasta allí. Pero aun así... tuvo que haber estado en esa casa antes. Nadie que llamara por primera vez habría usado la entrada trasera, lloviera o no.

Entonces se fijó en las tres maletas que había a un lado del pasillo y frunció el ceño. ¿Las habían examinado los técnicos de la escena del crimen? Gracias a una rápida llamada telefónica supo que no, que nadie las había analizado. Se puso un par de guantes azules de nitrilo y abrió la primera.

Estaban repletas de ropa para todos los miembros de la familia. Contó la ropa interior que había en la maleta grande y descubrió que Cheryl pensaba estar fuera al menos dos semanas, con todas las niñas. ¿A dónde iban? ¿Y cuándo se suponía que se marchaban? Debió ser con un propósito distinto al de un simple viaje de fin de semana, pero ¿cuándo fue la última vez que una madre soltera con tres hijas podía permitirse unas vacaciones de dos semanas?

Una cosa era casi segura: Cheryl no iba a viajar con el sudes ni iba a irse esa noche, o no se habría servido vino. ¿Quién bebe vino antes de conducir con un tiempo tan miserable y traicionero, nada menos que bajo la oscuridad nocturna?

Kay tenía que empezar a hacer preguntas a la gente que conocía a Cheryl. Su familia podría saber algo sobre sus planes de viaje, o tal vez el vecino. Parecía demasiado cercano a Cheryl como para no saberlo.

¿Y si su viaje planeado tuviera algo que ver con su asesinato? ¿Estaba huyendo de alguien? ¿De quién?

No encajaba.

Lo poco que Kay sabía de Cheryl Coleman no contaba la historia de alguien a la fuga.

Recordó lo que había aprendido sobre ella antes, en la comisaría, mientras indagaba en su vida tal y como constaba en las bases de datos policiales y gubernamentales. La vida de la mujer había sido del todo convencional. Esa noción se aplicaba perfectamente a Cheryl Coleman.

Había estado casada con Calvin Montgomery, un ingeniero de la construcción que murió a los veintinueve años cuando se desplomó un andamio y se lo llevó por delante. El accidente se había investigado a fondo y el constructor había sido absuelto de toda culpa. Pero Cheryl se había quedado con tres niñas pequeñas; la menor, Erin, solo un bebé en aquel momento. Sin embargo, había sobrevivido de alguna manera, aunque su

trabajo de higienista dental probablemente apenas bastaba para pagar las facturas.

¿Por qué alguien como Cheryl Coleman decidiría un día levantarse e irse y, además, justo el mismo día en que la mataron?

Los haces de luz que circulaban por la calzada de al lado colorearon las paredes de bandas azuladas, llamando la atención de Kay. El vecino estaba en casa.

Era hora de hacerle algunas preguntas.

Palpándose los bolsillos por la fuerza de la costumbre en busca de sus llaves, aunque solo iba a cruzar el césped para ver a los Livingston justo al lado, sintió algo que no le pertenecía.

El móvil de Heather.

Mientras profundas arrugas se formaban en su frente, lo sacó y lo miró un momento, como si nunca antes lo hubiera visto. El fondo de pantalla era una foto de esponjosos gatitos blancos en una cesta rosa, lo que tendría una niña de su edad. Intentó acceder deslizando el dedo hacia arriba por la pantalla y se abrió sin que se le pidiera la contraseña.

De pie en la puerta y buscando el interruptor de la luz, Kay comprobó los mensajes de texto y los registros de llamadas. Entonces su sangre heló.

Heather había llamado al 911 la noche anterior a las 21:39 y había estado al teléfono con ellos casi seis minutos.

CAPÍTULO ONCE

En la comisaría

Con ese caso, iba de mal en peor.

A Elliot no le importaban tanto las cifras de cierre de sus casos personales como atrapar a los villanos responsables de los crímenes y exigirles responsabilidades, pero el caso de este desconocido era tan fácil como matar moscas a cañonazos.

No tenía nada.

El cadáver había sido arrojado allí, junto a la interestatal, por lo que no tenía ninguna escena del crimen primaria que investigar. El doctor Whitmore había afirmado que llevaba unos dos días pudriéndose junto a esa zanja, bajo un aluvión de lluvias torrenciales que arrasaron con todas las pruebas. No había identificación en el cuerpo, ni cartera, ni móvil, ni joyas, ni siquiera un juego de llaves. Y aunque no había un arma homicida que pudiera rastrear, el tamaño del orificio de entrada apuntaba a una pistola de nueve milímetros, el arma más común utilizada en los tiroteos de todo el país.

No, no había absolutamente nada que contar, pero su madre no había criado a un derrotista. Y que le partiera un rayo si dejaba que el que había convertido a ese desconocido en cebo para buitres se salía con la suya. «**No mientras yo esté a cargo**», pensó, mientras seguía masticando un trozo de paja que había recogido junto a su coche. Sabía a campos mojados en otoño, a noches después de que las tormentas arrastraran el polvo de un campo de cereal recién cosechado.

Arrancó el motor y los limpiaparabrisas se pusieron en marcha, zumbando rítmicamente, de una manera casi hipnótica, incapaces de mantener el cristal libre de agua durante más de una fracción de segundo. Puso una velocidad más y salió, ansioso por volver a la comisaría y revisar algunos informes sobre personas desaparecidas.

Todo partía de la identidad de la víctima, punto clave para determinar el móvil y la oportunidad, dos de las tres piedras angulares de las investigaciones criminales. Sin establecerlas, no podía construir un caso. Pero a ese desconocido le habían disparado hacía un par de días; quizá alguien había denunciado su desaparición.

Sin embargo, no era de extrañar que los porcentajes de resolución de casos se encuentren en mínimos históricos, rondando por debajo del sesenta por ciento en California. Un hombre sin identificar que podría ser cualquiera, de cualquier lugar, tirado a un lado de la carretera, lavado por días de lluvia, y encontrado casi como por un milagro, donde se suponía que nadie lo encontraría. De no ser por una conductora embarazada con náuseas matutinas, quizá nadie lo hubiera descubierto nunca.

Esa acción requería de habilidad, de la mente de un asesino a sangre fría, para llevarla a cabo.

Se detuvo lo más cerca posible de la entrada de la comisaría y se apresuró a entrar, agradecido por no estar a la intemperie. Hizo una rápida parada junto a la máquina de café para tomar una dosis y buscó a Kay, con la esperanza de verla al menos de pasada. No estaba a la vista, pero tampoco había casi nadie. La oficina estaba vacía, solo quedaba el leve olor a café, sudor, polvo y suciedad. Todo el mundo estaba fuera, buscando a Julie.

—¡Mira quién ha llegado! —gritó un hombre, con las palabras arrastradas y llenas de saliva—. Yujuuu —bromeó, golpeando su bota contra los barrotes de la celda.

«**Estupendo. Los borrachos y escandalosos de anoche**», pensó Elliot, sin molestarse en responder. En lugar de eso, pasó de largo ignorando al hombre, que, a juzgar por el penetrante olor a orina que lo rodeaba como una nube, seguramente habría tenido dificultades para entender cómo utilizar el retrete de acero inoxidable de su celda.

—¡Tengo derechos! —gritó, haciendo sonar los barrotes con las manos—. ¡Eh!

—Sí, el derecho a guardar silencio —lanzó Elliot por encima del hombro, sin girar la cabeza ni aminorar la marcha. En algún lugar de esa comisaría había dos niñas durmiendo, y si ese borrachín las despertaba, Elliot aparecería justo en su celda con un rollo de cinta aislante para explicarle sus derechos.

Se detuvo frente a la sala de descanso y se asomó al interior a través de la ventana. La agente Farrell estaba sentada al lado de una litera, leyendo, mientras las dos niñas dormían.

Pero Kay no estaba allí.

Decepcionado, se dio la vuelta para marcharse cuando Farrell levantó la mirada y lo vio. Le hizo señas para que entrara.

—Entra, detective —dijo en un susurro—. ¿Buscas a la doctora Sharp?

—N-no —respondió él, un poco nervioso, pensando que debía haberle leído el pensamiento—. Solo comprobaba cómo estaban las niñas.

—Ah —contestó Farrell, con una sonrisa y un movimiento de cabeza lento y conspirativo—. Claro.

—¿Han dicho algo?

—Todavía nada. Kay no quiso despertarlas antes de tiempo y se marchó. Volverá más tarde. Creo que fue a la escena del crimen otra vez.

Elliot miró a Erin y estudió sus rasgos. Dormía profundamente, chupándose el dedo, con los rizos esparcidos por la almohada alrededor de la cara. Viéndola dormir, algo se agitó en él, aunque no podía precisar qué era.

—La pequeña está, eh... —empezó a decir, luego terminó su frase con un gesto, levantando el pulgar en el aire.

—Lo he intentado —respondió Farrell—. Se lo saco de la boca, y ella se lo vuelve a meter. La doctora Sharp dijo que no debíamos preocuparnos por ahora. Ella lo llama «**comportamiento tranquilizador**». Unos días no le harán tanto daño.

—De acuerdo —dijo, tocándose el ala del sombrero, y se dio la vuelta para marcharse—. Gracias.

—Y dijo algo —comentó Farrell con rapidez, su voz todavía en un susurro—. Erin habló. Solo la palabra «**monstruo**», nada más.

Elliot se quedó mirando las facciones angelicales de Erin durante un largo rato. Sus párpados se agitaron mientras sus ojos se movían rápidamente por debajo; estaba soñando. ¿Soñando con el monstruo que había visto?

Sin mediar palabra, salió de la habitación y se dirigió a la sala de conferencias. Había un rotafolio en el atril y un montón de rotuladores. Los cogió y los llevó a la sala de descanso, ignorando al borrachín burlón las dos veces que pasó por delante de su celda.

—Dale esto cuando se despierte —dijo, dejándolo todo sobre una litera vacía—. Dile que dibuje al monstruo.

La agente Farrell se rascó la sien con la punta de las uñas, con cuidado de no soltarse el pelo del moño perfecto que lo sujetaba al estilo reglamentario.

—Tiene cuatro años, detective —dijo, con la incredulidad en su voz salpicada de diversión.

Incómodo, Elliot se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—¿A qué edad empiezan, ya sabes, a dibujar cosas?

—Pueden hacer garabatos a partir de los dos años y sostener un lápiz de color, pero de ahí a dibujar al delincuente, yo diría que no vamos a ver nada que nos sirva.

—Pero no perdemos nada, ¿verdad? —preguntó sonriendo.

La agente Farrell parecía derretirse bajo su sonrisa, como algunas mujeres. Deseó tener el mismo efecto en Kay; entonces sería él quien no podría dejar de sonreír.

—No, eso seguro —respondió ella, devolviéndole la sonrisa—. Lo intentaré.

Elliot salió de la habitación, cerrando la puerta en silencio, y luego miró a las niñas dormidas una vez más. Recordó lo que había visto antes y que había tensado las cuerdas de su corazón de forma inesperada.

Había visto a Kay.

La había visto sosteniendo a la pequeña Erin en sus brazos en la escena del crimen y hablándole en voz baja, como si solo estuvieran ellas dos en el mundo. En ese momento se había sentido inquieto, como si las espiara, y había salido corriendo de allí antes de que ella pudiera darse cuenta. Antes de que ella pudiera ver sus mejillas sonrojadas como las de un adolescente, porque, durante un brevísimo instante, se había hecho una pregunta: «¿Y si...?».

Nunca había pensado que Kay fuera maternal; no lo era, para nada. Era decidida, lista como un zorro y más rápida que los cotilleos de pueblo. A veces parecía dura como una roca, y más valía no ser el delincuente sentado frente a ella en una sala de interrogatorios, pero tenía un núcleo blando, algo inesperadamente cálido y cariñoso bajo esa armadura de acero que llevaba todo el tiempo.

¿A dónde le llevaba todo eso?

—¡Eh! —gritó el borracho, con su voz ronca resonando en el largo pasillo—. ¡Quiero mi llamada!

Elliot se acercó corriendo y lo agarró por la camisa manchada de vómito a través de los barrotes de su celda.

—¿Te gustaría tener tu zapato tan dentro de la garganta que lo llamaras almuerzo? —preguntó, y al hombre se le quitó el color de la cara mientras asentía enérgicamente—. Ni un ruido más, ¿me oyes? Y tendrás tu llamada.

Durante el tiempo que duró su búsqueda en las bases de datos locales y estatales de informes de personas desaparecidas que coincidieran con su desconocido, el borracho permaneció en silencio, sentado en el suelo apoyado contra la pared del fondo de su celda.

No había nada. Ni un solo informe coincidía con el hombre encontrado muerto al lado de la interestatal. Aunque en California seguían activos más de mil casos que coincidían con el sexo y la edad de su víctima, no se había denunciado ninguno en las últimas cuarenta y ocho horas.

Su única esperanza era el doctor Whitmore y lo que pudiera descubrir sobre el hombre durante su examen. Sabiendo de antemano que el forense pondría los ojos en blanco al ver aparecer a Elliot sin invitación en su puerta, y temiendo el breve recorrido por la

interminable tromba de lluvia, se bebió el poco café que quedaba en su taza y salió corriendo.

CAPÍTULO DOCE

Los vecinos

De pie en la puerta e indiferente a la lluvia que chocaba contra el asfalto y enviaba gotas de rebote que empapaban las perneras de su pantalón, Kay estaba lívida mientras llamaba a la central del 911 y pedía hablar con el supervisor. Tras un momento de silencio, la operadora la transfirió a un hombre de voz monótona que se identificó con un código de llamada.

—Soy la detective Sharp, de la oficina del sheriff de Mount Chester, placa número 161552.

—¿Qué puedo hacer por usted, detective?

No reconoció la voz. Respiró, dispuesta a controlar la rabia que temía que estuviera a punto de filtrarse a través de sus palabras y el tono de su voz. Visualizó a la pequeña Heather haciendo aquella llamada al 911 escondida debajo de la cama de su madre, temblando, con los dientes rechinando, el móvil agarrado entre sus dedos temblorosos, mientras el sudor estaba abajo, matando a su madre y secuestrando a su hermana.

Todo para que nadie se molestara en responder.

—Anoche, a las nueve y media de la noche, se hizo una llamada desde este terminal —dijo, y dedicó unos segundos a buscar el número de teléfono de Heather en el menú de configuración. No estaba familiarizada con el modelo. Era un móvil más barato que parecía haber sido comprado en un 7-Eleven—. Aquí está: 415-555-2259. Necesito que saquen esa grabación y me la envíen, y un informe oficial de por qué no se respondió a la llamada, por qué no se nos notificó. Tenemos un caso de asesinato y un secuestro de un menor en esa dirección.

El silencio se hizo incómodo al otro lado de la línea.

—Entendido, detective —respondió finalmente el hombre—. Lo tendrá en una hora.

Le hubiera gustado estrellar el móvil contra una pared cerca de aquel hombre, pero el centro estaba en Redding; de lo contrario, les habría hecho una visita y habría escuchado la grabación de inmediato.

Cerró la puerta tras de sí y cruzó el césped empapado con rapidez, casi corriendo, mientras sus pisadas lanzaban gotas de agua al aire. De paso, se fijó en algunos detalles de la familia que iba a visitar.

Cortinas opacas cubrían todas las ventanas de la casa de los Livingston. Del interior salía poca luz, solo donde se juntaban los paneles de las cortinas, formando una tenue línea vertical. Había sensores de contacto instalados en todas las ventanas por las que pasaba y sensores de detección de movimiento que activaban dos pares de potentes focos al girar la esquina de su garaje y, de nuevo, hacia la puerta principal. ¿Había antecedentes de robos en el vecindario que ella no conociera?

Tomando nota mentalmente de preguntar a los Livingston al respecto, llamó al timbre. Unas pisadas apresuradas sobre madera dura resonaron detrás de la puerta pintada de rojo. La joven señora Livingston la abrió con una sonrisa en los labios, pero su rostro palideció al reconocer a Kay.

—Oh —exclamó, dando un paso atrás y agarrándose las solapas de la blusa con sus

dedos regordetes. Todo su cuerpo le pedía en silencio a la detective que se alejara, que mantuviera las distancias. Kay se preguntó por qué, pero fingió no notar nada.

—Me preguntaba si podría hacerles a usted y a su marido algunas preguntas más —dijo Kay, mostrando una sonrisa más templada para calmar la reticencia de la señora Livingston.

La mujer asintió, tragando saliva con dificultad, y se lamió los labios secos y agrietados que aún conservaban restos del carmín que se había puesto aquel día.

—Pase.

Ya se habían sentado a cenar, la anciana señora Livingston era la única que se alegraba de ver a Kay.

—Ah, adelante, querida, acompáñenos —dijo la anciana, dando palmas de emoción.

Frank Livingston asintió en dirección a Kay con la más breve de las sonrisas, luego se inclinó y susurró algo al oído de su madre.

—¿Por qué no? —replicó la anciana en voz alta—. Es una buena persona. Lo veo.

Enrojecido de vergüenza, Frank se levantó y acercó una silla, invitando a Kay a sentarse a la mesa. Dudó, el procedimiento policial era claro al respecto: no podía tocar nada de lo que le ofrecieran y había que mantener cierta distancia. Pero ¿desde cuándo la distancia y el rechazo son ingredientes de una buena conversación?

En lugar de eso, sonrió con timidez y dijo:

—Bueno, se supone que no debo hacerlo, pero no quiero que se les enfríe la comida mientras hablamos. Por favor, no dejen que mi presencia interrumpa su cena —les comentó, pero solo Betty cogió el tenedor y pinchó con avidez un trozo de patata.

La comida olía deliciosamente, a pescado frito y patatas asadas con limón y hierbas, por lo que pudo ver. El aroma a salsa de limón llenó sus fosas nasales y le hizo preguntarse si las patatas se habrían asado con rodajas de cítricos. Uno de los Livingston seguramente sabía cocinar. A juzgar por el delantal manchado que aún llevaba, debía ser Diane.

Frank y su mujer se sentaron en silencio, con las manos cruzadas en el regazo, evitando la mirada de Kay, hasta que por fin Frank la miró un instante y preguntó:

—¿Qué podemos hacer por usted, detective? —Después cogió su vaso y bebió un sediento trago de agua helada, con el que casi se atraganta.

—Me preguntaba si sabían algo de la vida de Cheryl, algo que pudiera ayudarnos en nuestra investigación. —Se recordó a sí misma que debía mirar a Diane, aunque tenía una buena idea de quién sabía más sobre Cheryl entre los reunidos alrededor de la mesa.

La cara de Frank se tiñó de rojo.

—Soy uno de los profesores de Julie, así que sí. —Se aclaró la garganta y se limpió los labios con una servilleta, luego la estrujó nerviosamente en la mano, aferrándose a ella en lugar de tirarla sobre la mesa—. Supongo que sé un poco sobre ellas.

Diane Livingston miraba al frente, inexpresiva, mientras Betty comía con sano apetito. Frank lanzó una mirada rápida a ambas mujeres, como pidiendo permiso para continuar, y luego añadió:

—Julie es la típica adolescente. Sale con otras chicas de su edad. Se pasan el día riendo y diciéndose cositas al oído, miran a los chicos, se ríen y susurran un poco más. —Se encogió de hombros y apartó su plato inacabado—. Supongo que es la naturaleza siguiendo su curso.

«Interesante», pensó Kay; ella había preguntado por Cheryl y él había elegido hablar

de Julie. Quizá se había equivocado y Frank solo conocía a Cheryl como la madre de una de sus alumnas, nada más. Entonces, ¿por qué ese ambiente enrarecido, que pesaba y molestaba como el humo rancio de un puro?

—¿Tenía alguna relación amorosa con alguien? —preguntó Kay, continuando por el camino que Frank Livingston quería llevarla.

Este frunció brevemente el ceño.

—A su edad no tienen relaciones reales, no como con los adultos. Es más como tener novio y salir, cogerse de la mano, ese tipo de cosas.

—Ah —soltó Betty, y todos la miraron. Su voz expresaba interés, como si las palabras de Frank hubieran confirmado su sospecha. Pero la anciana no añadió nada más y nadie le preguntó qué quería decir con su reacción. Viendo que tanto Frank como Diane preferían que Betty no hablara en presencia de Kay, ella tampoco preguntó, planeando hacerlo más tarde, justo antes de irse. No tenía sentido enemistarse con ellos.

—Disculpe —dijo Kay—, eso es lo que quería decir. Entonces, ¿hay un novio?

Frank apretó los labios durante un breve instante, pensando.

—No creo —respondió por fin—. Pero no puedo estar seguro. Solo la he visto salir con sus amigas. Es una buena chica; no se mezcla con gente equivocada ni nada por el estilo.

—¿Qué tal Cheryl? —preguntó Kay, y observó el efecto de su pregunta en la mesa.

Diane se mordió el labio y optó por mirar de reojo y hacia abajo. No parecía celosa ni desconfiada, solo asustada. De nuevo, la misma reacción inusual.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó demasiado rápido Frank.

Betty colocó ruidosamente el tenedor a un lado del plato, como para llamar la atención de todos.

—Dale a esta buena joven un plato y algo de comida, Frank. Es solo piel y huesos, pobrecita.

—No, gracias —dijo Kay, sonriendo incómoda y removiéndose en su asiento justo cuando Frank se apoyaba en la mesa con ambas manos, a punto de levantarse—. Estoy bien, de verdad. Acabo de cenar.

Frank no insistió y se acomodó en su silla; parecía aliviado, probablemente ansioso por verla marchar, y Diane también. La tensión en el aire era densa y estaba cargada de electricidad estática, como si estuvieran a punto de saltar chispas entre los dos cónyuges, con Kay como catalizador. Solo Betty parecía feliz, aunque distante, intrigada; el asesinato-secuestro en la puerta de al lado probablemente era una oportunidad para romper el aburrimiento de sus días.

—¿Por casualidad saben si Cheryl planeaba viajar a alguna parte? —preguntó Kay en un tono de voz más despreocupado, con la esperanza de vislumbrar de nuevo el conflicto que se estaba gestando bajo la superficie.

La sorpresa fingida apareció en diversos grados en los rostros de los Livingston. Como habían hecho antes, se miraron antes de que Frank respondiera. La anciana asintió despacio, como si pensara: **«Lo sabía»**.

—Eh, yo, mmm, no teníamos ni idea de ningún viaje. ¿A dónde iba?

—Eso es lo que intentamos averiguar —respondió Kay—. ¿Qué tal sus relaciones? —preguntó, serena, abordando por fin el tema incómodo pero crucial, si es que existía después de todo—. ¿Se estaba viendo con alguien?

Diane se levantó con brusquedad, empezó a recoger la mesa y se llevó un puñado de platos a la cocina. Parecía un poco nerviosa, molesta incluso, pero no más.

—Que yo sepa, no —respondió Frank—. No éramos tan íntimos. Ella llevaba una vida muy ajetreada, con su trabajo y las niñas, y a nosotros... nos gusta mantenernos al margen.

—Sí, lo hacemos porque somos unos cobardes —intervino Betty con voz fuerte y rasposa, como uñas en una pizarra.

—Calla, madre —le dijo Frank, tocándole el antebrazo y mirándola fijamente.

—No pasa nada —dijo Kay, con un gesto despectivo de la mano, sabiendo muy bien que eso encendería el apetito de hablar de la anciana—. He visto su sistema de seguridad y los focos. ¿Le preocupa el allanamiento de morada?

—No —respondió Frank, que parecía aliviado—. La verdad es que no.

—Es la oscuridad lo que intenta mantener a raya —dijo Betty, poniéndose en pie con dificultad, y se apoyó en la mesa con manos huesudas y agarrotadas. Llevaba un vestido con un estampado de flores azul grisáceo que resaltaba sus ojos claros, haciéndolos parecer más intensos contra el millón de líneas de su rostro marchito, casi maníacos—. Pero la oscuridad no...

De vuelta de la cocina, Diane le agarró del codo.

—Vamos, Betty, es hora de ir a la cama. —El miedo era claramente visible en el rostro de Diane. Fuera lo que fuese lo que intentaban evitar que la anciana compartiera, los asustaba a ambos.

—Yo diré cuándo es hora de irse —espetó Betty, deshaciéndose con fuerza del agarre de Diane, con la rabia que sienten la mayoría de los ancianos cuando no se les toma en serio o no se les muestra respeto.

—Es el alzhéimer —le dijo Diane a Kay, juntando las manos en señal de disculpa. Parecía avergonzada por el arrebató de su suegra, con la cara enrojecida y el pecho agitándose rápidamente por unas respiraciones cortas y llenas de pánico.

—No hay ningún problema —repitió Kay—. A mi madre también le ocurría —mintió sin pestañear, olvidando que había vuelto a vivir en un pueblo pequeño donde todo el mundo se conocía. Una punzada de culpabilidad recorrió su mente por haber utilizado así a su madre, mintiendo con descaro para conseguir su propósito, pues el recuerdo de su muerte por cáncer seguía siendo crudo, inquietante y perturbador—. Según mi experiencia —añadió, bajando la voz a un susurro en beneficio de Frank y Diane—, lo mejor es dejar que descarguen lo que sientan deseos de decir, así encontrarán la paz y todos podrán disfrutar de una velada tranquila.

Frank miró a Diane un instante. La mujer se encogió de hombros casi imperceptiblemente y se alejó de la mesa con los platos restantes, que recogió rápido y en silencio; como distanciándose, como diciendo: «No quiero formar parte de esto».

—Mejor me marchó —comentó Kay, viendo que Betty no decía nada. La mujer parecía consternada, como sorprendida por la actitud de su familia hacia ella—. Muchas gracias por su ayuda —añadió—. Como pueden imaginar, estamos haciendo todo lo posible para encontrar a Julie...

—¡No la encontrará! —gritó Betty, señalándola con un dedo tembloroso y poniéndose en pie de forma tan inesperada que Kay dio un paso atrás—. Es la primogénita —añadió, acercándose a Kay con paso inseguro—. Los espíritus del valle se la han llevado, y una vez que se ha ido, es para siempre.

Con la boca abierta, Kay escuchaba, intentando averiguar si había algo de información útil en las palabras de la mujer. Sin duda creía firmemente en lo que decía, pero... ¿los

espíritus del valle? «Imagínate buscar eso en ViCAP, la base de datos del Programa de Detención de Criminales Violentos», pensó, conteniendo una amarga burla. Quizá Frank y Diane tenían razón y el alzhéimer de la mujer era más grave de lo que ella había pensado. Decepcionada, se subió la cremallera de la chaqueta y se preparó para salir y enfrentarse a las inclemencias del tiempo.

—¡Calla, madre! —dijo Frank, agarrándola de la mano y tratando de alejarla suavemente de la mesa, de Kay.

Pero Betty se mantuvo firme, agarró de una manga a Kay y tiró con fuerza.

—Siempre estuvo destinado a ser así —dijo, con los ojos lanzando dardos a izquierda y derecha, como si temiera que los espíritus pudieran escuchar la conversación. Luego se volvió hacia Frank con mirada acusadora, sin soltar a Kay—. Siempre te dije que esto pasaría. ¿Y qué hicimos? Nada. —Arrugó la nariz con disgusto—. Esa dulce mujer murió protegiendo a su hija porque los espíritus no pueden ser derrotados. —A medida que subía el tono, un temblor en su voz indicaba a Kay que estaba bajo el hechizo de una poderosa emoción. Con alzhéimer o sin él, la mujer creía de verdad lo que decía. Y, por alguna razón, pensaba que Frank podría haber ayudado a Cheryl, pero había decidido no hacerlo, y eso bien valía la pena investigarlo.

—¿Por qué cree que esta tragedia podría haberse evitado? —le preguntó Kay a Betty, viendo cómo el miedo drenaba la sangre de la cara de Frank. Había metido el dedo en la llaga.

—Ah —gimió la anciana, agitando a Kay por su agarre como para devolverla a la realidad—. ¡Porque ya lo sabíamos! Todo el mundo lo sabía. Si tienes una primogénita, estás condenada a llorar las lágrimas de una madre con el corazón roto —recitó—. Él también lo sabía —añadió con amargura, lanzando a Frank una mirada de soslayo—. Hace tres días, supo que había llegado el momento de...

—Ya está bien, madre, te vas a la cama. —Tiró de su brazo y con la otra mano intentó apartar los dedos de la anciana de la manga de Kay—. La detective ya se iba —añadió, lanzando a Kay una mirada breve pero significativa.

—No hay necesidad de eso —dijo ella, dando a Frank una clara advertencia sobre el maltrato a Betty con voz severa—. Me voy. Por ahora.

Se dio la vuelta para marcharse, ignorando el brazo agitado de Betty que intentaba agarrarse de nuevo a ella.

—¿No me cree? —gritó Betty, con la voz estrangulada por el esfuerzo—. Compruébelo usted misma. Siempre han sido las hijas primogénitas, desde que recuerdo vivir en esta tierra.

—¡Madre! —espetó Frank, tratando de alejarla hacia la parte trasera de la casa.

Atónita, Kay se quedó a dos pasos de la puerta principal, que Diane mantenía abierta. Su amable sonrisa había desaparecido y bajo el flequillo mal cortado se dibujaba un ceño que hacía juego con las profundas líneas verticales que flanqueaban su tensa boca.

—¡Nunca un hijo, nunca una segunda hija! —gritó Betty, apartando a Frank, y consiguió dar unos pasos hacia Kay.

Derrotado, Frank dejó caer los brazos junto al cuerpo.

—Detective —la instó—, como puede ver, mi madre no está bien. Si nos disculpa, por favor.

—Claro, no se preocupen —dijo Kay, y salió. Pero luego se volvió y le preguntó—: ¿Tenían conocimiento previo de que algo o alguien amenazara a Cheryl o a Julie?

Los ojos de Frank de repente se convirtieron en los de un hombre viejo, cansado y triste.

—Por supuesto que no, detective. Habría dicho algo.

Se despidió con la mano y se agarró a la barandilla del patio, dispuesta a correr bajo la intensa lluvia por el césped hasta su coche.

Antes de que Diane tuviera la oportunidad de cerrar la puerta tras de sí, oyó de nuevo la voz de Betty gritando:

—¿Eres primogénita?

CAPÍTULO TRECE

Amanecer

Seguía de pie frente a los altos ventanales, con los ojos clavados en el cielo negro como el carbón, que de vez en cuando ardía en tonos azules metálicos y plateados por los relámpagos lejanos. Las lámparas de araña se habían apagado, dejándolo sumido en la misma oscuridad que cubría la tierra, un pesado manto de ominosa negrura. Aquella noche no había dormido nada, esperando sin aliento una señal de Madre.

A pesar de sus muchas plegarias, ella había permanecido en silencio, premonitoria, poco dispuesta a ceder.

La primera luz del amanecer llegó como un atisbo de gris profundo y lúgubre, tan tenue que parecía más bien una ilusión. Entonces se hizo más fuerte, la luz derrotó a la oscuridad una vez más como lo había hecho, sin excepción, día tras día. No había ni rastro de cielo azul en ninguna parte, solo nubes pesadas y plumizas que se dirigían hacia el interior desde el océano en grupos ondulantes y amenazadores, un diluvio interminable con un toque de sal del Pacífico en cada gota. La lluvia caía con fuerza, abriendo profundas heridas en el cuerpo de Madre; heridas que solo él podía curar.

Solo él sabía cómo apaciguarla.

Como había hecho tantas veces durante la larga noche que acababa de terminar, se acercó a la ventana que había detrás de la librería y miró a la chica.

Dormía en el suelo, negándose a acercarse a la cama que él le había preparado con mucho esmero, con sábanas blancas y un edredón para mantenerla caliente. En lugar de eso, se había acurrucado de lado, con las manos metidas entre las rodillas. Había llorado hasta quedarse dormida, murmurando interminables disculpas sin sentido a su madre. ¿Qué tenía que ver su madre? Niña estúpida.

Pero tan hermosa, su piel tan inmaculada y suave, su pelo cayendo sobre sus hombros en ondas de finísima seda. Se miró las yemas de los dedos durante un largo instante, fantaseando, y luego los frotó uno contra otro, despacio, con suavidad, como para avivar la sensación de cómo sería tocar aquella piel perfecta, deslizándose los dedos por sus hombros, rozando su pecho incipiente, descendiendo cada vez más, siguiendo la forma de su cuerpo como seguiría un camino de montaña curvilíneo humedecido por el rocío de primera hora de la mañana.

—Querida Madre, escucha a tu hijo pecador —susurró, tocando el frío cristal donde la imagen del cuerpo de la chica cobraba vida ante sus ojos. La veía revolverse en sueños y gemir, provocando una oleada de impulsos sensuales en su cuerpo. Se lamió los labios resecaos y tragó con fuerza, la intensidad de sus emociones le ahogaba—. Estoy ante ti, implorando tu misericordia y tu perdón. Muéstrame el camino y te seguiré. Curaré tus heridas y secaré tus lágrimas como siempre he hecho. —Cerró los ojos para bloquear la imagen de la chica en un intento de controlar sus impulsos, pero esta persistía en su mente como si él y la chica ya se hubieran convertido en uno.

Apretó los párpados y respiró, y unos instantes después, la imagen se disipó, solo para regresar obstinadamente con un aumento del calor que corría por su sangre. Decidido a mantener la visión a raya, caminó con lentitud hacia la alta ventana que daba al

empapado césped y miró hacia el cielo, donde la luz era más brillante.

—Querida Madre, escucha a tu hijo. —Juntó las manos y se las acercó al pecho—. He estado solo mucho tiempo. —Una lágrima inesperada rodó por su mejilla—. Desde el día en que me elegiste, exigiendo tu primer sacrificio. Y nunca he vacilado —continuó, sacudiendo la cabeza como para subrayar sus palabras susurradas, con voz áspera—. Quizá solo por esta vez, y por poco tiempo, no mucho, podrías apiadarte de mi alma cansada y dejar que me la quede un rato más.

La lluvia seguía cayendo con fuerza, pesada. Un bajo retumbar de truenos lejanos le recordaba incesantemente la ira de Madre, que se estaba gestando. Era un pecado pedir lo que acababa de hacer, incluso pensarlo, como si alguna vez pudiera ser digno. A Madre le gustaban sus sacrificios prístinos, intactos, que la piel impecable nunca hubiera conocido la caricia de un hombre. Indómita, seguía exigiendo lo que le correspondía, porque no había ni una sola grieta de azul en el temible cielo gris, ni siquiera una minúscula, por mucho que él buscara en la extensión cubierta de nubes, palmo a palmo.

—Querida Madre —volvió a susurrar como había hecho durante toda la noche, estremeciéndose al ver los relámpagos caer sobre las colinas a pocos kilómetros al norte de su casa—. Por favor, muestra piedad y gracia a tu hijo perdido, y concédele un último deseo antes de que perezca en el mundo de los vivos. Si solo pudiera...

El trueno retumbó con tanta fuerza que hizo vibrar las ventanas y sacudió la enorme casa, un estruendo grave que prevaleció sobre el sonido de la lluvia que caía durante un largo y aterrador instante. Entristecido, bajó la cabeza, de nuevo derrotado.

—Por favor, Madre, perdóname por haberme atrevido a preguntar. Es tuya y solo tuya.

CAPÍTULO CATORCE

Mañana

Las primeras luces del alba encontraron a Kay durmiendo en uno de los catres de la sala de descanso de la comisaría, con la mano extendida hacia el contiguo, sujetando la de Heather. Había intentado despertar a la niña la noche anterior, cuando por fin había terminado su visita a los Livingston y regresado a la oficina del sheriff, empapada, hambrienta, con frío y abatida. Pero Heather no estaba en condiciones de volver a la realidad, parecía a punto de desmayarse, y Kay había cedido de nuevo, jugando al juego de la culpa de elegir entre la extrema urgencia de encontrar a Julie y la preocupación por la salud de su hermana.

No fue una elección fácil. Heather estaba en estado de **shock**; obligarla a revivir su trauma demasiado pronto podría tener efectos duraderos en su frágil psique. Por otro lado, la vida de su hermana pendía de un hilo y cada minuto que Julie pasaba con sus captores disminuía las posibilidades de que la encontraran con vida.

Aunque deseaba con todas sus fuerzas una ducha caliente y una copa de vino, Kay había relevado a la agente Farrell y le había permitido irse a casa a pasar la noche. Había rebuscado en la única nevera de la comisaría y se había comido un poco de mantequilla de cacahuete de un tarro con la etiqueta «HOBBS», sabiendo que al joven oficial del sheriff no le importaría, y después no le quedó otra alternativa que la máquina expendedora de calorías vacías. Al menos las patatas fritas con sabor a cebolla sabían bien y crujían lo suficiente para motivarla a lamerse el polvo salado y picante de los dedos.

Cuando se acostó en aquel catre, eran casi las dos de la madrugada; hasta entonces, se había negado a rendirse, buscando pistas en todas las bases de datos a las que tenía acceso, intentando encontrar asesinatos-secuestros con un **modus operandi** similar en el pasado reciente. No había encontrado ninguno. Se habían producido numerosos secuestros de niños, la mayoría de ellos por un miembro de la familia, como resultado de batallas por la custodia o contiendas por malos tratos conyugales que habían salido mal. Se registraron varios secuestros de niñas de la edad de Julie cerca de la zona de Los Ángeles, donde la trata de seres humanos florecía a pesar de los esfuerzos de las fuerzas de seguridad locales por frenar el desalentador número de nuevos casos.

¿Podría Julie haber sido secuestrada por una red de tráfico de personas? En su pequeña ciudad, de 3 824 habitantes, no había indicios de que funcionara ninguna. Ni siquiera durante la temporada turística alta, cuando casi cien mil personas viajaban a Mount Chester para esquiar, alojándose en los hoteles diseminados a lo largo de la interestatal o en los refugios de montaña. Los traficantes preferían secuestrar a personas en grandes ciudades como San Francisco o Los Ángeles. Las posibilidades de que los atraparan eran mínimas cuando podían perderse rápidamente entre la multitud que entraba y salía de los dos grandes centros turísticos.

En cuanto al asesinato de Cheryl, fue un apuñalamiento simple y oportunista. No había pruebas claras de premeditación, ni entrada forzada, ni **modus operandi** particularmente distinguible. Cuando introdujo los pocos detalles que tenía en el Centro

Nacional de Información sobre Delitos, su búsqueda le devolvió miles de casos sin resolver.

Por eso se moría de ganas por oír esa llamada al 911.

Cada pocos minutos, buscaba en su bandeja de entrada la grabación que había solicitado al centro de comunicaciones de emergencia de Redding, pero el correo electrónico se negaba a aparecer. A eso de la una de la madrugada, salió de la sala de descanso e hizo una llamada en voz baja a la central, pero el supervisor con el que había hablado antes no estaba disponible. Rechinando los dientes, reiteró la urgencia de la petición y colgó, sin tener siquiera la satisfacción de haberle gritado a alguien.

Luego había vuelto al lado de las niñas. Tras aflojarse el cinturón un par de agujeros, se tumbó en el abultado catre y se permitió descansar un poco, cogiendo la mano de Heather mientras dormía. Al cabo de unos segundos, unos gritos desgarradores la despertaron.

Heather se incorporó en la cama, chillando, meciéndose de un lado a otro y tapándose los ojos con las manos. Debía ser una de sus terribles pesadillas, que la arrancaban del sueño sin piedad, dejándola sin aliento y agitándose contra el pecho de Kay.

También sobresaltada, Erin sollozaba en voz baja, aún tumbada de lado, lanzándole a Kay miradas aterrizadas desde la almohada manchada de lágrimas. Consciente de que probablemente tardaría mucho en volver a dormir a las niñas, se acercó al catre contiguo y estrechó a Heather contra sí, hablándole en voz baja mientras rodeaba con el otro brazo los pequeños hombros de Erin.

—Quiero a mi mami —dijo gimoteando Erin, lloriqueando, y luego se metió el pulgar en la boca.

A Kay le dio un vuelco el corazón.

En ese momento apareció el sheriff Logan, probablemente atraído por los gritos.

Eran las 5:43, hora de ir a trabajar.

Kay esbozó una sonrisa cansada.

—Buenos días.

Él analizó toda la situación con una rápida mirada alrededor de la habitación. La ropa esparcida por el suelo, los catres recogidos, las dos niñas a las que la detective abrazaba con fuerza.

—Esta situación es insostenible, Kay, y lo sabes. —Su sombra había crecido hasta convertirse en una barba incipiente y canosa que rascaba con mucha determinación con sus dedos cortos y regordetes.

—Estoy de acuerdo —replicó Kay, que ya se sentía culpable por retener a las niñas en aras de encontrar a Julie cuando podrían haber dormido en una cama decente, tal vez incluso con la ayuda de alguna medicación, en lugar de luchar contra los monstruos en sus sueños en aquel apestoso y lúgubre rincón del mundo. Pero al menos estaban a salvo; nadie podría encontrarlas y atar los cabos sueltos en cuanto se corriera la voz de que había testigos del asesinato del lunes por la noche—. No será por mucho tiempo, lo prometo —aseguró, antes de que Logan pudiera preguntar—. Justo después del desayuno empezaré a trabajar con ellas.

—Tus veinticuatro horas casi han terminado. Entonces haré la llamada. —Se aclaró la garganta y miró brevemente a las dos niñas—. Me sorprende que la familia no haya aparecido todavía.

Kay acudió la cabeza con una sonrisa triste.

—Cheryl era viuda —susurró—. No sé si hay abuelos...

Un agente llamó dos veces a la puerta y entró cargando con una bandeja con el desayuno servido en platos de papel y té caliente para las niñas. Colocó la bandeja en una mesa cercana que solía servir para otra cosa antes de que una pata se torciera y encontrara el camino a la sala de descanso para coger algo de polvo. Luego se marchó, apresurado por desaparecer, y cerró la puerta tras de sí.

—Estas niñas podrían ser la respuesta, sheriff —dijo todavía susurrando, dándose cuenta de lo poco que sabía sobre la familia de las pequeñas. Pero había tenido otras prioridades, como Julie o el asesino, que podía decidir en cualquier momento hacerles una visita a las niñas—. Necesitarán custodia preventiva hasta que descartemos este escenario. Y son nuestra única oportunidad de encontrar a Julie. Aparte de ellas —añadió, bajando aún más la voz hasta un murmullo apenas audible—, no tenemos nada. Ni testigos ni pruebas que no hayan sido arrastradas por la lluvia, nada.

Acarició el pelo de Heather. La niña estaba ya muy despierta, con la mirada perdida y el rostro inexpresivo e inerte, igual que el día anterior.

—Pero tienes que estar de acuerdo, Kay, en que esto no tiene ningún sentido —insistió Logan, haciendo un gesto vago con ambas manos—. Como padre, te digo que este no es lugar para niños, sobre todo en su situación.

Lo peor era que ella lo comprendía de todo corazón, pero tenía que hacerle cambiar de opinión de alguna manera.

—Si las entregamos a los servicios sociales, perderemos el acceso a ellas. Cualquier retraso podría sellar el destino de Julie, y lo sabes.

Logan apretó los labios, visiblemente molesto. Era un hombre amable, con fama de justo y reflexivo, aunque a veces se precipitara a tomar malas decisiones y luego se negara a cambiar de opinión por temor a que eso repercutiera en su liderazgo. Debía creer que era mejor equivocarse en ocasiones que ser percibido como indeciso o pusilánime.

—¿Alguna noticia sobre la alerta AMBER o los controles de carretera? —preguntó Kay, sabiendo que las respuestas del sheriff la ayudarían a defender su opinión.

Él no era tonto, parecía haber comprendido su truco y sacudió la cabeza una vez con una mirada de desaprobación.

—Nada, como estoy seguro de que habrás adivinado por el hecho de que nadie ha venido a informarte de ningún progreso.

Kay bajó la mirada un momento, sintiéndose un poco avergonzada. Tenía razón al esperar más de ella.

—Todavía no he recibido ninguna llamada de rescate —le respondió, con la voz más calmada—. Aunque no esperaba ninguna. Si hubiera una petición de rescate de por medio, no habrían matado a la persona más dispuesta a pagar por él. —Se levantó despacio, separándose suavemente de las niñas, e invitó al sheriff a salir de aquella sala. En cuanto la puerta estuvo cerrada y las niñas fuera del alcance de sus oídos, continuó —: Los vecinos no fueron de mucha ayuda. No han visto nada que quieran compartir, pero creo que hay más de lo que dicen. Volveré a visitarlos.

Logan asintió, pasándose la mano por el pelo con un largo suspiro.

—El sondeo puerta a puerta no ha dado ningún resultado; es el maldito tiempo. Es casi como si el perpetrador esperara este temporal de mierda. —Señaló hacia la ventana, donde grandes gotas de lluvia se estrellaban con un repiqueteo constante—. Pero tengo

la grabación de la llamada al 911 lista para ti, si la quieres.

—¿La tiene? —soltó Kay, sintiendo que la sangre se le subía a la cabeza de rabia—. He estado revisando mi correo electrónico toda la noche, esperándola. —Ese bastardo escurridizo. Había pasado por encima de ella, sabiendo muy bien que estaba dispuesta a echarle un buen rapapolvo si no le proporcionaba una explicación válida para la forma en que se había manejado aquella situación.

—Bueno, me lo enviaron a mí en tu lugar, alegando tu «elevado estado emocional» —respondió, haciendo comillas con los dedos y lanzándole una rápida mirada inquisitiva—. ¿Haciendo amigos en la policía local, detective?

—Yo no los llamaría amigos, sheriff —respondió ella, ansiosa por saber qué había pasado—. ¿Cuál dijo mi nuevo colega que era la razón por la que no nos enviaron en respuesta a la llamada?

—Dijeron que pensaban que era un engaño.

CAPÍTULO QUINCE

Post mortem

Había algo en la morgue que asustaba a Elliot; no era tan sorprendente, teniendo en cuenta que, después de todo, era la morgue. Mantener el semblante serio y actuar con profesionalidad entre dos brillantes mesas de autopsias de acero inoxidable —una de ellas, con su ocupante a la vista— requería de toda su fuerza de voluntad. Se habría conformado fácilmente con el informe escrito del forense en su bandeja de entrada de no haber sabido la importancia de una conversación cara a cara con el médico y la oportunidad de hacer preguntas urgentes y obtener respuestas oportunas.

Por eso respiraba por la boca, para no aspirar el hedor del formaldehído y de los demás productos químicos que se había acostumbrado a asociar con el doctor. La barba blanca y los ojos amables de Whitmore se vieron empañados por el fuerte sabor de varios caramelos mentolados marca Altoids, los cuales Elliot mantenía aún dentro de la boca como si fuera una ardilla.

Una tenue música de piano surgió del ordenador que estaba encendido sobre la mesa del médico; las brillantes notas de *Primavera*, de Vivaldi, contrastaban fuertemente con el cuerpo que yacía sobre la mesa, inquietante y desnudo bajo las potentes luces fluorescentes, a excepción de un paño que cubría sus partes íntimas. Vulnerable. Incapaz de defenderse a sí mismo, o de proteger su modestia, su dignidad. La incisión en Y del hombre estaba abierta de par en par; su cuerpo, desprovisto de todos los órganos, ahora cuidadosamente etiquetados y conservados en frascos médicos alineados en perfecto orden en una mesa cercana. Con la mirada fija en el lugar de donde procedía la música, Elliot inhaló por la boca, tan superficialmente como pudo, manteniendo la mente en la melodía y deseando que su estómago vacío se quedara donde debía estar.

—Me ayuda a pensar con claridad —dijo el doctor Whitmore, dándose cuenta de dónde se centraba la atención del detective—. Y estoy seguro de que mis pacientes no me lo reprocharían —añadió, quitándose los guantes azules y tirándolos a un cubo de basura con el símbolo de peligro biológico justo debajo del sensor de movimiento que abría la tapa con un zumbido—. Llegas temprano, pero tengo algunas cosas.

—Genial —respondió Elliot, cambiando el peso de un pie a otro, deseando terminar y salir de allí bajo la lluvia torrencial. Necesitaba una pista tanto como respirar o, de lo contrario, su desconocido se convertiría en otro caso más sin resolver, solo un número asignado por un sistema y colocado en todas las etiquetas y rótulos justo después del infame marcador de posición del nombre que se les daban a estos casos sin identificar, el cual Elliot había aprendido a odiar: John Doe—. Porque no tengo nada —admitió, tratando aún de contener la respiración. El aire olía mal, a muerte y a productos químicos, pero era el hedor de la carne humana en descomposición lo que más le inquietaba, recordándole lo efímera que era la vida, cómo podía acabar inesperadamente sin previo aviso.

El forense hojeó unos formularios guardados en una carpeta azul. Había un número de caso impreso en la etiqueta pegada en la esquina superior derecha de su cubierta. De vez en cuando murmuraba: «Ajá», y golpeaba con la punta del bolígrafo una parte de la

página, probablemente donde algo había captado su atención.

—¿Por qué sigues haciendo esto, doctor? —preguntó Elliot, un poco sorprendido consigo mismo. No era asunto suyo y sabía que no debía entrometerse. Su madre le habría dado una bofetada—. Estás jubilado, ¿no?

Whitmore sonrió mostrando dos filas de dientes que parecían mucho más jóvenes de lo que eran.

—Estoy jubilado, sí. Pero ofrecí mis servicios al condado para algún que otro caso de asesinato y, últimamente, no paran de llamarme.

Elliot debió mostrar lo confuso que estaba, acomodándose el sombrero de ala ancha sobre el ceño fruncido y apoyado en una pared de azulejos blancos, porque la sonrisa del médico se ensanchó.

—No tienen a nadie más —añadió Whitmore, señalando el cadáver—. Me gusta pensar que puedo ser su voz y ayudarlos a conseguir justicia para ellos. Eso hace que todo merezca la pena. Los olores, la angustia, las historias de terror... He sido testigo de unas cuantas que son inolvidables. Aquí no; en el condado de San Francisco. Hubo un caso en particular en el que trabajamos tu compañera y yo cuando ella aún era agente federal y yo estaba, bueno, sin jubilar —soltó una leve risita—, que aún me quita el sueño. —Sus ojos se desviaron hacia la pared, donde un reloj digital mostraba la hora en formato de veinticuatro horas—. No el de anoche, sin embargo, porque yo estaba aquí, liado con esto. Esa historia es de otro tiempo. —Recogió la carpeta de donde se le había caído y rebuscó entre sus páginas hasta encontrar la que buscaba.

—¿Ya tienes identificación? —preguntó Elliot, ansioso por empezar a investigar los antecedentes de la víctima.

—No hay identificación aún, pero su ADN ya está siendo analizado. Sus huellas no estaban en el sistema, así que no tiene antecedentes. Un gran trabajo dental me ha indicado el estatus social. Teniendo en cuenta la dentadura, los flamantes zapatos de cuero y la ropa de alta gama, este hombre era adinerado. —Pasó la página y luego asintió, sin apartar los ojos de los párrafos compactos mecanografiados bajo bocetos dibujados a mano—. Sí, causa de la muerte. Fue un disparo de contacto como sospechabas. El arma, una pistola de nueve milímetros, se mantuvo pegada a su cuerpo cuando se disparó. Chamuscó y quemó con pólvora la ropa alrededor de la herida. Recuperamos la bala. Encuentra el arma y podré compararla con la bala que mató a este pobre tipo.

«**Será como ponerle calcetines a un gallo**», pensó Elliot. Había buscado el arma por toda la escena del crimen, se había arrastrado por zanjas y arbustos, había olido el estiércol de ciervo de cerca y no había encontrado nada. El asesino podría haber conducido y haber arrojado el arma por la ventana en un lugar completamente diferente a los bosques que flanqueaban la interestatal durante kilómetros y kilómetros. O bien podría estar en la mesilla de noche del mismo, limpia, esperando a su próxima víctima.

—Es un hombre alto, tu víctima —continuó el médico, sus palabras dispersas en respiraciones cortas y superficiales. Empujó el puente de sus gafas de montura negra hacia la raíz de su nariz con un gesto rápido y habitual—. Mide ciento noventa y tres centímetros. —Se acercó a la pared del fondo de la sala de autopsias, donde se mostraban radiografías digitales en una amplia pantalla colgada en la pared. Señaló hacia una de las imágenes, que mostraba el torso de un hombre en tonos grises, con la bala en blanco brillante, destacando claramente—. ¿La ves, aquí? La bala entró en su

cuerpo en un ángulo ligeramente descendente y le perforó el ventrículo derecho, alojándose después en el esternón. Dada su altura, creo que es seguro asumir que le dispararon mientras estaba sentado. —Se acercó a su escritorio, cerró la mano en un puño con el dedo índice extendido, simulando una pistola, y la colocó hacia abajo como si fuera a disparar a una persona imaginaria sentada en su taburete de laboratorio de cuatro patas—. Así.

—Voy a arriesgarme y suponer que lo consideras un homicidio, doctor —bromeó Elliot, tocándose un instante el estómago como para apaciguar la furiosa agitación que sentía.

—Suelo hacerlo cuando disparan a la gente por la espalda, sí —respondió el doctor Whitmore con una rápida sonrisa, que desapareció enseguida de sus labios. Leyó de nuevo sus notas, hojeando un par de páginas, mientras Elliot se acercaba al hombre y estudiaba sus rasgos, tratando de ignorar su cavidad torácica abierta.

Lo primero que destacaba era el bronceado. El hombre había pasado mucho tiempo bajo la luz directa del sol. Sus brazos eran oscuros de las muñecas hacia abajo, y azulados y pálidos en el resto, lo que hablaba de mangas largas usadas al aire libre, incluso en verano. Elliot había visto patrones de bronceado similares en navegantes y surfistas, donde los fuertes vientos del Pacífico potencian las quemaduras solares, incluso a bajas temperaturas. Los surfistas llevaban trajes de neopreno de cuerpo entero en el agua del océano, que rara vez superaba los dieciocho grados. Los navegantes llevaban chaquetas cortavientos y se abrigan para resistir las gélidas ráfagas en el mar, ya que el viento quemaba la piel tanto como el sol. La víctima tenía los pies pálidos, como era de esperar tanto de un surfista como de un navegante.

Lo segundo en lo que se fijó fue en su aspecto. Llevaba el pelo bien recortado y también la barba en el momento de su muerte, pero dos días más de crecimiento la habían erizado un poco y dejado irregular. Sin embargo, se le veía muy arreglado, atractivo incluso para un hombre de unos cincuenta años que yacía muerto en una mesa de autopsias. En sus rasgos se percibía un aire de poder, de autoridad, que había trascendido a su fallecimiento, probablemente esculpido en su tono facial por ser algo a lo que estaba acostumbrado. Del mismo modo que las manos de un carpintero se ensanchan y adquieren una forma determinada, con las palmas cuadradas y anchas y un pulgar fuerte y sobredimensionado, los músculos de la mandíbula de aquel John Doe, los labios apretados y tensos, y las líneas que rodeaban su boca y cruzaban su alta frente hablaban del poder que parecía haber ejercido en otro tiempo.

—Doctor, ¿ya tienes la hora de la muerte? —preguntó Elliot.

—Yo diría que de cuarenta y ocho a setenta y dos horas, no más.

—¿El domingo por la noche, entonces?

—Solo el domingo; no estoy seguro de si por la noche o por la mañana. Ha estado bajo la lluvia todo el tiempo, y el agua estaba fría. Eso ralentiza el proceso de descomposición y mantiene a raya a los carroñeros. —Dio la vuelta a la carpeta que sostenía para que Elliot la viera—. ¿Ves la decoloración aquí y aquí? —preguntó, señalando una sección del abdomen del hombre, captada en las fotos adjuntas a su informe—. Lo arrojaron allí inmediatamente después de morir y no lo han movido. Pero tu escena del crimen principal...

—Cualquiera sabe dónde puede estar —murmuró Elliot, moviendo los caramelos de menta en la boca para resistir la ráfaga de olores que invadió sus fosas nasales cuando el médico se acercó. El formaldehído parecía rezumar de los poros del hombre junto con el

olor a carne rancia. Estuvo a punto de vomitar, pero disimuló los espasmos estomacales con una tos que cubrió con el pliegue del codo. Retrocedió unos pasos, buscó la lata de caramelos de menta en el bolsillo y se echó unos cuantos más a la boca.

El doctor Whitmore lo observó con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Por qué no me has dicho nada? —Metió la mano en un estante y le ofreció un pequeño tarro de Vicks VapoRub para niños—. Ponte un poco bajo la nariz.

Elliot sintió que sus mejillas se sonrojaban de vergüenza. El médico debió pensar que era un pusilánime, un novato que perdería su almuerzo en su primer rodeo. Pero no discutió ni quiso buscar alguna excusa, menos cuando se trataba del feudo del doctor. Fuera lo que fuese, él tenía un problema con los muertos y lo había sabido toda su vida. Probablemente él mismo moriría con ello, incapaz de cambiar o acostumbrarse como había hecho Kay. Ella hacía lo que se proponía.

—Gracias —murmuró, aplicándose una generosa cantidad bajo las fosas nasales, y respiró por fin con normalidad.

—Me lo agradecerás dentro de un minuto —dijo el forense, con una sonrisa en los labios—. Encontré algunas pruebas en el cuerpo.

—¿Después de toda esa lluvia? —Elliot silbó de admiración—. Podrías encontrar una aguja en un pajar, doctor —añadió, sonriendo y tocando el ala de su sombrero con dos dedos en un gesto de respeto.

El doctor Whitmore se rio, una risa suave y silenciosa que hizo que aparecieran innumerables líneas en las comisuras de sus ojos cansados.

—No creo, pero bueno; encontré una fibra de pelo largo y hemos tenido suerte. Tenía el folículo todavía unido, y eso significa ADN.

Elliot frunció el ceño.

—¿El pelo de una mujer? Has dicho largo, ¿verdad?

—Sí, mucho, sesenta y ocho centímetros para ser exactos. Aún no estoy seguro de que sea de mujer, pero es una gran posibilidad.

Elliot arrugó la frente. ¿Qué significaban sesenta y ocho centímetros de un pelo a la hora de describir a un sospechoso?

—Sabremos la longitud media de la espalda —añadió el doctor Whitmore, como si le hubiera leído el pensamiento—: Y que tiene el cabello moreno y liso. También encontré algunas fibras de alfombra en los pliegues de la chaqueta y los pantalones. Podrían ser de un coche, pero aún no puedo confirmarlo. Son de color azul grisáceo y de poliéster, es todo lo que puedo decirte por ahora.

Elliot asintió una vez, impresionado. Se levantó y le dio las gracias, preparándose para marcharse, pero el médico cogió una pequeña bolsa de pruebas de la bandeja y se la mostró. Contenía una tarjeta de visita de un psiquiatra local con la hora y la fecha de una cita, doblada, reblandecida y borrosa por la lluvia, pero aún entera, aunque apenas legible.

—El bolsillo del pecho de su chaqueta es de doble fondo. Encontré esto dentro. John Doe tenía un psiquiatra.

Boquiabierto, Elliot se preguntó cómo no lo había visto al registrar el cadáver. En su defensa, la lluvia había estado cayendo con fuerza, la tela de la chaqueta de la víctima estaba empapada y adherida al cuerpo. Era un milagro que la tarjeta siguiera siendo legible.

Elliot se sintió vigorizado, con ganas de salir ahí fuera y descubrir quién era su

desconocido. Hizo una foto de la tarjeta con su móvil y luego otra de la cara de la víctima.

—Esto podría dar respuestas más rápidas que su ADN, doctor —dijo, esperando que el forense no considerara insultante su comentario.

Pero el doctor Whitmore ya se estaba poniendo guantes nuevos, preparándose para continuar con su examen.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Llamada

—**911, ¿cuál es su emergencia?** —La voz de la operadora era de mujer y sonaba tranquila y experimentada.

La grabación estática se reprodujo en el portátil de Kay. Ella se sentó en su escritorio, inclinada hacia el ordenador, con el volumen al máximo, pasándose nerviosamente las palmas sudorosas de las manos por los muslos, pendiente de cada palabra. La oficina estaba en completo silencio, y dos agentes, junto al sheriff Logan, se habían colocado justo detrás de ella para escucharlo todo. Incluso el borracho y alborotador detenido estaba inmóvil, agarrado a los barrotes de su jaula y sin hacer ningún ruido.

—**¿Hola?** —Kay reconoció la voz de Heather en la llamada. Susurraba y gemía al mismo tiempo, con la voz estrangulada por el miedo y cargada de lágrimas—. **¿Sois la policía? ¿Podéis venir?** —preguntó, con el telón de fondo de unos diálogos lejanos y apagados y los pasos apresurados de alguien que se alejaba.

—**¿Qué ocurre?** —contestó la operadora. Kay se había enterado por el correo electrónico enviado por su jefe de que la operadora, de nombre Carrie Keifer, era una veterana del centro de comunicaciones de emergencia, con quince años de experiencia.

—**Ha venido a llevarse a mi hermana** —susurró Heather entre mocos—. **Por favor** —suplicó—, **se va a llevar a Julie.**

—**¿Quién se la va a llevar?**

—**No lo sé** —dijo la niña, la tristeza estrangulándola como si se sintiera culpable por no saberlo—. **Julie me ha dicho que les llamara.**

—**¿Cómo te llamas?**

—**Heather.** —La niña jadeó y gimió justo después de que se oyera un fuerte estruendo en el fondo lejano.

—**¿Cuántos años tienes?** —le preguntó Carrie, con un tono de voz un poco más amable.

—**Tengo ocho años** —respondió Heather—. **¿Vais a venir?**

Hubo una breve pausa en la llamada mientras Carrie la ponía en silencio y llamaba a otra persona o comprobaba sus sistemas.

Los operadores de comunicaciones de emergencia tenían a su alcance toda una serie de sistemas. Podían enviar con eficacia a los primeros intervinientes, localizar una dirección en un mapa, triangular la posición de un teléfono móvil e interactuar con las fuerzas de seguridad locales, todo ello mientras la persona que llamaba estaba al teléfono. El procedimiento era sencillo: localizar el lugar, verificarlo, comprobar que se tratase de una emergencia real y enviar a los intervinientes. En algún momento de este sencillo procedimiento, las cosas habían tomado un rumbo equivocado que le había costado la vida a Cheryl. Y tal vez la de Julie también. Más valía que tuvieran una buena explicación.

—**Sí, alguien irá pronto. ¿Quién está en la casa contigo?** —preguntó Carrie, con la voz un poco apagada. El micrófono de sus auriculares podría haberse movido, o algo más estaba pasando. De fondo, Kay podía oír a la operadora tecleando rápidamente

mientras al mismo tiempo el diálogo continuaba en la casa de Cheryl, con las voces alzadas, el tono de la mujer de miedo y alarma. Sin embargo, no pudo entender lo que decía; la grabación de la llamada era de mala calidad, cargada de interferencias, lo que no tenía sentido en la era digital. Podía provenir del propio sistema de grabación de llamadas, y quizá necesitaría la ayuda de un técnico para eliminar las frecuencias de sonido que le impedían discernir lo que decían Cheryl y el sudes.

—**Heather** —le dijo Carrie—, **¿quién está ahí contigo?**

—**Mi mamá y mis hermanas** —respondió la niña. Kay podía oír su respiración superficial y acelerada contra el micrófono del móvil. Debía estar aterrorizada, muerta de miedo—. **Ha venido un hombre malo.**

—**¿Quién es ese hombre? ¿Lo conoces?**

—**Mmm** —dudó, luego dijo algo ininteligible—. **Por favor, venid rápido.** —Y luego, en voz baja—: **Erin, no. No bajas.** —El golpe de algo contra el suelo, después Erin llorando por un breve momento, hasta que los gritos se apagaron—. **Cállate** —susurró Heather. Pero el móvil parecía entonces lejano, probablemente abandonado en el suelo mientras se ocupaba de su hermana—. **No puedes dejar que te oiga.**

Esas palabras tiraron de la fibra sensible de Kay.

—**Monstruo** —se oyó la voz llorosa de Erin, apenas inteligible.

—**Shhh.** —La voz de Heather, temblorosa y rota, aún sonaba distante.

—**¿Hola? ¿Sigues conmigo?** —intervino Carrie—. **Si puedes oírme, di algo.**

—**Sí** —susurró Heather, después de que unos ruidos indicaran a Kay que había vuelto a coger el móvil. De fondo se oía el ruido metálico de objetos que se estrellaban contra el suelo y un largo chirrido, como si arrastraran un mueble por las baldosas; tal vez una silla, o tal vez empujaran una mesa. Jadeos, gruñidos y palabras gritadas que no podía comprender, los sonidos de la lucha encarnizada entre Cheryl y su atacante.

La mujer estaba a punto de ser asesinada.

—**¿Cuál es tu dirección? ¿Dónde vives?** —preguntó Carrie—. **¿De qué color es tu casa?**

—**Vivo en Angel...**

En ese momento, Julie gritó; su chillido helaba la sangre. Se oyó un fuerte golpe, probablemente el del cuerpo de Cheryl contra el suelo.

—**¿Hola?** —preguntó Carrie—. **¿Sigues conmigo? Necesito tu dirección.** —Su calma estaba desapareciendo y su voz se tiñó de alarma.

Durante lo que pareció una eternidad, los sonidos apagados de la lucha continuaron en la distancia; los aullidos y gemidos ocasionales de Julie se percibían claramente a través de los choques y gruñidos y del tintineo de los objetos que aterrizaban en el suelo. La respiración de Heather se había acelerado y sus sollozos eran más fuertes, temerosos, de pánico. Julie debió luchar ferozmente contra su atacante; había podido resistir unos treinta y dos segundos. Chilló una vez más, pero su grito terminó de repente en un jadeo, como si la hubieran golpeado en el estómago. Llamó a su madre con voz débil y temblorosa. Entonces volvió a gritar más fuerte, pero, medio latido después, un golpe la silenció, seguido del inconfundible ruido sordo de un cuerpo inerte al caer al suelo.

A Kay se le heló la sangre en las venas. ¿Julie seguía viva? ¿Había sobrevivido a aquel golpe? Tuvo que asumir que sí, ya que había sido sacada de la escena. Pero podría haber resultado herida o incapacitada en manos de un asesino a sangre fría.

—**¿Hola?** —llamó Carrie, pero Heather no respondió. Solo se oían su respiración

acelerada y sus sollozos ahogados mientras, de fondo, el asesino abría la puerta trasera, cuyas bisagras producían un chirrido fuerte y reconocible que Kay había notado durante sus visitas a la escena del crimen. Entonces Kay oyó el zumbido aún más lejano de un motor que se ponía en marcha. Las puertas del coche se abrieron y se cerraron de golpe, antes de que se escuchase el sonido del motor.

—**¿Hola?** —Carrie seguía insistiendo, pero Heather se había callado, solo sus jadeos entrecortados le indicaban a Kay que aún tenía el móvil en la mano.

Pasos, vacilantes y arrastrados, y quejidos silenciosos fue todo lo que se oyó durante un largo momento, salpicado aquí y allá con el familiar chirrido de la vieja madera dura al ser pisada. Entonces, la voz de Heather llamando:

—**¿Mami?**

Y en ese instante la llamada terminaba, dejando la oficina en un inquietante silencio.

—Bueno, eso es un Ford F-150 diésel, si alguna vez he oído uno —dijo el borracho.

Uno de los agentes se acercó al calabozo y golpeó los barrotes con el puño.

—Cuando queramos tu opinión, te la pediremos. Ahora, cállate la boca.

—¿Cuándo tiene que comparecer? —preguntó el sheriff Logan al agente Hobbs, inclinando la cabeza hacia el prisionero.

—No hasta las tres —respondió Hobbs con una burla frustrada—. Tiene algo que ver con los retrasos y un juez de baja por gripe. Pero creo que tiene razón. Yo conduzco una camioneta Ford diésel y suena igual.

Kay volvió a reproducir el final de la llamada.

—Sí, eso es —dijo Hobbs—. Camioneta Ford, diésel.

—Y nueva también, si vosotros, idiotas, estáis dispuestos a escuchar. Ese pequeño que ronronea en su llamada grabada es un V6 turbodiésel B20 con tecnología de arranque y parada automática —soltó el detenido, con orgullo llenando su voz.

Kay se levantó y se acercó al calabozo, arrepintiéndose al instante cuando el olor a alcohol metabolizado y orina rancia le llegó a las fosas nasales. El hombre sonrió, mostrando unos dientes manchados, y luego se llevó las palmas a la camisa como si ella fuera a estrecharle la mano a través de los barrotes.

—¿Cómo es posible que sepas eso? —preguntó Kay.

—Porque es exactamente lo que conduzco, y me costó más de sesenta de los grandes —respondió—. ¿Ese clic que has escuchado, justo antes de que el motor gire? Es el calentador del bloque del motor. Viene con arranque automático, y eso solo está disponible en un 3.0 V6 diésel. —Gruñó, se aclaró la garganta y, por suerte, no escupió al suelo—. Bueno, también viene en el 2.7 litros, pero no suena así.

Kay lo miró con el ceño fruncido, preguntándose hasta qué punto podía dar crédito a su afirmación.

—¿Quieres oírlo por ti misma, guapa? Ve a ver la camioneta que confiscasteis anoche después de pararme. Solo tomé un par de cervezas, y me encerrasteis como a un animal, cuando ese asesino está ahí fuera. Debería daros vergüenza —murmuró—, y os hacéis llamar policías. —Esta vez, una bola de saliva aterrizó en el suelo de cemento con un sonoro chasquido, justo al lado del zapato de Kay.

Ella lo ignoró.

—¿Estás diciendo que tienes una camioneta como la que crees que has oído en esa llamada?

—Más bien tenía... ahora la **tenéis** vosotros. —Resopló y se pasó la manga de su sucia

chaqueta por la nariz—. Oye, si se demuestra que tengo razón, ¿me daréis una recompensa o algo?

Ella ya se había marchado, de vuelta al escritorio, con una pregunta que aún la atormentaba.

—¿Por qué no nos avisaron? Quiero hablar con esa operadora.

—Enviaron el informe de disposición de llamada —dijo Logan—. Pensaron que era un bulo, alguien ansioso por conseguir un millón de visitas en las redes sociales o algo así poniendo a su hija de por medio. El móvil es de prepago, la triangulación falló porque solo lo captó una torre, y pensaron que se había hecho a propósito.

—¿Cómo es posible que creyeran que era un engaño? ¿Basado en qué?

—En que Heather dijo que el perpetrador iba a llevarse a su hermana. ¿Qué clase de delincuente hace advertencias previas?

Kay sacudió la cabeza con incredulidad.

—¡Tiene que estar de broma! ¿Ha escuchado la llamada? ¿Le parece un montaje? Yo he oído verdadera preocupación en la voz de la operadora.

El sheriff hizo una mueca en un intento fallido de sonreír, pero se dio cuenta de que se había excedido. Enderezó la espalda e inclinó la barbilla hacia delante mientras su mirada se endurecía. Cuando habló, su voz era grave y cargada.

—Detective, ¿en cuántos casos ha oído hablar de delincuentes que entran en una casa y dicen: «Voy a tomar un rehén», y luego nombran al que piensan llevarse? Nunca sucede así. El centro de comunicaciones no es el enemigo aquí. —Exhaló un suspiro largo y frustrado—. Hacia el final de la llamada, decidieron responder solo para estar seguros, pero no pudieron conseguir una dirección. Sin triangulación, tenían que cubrir un área de más de treinta kilómetros de radio con más de cuarenta localidades cuyos nombres empiezan por Angel. —Bajó la mirada un momento y luego la miró directamente—. Incluso nos notificaron que podíamos tener un falsificador de llamadas al 911 en nuestra zona. Lo hicieron según las reglas, Kay.

Ella se apartó del escritorio y se puso en pie, moviéndose furiosa. Le habría encantado enseñarle a esa Carrie un par de cosas sobre el miedo y el dolor, sobre estar sola en la oscuridad, escondida debajo de una cama, mientras la gente con la que cuentas para que te ayude se encoge de hombros como si fuera una broma de mal gusto. Pero no iba a perder ni un segundo más en eso, no mientras Julie siguiera ahí fuera.

Tenía cosas mejores que hacer. Una o las dos hermanas de Julie habían visto al sudes.

CAPÍTULO DIECISIETE

Garabatos

Julie se sentía débil y dolorida, el esfuerzo de levantarse del suelo de cemento le quitaba toda la energía que le quedaba. Había perdido la noción del tiempo, pasaba los días y las noches bajo la pálida luz de una bombilla amarilla que colgaba del techo. Ni un solo rayo de sol se colaba por las rendijas de la ventana entablada; quizá no había luz fuera, en ningún lugar del mundo. Ya no.

Echó una mirada de reojo a la cama, hecha con sábanas limpias y un edredón que parecía tentador después de haber dormido en el suelo, pero no se atrevía a acercarse, como si tocar todo aquello pudiera desatar algún tipo de mal que se cerniera sobre ella. Como si descansar en ella la hiciera descender a un nuevo nivel de oscuridad, del que nunca podría esperar salir.

Se dijo a sí misma que era mejor dormir en el frío suelo con la espalda pegada a la puerta. Así nadie podría sorprenderla, nadie podría acercarse sigilosamente y...

¿Y qué?

¿Por qué estaba tan aterrorizada? No había visto a su captor desde que se enfrentó a él en su casa. Se había despertado sola en aquel sótano, aturdida, con la boca seca y sacudidas de migraña haciéndole palpar las sienes. La habían drogado. Su madre le había advertido sobre las drogas de violación, sobre lo que se siente, para que pudiera reconocer fácilmente las señales y salvarse. Ahora lo sabía, por el malestar colmaba su cuerpo.

Pensar en su madre, en la noche en que le dio una pastilla y le pidió que tomara nota de lo que sentía y que nunca lo olvidara, le hizo llorar. Julie había sido imprudente y egoísta más allá de lo creíble. El hecho de que ella no quisiera creer en que algo era cierto no lo convertía en una amenaza menor y poco probable de que le ocurriera a ella. Y ahora, la imagen del cuerpo de su madre, sin vida, en un charco de sangre en el suelo de la cocina, estaba grabada a fuego para siempre en su memoria, por tan larga o corta que fuera su vida.

No es que hubiera cometido un error, no. La había desobedecido voluntariamente, había desoído su petición de que se preparara para que pudieran irse esa noche. Después de ver lo que había pasado y de saber lo que había hecho, y después de presenciar hasta dónde había llegado su madre para mantenerla a salvo, prefirió ignorar el peligro, las consecuencias, solo porque nada de eso parecía real. ¿Qué clase de persona hace eso? ¿Qué clase de estúpida podía llegar a ser?

Temblorosa y débil, anduvo por la habitación con paso inseguro, ignorando el dolor de estómago que sentía. No había probado bocado desde que se la habían llevado; no había nada. Había sobrevivido con el agua del pequeño lavabo del cuarto de baño, utilizando sus manos para beberla. Olía raro, a moho y a profundas y oscuras paredes de pozo cubiertas de musgo. Agotada y demasiado débil para mantenerse en pie, se dejó caer al suelo.

El miedo le atenazaba el estómago. Era primitivo e intenso, como nunca antes lo había sentido. Siempre había estado a salvo, protegida por su madre, sus profesores, su

familia. Nunca había estado cautiva hasta ahora. No tenía palabras para ello en su vocabulario ni idea de lo que le ocurriría. Pero había visto suficiente la televisión como para que su imaginación echara a volar hacia escenarios de terror entrelazados uno tras otro mientras permanecía despierta, apoyada en la puerta, abrazándose las rodillas.

¿Cómo la mataría?

En su mente, no había duda de que iba a morir. Cada momento que permanecía despierta esperaba y escuchaba, conteniendo la respiración a veces, preguntándose cuándo vendría. Lo que él haría. Cómo moriría. Y, de algún modo, esos pensamientos le resultaban menos dolorosos que preguntarse por sus hermanas o recordar los últimos momentos de su madre. Cómo la había mirado, no culpándola, sino suplicándole; la preocupación y el arrepentimiento mezclados sin palabras en unos ojos que nunca olvidaría. Cómo había llegado hasta ella, su mano extendida para agarrarla justo cuando aquel hombre se abalanzaba y la golpeaba, sin dejarle ni un momento para despedirse.

Las lágrimas le quemaron los ojos, sembrándole un nudo en la garganta.

Inquieta, volvió a ponerse en pie, apoyándose en el muro para sostenerse. Golpeó las paredes, la puerta, incluso aquel estúpido espejo que encajaba con el escenario, pero nadie vino, y ningún otro sonido salvo la lluvia lejana le hizo compañía.

Deseó que fuera. Quería preguntarle por qué.

Quería gritarle y golpearle con los puños hasta que se le pusieran los nudillos en carne viva. Entonces quiso que sufriera, que sintiera el dolor que le oprimía el corazón y le pesaba en el pecho hasta dejarla sin respiración. No sabía qué haría para conseguirlo; su imaginación nunca llegaba tan lejos.

Quería estar despierta cuando él llegara, alertada por la puerta en movimiento contra su espalda y no dormida entre aquellas sábanas, por mucho frío que hiciera, por muy duro que fuera el suelo del sótano.

Pero ¿y si nunca iba?

¿Y si moría de hambre, sola, sin saber si sus hermanas seguían vivas?

Al sentirse repentinamente débil, arrodillándose, se dejó deslizar contra el muro hasta caer al suelo. Se abrazó las rodillas, apoyó la mejilla en el brazo doblado y dejó que sus ojos vagaran sin rumbo por la pared manchada.

Algo llamó su atención.

Junto a la puerta, había algo garabateado en la mampostería, a unos treinta centímetros del suelo. Se arrastró por la corta distancia sobre sus manos y sus rodillas y entrecerró los ojos mientras se agachaba más cerca de los garabatos, casi imposibles de descifrar en la penumbra.

AYÚDAME

La palabra, escrita en letras rasposas excavadas en una sección de la pared de yeso, le provocó un profundo y duradero escalofrío.

Alguien había estado cautivo allí antes.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Colores

El sudes debía ser alguien que conocía a la familia; Kay no tenía ninguna duda al respecto.

Para el sheriff Logan, los secuestradores no suelen hacer advertencias. Algunos asesinos en serie sádicos lo hacen, como parte de su rutina de tortura psicológica, para que sus víctimas accedan por miedo a que sus seres queridos sufran. Pero los secuestradores típicos no. Agarran a sus víctimas y huyen, normalmente hacia un lugar de menor riesgo que su propia casa, donde están rodeados de otros miembros de la familia reunidos en torno a la mesa, compartiendo una copa de vino y esperando a que se haga el guiso.

No tenía sentido a no ser que el sudes fuera alguien que hubiera sido, al menos al principio, bienvenido en la residencia Coleman.

Nada era típico en este caso. Al asesino no parecían importarle los cabos sueltos. Había matado a Cheryl e inmovilizado a Julie, dejándola inconsciente, si no muerta. Sin embargo, antes de salir, no se molestó en comprobar el resto de la casa. Había agarrado a Julie y se había dirigido a su vehículo para abandonar enseguida la zona, sin molestarse siquiera en cerrar la puerta. Parecía que Julie era la razón de su visita, y Cheryl se había interpuesto.

Pero, entonces, ¿por qué no secuestrar a Julie en otro sitio? ¿Por qué arriesgarse a un enfrentamiento con la madre de la chica? ¿Qué clase de secuestrador no pasa unos minutos inspeccionando el lugar, observando a través de las ventanas para ver cuánta gente vive ahí? ¿Era posible que supiera lo de las otras niñas, pero que no le importara?

Y, sobre todo, ¿por qué llevarse a Julie? En la llamada al 911 había oído discutir a Cheryl y al sudes, aunque no pudo entender lo que decían. Eso no sugería un ataque relámpago; hablaba de una relación existente, de explicar, de suplicar y de persuadir. Si el padre de Julie no hubiera fallecido, Kay habría pensado que se trataba de un secuestro familiar que salió mal. Más habitual de lo que el ciudadano medio supone, los cónyuges separados y descontentos cogen a sus propios hijos y se los quitan al progenitor que tiene la custodia legal; desde el punto de vista de la ley, son secuestradores. Muchas veces, las preocupaciones del progenitor sustractor son legítimas, sobre todo cuando las drogas o la violencia son factores influyentes, mientras que otras veces tan solo estallan tras haber perdido a su familia, su razón de vivir, y no pueden tolerar ni un solo momento sin sus hijos.

Pero eso no encajaba en absoluto, no con todos los familiares directos contabilizados y careciendo por completo de móvil.

Alguien sabía quién era ese hombre, y esa era Heather. Y tal vez Erin también.

Cerró el portátil y se dirigió rápidamente hacia la parte de atrás, pasando por la celda donde el borracho la saludó con una sonrisa sórdida y un olor a callejón que le revolvió el estómago. Encontró a las niñas en la sala de descanso con la agente Farrell. Le había dado a Erin un bloc de papel y algunos rotuladores, y la niña estaba garabateando líneas angulosas en negro y verde.

Heather estaba sentada en el borde de la cama, distraída, con la mirada perdida y las mejillas sin ningún atisbo de color. Desde que se había despertado gritando, aún no había llorado ni una lágrima; seguía en estado de **shock**. Mantenía la cabeza erguida, con las manos bien cruzadas sobre el regazo. Su pecho apenas se movía; su respiración era superficial y lenta.

—Necesito hablar con ella —dijo Kay, dirigiéndose en voz baja a Farrell.

—Llevaré a Erin a la sala de interrogatorios. No notará la diferencia.

Farrell debía ser una gran madre. Era paciente y amable, siempre sonreía cuando hablaba con las niñas, su voz era pausada y tranquilizadora, su cara redonda era agradable y parecía relajada. Recogió el papel y los rotuladores de la niña, agarró su manita y salió de la habitación con la pequeña a cuestas. Cuando se marchaba, la niña volvió la cabeza y miró con pesar hacia atrás, hacia Heather, pero su hermana no reaccionó.

Kay esperó un momento, dispuesta a intervenir si Heather reaccionaba con retraso a la salida de su hermana de la habitación, pero no ocurrió nada. Luego se acercó con lentitud y se sentó en el catre a su lado. Rodeó los hombros de la niña con el brazo y esperó a que la tensión de su cuerpo empezara a disminuir. Unos largos minutos después, aún no lo había hecho.

—Fuiste muy valiente —dijo Kay; su voz, un susurro tranquilizador—, pidiendo ayuda de la forma en que lo hiciste.

Ella no reaccionó. Ni un cambio en su respiración superficial, en su postura, en la tensión de sus hombros.

—Has aguantado muy bien. Me enorgulleces, ¿sabes? —continuó Kay—. Y creo que puedes ayudarme. —Se inclinó para mirar la cara de Heather, parcialmente oculta por los rizos rebeldes de su largo pelo castaño—. Podrías decirme dónde buscar a tu hermana.

La niña permanecía estática, con la mirada perdida. Kay no podía estar segura de que Heather hubiera oído lo que le decía, pero continuó, por si acaso había alguna parte del cerebro de la niña que aún pudiera procesar sus mensajes, que pudiera salir del trauma con voluntad de sobrevivir, de superar lo ocurrido. Estaba disociada, como si el trauma continuara, como si siguiera en su casa, presenciando el asesinato de su madre y el secuestro de su hermana. Su joven mente luchaba por procesar todo lo que había sucedido, abrumada por intensas emociones, optando por encerrarse en sí misma en algún nivel hasta que pudiera hacer frente a todo. Obligar a Heather a salir de ese estado no solo era peligroso, sino también irresponsable y podía causar daños permanentes en la frágil psique de la niña. Esperaba que aún hubiera una forma de llegar hasta ella, de obtener las respuestas que buscaba, devolviéndola poco a poco a la realidad, con la velocidad y el nivel de detalle que su mente era capaz de manejar. La vida de Julie dependía de ello.

—¿Sabes quién se llevó a Julie? —preguntó Kay, y el silencio fue la respuesta—. ¿Quién vino a visitar a tu madre el lunes por la noche? —Acarició el pelo de Heather con suaves movimientos, invitándola a inclinarse y apoyar la cabeza contra su hombro, pero era como si la niña no estuviera allí. Se quedó completamente quieta, en apariencia ajena a lo que la rodeaba, con el cerebro apagado, distanciándose de una realidad demasiado dolorosa para soportarla.

Nada de eso iba a ninguna parte, Kay tuvo que admitirlo. La única alternativa que le

quedaba era entrevistar a Heather bajo hipnosis mientras la ayudaba a poner los pies en la tierra y a procesar un poco mejor su respuesta traumática. Había tenido éxito en el pasado, tanto con la entrevista cognitiva como con la hipnosis. Y para ello necesitaba un entorno controlado, libre de ruidos e interrupciones.

La sala de interrogatorios estaba insonorizada hasta cierto punto, pero, pensándolo mejor, decidió quedarse en el lugar donde se encontraba y dirigir la sesión desde la sala de descanso, siempre que alguien pudiera asegurarse de que no hubiera interrupciones.

Abrió la puerta y llamó a la agente Farrell para pedirle que cuidara de Erin un rato más mientras lo preparaba todo. Cuando Farrell salió de la sala de interrogatorios, traía una hoja de papel del rotafolio, garabateada con rotulador negro y verde.

—El detective Young me sugirió que le diera papel y rotuladores a Erin, para que dibujara a su monstruo —dijo, con una sonrisa dubitativa e incrédula—. Esta niña tiene cuatro años; no es como si pudiera llegar a dibujar el retrato robot del perpetrador, ¿verdad?

Kay asintió, preguntándose a dónde iría a parar aquello.

—Bueno, pues la niña dibujó esto —dijo, manteniendo la hoja contra la pared para que Kay la viera—. Este es el monstruo del que no para de hablar.

El garabato se asemejaba a dientes y colmillos mostrados en una boca abierta representada simplemente como una línea ovalada, con lo que parecía ser sangre goteando de ellos, solo que dibujada en verde, no en rojo. Podría ser algo que vio durante el ataque, y podría tener alguna relevancia, pero... ¿sangre verde?

—¿Tenía un rotulador rojo disponible?

Farrell asintió.

—Es lo primero que comprobé.

—Interesante. —Llevándose el dibujo, se dirigió a la sala de interrogatorios, donde Erin estaba trabajando en otra versión del mismo dibujo, solo que más grande, utilizando todavía el verde en lugar del rojo para la sangre.

Como si ese caso pudiera volverse aún más extraño.

Se agachó junto a la silla de Erin y tomó su mano entre las suyas, apretando suavemente.

—Tienes mucho talento, ¿lo sabías?

La niña siguió dibujando dientes afilados y alargados con el rotulador negro.

—Sí. Mi mami me lo dijo —susurró, con la voz cargada de lágrimas—. ¿Dónde está mi mami?

Kay y Farrell intercambiaron una breve mirada. La agente del sheriff se quedó en la puerta, vigilando a Heather a través de la puerta abierta de la sala de descanso.

Kay bajó la voz a un susurro y preguntó:

—¿Podrías ayudarme con algo?

Erin levantó los ojos del papel y asintió.

—Verás, soy una cazadora de monstruos.

—¿En serio? —Su voz adquirió un tono más agudo, levantada de las profundidades de su tristeza por rastros de excitación.

—Sí, lo soy, y nada me gustaría más que atrapar al monstruo que vino a tu casa la otra noche.

Erin abrió un poco la boca, pero no dijo ni una palabra, y mantuvo los ojos muy abiertos por el asombro.

Sin que la niña se diera cuenta, Kay escondió el rotulador verde de la mesa con un juego de manos.

—¿Podrías por favor dibujarme a ese monstruo una vez más? —Erin asintió y tiró hacia ella de la nueva hoja de papel que Kay había desprendido del bloc de rotafolio—.

Dibújalo con cuidado, con todos los detalles que recuerdes, para que, cuando lo vea, lo reconozca y lo mate. —Kay hizo un gesto con las manos como si empuñara una pesada espada—. ¿Harías eso por mí, cariño?

Sorprendentemente, la niña sacudió la cabeza, con el pelo hasta los hombros rebotando en vivos rizos de seda castaña.

—No puedo —respondió, mirando a Kay con la confusión reflejada en sus rasgos contraídos—. Me has quitado mi verde.

Sin palabras, Kay volvió a dejar el rotulador verde sobre la mesa.

—Eso es, cariño —dijo—, ahora dibuja a ese monstruo tal y como lo viste. —Le revolvió los rizos, divertida, para acallar la tristeza que se apoderaba de su corazón y observó cómo garabateaba sobre la mesa metálica arañada y abollada de la sala de interrogatorios, ajena a dónde se encontraba o a cómo habían cambiado sus circunstancias.

Respiró hondo para infundirse valor ante lo que estaba a punto de hacer y tiró un poco del cuello de su jersey de cuello alto, deseando haber elegido una camisa abotonada para el atuendo de ese día. Por alguna razón, su jersey favorito parecía ahogarla.

Entonces Kay se dirigió al despacho de Logan, con paso severo y decidido, apresurado.

La puerta del despacho estaba abierta, el sonido de un noticiario de televisión se oía lo bastante alto como para que ella lo captara. Procedía del aparato colgado en la pared de Logan, al que todos recurrían cada vez que los canales de noticias locales cubrían alguno de sus casos. Pero, esta vez, Logan estaba mirando otra cosa.

—Restos del huracán Edward siguen azotando la costa oeste. El norte de California ha estado en el centro de la tormenta, ya que tocó tierra a solo ciento sesenta kilómetros al norte de San Francisco —dijo el conocido presentador de noticias—. Se ha informado de la muerte de cuatro personas, veintiséis resultaron heridas y cuarenta y dos siguen desaparecidas después de que las fuertes lluvias provocaran corrimientos de tierra a lo largo del trayecto de la I-5, arrastrando casas, puentes e infraestructuras críticas, y bloqueando el acceso de vehículos de emergencia a varias zonas remotas cerca de Mount Chester, en el condado de Franklin. Los equipos de emergencia se dirigen hacia el lugar donde se está construyendo el nuevo hospital, pues hay amenaza de nuevos desprendimientos...

—Nos están golpeando bastante —dijo Logan, silenciando el sonido del televisor. El noticiario continuó, mostrando aguas crecidas que se precipitaban sobre lo que quedaba de un puente en la ruta estatal 3. Entonces la imagen se cambió a una casa arrastrada por la corriente cuando la ladera de la colina sobre la que estaba construida cedía y se derrumbaba—. Suspenderé la búsqueda —añadió, juntando las manos en un gesto de impotencia.

Kay lo miró con incredulidad, pero él evitó su mirada.

—No puede... —empezó a decir, pero se detuvo. Ya le había tocado las narices no hacía mucho; no había razón para repetir la ofensa—. Por favor, piense en Julie.

El sheriff se levantó y se paseó furioso por la estancia, mirando por la ventana donde las nubes oscuras y cargadas se precipitaban y se agolpaban en violentos torbellinos de

lluvia y truenos.

—¿En qué crees que he estado pensando? —dijo alzando la voz hasta el tono más alto que ella le había oído jamás—. ¿No crees que sé que podría estar firmando su sentencia de muerte en este momento?

Kay dejó escapar el aire que había estado reteniendo en sus pulmones. No tenía muchas opciones. El tiempo no daba tregua, y todo el mundo había estado haciendo turnos dobles desde que se había encontrado el cadáver de Cheryl. Pero aquella mañana se habían cuadruplicado las peticiones de ayuda, desde por accidentes de tráfico hasta por personas desaparecidas y heridos debido al temporal. Y todo estaba a punto de empeorar.

—¿Tienes algo? —preguntó Logan, volviéndose hacia ella con las manos apoyadas en las caderas—. ¿Estás lista para dejar ir a esas niñas? Llevan aquí más tiempo del acordado. Necesitamos todas las manos posibles con esta maldita tormenta.

Kay se lo pensó un momento antes de abrir la boca.

—Estoy a punto de empezar una sesión de hipnosis con Heather.

—¿Ahora? —preguntó, con el tono elevado por la incredulidad—. Dijiste que ya tendríamos toda la información posible de ella. ¿Y todavía no tienes nada?

Kay sacudió la cabeza durante un breve instante, mirando la moqueta manchada y destartalada, mientras ordenaba sus pensamientos. Luego levantó el rostro y lo miró fijamente.

—Las mentes de la gente no son como cajones que abrimos, conseguimos lo que queremos y cerramos de golpe al salir. Las mentes traumatizadas, aún menos. Y las mentes traumatizadas de los niños son las más frágiles y sensibles. Acceder a ellos de forma incorrecta, demasiado pronto o demasiado bruscamente, puede causar daños permanentes. Pero creo que ella ya está preparada, y yo también; tenemos que estarlo. Lo sabremos en una hora. —Hizo una pausa, esperando preguntas o réplicas. No había más que silencio y una mirada de profunda preocupación teñida de duda en el rostro de su cansado jefe.

—¿Y has hecho esto antes? —Sus ojos eran penetrantes y estaban dubitativos sobre las capacidades de la detective.

—No soy hipnoterapeuta clínica, si esa es su pregunta; elegí una trayectoria profesional diferente cuando me incorporé al FBI como analista del comportamiento —respondió, conteniendo un suspiro frustrado—. Pero tengo los conocimientos y la formación oficial para ser la psicóloga de estas niñas y realizar la entrevista hipnótica.

—Tomaré esta larga respuesta como un sí. —Su mirada permaneció fija, inquisitiva—. Pero, entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Qué necesitas? —preguntó Logan, mientras fruncía el ceño.

—Silencio sepulcral y alguien que se asegure de que la sesión no se interrumpa. Es muy importante...

—Hobbs, ven aquí —la llamó, sin dejarla terminar.

El agente del sheriff se acercó corriendo.

—¿Sí, jefe?

—Saca a ese borracho de la celda y mételo en la furgoneta, fuera. Asegúrate de que esté esposado. —El agente asintió y desapareció. El sheriff Logan pulsó el mando de la televisión y la pantalla se oscureció—. Yo mismo mantendré las cosas tranquilas para que puedas realizar tu trabajo, detective. Y ahora, tráeme esas respuestas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Hipnosis

Había muchas formas de que entrevistar a Heather bajo hipnosis saliera mal.

A diferencia de las entrevistas cognitivas, las preguntas formuladas bajo hipnosis podían dar lugar a respuestas que solo fueran parcialmente reales o que no lo fueran en absoluto. Pero la entrevista cognitiva requería que el testigo fuera capaz de mantener una conversación, de acceder a los recuerdos directamente, lúcido, en estado de vigilia, y eso no iba a ocurrir en el caso de Heather.

Sin embargo, el aumento del recuerdo con técnicas de hipnosis se asociaba a menudo con información engañosa que las fuerzas del orden consideraban muy fiable, **porque** se había obtenido bajo hipnosis. La susceptibilidad de la testigo a dejarse influir por las cuestiones que se le formularan durante el interrogatorio hizo que Kay ensayara la línea de preguntas que iba a formular, susurrándolas para sí misma, asegurándose de que al decirlas resultaran tan neutras como sonaban en su mente.

Antes de empujar la puerta y entrar en la sala de descanso, se detuvo una vez más en su escritorio y envió un correo electrónico rápido, solicitando un favor a un viejo amigo y colega: un analista técnico del FBI que tenía tanto los conocimientos como el equipo necesarios para limpiar la grabación de la llamada al 911 de todas las interferencias, sonidos respiratorios y ruidos de fondo, y mejorar las voces.

Después, miró a Heather a través de la pequeña ventana. Seguía sentada a un lado de la cama, con las manos cruzadas sobre el regazo, aparentemente ajena al paso del tiempo. Kay se tomó un momento para considerar si debía moverla a una posición más cómoda, donde pudiera apoyar la espalda contra algo. Decidió que unas almohadas servirían, porque moverla podría agitarla y dificultar la inducción hipnótica.

Entró en la habitación en silencio y cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido. Echando un rápido vistazo a la ventana por encima del hombro, descubrió que el sheriff Logan miraba hacia dentro, vigilando. Recogió todas las almohadas ásperas de rayas blancas y azules de las otras literas y habló suavemente, con voz tranquilizadora.

—Soy yo, Kay, y estás a salvo conmigo. —Colocó las almohadas detrás de su espalda—. Ya está, ya puedes apoyarte un poco. Te debe doler la espalda después de tanto rato así.

Esperó, con los ojos fijos en los hombros de la niña, esperando el menor indicio de movimiento. Un largo momento después, sus hombros bajaron un poco. La camisa que llevaba, un par de tallas más grande, la hacía parecer más pequeña de lo que era, más vulnerable.

Kay cubrió las piernas de la niña con una manta y continuó con el ejercicio de respiración, notando cómo su cuerpo seguía relajándose a pequeños intervalos.

—Bien —dijo Kay—, buena chica. Te mereces descansar, relajarte y sentirte segura. Respira conmigo —continuó hablando en voz baja, despacio—. Inspira, aguanta un momento y luego espira. Dentro, espera y fuera. Ya está.

Al principio, la respiración de Heather era agitada, pero poco a poco empezó a seguir sus indicaciones. Eso significaba que se podía contactar con ella, que estaba escuchando y dispuesta a conectar.

—Siente las almohadas bajo tu cuerpo, sujetándote —dijo Kay—. Escucha mi voz, conmigo estás a salvo. No te pasará nada. Inspira, aguanta un momento, espira. Sí.

Vio cómo Heather respiraba, cómo su pecho subía y bajaba rítmicamente, siguiendo sus instrucciones. Cuando sintió que la niña estaba preparada, continuó.

—Haremos un viaje juntas. Será como ver una película. Lo que ocurra en la pantalla no puede tocarte. Sigue mi voz y sabrás que estás perfectamente a salvo.

La niña seguía mirando al frente con aquellos ojos vacíos y descorazonadores, pero los párpados le pesaban cada vez más.

—A medida que cuente de cinco a uno, estarás cada vez más relajada. —Kay contó—: Cinco —su voz calmada, melodiosa, tranquilizadora—. Sientes que te relajas. Cuatro. Profundizando más y más, haciéndolo genial. Tres. Te alejas cada vez más del mundo, profundamente relajada. Dos. Más profundo, excelente, sigue mi voz hasta sentirte totalmente relajada. Uno. Ahora estás en un trance profundo.

Por un momento, Kay se preguntó si su elección de palabras había sido adecuada. ¿Sabría una niña de ocho años lo que era un trance profundo? Al parecer, aquella sí, a juzgar por la postura relajada y la respiración tranquila.

—Escucha mi voz y siente que estás completamente a salvo —le dijo Kay, empezando con técnicas de conexión a tierra: el trauma de Heather era el mayor reto que había que superar antes de saber nada de los sucesos que habían tenido lugar la noche en que mataron a su madre—. Siente el apoyo bajo tu cuerpo, el calor de la manta que te cobija en un espacio seguro. —Hizo una larga pausa y preguntó—: ¿Puedes hablar?

Kay contuvo la respiración durante lo que le pareció una eternidad.

—Sí —respondió por fin Heather, con la voz un poco estrangulada, áspera. Llevaba casi dos días sin decir una palabra.

—Llévame a tu casa, hace dos noches, y enséñame lo que ves —dijo Kay. La respiración de Heather se aceleró hacia el pánico—. Estoy aquí, y estás totalmente a salvo. Nada de lo que veas podrá hacerte daño. —La respiración de Heather se ralentizó un poco—. ¿Puedes ver quién fue a visitar a tu madre?

—La chismosa se está chivando de mí otra vez —dijo Heather, con el habla ligeramente arrastrada. Tenía las mandíbulas tensas, apretadas con fuerza—. Pero a mamá no le importa. Julie llega tarde y mamá quiere que nos vayamos.

—¿Ir a dónde? —preguntó Kay.

Heather sacudió la cabeza un par de veces, con el pelo suelto alrededor de la cara.

—**Lejos. Tenemos que correr, salir de este lugar, salvar a Julie** —dijo, en lo que parecía una imitación de la voz de una mujer adulta—. Pero Julie no la cree, y llega tarde, y mamá está enfadada —continuó con su voz normal, aguda y apresurada.

Dejó de hablar, reviviendo recuerdos en su mente. Sus ojos se movían de manera frenética bajo los párpados cerrados; su cabeza temblaba de vez en cuando como si rechazara lo que estaba viendo.

—¿Qué pasa ahora?

—Julie ha vuelto, y mamá está enfadada. Es demasiado tarde para irse, afuera está oscuro. Mamá tiene miedo. —Su voz se entrecortaba, ahogada por el miedo.

—¿De quién tiene miedo?

Heather luchaba con un recuerdo, haciendo gestos espasmódicos con los brazos.

—Alguien está en la puerta, pero Julie nos lleva arriba. Él no debe verla.

Kay frunció el ceño y se apretó las manos para mantener el ritmo.

—¿A quién no puede ver?

—Julie —dijo Heather, y luego jadeó—. Se la llevará.

Los movimientos oculares continuaron y su agitación aumentó.

—Estás a salvo conmigo —repitió Kay—. Nada de lo que veas u oigas puede hacerte daño. Es como ver una película. ¿Qué pasa entonces?

—*¿Una copa de vino?* —dijo Heather, en esa imitación de la voz de su madre—.

Tomaré un poco —respondió también, imitando ahora la voz de un hombre—.

¿Sabes por qué estoy aquí? —continuó con la misma voz grave que debía ser la del asesino—. *No, déjanos solas, por favor* —continuó, de nuevo con la voz de su madre—. *No tienes que hacer esto.*

Se quedó en silencio mientras su respiración se aceleraba y su agitación aumentaba.

—Estoy aquí, y estás a salvo. Inspira, aguanta conmigo, espira. Así. ¿Qué pasa ahora?

Un espasmo sacudió todo el cuerpo de la niña, como si se hubiera electrocutado.

—*Tiene que pasar* —habló entre mandíbulas apretadas, con voz grave—. *Lo has sabido todo este tiempo. Sabes que debe hacerlo. Esta noche.* —Empezó a temblar fuertemente, como si estuviera atrapada en una ventisca invernal, con los dientes rechinando—. *¡No!* —gritó, con lo que parecía ser la voz de su madre—. *¡Heather!, llama al 911, como te enseñó mamá.* —Esa debió ser Julie diciéndole que pidiera ayuda.

—Estás a salvo, aquí conmigo —dijo Kay con calma, observando con profunda preocupación cómo su cuerpecito se retorció reviviendo los horrores. Tuvo que sacarla—. Contaré hasta cinco y te despertarás, sintiéndote descansada, fuerte y segura. Uno, estás empezando a...

Heather chilló y luego llamó:

—¿Mamá?!

—Estás a salvo, despertando descansada y relajada —continuó Kay, apresurando el proceso de despertar—. Dos. Sigues mi voz y sabes que estás a salvo; empiezas a despertar. Tres. Te sientes como si despertaras de un sueño profundo. —Su agitación disminuyó y su respiración se estabilizó. Entonces un largo y doloroso suspiro salió de su pecho—. Cuatro. Te preparas para despertar descansada y fresca. Cinco. Estás despierta.

Heather abrió los ojos y los enfocó en Kay.

—Hola —dijo Kay—. ¿Has dormido bien?

Por un momento pareció desorientada, pero entonces, al recordar su realidad, un lamento desgarrador le abrió el pecho. Rompió en sollozos incontrolables, aferrándose al cuello de Kay.

—Mató a mi mamá —dijo, apenas capaz de hablar entre jadeos y lamentos.

Kay la abrazó y la meció de un lado a otro, calmándola con palabras suaves, mientras luchaba por contener sus propias lágrimas. Los sollozos de Heather se atenuaron rápidamente, demasiado, y su cuerpo se volvió inerte, distante. Apartándose con suavidad, Kay miró a la niña, escrutando sus ojos. La misma mirada vacía había vuelto, y sus lágrimas habían dejado de caer, secándose las últimas como manchas sobre el colorido tejido de su camisa prestada.

Su mente se había vuelto a apagar.

Kay quería gritar. Si hubiera tenido al sudas delante, no habría necesitado un arma para acabar con él; le habría arrancado el corazón con sus propias manos.

Obligándose a exhalar su rabia, se levantó y se dirigió a la puerta, donde el ceño fruncido del sheriff no prometía nada bueno.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó en cuanto ella hubo cerrado la puerta. ¿Con esa historia de «**tiene que pasar**»? ¿Cómo sabían esas personas que Julie estaba a punto de ser secuestrada, y por qué no se lo dijeron a nadie? Joder... —Frustrado, se llevó la mano a la frente con tanta fuerza que sonó como una bofetada.

De repente, Kay se sintió inmensamente cansada, como si esa última hora hubiera quemado toda su energía de alguna manera, dejándola como una cáscara vacía. No había respuestas a las preguntas del sheriff ni a las suyas. Nada tenía sentido.

Pero no había tiempo para el cansancio, no con Julie aún desaparecida. Deseó que Elliot estuviera allí, a su lado; él era su arma secreta. Cuando estaba cerca, las cosas parecían de algún modo más lógicas, más fáciles, como si sus anchos hombros sostuvieran el peso del mundo que la aplastaba.

—No sé qué creer —respondió con sinceridad, aunque omitió mencionar el alto índice de error documentado con las entrevistas hipnóticas a testigos—. Esperaba... No sé lo que esperaba. ¿Tal vez un nombre? Estoy pensando que este sudes era alguien que Cheryl conocía, y creí que...

—Así que no tienes nada —resumió con frialdad Logan, que se lamió las encías con decepción—. Bueno, esta historia está a punto de terminar. La familia de las niñas está aquí para reclamarlas, y amenazan con emprender acciones legales si no son liberadas bajo su custodia enseguida.

—Pero, sheriff, tenemos que intentarlo de nuevo. Heather recordará...

—¿Los ves, allí, junto a mi despacho? Marleen y Avery Montgomery, tía abuela y bisabuelo de las niñas. —El sheriff señaló a un hombre y una mujer que paseaban impacientes por el pequeño pasillo de un lado a otro.

La mujer, elegantemente vestida con un traje **beige** y un pañuelo a juego sobre una blusa negra de seda, tenía unos cincuenta años. Llevaba el pelo liso hasta los hombros, teñido y peinado a la perfección, como si acabara de salir de la peluquería. Parecía bastante agradable cuando no miraba en dirección a Kay. Cuando lo hizo, sus ojos se convirtieron en puñales y su sonrisa pretenciosa y amenazadora no prometió nada bueno. El hombre que la acompañaba debía tener más de setenta años. El azul marino oscuro de su camisa contrastaba con su barba blanca, pulcramente recortada que y daba color a sus ojos. Era esbelto y caminaba erguido, con la cabeza alta, sobresaliendo por encima de la de su compañera. Su conducta general hablaba de riqueza y poder, arraigados en su comportamiento de la forma en que lo hace la gente que lo ha tenido durante mucho tiempo.

—Tengo que ocuparme de la llegada de un huracán. Sea lo que sea lo que quieras decir, díselo y a ver si te funciona —añadió el sheriff bajando la voz—. Ese fue nuestro acuerdo.

CAPÍTULO VEINTE

La doctora Edgell

La consulta de la doctora Vella Edgell se encontraba en el edificio del Centro Médico Mount Chester, en la segunda planta. La pequeña plaza frente al edificio —que solía estar repleta de tráfico peatonal, atraído por el olor a rosquillas frescas y café esparcido generosamente por la cafetería cercana a la entrada— estaba ahora desierta, bañada por las pesadas gotas de lluvia arrastradas por los fuertes vientos y golpeadas contra el asfalto en furiosas ráfagas.

A Elliot le gustaba el tiempo seco. Donde creció, era tan seco que escupía algodón. En su mayor parte, California había sido razonable desde ese punto de vista, solo unas pocas de esas enormes tormentas habían azotado la zona desde que él se había trasladado allí desde Austin, Texas. Había dejado el Estado de la Estrella Solitaria en el retrovisor porque no había podido mantener la cabeza fría cuando se trataba de la mujer con la que había trabajado, y ahora tenía que lidiar con la estúpida lluvia y aprender a que le gustara.

Observando la entrada y yendo despacio, condujo por el camino desierto hasta la entrada, dejando las luces intermitentes encendidas. Desde allí, a grandes zancadas, había conseguido entrar, pero aun así había llovido lo suficiente como para sentir cómo se empapaban las perneras de sus vaqueros. Dio un par de pisotones, sacudiéndose el agua como un perro callejero, aún mascullando maldiciones después de haber resbalado y casi caído sobre el hormigón mojado que lucía el logotipo del centro médico en rosa y dorado.

Al subir las escaleras hasta el segundo piso, encontró la consulta de la doctora Edgell enseguida, la primera a la izquierda. Decorada con buen gusto, la sala de espera estaba desierta, pero pudo oír una voz procedente del despacho. El escritorio de la recepcionista estaba vacío y despejado de los objetos que normalmente abarrotan estos espacios de trabajo, lo que explicaba por qué sus llamadas a la oficina habían ido a parar directas al buzón de voz. Un tenue aroma a lavanda flotaba en el aire, saliendo de un dispensador de aceites esenciales enchufado a una toma de corriente junto a la librería.

Dudó un momento, pensando en cómo habría reaccionado Kay si se hubiera enterado de que había interrumpido la sesión de terapia de un paciente. Escuchó, quitándose el sombrero y acercando la oreja a la puerta, y oyó la voz de una mujer que hablaba de alfombrar varias habitaciones, de los costes de instalación y de otros asuntos por el estilo en una conversación unilateral. No iba a interrumpir mucho.

Llamó dos veces a la puerta, la abrió tímidamente y miró dentro.

La mujer, una rubia alta y esbelta de pelo largo y liso, le dirigió una mirada inquisitiva. Entonces pareció darse cuenta de la placa que llevaba y lo invitó a pasar con un gesto apresurado de la mano. Su molestia se disipó y se convirtió en una sonrisa agradable, casi coqueta, a cada paso que él daba sobre su gruesa alfombra oriental, mientras ella lo medía con los ojos sin el menor intento de ocultar su interés.

Terminó la llamada con un rápido y poco ceremonioso «Te llamaré más tarde», y le tendió la mano.

—Vella Edgell —se presentó.

Elliot le estrechó brevemente la mano y retrocedió dos pasos al pronunciar su nombre.

—Detective Young.

La doctora se apoyó en el gran escritorio de roble y cruzó las piernas por los tobillos, mostrando una piel bronceada y unos zapatos negros de charol de tacón alto, mientras él permanecía de pie torpemente, aún con el sombrero en la mano.

—Por favor, siéntese —le indicó, señalando el sofá—. ¿Qué puedo hacer por usted, detective?

Elliot dejó el sombrero en el sofá, pero prefirió permanecer de pie. Sacó la foto de la tarjeta de visita del médico en su móvil y le enseñó la pantalla.

—Estamos investigando la muerte de un hombre que llevaba una tarjeta de citas de su oficina. Parece que era su paciente.

—Ah, ¿sí? —exclamó ella, sorprendida, con la preocupación reflejada en el rostro—. ¿Me puede decir de quién se trata?

—Bueno, eso es exactamente lo que estamos tratando de averiguar. Por ahora, es un desconocido. Según esto, tenía que venir el próximo lunes a las diez. —Elliot pasó el dedo por la pantalla de su móvil y le mostró la foto del hombre.

Ella miró la foto y luego a él por un momento, antes de caminar alrededor de su escritorio contoneando las caderas, con los tacones repiqueteando en el suelo de madera no cubierto por la alfombra. Se sentó frente al ordenador y pulsó algunas teclas, con las uñas chasqueando contra el teclado. Unos instantes después, dijo:

—Quería asegurarme, pero sí, es el señor Smith.

Elliot sonrió, incrédulo.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que me puede dar? ¿El señor Smith?

Ella pestañeó un par de veces y bajó la mirada, luego lo miró con una sonrisa de disculpa.

—Eso es todo lo que tengo, detective, porque eso es todo lo que él diría. Solo tenía una sesión, pagada en efectivo, y fue reacio a venir a la oficina; pidió que hiciéramos las sesiones por teléfono, pero yo no trabajo así —añadió, con voz suave y melodiosa, pero profesional al mismo tiempo. Se inclinó sobre el escritorio, apoyó los codos en la brillante superficie y juntó las manos—. Estudio el lenguaje corporal de los pacientes para identificar las áreas en las que la terapia puede ayudarlos mejor a conseguir sus objetivos.

La forma en que lo miraba incomodaba a Elliot. Este cambió el peso de un pie a otro, pisando en su sitio. Tal vez, en otro mundo, se habría sentido halagado por su interés. Era extraño cómo las mujeres habían dejado de importarle desde que conoció a Kay.

—¿Qué le pasaba? —preguntó, con la voz un poco más fría de lo que había previsto.

La doctora se echó hacia atrás y optó por apoyarse en el respaldo de su sillón de cuero, con la sonrisa perdida y los ojos cargados de una decepción sin filtro.

—Verá, detective, esa es la razón por la que la gente opta por pagar en efectivo y dar nombres falsos cuando vienen a mi despacho —replicó ella, con la rabia filtrándose a través de las notas bajas de su voz—. Es fácil creer que la gente debe tener algo malo para ir al psicólogo. Pero la mayoría de ellos tienen objetivos para sus vidas: quieren mejorar, convertirse en alguien más refinado, conseguir más éxito, ser alguien más feliz. Cómo eso está mal visto, es algo difícil de entender.

—Le pido disculpas —empezó a decir Elliot, sorprendido por la pasión de la voz de la

doctora Edgell.

—No es culpa suya, detective; es culpa de toda la sociedad. Como sociedad, la gente difunde el estigma de la salud mental con la excitación juvenil de un púber que lee mensajes soeces en la puerta de un retrete. Porque sienta muy bien decir que fulanito está loco, ¿verdad? —Lo miró con el ceño fruncido y la mandíbula tensa—. ¿Sabe qué, detective? Mis pacientes, vivos o muertos, tienen derechos. ¿Por qué no vuelve a visitarme cuando haya conseguido una orden? —Se puso en pie, cruzando los brazos sobre el pecho en una postura clara como el agua.

Pero él no se iba a ir sin más información. No le quedaban demasiadas opciones, salvo quizá su sonrisa y su sentido del humor, ambos bastante eficaces en dos estados diferentes.

—En nombre de toda la sociedad humana, le pido disculpas —dijo, dejando que su sonrisa tocara sus ojos. Sabía que una buena disculpa desarmaba a una mujer por muy enfadada que estuviera, aunque fuera capaz de iniciar una pelea en una casa vacía.

—¿Y cree que eso lo arregla todo? —preguntó, con la voz un poco más calmada, aunque todavía parecía estar de un humor de perros.

—No, señora —respondió con calma—. Pero no creo que al asesino del señor Smith deba dársele tiempo para huir del estado y desaparecer solo porque he usado las palabras equivocadas para hacerle una pregunta. —Le sostuvo la mirada con franqueza, dejando que se hiciera el silencio por un momento; pesado, significativo.

—Está bien —dijo al fin la doctora, cediendo, sus palabras casi susurradas en aras de un suspiro. Rodeó el escritorio, se sentó en el sofá y cruzó las piernas, mostrando sus muslos largos y bronceados por debajo de una falda corta que se subía, tan ajustada que debía habérsela metido con calzador—. ¿Qué necesita saber?

Elliot sonrió e inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Usando mis palabras? —Ella asintió mientras su sonrisa se ensanchaba—. Tengo que averiguar qué le trajo aquí, a verla —le dijo, todavía cuidadoso con la elección de su lenguaje a pesar de su invitación—. Sepa que todo lo que decida compartir conmigo se mantendrá en la más estricta confidencialidad. Lo único que quiero es atrapar a su asesino, nada más.

Pareció pensar un momento mientras sus ojos se desviaban distraídos hacia la ventana. Fuera, el cielo gris vertía agua sin cesar, como si el océano se hubiera desplazado hacia alguna parte y las compuertas se hubieran abierto bajo su peso. Por un momento, el golpeteo de las gotas de lluvia contra la ventana fue el único sonido que rasgó el silencio.

—Parecía delirar —dijo por fin, justificando con sus palabras su vacilación al hablar—. Incluso podría haber sido esquizofrénico.

—¿No está segura de ello? —soltó, sorprendido. En su opinión, ella debería haberlo sabido.

—No es tan sencillo, vaquero —dijo ella con una risita rápida que desapareció inmediatamente de sus labios—. Solo mostraba algunos de los síntomas, no todos. —Debió notar que el detective fruncía el ceño, porque siguió explicando—. Sí, parecía delirante, y eso es un síntoma de esquizofrenia, pero también lo son otros que no mostró. No era un adicto y no buscaba medicación. Su discurso no fue desorganizado, sino todo lo contrario. Era elocuente y tranquilo.

—¿Qué estaba buscando, si no era medicación?

—Quería consejo —respondió ella—. Pero las situaciones sobre las que lo quería

parecían, bueno, delirantes.

—¿Dijo que estaba en peligro de ser asesinado o herido de alguna manera? ¿Era ese el tema de sus delirios?

—No, ni de lejos —respondió la doctora con rapidez—. Y no, no mencionó ninguna preocupación por su bienestar o peligro inmediato, ningún enemigo o cosas así.

—¿Sobre qué deliraba? —Vio su reacción y añadió enseguida—: ¿Algo que pueda utilizar para encontrar a su asesino o establecer el móvil?

La doctora sacudió la cabeza con celo.

—No, detective, nada de eso. Hablaba de conversaciones con seres imaginarios sobre cosas que no eran reales.

Estupendo. Un completo chiflado, independientemente de cómo la doctora Edgell quisiera llamar a sus pacientes. Fuera como fuese, parecía que el hombre estaba más loco que una cabra, con un montón de cables sin conectar en su cabeza.

—¿Y no tiene ni idea de cuál es su verdadero nombre?

Ella sacudió la cabeza, su pelo a capas envió en su dirección una bocanada de perfume de jazmín que pareció envolverlo y marearlo.

—Lo siento, detective. —Se levantó con facilidad, se dirigió a la puerta y se la abrió—. ¿Si recuerdo algo...? —preguntó ella, con la voz ronca y una sonrisa coqueta.

Elliot se puso el sombrero y se lo arregló rápidamente, pasando los dedos por una parte del ala.

—Solo llame a la oficina del sheriff del condado de Franklin, doctora Edgell, y pregunte por mí, el detective Young. —Asintió rápidamente y cruzó la puerta, contento de estar fuera del despacho, lejos de la nube de perfume de jazmín y lavanda y de la sonrisa de ella.

En el exterior, junto a las puertas acristaladas que daban acceso al centro médico, donde no llegaba la lluvia, se alegró de respirar el aire fresco y húmedo, frío como el que se desprendía de las laderas de Mount Chester. Vella Edgell. En cualquier otro escenario, hubiese sido un buen partido. Guapa, sofisticada, inteligente y, sobre todo, interesada. En cualquier otro escenario, excepto en el que esperaba ver a Kay más tarde ese día.

Eligiendo con cuidado dónde posar sus pisadas para evitar los charcos más grandes y contento de llevar puestas las botas, se precipitó hacia el todoterreno y se puso al volante. El desconocido seguía siendo eso, un desconocido, y lo único que había aprendido de él era que deliraba.

¿Alguien le había disparado porque era un esquizofrénico que se había vuelto violento? ¿O sus delirios lo llevaron a hacer algo que no debía? En cualquier caso, alguien se había situado detrás de él y había apretado el gatillo de una pistola de nueve milímetros, acabando con su vida. En cuanto a si el asesinato había estado justificado o no, le costaba creer que lo estuviera, dado que le habían disparado cobardemente por la espalda mientras estaba sentado. En cualquier caso, no era su trabajo establecer su propia culpabilidad o inocencia, solo encontrar a la persona que había apretado el gatillo.

El único problema era que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Entrevista

—Hola, soy la detective Kay Sharp —saludó a los dos visitantes—. Si son tan amables de seguirme, por favor. —No esperó respuesta, sino que empezó a caminar hacia la segunda sala de interrogatorios, situada en la parte trasera del edificio, detrás de las celdas de detención. Tradicionalmente estaba reservada para los delincuentes más ruidosos, los borrachos más sucios y los más violentos, pero Erin y sus monstruosos garabatos ocupaban la sala de interrogatorios principal, más limpia y en mejor estado. Las prioridades de Kay estaban claras: el dúo de clase alta podría aguantar un tiempo. Puede que incluso les hiciera algún bien.

Abrió la puerta y los invitó a pasar. Marleen Montgomery se quedó inmóvil, contemplando la escena. Las manchas en el suelo donde los delincuentes habían descargado sus estómagos o se habían aliviado en señal de protesta, dejando tras de sí olores perdurables como prueba de sus contribuciones; las paredes sucias escritas con alguna que otra palabrota; el mobiliario metálico abollado y doblado; la superficie de la mesa de acero inoxidable rayada y con argollas para sujetar las esposas durante los interrogatorios de los sospechosos. Se volvió hacia Kay, visiblemente disgustada.

—¿De verdad? ¿Quiere hablar aquí?

—Somos una comisaría pequeña —dijo Kay con calma; su voz severa, sin disculpas.

—Vamos, Marleen —dijo el anciano—, acabemos con este circo.

Marleen se mantuvo firme.

—¿Dónde están las niñas? —preguntó con frialdad, exigente, pero Kay respondió con un vago gesto de la mano, invitándola a tomar asiento.

Miró con aprensión el mueble doblado y sucio, como si le hubieran pedido que se sentara en la silla eléctrica. Avery Montgomery estaba menos alterado; se sentó sin reparar en el estado de limpieza del asiento y lo arrastró hasta acercarlo a la mesa. Sus patas chirriaron contra el hormigón, enviando ecos contra las sucias paredes y haciendo que Kay apretara los dientes.

Una vez sentada, Marleen se removió inquieta en su sitio, luchó un poco para deshacer el nudo de su pañuelo y por fin se acomodó, mientras que Avery seguía haciendo rebotar rítmicamente su pie contra el suelo, el tacón de su zapato golpeándolo de vez en cuando con sonidos sordos.

—¿Nos va a traer a las niñas? —preguntó Marleen.

—Las niñas están bajo custodia —respondió Kay, tomando asiento frente a Marleen y Avery.

—¿Por qué demonios lo están? —preguntó Avery, con su alta frente fruncida por un ceño profundo y enojado. Cuando hablaba, su barba blanca se movía como si fuera un Papá Noel de centro comercial mal maquillado debido a su papada flácida.

Kay se encogió de hombros, fingiendo la suficiente indiferencia en su gesto para vender lo que estaba a punto de decir.

—Procedimiento estándar. Son lo que llamamos cabos sueltos. El asesino de su madre podría enterarse por los medios de comunicación de que hubo testigos del asesinato e

inclinarse a tomar medidas para corregir su descuido.

A Marleen se le desencajó un poco la mandíbula, pero no le salió ninguna palabra.

—¿Son testigos? —preguntó Avery, con la voz ahora más apagada, menos belicosa.

—Pero, en primer lugar, permítanme expresar mis condolencias por su pérdida —dijo Kay. Ambos parecían algo sorprendidos, como si no se lo esperaran, como si se hubieran olvidado por completo de la muerte de Cheryl.

—Ah, sí, gracias —respondió Avery, el más rápido de los dos en pensar con la cabeza.

—¿Estamos siendo interrogados, detective? —preguntó Marleen, con una ceja levantada y la boca tensa—. Esto es increíble. Nunca me habían insultado tanto en toda mi vida. Y este lugar es... indescriptible.

Kay se permitió esbozar una sonrisa, sabiendo que eso enfurecería a la mujer.

—Solo estamos teniendo una conversación amistosa, señora Montgomery. Si la estuviera interrogando, lo sabría. —Hizo una pausa y añadió con frialdad—: La habría informado de sus derechos.

Aquello golpeó con fuerza, dejando el silencio a su paso como una espesa niebla, llenando todos los rincones de la habitación.

—¿Cuándo podremos llevarnos a las niñas a casa? —preguntó Avery con voz cortés, casi amistosa. Qué cambio desde hacía unos segundos.

Kay hizo una pausa como si lo estuviera considerando y luego preguntó:

—¿Qué relación tienen con Cheryl y las niñas?

Marleen sacudió la cabeza con incredulidad y gimió.

—Calla, querida, no es posible que sepan quién es todo el mundo —susurró Avery como si intentara controlar las reacciones de la mujer, como si temiera empeorar las cosas—. Solo quieren lo mejor para las niñas —añadió, volviendo hacia Kay un rostro sonriente roto en un millón de arrugas—. ¿Estoy en lo cierto, detective?

—Por supuesto —respondió Kay, y luego esperó a que respondieran a su pregunta.

El anciano hizo una pausa, aparentemente confundido por el silencio de Kay, y luego pareció recordar que debía una respuesta.

—Ah, sí. Cheryl se casó con mi nieto, Calvin. Por desgracia, murió en un accidente laboral.

—¿Y la señora Montgomery? ¿Es su...?

—Es mi nuera —respondió con rapidez Avery antes de que Kay pudiera terminar su pregunta—. Es la esposa de Dan.

—¿Calvin era hijo de Dan?

—Oh, no, por Dios —soltó Marleen, y Avery la fulminó con la mirada—. Por suerte, mi hijo sigue vivo. —Durante un momento, pareció aterrorizada de que su hijo pudiera haber compartido de algún modo el destino de Calvin.

—Tengo tres hijos —dijo Avery con orgullo, echando la barbilla hacia delante, con la barba revoloteando en el aire, oliendo ligeramente a puros y colonia cara—. Mitchell es mi hijo mayor; es el padre de Calvin. También tiene una hija, Lynn. Tiene veintiséis años, sigue siendo una niña apenas salida de la universidad. Dan —dijo, mirando un instante a Marleen, que asintió con la cabeza, aparentemente cediendo ante Avery sin mediar palabra— es mi hijo mediano. Me dieron un nieto maravilloso, Víctor. —Sus ojos brillaron de orgullo cuando dijo su nombre.

Por alguna razón, al oírlo hablar la mente de Kay vagó hasta Betty Livingston y su locura por las primogénitas. Esperó, pero Avery no continuó, dejando fuera a un hijo.

—¿Y el más joven? —preguntó.

—Ah, sí, Raymond. —El orgullo que le produjo el nombre de Víctor en su rostro se desvaneció con rapidez, dejando en su lugar la decepción y la vergüenza; su voz vacilante, entrecortada, como si quisiera que sus palabras y el nombre de su tercer hijo pasaran desapercibidos. Fuera lo que fuese lo que Raymond había hecho para perder la gracia de su padre, aún no estaba perdonado, y probablemente nunca lo estaría.

—Gracias por aclararlo —respondió Kay—. Es seguro asumir que usted se convertiría en el tutor legal de las niñas, señor Montgomery, pero aún estamos averiguando si Cheryl indicó su preferencia de tutela en un testamento.

Marleen se burló.

—¿Cheryl? ¿Un testamento? Bueno, suerte con eso. Nunca pensó en nadie más que en sí misma.

—Marleen, por el amor de Dios, cállate —susurró Avery con voz dura.

La mujer se calló y bajó la mirada.

—¿Les importaría decirme dónde estuvieron el lunes por la noche? Digamos, ¿desde las ocho de la tarde hasta medianoche?

Eso hizo saltar por los aires el autocontrol que le quedaba a Marleen. Golpeó la mesa con rabia y elevó la voz hasta un tono estridente.

—¿Ahora somos sospechosos?

—Procedimiento estándar, señora. Es consciente de que, antes de que consideremos confiarles la seguridad de estas niñas, primero debemos librarles de cualquier sospecha, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Avery en su lugar, con tono apaciguador, mientras sus ojos azules disparaban dardos a su nuera. Parecía haberse hartado de que la silenciaban, ya no se achantaba bajo su mirada—. Muy bien, estuve cenando con el alcalde el lunes por la noche. La gente de la estación de esquí puede confirmarlo y, por supuesto, el propio alcalde.

—¿Hasta qué hora? —preguntó Kay, sonriendo alentadoramente.

—Después jugamos una partida de cartas con un par de amigos suyos y pasamos un rato hablando de la política del momento, del estado y de la nación. —Avery se rascó la barba con manos firmes: tenía los dedos agarrotados, signo revelador de la artritis—. Digamos, ¿hasta las once y media o así? La gente del club lo sabrá mejor; mi coche fue aparcado, tendrán registros.

Kay le dio las gracias con una inclinación de cabeza y se volvió hacia Marleen.

—¿Y usted, señora Montgomery?

Manteniendo la compostura, la mujer acabó por responder, mirando a Kay con el ceño fruncido.

—Organicé mi club de lectura en casa. No se fueron hasta tarde, después de las diez. — Su voz estaba ahogada por la ira—. ¿Quiere decirme que me avergonzará delante de todas esas mujeres comprobando mi coartada con ellas?

—Bueno, ¿hay alguien más que pueda dar fe de su paradero? ¿Su marido, quizá?

Marleen sacudió la cabeza.

—Se fue de viaje de negocios el jueves pasado. Y dejé que la asistente se fuera a casa temprano esa noche.

Kay sacó un pequeño bloc de notas de su bolsillo y se lo acercó.

—Necesitaré sus nombres y números de teléfono, señora Montgomery. Lo entenderán.

Si dice la verdad, no hay nada de qué avergonzarse. —Le entregó un bolígrafo; ella dudó un largo instante antes de aceptarlo y empezar a escribir de mala gana.

Kay permaneció en silencio mientras garabateaba, observando discretamente sus reacciones, su lenguaje corporal. Avery parecía tranquilo, casi relajado, mientras que ella estaba inexplicablemente enfadada. Pero el comportamiento de ambos se salía de lo normal: ninguno había preguntado por Julie ni había exigido a la policía que hiciera todo lo posible por encontrar a la chica desaparecida. Era como si no existiera para ellos.

De una cosa estaba segura: Heather y Erin no iban a ir a ninguna parte con aquella gente, no hasta que la sensación que carcomía las tripas de Kay dejara de agitar sus sentidos con todo tipo de banderas rojas.

Cuando Marleen terminó de escribir los nombres de sus amigas del club de lectura, le acercó el bloc a Kay.

—Ahí tiene. Ahora, ¿puede traer a las niñas para que podamos irnos?

—Las niñas están bajo custodia preventiva —repitió Kay con calma, como si lo dijera por primera vez—. Son testigos de un asesinato-secuestro y han sido de gran ayuda para empezar a resolver este crimen.

—¿En serio? —preguntó Avery, sonando un poco irritado—. ¿Qué demonios pueden tener que decir una niña de ocho años y otra de cuatro?

—Mucho más de lo que se imagina —respondió Kay.

—Al menos, debería dejarnos verlas —dijo Avery, y Marleen asintió con entusiasmo.

Kay se lo pensó un momento. No quería que vieran el estado en que se encontraba Heather, pero su reacción ante la presencia de las niñas podría ser útil. Envío un mensaje de texto a la agente Farrell, indicándole que metiera a Erin en la habitación de descanso con su hermana y cerrara la puerta.

—Esperen un momento, hasta que lo preparemos todo —dijo ella, notando cómo ambos parecían relajarse un poco. Entonces sonó el timbre de su teléfono con una confirmación de una sola palabra de Farrell a través de un mensaje de texto: «**Hecho**».

Kay los invitó a seguirla, marcando el camino.

—Podrán ver a las niñas a través de una ventana. Sin contacto directo por ahora, me temo. —Podía percibir su frustración en su silencio mientras la seguían hacia la sala de descanso.

Heather estaba sentada en un lado de la cama, tal y como había estado desde que llegó, de espaldas a la puerta. Erin garabateaba algo en un papel y se lo mostraba a Heather, la cual no reaccionaba. La agente Farrell estaba en la litera de al lado, con todos los rotuladores de colores en las manos y sonriendo amablemente.

Observó a los Montgomery mientras miraban a las niñas a través de la estrecha ventana, sus cabezas casi rozándose. Marleen parecía embargada por la emoción; sus ojos se humedecieron, sorprendentemente. Avery se mostraba sombrío y callado, parecía triste y angustiado. Les concedió un par de minutos y luego los invitó a pasar a la parte delantera del edificio.

—Este no es lugar para unas niñas —dijo Avery con frialdad cuando llegaron al vestíbulo principal—. Le aviso, detective, de que en cuanto llegue a casa llamaré a mi abogado y me aseguraré de que estas niñas queden bajo mi custodia inmediatamente.

—Es su prerrogativa, señor —respondió ella—. Si traen una orden judicial, veremos qué podemos hacer.

—¿Verán lo que pueden hacer? —dijo, sus palabras pronunciadas en un susurro

amenazador—. No me ponga a prueba, detective.

—¿Me está amenazando? —preguntó Kay con calma.

Al instante. Avery dio un paso atrás. Detrás de él, el agente Hobbs sonrió.

—No —respondió con cautela—. Solo tengo curiosidad por saber qué tipo de información puede estar obteniendo de estas niñas para justificar tal determinación de mantenerlas aquí, en estas terribles condiciones.

—Sí, yo también quiero saberlo —saltó Marleen en medio del tenso intercambio. Parecía temerosa, inquieta. Su momento emotivo había desaparecido sin dejar rastro. Qué interesante. ¿Escondía algo?

—Heather ha podido contarnos algunas cosas sobre lo ocurrido —respondió Kay vagamente—. ¿Son conscientes de que no puedo compartir los detalles de una investigación en curso con nadie? No obstante, tenemos pistas sólidas y estimamos que las niñas seguirán teniendo un papel fundamental en la captura del asesino de su madre.

Mientras hablaba, notó que la ansiedad de Marleen disminuía. Quizá ocultaba algo, pero no lo que Kay había sospechado en un principio. Tal vez ocultaba su propio miedo a ser el próximo objetivo. ¿Por qué podría serlo?

—¿Estaban al tanto de algún problema en la vida de Cheryl? ¿Alguien que quisiera hacerle daño a ella o a las niñas?

Se miraron brevemente y luego Avery contestó:

—No. En absoluto.

Kay se volvió hacia Marleen, pero ella negó con la cabeza.

—¿Tenían una relación cercana con ella? —siguió sondeando Kay. Parecía que había una diferencia notable en el nivel de vida entre Cheryl, la madre soltera que improvisaba y ahorra para llegar a fin de mes, y los dos Montgomery.

—No tanto como hubiera querido —respondió Avery—. Verá, tras la muerte de Calvin, Cheryl me culpó a mí, aunque la investigación exonerara a la empresa de cualquier delito.

—¿La empresa?

—Construcciones Montgomery, mi empresa —dijo él, con la voz teñida por una mezcla de orgullo y asombro de que ella no supiera lo que debería haber sido obvio—. Mis hijos trabajan en la empresa, y sus hijos también. Llevarán mi legado más lejos y lo convertirán en lo que muy probablemente será el mayor contratista general del norte de California. —Hizo una pausa, mirando a Kay, como si estuviera midiendo el impacto que sus palabras tenían en la detective. Luego, como si recordara algo, añadió, desviando la mirada hacia los lados—: Todos mis hijos excepto Raymond, claro. No podía molestarse en preocuparse por el negocio familiar. Él es artista. —Escupió la palabra como si le dejara mal sabor de boca.

«**Esa fue la ofensa imperdonable**», pensó Kay. Rechazo. La más hiriente de todas.

—Me habría encantado tener a mis bisnietas más cerca de mí, de todos nosotros, pero Cheryl mantuvo las distancias y su orgullo, a pesar de las evidentes dificultades económicas. Ni siquiera aceptó los fondos para la universidad que establecí cuando nació cada una de las niñas. Cuando Calvin murió, me lo devolvió todo.

Kay se preguntó si valía la pena investigar la muerte de Calvin. ¿Había algo más en el accidente laboral que había ocurrido hacía dos años? ¿Había sido encubierto, siendo Avery seguramente lo bastante rico como para permitírselo?

—Detective, le prometo que cuidaré bien de estas niñas —insistió Avery—. Tiene mi

palabra. Y podrá hablar con ellas todas las veces que quiera.

Kay asintió, reconociendo su oferta, pero sin moverse.

—Tan pronto como sea posible serán liberadas, estaremos en contacto.

—Bien. —Sin decir nada más, el anciano se marchó, con la cabeza alta y seguido de cerca por Marleen, no sin que antes la mujer volviera a fulminar a Kay con la mirada.

La puerta de la entrada principal aún estaba cerrándose tras su marcha cuando sonó su móvil. Un mensaje de texto del doctor Whitmore decía: «***Necesito verte lo antes posible***».

Durante todo el tiempo que tardó en atravesar el implacable aguacero, un pensamiento no dejó de rondarle la cabeza una y otra vez. ¿Por qué ninguno de los Montgomery había mencionado a Julie? ¿Por qué no habían hecho preguntas, amenazas o promesas? ¿Por qué no habían mostrado curiosidad por saber quién se la había llevado y por qué?

Era como si ya lo supieran y no les importara.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Anocheecer

El crepúsculo caía pesadamente, llenando cada rincón de oscuridad, que se arrastraba dentro de la habitación como si estuviera viva, conquistando todo lo que tocaba, filtrándose por las ventanas como si se colara a través del cristal y de las cortinas de gasa blanca, incapaces de mantenerla a raya. Al otro lado de los enormes ventanales, el diluvio continuaba, la fuerte lluvia azotaba contra el cristal con monótona obstinación. Las abultadas nubes oscuras se precipitaban hacia el noreste como refugiados que huyen del lugar de una catástrofe.

Había observado el cielo durante todo el día y ni un solo atisbo de azul había aparecido en el inmenso cúmulo de nubarrones grises que soltaban agua sin cesar. Ni uno, ni por un momento, hasta donde alcanzaba la vista.

Madre seguía enfadada.

Sus lágrimas inundaban los campos, sus heridas se abrían más de lo que él las había visto nunca, sangrando profusamente, dejando sus manchas por todo el paisaje en el marrón intenso de la tierra desplazada y arrastrada por los riachuelos de agua de lluvia inmisericorde.

—Oh, querida Madre, cómo debe dolerte —susurró, aferrándose al alféizar con los dedos pálidos y helados. Llevaba dos días despierto, sin querer separarse de Madre para descansar en la noche, cuando él era todo lo que ella tenía—. Será mañana, lo prometo, ni un día más tarde.

Unos estruendos lejanos y desvanecidos le aseguraron que Madre le había oído. Moviéndose despacio, como en trance, se desabrochó el cuello de la camisa y tiró de la fina cadena de plata que llevaba colgada, sacando el pequeño medallón. Después, sosteniéndolo con suavidad en la mano, lo apretó contra sus labios temblorosos.

El cielo del día siguiente le diría lo que quería Madre. Cualquier cosa que ella le pidiese, él la cumpliría. De lo contrario, su rabia sería destructiva, arrebatándole todo como ya lo había hecho antes, cuando no sabía qué esperaba de él ni cómo calmar su dolor.

—Querida Madre, escucha a tu hijo. —Su aliento calentó el medallón que todavía sostenía en la mano cerca de sus labios, como si las palabras que susurraba fueran una continuación del humilde beso que había depositado sobre la brillante superficie metálica hacía unos instantes—. Sea cual sea tu voluntad, la cumpliré. —Apretó los labios contra el metal una vez más y volvió a deslizar el medallón bajo la camisa, donde su calor le tocaba el pecho como lo había hecho desde el primer día que lo había llevado. Nadie había visto ese medallón ni sabía de su existencia, su contenido era su secreto mejor guardado, uno que nadie merecía conocer.

—Pero te lo ruego, por favor, déjame quedarme con ella. —Sus dedos agarraron un pedazo de gasa blanca de las cortinas y apretaron la fina tela, sintiendo cómo su delicada textura rozaba su piel—. Podría hacerme compañía por un tiempo, traer algo de calor a mis largos días.

Miró de nuevo al cielo, casi completamente engullido por el anocheecer. Solo un rastro de un plateado peltre coloreaba el horizonte donde el sol se había puesto hacía un rato,

despojado de sus gloriosos rojos, naranjas y púrpuras, sentenciado a desvanecerse en un séquito de gris ceniciento. Intentó escuchar la voz de Madre, pero solo el sonido de la lluvia perturbaba el silencio.

—Esta hermosa muchacha podría llenar mi corazón, querida Madre —suplicó, animado por el silencio de ella—. Oh, lo que daría por tocarla. Tenerla entre mis brazos.

Continuó el silencio lleno de lluvia, pero sintió unos escalofríos que le recorrían la espina dorsal. La ausencia de la respuesta de Madre era tan ominosa como su atronadora rabia.

—Muéstrame el camino —murmuró contra la suave tela que había acercado a sus labios—. Estaré aquí, esperando una señal. —Su respiración se estremeció al salir de su pecho.

Con las primeras luces del alba, él seguiría allí, de pie junto a la ventana, esperando, buscando en el cielo el más leve rastro de azul, señal de que la furia de Madre había menguado y podía quedarse con la chica un poco más.

Ahora que ella se había manifestado una vez más en su silencio castigador, sintió cómo el frío le helaba la sangre, corriendo por sus venas como un presagio de la fatalidad. Un mal presentimiento indudable, como si ella hubiera enviado su voluntad retumbando desde lo más alto.

El cielo del siguiente día al amanecer le mostraría lo que Madre le exigía. Entonces, al mediodía, se haría su voluntad.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

ADN

La cima de Mount Chester ocultaba su blancura entre pesadas nubes plomizas que se arremolinaban a su alrededor con furia, agitadas por el aire frío descendente y las ráfagas de vientos tormentosos. Las laderas más bajas habían tomado prestado su color del gris circundante y del verde abeto envuelto en niebla, casi imposible de distinguir del paisaje cercano, los bosques del coto y los pinos y abetos que adornaban el pueblo.

Kay no se fijó mucho en ello, aunque le encantaba la vista de Mount Chester en cualquier estación y con cualquier tiempo. En lugar de eso, repitió en su mente la conversación con los Montgomery, línea por línea, buscando alguna pista sobre lo que podían saber de la desaparición de Julie y no habían contado. Apostaría a que sabían más del tema de lo que habían compartido, aunque no parecían estar implicados. No había culpabilidad en su comportamiento, ni miedo a ser descubiertos. Marleen Montgomery parecía temer algo, pero había mostrado alivio cuando le dijo que la policía estaba obteniendo información valiosa de las niñas. Sin embargo, Kay seguía teniendo una sensación de inquietud respecto a ellos, algo que le tiraba de las tripas y le decía que debía volver a hablar con ellos. Hasta entonces, el agente Hobbs se encargó de comprobar sus coartadas, a fondo, en persona.

¿Podrían haber estado implicados? ¿Cómo?

El asesino de Cheryl era un hombre, y eso eliminaba a Marleen, aunque no su conocimiento de quién era el autor; tal vez ocultaba la identidad del asesino. Pero, entonces, ¿por qué iba a sentirse aliviada de que la policía estuviera haciendo progresos?

En cuanto a Avery, a sus ochenta y tres años, habría sido sometido fácilmente por Cheryl, con o sin la ayuda de Julie. Por no mencionar que la gente no se inventa coartadas que impliquen a numerosos testigos, incluido el alcalde. De eso no habría ninguna duda.

Por último, ¿qué motivo podrían tener? No... probablemente no estaban involucrados, concluyó Kay.

Pero, entonces, ¿por qué no hicieron una sola pregunta sobre Julie? ¿Sobre encontrarla y el progreso de la investigación? ¿Era porque habían asumido que Kay habría mencionado cualquier noticia sobre Julie? ¿O porque había compartido libremente los progresos que estaban haciendo con la información obtenida de las niñas?

A falta de motivos y de lógica, se encogió de hombros. Hoy en día, la gente es muy rara, cada vez más egocéntrica, cada vez más centrada en sus intereses, y esos dos solo querían quedarse con las niñas. Esa parte podía entenderla; sabiendo que las dos niñas traumatizadas dormían en una comisaría de policía, cualquiera con medio corazón se habría sentido motivado a intervenir, sobre todo cuando eran familia, las hijas de un nieto muy querido que había fallecido. Eso parte tenía sentido.

Encendió el intermitente y entró en la pequeña calle donde se encontraba el depósito de cadáveres de una sola planta, con sus paredes de piedra marrón empapadas por la lluvia, el aparcamiento casi vacío y una única palmera alta que daba la bienvenida. Al detenerse lo más cerca posible de la entrada, sonrió sin darse cuenta.

El todoterreno de Elliot estaba allí.

Las luces traseras de su vehículo estaban encendidas; el motor, aún en marcha. Su compañero estaba en el coche, esperando con el pie en el freno.

Ella aparcó a su lado, ocultando su bobalicona sonrisa. La proximidad de su coche le debió llamar la atención, porque el detective levantó la vista de su móvil y miró hacia ella. En cuanto la reconoció, se le iluminó la cara y sonrió, una amplia sonrisa que había coincidido con la de ella, todo durante una fracción de segundo antes de bajar la cabeza y ocultar su rostro bajo el ala de su sombrero. Cuando volvió a mirarla, solo sus ojos conservaban la chispa de aquel momento inicial que había encendido un fuego inesperado en su cuerpo.

Corriendo bajo la lluvia, Kay llegó a la puerta del depósito al mismo tiempo que Elliot. Él le abrió la puerta y ella entró, algo indecisa de volver a mirarlo a los ojos, pues el fugaz momento que habían compartido aún resonaba en todo su ser. Si había algo que no quería, era que su compañero se enterara del efecto que tenía sobre ella.

—¿También te ha mandado un mensaje? —preguntó en su lugar, indicando el camino a la sala de autopsias del doctor Whitmore.

—Efectivamente. —Elliot se quitó el sombrero y le sacudió las gotas de lluvia que se habían adherido al fieltro. Luego se lo volvió a poner—. Pero no es la primera vez que vengo hoy.

—¿Y eso? —dijo ella, mientras fruncía el ceño. Estaban trabajando en dos casos diferentes, y se preguntó por qué el doctor los habría convocado a ambos—. Bueno, pronto lo sabremos. —Al cruzar las puertas de la morgue, el olor a muerte la recibió con un escalofrío que le recorrió la espalda.

El doctor Whitmore estaba sentado detrás de su amplio escritorio, moviéndose de un equipo a otro sobre su taburete de cuatro patas con suaves ruedas que no hacían ruido. Detrás de él, dos de las seis estanterías refrigeradas para cadáveres contenían los cuerpos de Cheryl Coleman y del desconocido de Elliot. El compresor zumbaba en silencio, armonizando con la luz fluorescente del techo y la centrifugadora, que seguía girando sobre una mesa de laboratorio, en una orquesta de zumbidos de utensilios de laboratorio.

Aunque los cadáveres descansaran en sus estanterías de temperatura controlada, aún persistía un ligero olor a formaldehído, mezclado con desinfectantes y algunos otros olores que no podía identificar. Sin embargo, a ella no le importaban tanto como a Elliot; desde que había entrado en la morgue, su compañero se había resignado a respirar por la boca.

Después de darle al doctor un abrazo de costado y un besito en la mejilla que le pilló un poco por sorpresa y le hizo sonrojarse, Kay agarró otro taburete y se sentó junto al escritorio.

—¿Qué haces aquí todavía tan tarde? Pensé que ya te habías ido a casa.

El forense soltó una risita suave y cansada sin desviar la atención de los tubos de ensayo que manipulaba. Extrajo suero de uno de los dos tubos, puso dos gotas en un recipiente pequeño y cerró el tapón. A continuación, escribió las iniciales «CC» en el tubo, lo introdujo en el portamuestras de una máquina de pruebas automatizada y cerró la tapa. Otro zumbido silencioso empezó a contribuir a la sinfonía de sonidos.

—Yo también pensaba que ya estaría en casa, al igual que mi mujer. Pero sabía que, cuando compartiera contigo los frutos de mi trabajo, me preguntarías si podría volver a

analizarlo todo. —Se encogió de hombros con una sonrisa divertida—. Así que, como prevención, estoy haciendo exactamente eso. Solo que ya lo he examinado dos veces. —Le tocó el brazo después de quitarse el guante azul con un gesto rápido y bien ensayado—. No es que no me gusten tus preguntas, querida.

—Vale, ahora me pica la curiosidad, doctor. ¿Qué pasa?

Lanzó una mirada a Elliot, preguntándose, una vez más, por qué ambos habían sido convocados por el forense cuando trabajaban en casos diferentes. Elliot mantenía las distancias, su aversión por todo lo relacionado con la morgue no era un secreto para nadie que tuviera ojos.

—Se trata de Cheryl Coleman. —El médico se levantó y se dirigió a la gran pantalla colocada en la pared, donde se mostraban varias imágenes. Con un pequeño mando a distancia, las recorrió hasta encontrar la que buscaba: un primer plano de la puñalada abdominal que había sellado su destino—. Una sola puñalada en el abdomen. La hoja le fracturó las costillas y le cortó la aorta abdominal. Murió en cuestión de minutos. —Carraspeó y apoyó la mano en la cadera, estirando la espalda con un quejido—. El ángulo fue descendente y torcido, consistente para un asesino inexperto, pero tu sudes es fuerte; el golpe fue lo bastante contundente como para partir el hueso. Buscas a un hombre bien formado con una gran fuerza en la parte superior del cuerpo. Oí la llamada al 911, así que eso me aclaró el género, al menos.

Kay intercambió una rápida mirada con Elliot.

—Era lo que esperaba —respondió—. Sigo expectante del remate que me haga pedirte que repitas las pruebas.

—Sí, sobre eso —dijo, frotándose la frente con los dedos, como si tratara de ahuyentar una migraña, o tal vez solo su cansancio—. Comencé a analizar el ADN de Cheryl a primera hora, por si sacábamos algo interesante de él. Luego examiné muestras de ADN de la sangre recogida en la escena en varios lugares de la cocina, con la esperanza de encontrar allí una mezcla con la del asesino. Desde que tengo mi propio secuenciador, me vuelvo loco con las pruebas de ADN.

Kay silbó.

—¿Tienes tu propio secuenciador, doctor? Esa máquina debe haberte costado una pasta.

—Lo sé —rio—, pero también hay gente que compra palos de golf cuando se jubilan. Me cansé de que nuestros casos se eternizaran por ir detrás del condado de San Francisco, así que me di el capricho. —Levantó las manos en señal de disculpa—. ¿Qué puedo decir? Me gusta hacerles favores a otros forenses de todo el estado. Es mi entretenimiento.

Kay no pudo evitar reírse y sacudir la cabeza con asombro, como uno haría al ver a un niño con talento inventar un juego nuevo e interesante.

—Entonces, ¿qué hay de las muestras de ADN encontradas en la escena?

Elliot dio un par de pasos, acercándose a ellos; su interés se estaba despertando.

—Se encontraron dos muestras de sangre diferentes. Una era de Cheryl, por supuesto, y había una segunda muestra mezclada, masculina.

Kay se frotó las manos.

—Hice el perfil del sudes, y este podría haber sido su primer asesinato. Por favor, dime que se cortó y que tenemos su ADN.

La larga pausa que siguió fue un mal presagio y borró por completo la excitación de Kay

mientras el médico parecía ordenar sus ideas.

—La forma en que configuro mi sistema es sencilla. En primer lugar, tras secuenciar una nueva muestra, el sistema buscará una coincidencia con las muestras locales que tenemos aquí, en la base de datos, y luego pasará al nivel de condado, después al estatal y por último al nacional. Tiene sentido hacerlo así, porque ahorra tiempo. —Se metió las manos en los bolsillos y de su mano izquierda salió un paquete de chicles. No extrajo ningún trozo, sino que se limitó a jugar con él mientras hablaba, haciéndolo girar entre sus ágiles dedos—. Acababa de terminar de secuenciar el ADN del desconocido de Elliot cuando obtuve una coincidencia. —Hizo otra pausa—. Una local.

Kay ladeó la cabeza, no estaba segura de haber entendido bien.

—¿Quieres decir...?

—Sí, la sangre del desconocido fue encontrada en la escena del crimen de Angel Creek. En la casa de la residencia Coleman.

El ceño volvió a fruncirse en la frente de Kay mientras intentaba imaginar escenarios en los que aquello tuviera sentido. Vale, entonces la víctima anónima no había podido matar a Cheryl y llevarse a Julie, porque ya estaba muerto en ese momento.

—¿Lo has vuelto a analizar? —Al hacer la pregunta, recordó cómo había empezado su conversación y dejó que una larga bocanada de aire desinflara sus pulmones. No esperaba respuesta, pero el doctor Whitmore señaló la máquina que zumbaba.

—Dos veces —respondió—. Esta sería la tercera vez que hago pruebas, con tubos de ensayo nuevos, nunca usados, y productos químicos y limpiadores recién desprecintados.

—Cuéntame otra vez la cronología de estas muertes —preguntó Kay, ya que no estaba muy familiarizada con los detalles del caso del desconocido.

—Todos sabemos cuándo mataron a Cheryl, el lunes por la noche exactamente, a las 21:42. He establecido la hora de la muerte del desconocido aproximadamente un día, tal vez treinta y seis horas, antes, así que el domingo o, como muy pronto, a última hora de la noche del sábado.

—¿Alguna otra coincidencia en tu sistema? —preguntó Elliot—. ¿Tenemos su nombre?

—Sigue siendo John Doe por ahora, me temo. Su psiquiatra era la mejor pista que se nos podía ofrecer. Supongo que no dio resultado.

—No. Usaba un nombre falso y pagaba en efectivo. Pero, si visitó a Cheryl Coleman, tenemos algo por donde empezar, supongo. —Elliot dudó un instante y luego añadió—: Si estás seguro de que él estuvo allí, doctor.

—No estarías aquí si no estuviera seguro —respondió el doctor Whitmore—. Tengo más; tal vez esto ayude. —Se volvió hacia la pantalla y pulsó el mando un par de veces hasta que apareció la foto de una fibra de pelo largo y oscuro—. Esta es la fibra capilar que encontramos en el cuerpo del desconocido. Tenía el folículo de la raíz todavía unido, así que analicé el ADN. Una vez más, hizo coincidencia local. La fibra capilar pertenecía a Cheryl Coleman.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Preguntas

Julie hacía tiempo que no se movía.

El dolor de estómago había remitido, dejando tras de sí un frío tan insoportable que drenaba hasta la última gota de su energía con escalofríos y temblores incontrolables. Sin embargo, seguía decidida a recostarse contra la puerta, pasando interminables horas en un estado aturdido entre el sueño y la vigilia.

Había quitado las mantas de la cama y las había puesto en el suelo, desesperada por mantener el frío a raya. Más tarde, había cedido y se había envuelto en el edredón que había quitado de la cama, tan blanco que le recordaba a un sudario. Aún mantenía la espalda pegada a la puerta, preparada, al menos en su cansada mente, para ponerse en pie de un salto si alguien venía a por ella.

Pero no iba a poder hacer nada de eso. Tendría suerte si podía al menos mantenerse en pie.

Su mente divagaba buscando respuestas, una razón por la que le estaba ocurriendo todo aquello. ¿Por qué a su madre, y quizá también a Heather y Erin? Se estremeció, sus dientes rechinaron como si estuviera desnuda en el corazón de una ventisca de nieve.

Había leído sobre chicas desaparecidas, raptadas, encontradas, retenidas en mazmorras y demás. Las había visto en las noticias, en películas. Pero eran **ellas**, otras chicas, solo extrañas lejanas que nadie conocía en realidad. Quizá habían hecho algo para provocar a sus captores, para tentar su destino. Pero ¿ella? Ella no había hecho nada de eso.

Un sollozo sofocante brotó de su pecho. Su madre... se había ido, y todo era culpa suya.

Le había dicho que tenían que irse para escapar del peligro que corría. Sabía de antemano que iba a ocurrir y había hecho planes para salvarlas, para salvarla a ella, a Julie, la mayor y más desafiante de las tres hermanas. Pero Julie no obedeció, no la tomó en serio.

Porque todo era surrealista.

Quizá, si su madre se lo hubiera explicado, habría entendido por qué tenían que huir, dejando atrás sus vidas, su casa, a todos sus amigos. Y a Brent.

Pero quizá no podía explicarlo, porque era un sinsentido. ¿Qué podría explicar que alguien quisiera secuestrar a una chica y mantenerla encerrada en un sótano?

Cosas así no les pasaban a personas como ellas, a gente normal, aburrida, de pueblo. A una viuda que cría sola a tres niñas. A una higienista dental y sus hijas. No... Cosas así les pasaban a las personas de las películas y los programas de televisión, a chicas despampanantes y guapas que tenían acosadores y admiradores secretos y que, por alguna razón, nunca tenían cortinas colgadas en las ventanas de sus dormitorios.

¿Por qué a ella?

¿Qué la hacía tan especial como para que alguien matara a su madre para llegar a ella? ¿Solo para encerrarla en ese sótano frío y húmedo, sin comida, sin una palabra?

No tenía ningún sentido.

Por más que lo intentaba, sus pensamientos volvían una y otra vez a la última imagen

de su madre, caída en el suelo de la cocina en un charco de sangre, que le salía a borbotones. Julie recordaba detalles ridículos, cosas en las que no creía haber reparado en su momento. La pequeña mancha cerca de la estufa, justo donde el cuchillo había caído al suelo, al lado de su madre. ¿Era salsa de tomate? ¿Y por qué llevaba Heather sus pantalones del pijama, arrastrando las perneras por toda la cocina, pisándolos, demasiado largos para su talla? Solía hacer eso mucho, robarle la ropa y ponérsela por la casa. ¿Y por qué mamá le había dado cereales de desayuno a Erin para cenar?

¿Por qué no se fueron cuando aún podían? Aunque estuviera oscuro y lloviera, ¿por qué quedarse, por qué esperar un día más si su madre sabía que aquello iba a ocurrir? ¿De verdad lo sabía? ¿Cómo?

Otro sollozo sacudió todo su cuerpo al salir de su pecho en un gemido que resonó extrañamente débil contra las grises paredes de hormigón. La luz amarilla que salía de la bombilla que colgaba por los cables del techo pareció desvanecerse un poco más mientras el frío envolvía su cuerpo de nuevo, sacudiéndolo en escalofríos agotadores que no terminaban nunca.

Dejándose caer un poco más en el olvido, recordó su rostro, el del hombre que había matado a su madre.

Le resultaba familiar y, sin embargo, no lograba ubicarlo. Sin duda lo había visto antes, y su madre también lo conocía. ¿Había dicho su nombre? Intentó recordar, pero todo lo que se había dicho era un borrón de palabras sin sentido que pertenecían a un mundo surrealista.

Sin embargo, recordó su rostro; era un joven apuesto con unos fascinantes ojos grises, tan grises como el suelo de cemento sobre el que yacía. Un hombre al que habría prestado atención si lo hubiera conocido en una fiesta. Un poco mayor para ella, quizá, pero no mucho más. Veinticinco años era demasiado mayor para la ley, pero no para ella.

Entonces, un pensamiento inesperado disipó la bruma que envolvía su mente. Si lo hubiera conocido en otro lugar, en otras circunstancias, ¿habría sido capaz de darse cuenta de que era un asesino?

CAPÍTULO VEINTICINCO

Delirio

—Lleva fuera casi cuarenta y ocho horas —dijo Kay cuando entraron en la comisaría—. Sus posibilidades de ser encontrada con vida se han reducido casi a cero, pero no voy a renunciar a ella.

Habían conducido sus coches desde la oficina del forense a través de una oscuridad absoluta azotada por aquella lluvia incesante, con el cielo iluminándose en ocasiones cuando una nueva línea de tormentas atravesaba su región. Tuvieron que dar un rodeo de cinco kilómetros para evitar un tramo de carretera que había sido arrasado por un corrimiento de tierra, lo que dio a Kay más tiempo para pensar mientras conducía detrás del todoterreno de Elliot.

Por improbable que pareciera, el caso de su compañero estaba estrechamente relacionado con el asesinato de Cheryl y el secuestro de Julie. Por alguna razón, John Doe había visitado la residencia Coleman y había dejado una pequeña cantidad de su sangre.

Antes de que pudiera pensar en escenarios en los que eso podría haber ocurrido, ya habían llegado y Elliot le estaba abriendo la puerta, justo después de preguntarle: «¿Crees que sigue ahí fuera?».

Fueron más bien las palabras que no dijo las que encendieron el fuego en su sangre. Sí, sus posibilidades eran mínimas, y Julie entraba en su tercera noche de cautiverio —si es que seguía viva—, pero la pista sobre la visita del desconocido a la casa de Coleman abría un nuevo abanico de preguntas.

¿Había matado Cheryl a John Doe? Las pruebas apuntaban en esa dirección. En caso afirmativo, ¿por qué? ¿Qué motivo podría tener la higienista dental y madre soltera para disparar a un hombre por la espalda, en su casa, sobre todo si sus hijas estaban allí? Y probablemente lo estarían. ¿Podría haber sido en defensa propia? En caso afirmativo, ¿qué probabilidades había de que dos hombres distintos acudieran a su casa con intención de causarle daño, con uno o dos días de diferencia?

Cero.

Bueno, técnicamente, las probabilidades eran más que cero, pero tan pequeñas que Kay podía decir que no existían. Y, aun así, esa era la única explicación para lo que les había desvelado el doctor Whitmore.

Al llegar a su escritorio, se quitó la chaqueta y la colgó en una silla cercana para que se secase, contenta de haberse quitado la prenda empapada tras un largo día. Deseó haber pasado por su casa para coger ropa seca y deshacerse del jersey de cuello alto que le molestaba, pero no se atrevía a quitarle tiempo a su trabajo para asuntos tan triviales.

—¿Qué piensas? —Elliot acercó su silla a la de ella mientras encendía su portátil—. ¿Tu víctima mató a mi víctima?

—Eso parece —respondió ella, tecleando su contraseña con los dedos congelados. Mientras esperaba a que se cargara la pantalla, se frotó las manos para calentárselas y le envió un mensaje a Jacob, preguntándole si podría traerle ropa seca y algo de comida. Tras dudar un momento antes de enviar el mensaje, lanzó una rápida mirada a su

compañero, fijándose en las perneras del pantalón y el cuello de la camisa empapados, y luego añadió al mensaje: «**Para dos**». Pulsó enviar y se metió el móvil en el bolsillo justo cuando sonó un timbre en su ordenador. Tenía un nuevo correo electrónico.

—¿Ves a tu víctima capaz de deshacerse del cuerpo de mi desconocido ella sola? Medía metro y medio y era delgada como el bigote de un mosquito. —Elliot terminó su comentario con una risita incrédula.

—Tal vez tuvo ayuda o tal vez estaba desesperada. Debía estarlo, si las niñas se encontraban en la casa en ese momento, pero no hay forma de saberlo.

Una oleada de excitación recorrió el cuerpo de Kay cuando vio el correo electrónico que había estado esperando.

—La llamada al 911 ha vuelto. —Hizo doble clic y la grabación empezó a reproducirse.

Se había limpiado digitalmente, y la voz de Heather ahora sonaba apagada, sus sonidos respiratorios casi habían desaparecido. La voz de Carrie también se había amortiguado, pero algo menos; su voz abarcaba una gama de frecuencias demasiado amplia para eliminarla por completo sin perder partes críticas de la grabación. El fondo se había amplificado, ahora sonaba más cercano, más real. Inteligible.

Conteniendo la respiración, Kay escuchó la parte inicial de la grabación, donde el diálogo entre Heather y Carrie había ocupado la mayor parte del espectro, y no se entendía mucho más. Entonces, oyó la voz de Cheryl, sus palabras claras, aunque a duras penas.

—**No te la llevarás, ¿me oyes? No te dejaré** —había dicho, con voz fuerte y decidida. Valiente—. **Déjanos marchar.**

Luego, una voz de hombre, severa, grave y amenazadora.

—**Eso no va a suceder. Ella viene conmigo. Esta noche. Como debe ser.**

Un pequeño silencio, durante el cual la voz apagada de Heather había respondido a la pregunta de Carrie, y después Cheryl, que seguía suplicando. Podía oír lágrimas en su voz, el temblor que suele acompañar al dolor intenso y a la desesperación.

—**Quería irme. Por favor, déjanos marchar. Nadie tiene por qué saberlo.**

—Un golpe—. **Por favor, te lo ruego, déjanos ir.**

El hombre volvió a hablar, la primera parte de lo que dijo era difícil de discernir, aún enterrada bajo el diálogo entre Heather y Carrie.

—**No puedo** —respondió con un tono casi indiferente—. **Sabes que no puedo. Tiene que ser así y tú...** —Las palabras fueron incomprensibles por un breve momento, ahogadas por la voz de Heather—. **Por eso no te has ido. Es ella... Su poder tira de ti, reteniéndote aquí. Hay que hacerlo.**

Una fracción de segundo después de las palabras del hombre, solo se oyeron los sonidos de la lucha, los choques y fuertes golpes de los muebles, y luego el impacto del cuerpo de Cheryl contra el suelo mientras Julie gritaba. Después, la voz desgarradora de la adolescente, llamando a su madre antes de que ella también fuera silenciada.

Kay detuvo la reproducción y colocó la cabeza entre sus manos.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¿Algún delirio compartido?

—¿Quién es **ella**, esa mujer de la que hablan? —preguntó Elliot—. Cheryl no parecía dudar ni una palabra de lo que decía el hombre, sobre **su poder** y todas esas demencias. Sonaba más loco que una liebre con sombrero.

Kay dejó escapar un largo suspiro de decepción. Esperaba mucho más de la llamada al 911; esperaba respuestas. Pistas sólidas. Un nombre. Algo que pudiera usar para

encontrar a Julie antes de que fuera demasiado tarde.

En cambio, era como si hubiera vislumbrado un mundo en el que nada tenía sentido. Fue, tal vez, el diálogo más extraño que había escuchado nunca, y Cheryl había perdido la vida al final del mismo.

Por un momento, se quedó pensando: «Si tuviera que etiquetar esta conversación con una palabra, ¿cuál sería?» Le gustaba ese ejercicio, encontrar etiquetas para situaciones o acontecimientos, porque la ayudaba a solidificar su pensamiento y a priorizar las muchas ideas que tenía sobre lo que acababa de oír. Esa etiqueta era fácil de encontrar, solo una palabra podía caracterizar la conversación que había escuchado.

Delirante.

—Este sudés es un asesino-secuestrador con una misión —dijo, dejando salir la miríada de pensamientos que se arremolinaban en su mente—. No sabemos cuál es esa misión, pero creo que podemos estar de acuerdo en que Cheryl era consciente de ella y, por alguna razón, no la disputó. Aunque parezca una locura, ella no lo desafió.

—Reconozco la locura cuando la veo —dijo Elliot, recostándose en su silla. Se levantó el sombrero solo el tiempo suficiente para pasarse los dedos por el pelo y enseguida volvió a colocárselo en la cabeza—. Cuando la escucho, mejor dicho. Esta conversación me ha parecido delirante.

En el momento en que Elliot pronunció la palabra que ella había estado pensando, sintió un tirón en las tripas, pero no pudo precisar a qué se debía.

—¿Crees que es uno de esos cultos raros? —preguntó él—. Ya tuvimos uno de esos en Waco, si recuerdas. Ese en el que murieron setenta y seis personas.

—No estoy tan segura de eso. —Kay desenroscó el tapón de una botella de agua que sacó de un cajón del escritorio y se bebió la mitad con sed. Le quitó el hambre, al menos durante un rato—. Verás, los miembros de una secta no son libres de andar por ahí sin restricciones. Por lo que sabemos, Cheryl estaba libre. Tenía un trabajo, se relacionaba con gente. Las sectas no suelen dejar que sus miembros hagan eso; temen perder el control sobre sus víctimas. —Ella lo miró rápidamente—. Uy, quería decir miembros.

Él sonrió y, por un segundo, ella olvidó dónde se encontraban, deseando que estuvieran compartiendo una cena y una botella de vino. Y de postre, lo que les deparase la noche.

Pero entonces Julie volvió a su mente y a su corazón, y su ensoñación se hizo pedazos. Ya habría tiempo para esa cena más adelante. Más tarde, después de que Julie fuera encontrada a salvo y devuelta a sus hermanas. Después de que encerraran al asesino de su madre.

—Ta-da —oyó la voz de Jacob detrás de ella, un segundo después de haber percibido el apetitoso olor a **pizza** de pepperoni caliente y estar a punto de preguntarse a quién podría pedirle un trozo. Se levantó de la silla y lo abrazó.

Llevaba su camisa de cuadros favorita desabrochada sobre una camiseta blanca y vaqueros. Las gotas de agua se pegaban a su rebelde melena, pero no parecía importarle. Y es que se le veía de una manera que hacía mucho tiempo que no estaba: feliz.

—Uf, estás empapada —dijo Jacob bromeando mientras se apartaba, visiblemente avergonzado por su muestra de afecto—. Y apestas.

—¿En serio? —preguntó ella, con las mejillas encendidas—. ¿Por qué no compras un espacio publicitario y pones la noticia en el periódico? —Pero en realidad no estaba enfadada; ya había abierto la caja y cogido el primer trozo de **pizza**. Lo mordió, los jugos le llenaron la boca de ganas de tragárselo entero. Se tomó su tiempo para masticar

y saborear cada bocado, y le hizo señas a Hobbs para que se acercara, viendo cómo observaba su pequeña reunión desde la distancia.

—Tengo más para vosotros dos —dijo Jacob, entregándoles a ella y a Elliot bolsas de la compra llenas de ropa—. Lynn me ayudó a elegir la tuya —añadió.

Kay se quedó boquiabierta.

—Calcetines secos, una camisa también... —comentó Elliot, y luego estrechó la mano de Jacob—. Y mírate, entrando en una comisaría a tu antojo.

—No me lo recuerdes, todavía me dan escalofríos cuando veo policías.

—A mí no me mires —replicó Hobbs, riendo y hablando con la boca llena, pero manteniendo la mano delante de los labios—. Estoy fuera de servicio.

—Entonces, ¿no vas a volver a casa pronto, hermanita? —preguntó Jacob, bajando un poco la voz. Su hermano pequeño debía tener una agenda, y se llamaba Lynn. Bien por él.

—No, hermanito —respondió ella con una amplia sonrisa—. La casa es toda tuya por esta noche.

Jacob le dio un beso en la mejilla y salió corriendo de allí, gritando por encima del hombro al llegar a la entrada principal:

—Eres la mejor.

No, él era el mejor hermano que una chica podía desear. La había acogido cuando volvió a vivir a Mount Chester. A pesar de todos esos años viviendo separados, no había tardado en acudir a su llamada. Durante su ausencia, había permanecido como una extraña, sin estar segura de que él quisiera volver a pasar tiempo con ella y que eso le recordara su difícil etapa de crecimiento juntos e, implícitamente, a su padre maltratador. Sin embargo, él la había recibido con los brazos abiertos y no le había mostrado más que amor y apoyo. Había tenido suerte. Debería haberlo recordado antes de tratar a su novia con tanto recelo.

Elliot sacó una servilleta y se limpió la boca, después se bebió una botella entera de agua sin respirar.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, voy a volver a entrevistar a Heather. Quizá sepa algo sobre tu John Doe.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Recuerdos

Kay no había visto a Heather desde el desayuno, cuando terminó su primera sesión de hipnosis de forma bastante abrupta. Había estado preocupada por la niña, pero la agente Farrell la había mantenido informada con mensajes de texto a lo largo del día.

Erin estaba algo mejor: comía, dormía y garabateaba monstruos sin parecer cansarse de ello. Completamente inmersa en lo que hacía, como en trance, parecía no querer dibujar nada más, y había pronunciado muy pocas palabras.

En cuanto a Heather, no había cambiado mucho. No hablaba, apenas tocaba la comida ni el agua y, cuando dormía, tenía terribles pesadillas. En un par de ocasiones, la agente del sheriff notó que se le caían las lágrimas y que la mirada perdida se volvía algo más concentrada, pero solo durante unos instantes.

Era una buena señal. Puede que estuviera lista para empezar a vivir de nuevo.

Kay consultó su reloj y tragó un improperio. Eran casi las nueve y media. Esperaba que Heather aún estuviera despierta. Antes de dirigirse a la sala de descanso, esperó impaciente a que Hobbs terminara su **pizza**.

—¿Qué tal las comprobaciones de las coartadas? —Era casi inútil que preguntara; si algo no hubiera concordado con las coartadas de los Montgomery, se lo habrían notificado enseguida. Y, aun así, había algo que le carcomía las entrañas sobre esos dos; quería asegurarse de que Hobbs hiciera un trabajo minucioso.

Todavía masticando el último bocado de corteza rellena de queso, el oficial levantó su pulgar grasiento en el aire. Tragó con dificultad, precipitadamente.

—Las dos son verídicas. La estación de esquí tiene registros de Avery Montgomery en sus instalaciones hasta la... —sacó su bloc de notas y hojeó unas cuantas páginas— una menos cuarto de la madrugada. Este es el sello con el horario señalado en su tarjeta del aparcacoches.

—¿Y hablaste con gente de allí?

—Sí, lo hice. Me mostraron imágenes de seguridad que lo situaban en la mesa de naipes. Estaba allí. No se movió; apenas se levantó una vez para ir al baño, pero no le culpo. Estaba en racha; estaba dejando sin blanca al alcalde y a los otros dos.

Se estaba forrando.

—¿Y qué hay de Marleen Montgomery?

—Hablé con tres de las señoras de su club de lectura —respondió Hobbs, mirando de nuevo su bloc de notas—. Estuvo en la casa con ellas hasta las diez y media, charlando sobre Harlan Coben. ¿Quieres que llame a alguna más?

No tenía sentido.

—No, pero gracias, Hobbs, te lo agradezco.

—No hay de qué.

Kay se dirigió a la cocina para lavarse las manos, todavía un poco grasientas por la **pizza**, y luego se cambió rápidamente en los vestuarios, lamentando no haber tenido tiempo de darse una ducha. Lynn le empezaba a gustar, pero tenía sentimientos encontrados; la nueva novia de Jacob había metido su desodorante en la bolsa y ropa

interior limpia. Apartando de su mente la idea de que una extraña registrara su cajón de ropa interior, prefirió agradecer la sensación de limpieza y sequedad de su ropa.

Al salir de los vestuarios con una sonrisa en los labios, se encontró a Elliot, con la camisa roja a cuadros de Jacob que le quedaba inesperadamente bien, esperándola frente a la sala de descanso, dispuesto a vigilar mientras ella dirigía su sesión.

Abrió la puerta despacio y vio a Erin dormida en la cama, pero Heather seguía despierta, sentada como de costumbre en un lado del catre, con la espalda recta, los hombros tensos y todo el cuerpo rígido. En la cama contigua, a su lado, Farrell se había quedado dormida. La agente del sheriff se había tomado muy en serio su tarea, no estaba dispuesta a irse a casa a pasar la noche y dejar a las niñas con otra persona. Como madre, tenía que saber lo importante que era para las niñas cualquier atisbo de estabilidad, y alternar entre cuidadoras no sería algo positivo.

Tocando el hombro de Farrell, la despertó. La agente del sheriff cogió a Erin en brazos y salió de la habitación, dejando a Kay a solas con Heather. Unos instantes después, apoyada contra las almohadas y con los ojos cerrados, la niña estaba lista para otra sesión.

—Respira conmigo, despacio, y sigue mi voz hacia una relajación intensa. Ahora estás en un trance profundo.

Kay observó atentamente si Heather estaba cómoda. Sus hombros se habían relajado, la tensión de su rostro había desaparecido y sus ojos estaban cerrados; aún se movían en ocasiones, pero los pensamientos que cruzaban su mente no parecían angustiarla demasiado.

—Lo que verás no puede hacerte daño. Estás a salvo, aquí conmigo. Me estás contando la historia de lo que pasó el lunes por la noche. Es como ver la tele juntas. Dime lo que ves.

La niña apretó un poco las mandíbulas antes de hablar.

—Julie llega tarde. Mamá está enfadada. Quiere que nos vayamos.

—¿Ir a dónde?

—Lo más lejos posible de este lugar —respondió ella, con la voz alterada, sonando más madura. Esas debían haber sido las palabras de Cheryl.

—Hay alguien en la puerta. ¿Conoces a ese hombre?

La niña se sobresaltó y sus ojos se movieron rápidamente. Se retorció, como si todo su ser la urgiera a correr, pero estaba atrapada en el lugar y en el tiempo, en aquella noche terrible.

—Estás a salvo y eres fuerte. Nada puede tocarte. —Kay habló despacio, apenas por encima de un susurro—. Inspira, aguanta un momento y espira. —La observó relajarse, sus movimientos oculares se ralentizaron—. ¿Conoces a ese hombre?

Heather sacudió un poco la cabeza y un gemido salió de sus labios.

—Se va a llevar a Julie.

—¿Tu mamá lo conoce?

—Sí.

Se detuvo un momento, pensando en cómo formular la siguiente pregunta para no influir en la respuesta. Heather no sabía el nombre del hombre; se lo había preguntado dos veces y había obtenido la misma respuesta.

—¿Qué dice tu madre cuando lo ve?

—**Ah, eres tú** —respondió ella, de nuevo imitando la voz de su madre.

Interesante. Debía esperar a otra persona, pero sin duda conocía al hombre que más tarde acabó con su vida.

—¿Qué sucedió el día anterior? ¿Fue otro hombre a visitar a mamá?

—Ajá —murmuró, con el ceño fruncido.

—¿Dos días antes, entonces?

—Sí. —Volvía a agitarse de nuevo.

—Veamos juntas esa historia —susurró Kay—. Háblame de ese hombre.

Heather apretó los dientes y se movió en su sitio, juntando las manos en el regazo. Fuera lo que fuese lo que estaba recordando, la incomodaba.

—Mamá nos llevó arriba, a su dormitorio. —Hizo una pausa entre cada palabra, como si recordara con dificultad—. No nos suele dejar entrar, pero dice que podemos. —Tragó saliva, se lamió los labios secos y volvió a apretar las mandíbulas—. Lo hace cada vez que viene. —Un atisbo de sonrisa asomó a sus tensos labios—. Así no nos enteraremos de lo que hablan. Pero no me importa, me gusta más ver los dibujos animados.

—¿Qué viste esa noche?

Otro atisbo de sonrisa.

—**Cars**. La chivata la odia, pero Julie se sabe todos los nombres de los coches, y a mí me encanta Mate. Es gracioso. A Julie también le gusta **Cars**. —Una respiración entrecortada envolvió sus últimas palabras, después un movimiento rápido y reactivo recorrió su cuerpo, como si algo la hubiera sobresaltado.

—¿Qué acaba de pasar?

—**Bang**. —Juntó y soltó las manos con nerviosismo—. Abajo. Y mamá subió a vernos. —Su voz cambió de tono—. **Chicas, quedaos aquí, ¿me oís? No bajéis**.

Ese debió ser el momento en que John Doe había recibido el disparo. Heather no mencionó nada sobre discusiones, gritos o violencia alguna. Solo dijo «**Bang**».

—Entonces, ¿qué pasó?

—Vimos a mamá a través de la ventana. —Su voz se había reducido a un susurro de advertencia—. Si nos pilla, nos castigará. Se enfadará.

—¿Qué viste?

—Mucha lluvia. Ella odia la lluvia. A Julie le da miedo la lluvia. —Soltó una risita tranquila y tensa—. A mamá, llevando al hombre de vuelta a su camioneta. Es grande, como Mate. Julie dice que se quedó dormido, porque estaba cansado, pero creo que estaba mintiendo. Se mojó en los charcos porque mamá lo dejó caer. —Se rio ligeramente—. Ella también carga conmigo cuando tengo sueño. Aunque dice que ahora peso demasiado.

—Y después, ¿qué pasó?

—Julie no me dejó mirar. Trajo galletas y leche, y vimos la tele. —Dejó que un estremecedor suspiro saliera de su pecho—. Y mamá se fue y no volvió hasta, no sé. Julie me miró mientras me cepillaba los dientes y fue mala conmigo. Me pellizcó y me dolió.

—¿Por qué fue mala?

Otro aleteo de sonrisa.

—Me reí de ella en la cena. Le conté a mamá lo del novio de Julie, le dije que está enamorada de Brent. Y ella me pateó por debajo de la mesa. Luego me tiró del pelo cuando mamá no miraba.

Kay miró hacia la puerta y vio la cara de Elliot en la ventana, observando, escuchando. También había un novio, alguien de quien no tenían ni idea de su existencia. Alguien

que podría tener respuestas.

—Háblame de la camioneta. ¿La viste bien?

—Sí, pero no debí hacerlo —susurró, con la voz teñida de miedo.

—No pasa nada. ¿De qué color era?

Dudó un momento. —Blanca.

—¿Había algo escrito en ella?

La respuesta no llegó enseguida. Los ojos de la niña se movían un poco más despacio, el ceño fruncido aparecía y desaparecía momentáneamente en su frente. Intentaba ver en su memoria, en las imágenes que había capturado hacía unas noches sin prestar mucha atención, a través de la espesa lluvia que caía.

—No había nada escrito, pero tenía unas letras.

Kay se preguntó qué querría decir con eso.

—¿Puedes leer las letras? —Contuvo la respiración.

—F, menos, uno, cinco, cero.

¿Se refería a la matrícula?

Arrugando la frente, Kay miró a Elliot. Él estaba garabateando algo en su bloc de notas, luego rompió la página y la colocó contra la ventana. Justo cuando leyó la nota de Elliot, se dio cuenta de que ya sabía la respuesta.

Estaba describiendo un Ford F-150.

La marca F-150 no estaba escrita en la parte trasera de la camioneta; estaba grabada en el portón. A eso se refería cuando había dicho: «No había nada escrito, pero tenía unas letras». Chica lista.

Entonces un pensamiento heló la sangre de Kay. Las probabilidades de que dos hombres distintos pasaran por la residencia Coleman buscando hacer algún daño acababan de reducirse aún más. Por lo que parecía, también conducían camionetas similares. Y **esas** probabilidades eran infinitamente mínimas.

¿Se estaba confundiendo Heather entre los dos días?

¿O podría haber sido la misma camioneta? ¿Dónde dejó Cheryl el vehículo de John Doe después de tirar su cuerpo al lado de la interestatal? Eso cada vez parecía menos un ataque en defensa propia.

Y no podía saber por Heather si John Doe había amenazado a Cheryl de alguna manera. Al contrario, se había enterado de que el desconocido la había visitado antes, más de una vez. Y el sábado anterior, por alguna razón, Cheryl lo había matado a tiros en su propia cocina, mientras sus hijas pequeñas veían dibujos animados en el dormitorio de arriba.

Mientras visualizaba la escena, a Kay le surgió otra pregunta igual de inquietante.

¿Por qué Julie no reaccionó de ninguna manera? Era posible que Heather fuera demasiado pequeña para comprender lo que estaba ocurriendo, aunque los niños de su edad han visto suficiente la televisión y jugado a suficientes videojuegos como para saber más de la cuenta sobre tiroteos, muertes y delincuencia en general. Pero Julie debería haber reaccionado, debería haber gritado algo como: «Mamá, ¿qué has hecho?» o «¿Qué ha pasado?». O algo similar. Cualquier cosa menos llevar galletas y leche a sus hermanas y ver dibujos animados mientras sabía que su madre estaba cargando un cadáver en una camioneta justo delante de su ventana.

Todo en ese caso era una locura, como si hubiera entrado en un universo paralelo en el que las cosas, las personas y los acontecimientos se desarrollaran de forma diferente.

Tenía una pregunta más para Heather, aunque no esperaba una respuesta con sentido.

—¿Cómo llamó tu madre al hombre que se quedó dormido en tu casa el sábado?

El mismo atisbo de sonrisa tocó sus labios tensos.

—Mamá nos obligaba a llamarle tío, pero ella le llamaba pequeño, como nos llama a nosotras. Pero no es mi hermano. —Soltó una leve risita—. Es demasiado mayor para ser mi hermano.

—¿Cuántos años tiene?

—Tiene el pelo blanco —respondió con la postura definitiva que tienen los niños ante la vejez, un toque de desagrado tiñendo su voz—. Es viejo.

Kay intercambió una rápida mirada con Elliot. John Doe tenía el pelo entrecano, pero a un niño eso podría haberle parecido blanco, y el hombre de mediana edad podría haberle parecido viejo.

Todo lo que habían averiguado hasta el momento parecía apuntar a que Cheryl Coleman había matado a sangre fría a John Doe, el hombre con el que probablemente tenía una aventura.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Un nuevo día

El amanecer de un nuevo día lo encontró dormitando en un sillón que había arrimado junto a la alta ventana, con las cortinas de gasa blanca rozándole suavemente la cara mientras respiraba por la boca. Su cabeza descansaba sobre su brazo doblado, colocado de forma que la primera luz le llegara a los ojos.

Había llovido toda la noche, un ominoso concierto de sonidos que él conocía muy bien. Madre seguía furiosa, su dolor en carne viva, su sangre aún derramada.

Al principio, un sombrío tono gris prestaba su luz a las cortinas, la primera barrera entre el nuevo día que despuntaba y la espesa oscuridad que aún llenaba la habitación. Entonces la luz, herida, monótona y débil, se coló en el interior de la habitación, rozándole los ojos de pasada.

Se despertó sobresaltado y abandonó la comodidad de su sillón para acercarse a la ventana, desde donde podía ver el cielo, con las manos apoyadas en el alféizar y la cabeza inclinada hacia atrás. Ceniciento y casi oscuro hacia el oeste, el cielo seguía envuelto en macizos algodanosos de nubes sucias, sombreadas y plomizas, y empolvadas con restos de plata eléctrica, incesantemente inquietas, agitadas y espasmódicas mientras se dirigían hacia el norte, presionadas para hacer sitio a otras como ellas.

No se veía ni una mancha azul.

En cuanto la luz empezó a dibujar las formas de las nubes en profundos grises pizarra, corrió de una ventana a otra mirando el cielo, buscando una señal de que el sol estuviera a punto de salir.

En lugar de eso, el cielo se abrió, enviando lluvia con furia; el puño de Madre golpeó contra su puerta en un trueno reverberante y amenazador.

Ella había hablado: esperaba su expiación con sangre joven.

Al día siguiente, cuando el sol estuviera en lo más alto, él cumpliría.

Derrotado, se acercó a la ventana que había detrás de la librería, tenuemente iluminada por la pálida bombilla que colgaba del techo del sótano, y miró a la chica. Hacía tiempo que no se movía, su rostro bañado en lágrimas estaba pálido, parecía más blanco en contraste con los mechones oscuros de su pelo. A veces, sus labios se movían, pero él no oía ningún sonido.

Con el corazón anhelante, tocó el cristal; la frialdad de la superficie le recordó la muerte, la fragilidad de la vida, el sueño efímero que compartían todos los seres vivos, cuando era Madre quien decidía quién vivía y quién moría.

Una lágrima le brotó por el rabillo del ojo y rodó lentamente por su rostro. Seguía mirando a la chica, pero su mente había vagado al pasado, recordando el primer sacrificio que puso a los pies de Madre y cómo la agonía de aquella ofrenda casi lo había matado.

¿Sería igual esta vez?

Apoyando la frente en el helado cristal, sacó el medallón e inhaló el aroma a tierra caliente, a vida y muerte, que desprendía. Apretando suavemente los labios contra él, murmuró palabras sin fin, implorando, defendiendo, apelando al cálido corazón de

Madre para que dejara vivir a la chica, para derramar él su sangre en su lugar.

Cerca de allí, un rayo cayó al suelo. Oyó el chasquido de la electricidad al explotar en la atmósfera llena de humedad justo antes de que un trueno retumbara con fuerza, haciendo vibrar la casa sobre sus cimientos.

Ella había hablado, con la paciencia agotada por su indecisión, sus constantes súplicas, su debilidad.

Al día siguiente, al mediodía, él le demostraría su lealtad y ella le perdonaría, como había hecho tantas veces, prestándole su fuerza infinita.

En el sótano, dos pisos más abajo, la chica se movió y gimió suavemente. Tocó el cristal con la punta de los dedos, como si le acariciara la cara.

—Pronto, mi dulce y querida niña, pronto. Te lo prometo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Dentista

Adolorida por haber pasado otra noche en el catre de la sala de descanso junto a Heather, Kay se frotó la nuca con los dedos congelados, agradecida por haber dormido al menos tres horas. Un poco más y se habría quedado completamente rígida, sin poder girar la cabeza en absoluto y soportando más dolor del que una caja entera de ibuprofeno podría contener. Se sentó en el asiento del copiloto del todoterreno de Elliot y por fin se acomodó en una posición en la que no le dolía la espalda.

El último pensamiento antes de caer en un sueño profundo pero agitado la noche anterior había sido qué debía hacer con respecto a Heather y Erin. No podía retenerlas para siempre, no con los Montgomery libres de toda sospecha, no cuando habían exigido firmemente que las niñas quedaran bajo su tutela, lo que cualquier juez en su sano juicio ordenaría. Era su derecho como familiares directos, en ausencia de testamento. Pero había algo que no la dejaba coger el móvil y hacer esa llamada, algo que no podía precisar.

Era obvio que al sudes no le preocupaba dejar testigos; basándose en la llamada al 911, había sido consciente de la presencia en la casa de las niñas y no le había importado. Esta indiferencia a dejar testigos era una de las muchas cosas extrañas de aquel caso.

En cuanto a la capacidad de Heather para proporcionar cualquier información útil que pudiera conducir la búsqueda de Julie, ya había sido suficientemente aprovechada. Por no mencionar que todo lo que ya había obtenido de Heather había sido extraño, desconcertante y había dado lugar a más preguntas que respuestas, como si Heather hubiera compartido el delirio grupal que parecía común a todos los sucesos y actores del caso.

Tragándose un suspiro de frustración, abrió su portátil y comprobó la orden de búsqueda y captura que había emitido a última hora de la noche anterior sobre la camioneta del desconocido, cuyo único detalle descriptivo era: «Camioneta Ford F-150 último modelo, blanca». No tenía muchas esperanzas; las carreteras del estado estaban repletas de ellas. Era la camioneta más popular vendida y conducida en las carreteras de California, siendo el blanco el color preferido en el estado donde casi siempre brillaba el sol.

Nada. No había noticias sobre la orden de búsqueda y captura, y nada útil sobre la alerta AMBER tampoco.

—Este tiene que ser el huracán más lento que he visto nunca —dijo Elliot, lanzándole una rápida mirada como había hecho varias veces desde que habían salido de la comisaría.

—Técnicamente ya no es un huracán. —Tomó un sorbo de café amargo, preparado con el doble de intensidad por un agente que había estado haciendo doble turno como todos los demás, pero que de alguna manera había encontrado fuerzas para ocuparse de las necesidades de todos al comienzo de un nuevo arranque de jornada—. Es un ciclón tropical o algo así, o como sea que llamen a un huracán después de tocar tierra y empezar a desintegrarse.

Los limpiaparabrisas zumbaban rítmicamente, alertaban, aceleraban, y aun así apenas eran capaces de mantener el parabrisas lo bastante despejado para la visibilidad a corta distancia. Al tomar la rampa de salida, el todoterreno derrapó un poco al llegar a una zona en la que el barro había llegado a la carretera arrastrado por las crecidas repentinas de las aguas. Elliot controló el vehículo con un rápido movimiento y una maldición murmurada. Tenía el ceño fruncido sobre sus ojos azules y sus labios, muy apretados, revelaban su tensión.

—Como quieras llamarlo, me estoy cansando de ello. Esta tormenta es tan bienvenida como el aroma de un retrete —murmuró, dando un volantazo hasta detenerse en el cruce, y encendió las luces intermitentes mientras tomaba la carretera comarcal en dirección oeste. Se acercaba a una zona en la que se habían registrado corrimientos de tierra, de poca importancia, no algo perturbador, pero podía ocurrir otro en cualquier momento, y no se sabía lo dañino y peligroso que sería para la vida después de tantos días de aguaceros interminables.

Estaba oscuro, aunque eran más de las nueve y el sol llevaba un rato levantado en algún lugar detrás de unas nubes amenazadoras, entreveradas de gris oscuro y plateado, pesadas por el agua.

—Serán un par de días más —dijo ella, con la intención de animarle, pero el tono de su voz era beatífico, deprimente. Se mostró más optimista y añadió con indiferencia—: Creo que se llaman bandas de lluvia. Tendremos algunas tormentas más y ya se quedará despejado. Luego volverá a hacer sol, hasta que empiece la temporada de nieve. —Kay miró con detenimiento la montaña de Mount Chester, que apareció en el paisaje tras unos majestuosos abetos al girar por la carretera. Estaba envuelta en densas nubes. Su cima era invisible, su base, nebulosa, y parecía más lejana que los veintitantos kilómetros en línea recta que había hasta ella en realidad.

—Justo a tiempo —comentó Elliot, deteniéndose en el aparcamiento lleno de grava de una pequeña clínica dental, con las ruedas lanzando guijarros contra el chasis del vehículo al frenar en seco.

El letrero sobre el edificio decía: «CLÍNICA DENTAL SONRISAS PERFECTAS», en letra blanca sobre fondo azul, junto a la tradicional imagen de un diente perfectamente blanco. El lugar de trabajo de Cheryl Coleman.

Recordaba aquel sitio de cuando era niña, muerta de miedo ante el dentista, odiando el olor a desinfectante y enjuague bucal y el chirriante sonido del taladro. Su dentista, un hombre mayor con dedos temblorosos y una permanente expresión de sufrimiento en el rostro, hacía tiempo que había vendido la consulta a un dentista más joven, el doctor Labarre.

El consultorio dental no olía como ella recordaba: los materiales modernos eliminaban los temidos olores y los sustituían por esencias que, tuvo que admitir, eran incluso agradables, aunque se oía el mismo molesto zumbido de alta frecuencia procedente de una de las salas de exploración. Pronto tendría que ponerse en contacto con el doctor Labarre; sus dientes merecían una limpieza de vez en cuando.

Elliot le había enseñado su placa a la sonriente recepcionista y ella había desaparecido enseguida contoneando las caderas para ir a buscar al médico. Kay le lanzó una rápida mirada para comprobar su reacción ante el regreso de la sonriente belleza, que no podía tener más de veintitrés años, pero a él no pareció importarle, absorto en la revisión de su correo electrónico.

—El doctor Labarre los recibirá enseguida —chistó, haciendo contacto visual con uno solo de los detectives, cuya preferencia era tan clara como su melodiosa voz.

Antes de entrar en el despacho del dentista, Kay tuvo que contenerse para no fruncir el ceño ante la joven que la ignoraba deliberadamente.

—Detectives, ¿qué puedo hacer por ustedes? —El doctor Labarre era alto y un poco encorvado, probablemente por inclinarse sobre todas aquellas bocas abiertas. Parecía más un contable que un dentista, aunque Kay no podía imaginar qué aspecto debía tener un dentista. Este tenía unas gafas de montura fina que le daban elegancia a una cara redonda que advertía una tendencia al sobrepeso, y una bonita sonrisa que rozaba sus ojos, más bien pequeños—. Supongo que esto tiene que ver con Cheryl.

—Sí —respondió Kay, negándose a sentarse, con la espalda todavía dolorida después de dos ibuprofenos regados con media taza de café solo—. ¿Sabe usted si estaba viéndose con alguien?

—¿Románticamente, quiere decir? —preguntó el médico, rascándose la frente—. Sí, se veía con un hombre. —Frunció el ceño, con arrugar paralelas recorriendo su alta frente—. No creo que tuviera muchas citas desde la muerte de su marido. Estaba destrozada cuando ocurrió. Recuerdo cuando recibió la llamada aquí, en la consulta. —Se detuvo un momento, mirando distraído por la ventana, perdido en sus pensamientos—. De hecho, estuve preocupado por ella durante unos cuantos meses tras la muerte de Calvin, su marido. Eran ella y tres niñas, solas, luchando por llegar a fin de mes.

—¿No estaban bien con los Montgomery? —preguntó Elliot—. ¿Estaban enemistados o algo así?

El doctor Labarre apretó los labios un momento, probablemente preguntándose cuánto debía compartir.

—Se mantenía alejada de la familia. Una vez, cuando aún estaba de luto y solía encontrarla llorando en el armario de suministros cada vez que tenía un momento libre, me dijo que no quería tener nada que ver con ese nido de víboras; sus palabras, no las mías. —Carraspeó y frunció el ceño—. No creo que lo dijera literalmente, detective. Sospechaba que había algo turbio en la muerte de su marido. Incluso hizo algunas llamadas a la Administración de Seguridad y Salud Laboral pidiéndoles que investigaran el caso.

—¿Y? —Elliot se apoyó en la puerta y se metió las manos en los bolsillos.

—Exculparon a la empresa de cualquier delito. Cheryl estuvo furiosa durante un tiempo, diciendo que la familia debía haber sobornado a la Administración, pero no tenía pruebas, nada. Solo hablaba su pena.

—¿Qué pensó usted en ese momento? —preguntó Kay, dando un paso adelante—. Apuesto a que la gente habla en su consulta, igual que en cualquier otro sitio al que van. ¿Recuerda haber oído algo?

—Poco, detective. —Sonrió, probablemente al darse cuenta de lo confuso que sonaba—. Aquí la gente habla menos porque trabajo en su boca. Pero no, nadie dijo nada ni mencionó nada turbio de ninguna manera. Como he dicho, conocía muy bien a Cheryl como empleada mía; solo hablaba su pena.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para usted? —sondeó Elliot.

—Fue mi primera empleada tras comprar la consulta, así que ya son once años.

—Hábleme del hombre con el que salía —preguntó Kay—. ¿Sabe su nombre?

—No, me temo que no.

Elliot sacó la foto de John Doe de su móvil y se la enseñó al dentista.

—¿Es él?

—No —respondió este de inmediato a una pregunta no formulada, probablemente porque había visto que el hombre de la foto también estaba muerto—. Pero creo recordar que una vez me dijo que su novio era, o solía ser, profesor en el colegio de sus hijas.

Elliot rebuscó entre las imágenes hasta que sacó la del vecino, Frank Livingston.

—¿Él?

—Sí, es él —confirmó el médico.

—¿Y está seguro de que estaban juntos? —preguntó Kay.

—Por lo que sé, sí. Una noche le trajo flores. Luego se sentaron en la sala de espera después de cerrar, con las cabezas juntas, cogidos de la mano, susurrando, ya sabe, como si fueran íntimos.

«**Mentiroso hijo de puta** —pensó Kay—. **Lo sabía**».

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos seis meses.

—Una pregunta más, doctor.

—Por supuesto.

—¿Sabe si pensaba marcharse y, en caso afirmativo, a dónde se iba?

Suspiró y dudó un instante.

—Pidió una excedencia larga. Dijo que iba a llevarse a las niñas por un tiempo. —Se inclinó hacia delante y juntó las manos frente a él, sobre el historial de un paciente que yacía abierto en su escritorio—. Mi instinto me dice que estaba huyendo de algo. Incluso se lo mencioné y le ofrecí mi ayuda, pero no compartió qué era lo que la impulsaba a huir. —Sus ojos parpadeaban de tristeza—. En retrospectiva, desearía haber dicho algo, haber hecho algo. —Bajó la mirada.

—Gracias, doctor Labarre, ha sido de gran ayuda.

Kay se dio la vuelta para marcharse, pero el dentista la alcanzó y le tocó brevemente el brazo. En su rostro se dibujaba una expresión de preocupación.

—Dígame, detective, ¿cree que va a encontrar a Julie?

—Hacemos todo lo que podemos —respondió, y luego abandonó el edificio con un pensamiento en el centro de su mente.

Por fin, alguien había preguntado por Julie.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Puntos en un mapa

Elliot conducía en silencio, mirando de vez en cuando a Kay, preguntándose en qué estaría pensando. Parecía tensa, molesta por algo. También parecía cansada, lo cual no era ninguna sorpresa, pero él sabía que no debía decírselo ni preguntarle por qué tomaba ibuprofeno como si fueran pastillas de menta. Todo ese caso se había convertido en una completa locura, y eso debía estar haciéndola subirse por las paredes. Y Julie llevaba casi tres días desaparecida; no tenía que preguntar nada para saber que era en eso en lo que pensaba su compañera casi todo el rato. ¿La encontrarían viva, y cuándo? ¿Cómo, si no habían descubierto ni una sola pista viable en todo ese tiempo?

Ella había estado mirando por la ventana, pensando intensamente. Conocía su forma de reflexionar: una profunda arruga en la frente y un leve movimiento en los labios, como si las palabras quisieran salir a borbotones de su boca, pero ella las mantuviera encerradas.

Y la estúpida lluvia que no se iba todavía. Toda la comisaría, empapada y agotada, estaba atascada con accidentes de tráfico y tareas de seguridad; las llamadas de emergencia llegaban más rápido de lo que nadie podía atenderlas, sobre todo desde que los desprendimientos habían empezado a aparecer a diestro y siniestro. A través de la borrosidad de los limpiaparabrisas puestos en marcha a toda velocidad, dirigió una mirada de preocupación a la colina Ash Brook y vio que el suelo había empezado a partirse por un lado, amenazando con llevarse por delante un tramo de la interestatal. Y, si eso ocurriera, estarían jodidos, aislados y sin acceso a los hospitales y servicios de urgencias de Redding.

Pero Kay no pareció darse cuenta.

—Al menos, sabemos quién mató a mi víctima —dijo él con voz tensa, casi estrangulada, a pesar de su intento de parecer desenfadado.

—Ajá.

—No sabemos por qué ni quién era, pero yo diría que es un resultado decente para un desconocido.

Y entonces, silencio, pesado y tenso excepto por el sonido del motor y el zumbido de las escobillas limpiaparabrisas contra el cristal mojado. De vez en cuando, un relámpago golpeaba el suelo a lo lejos, acompañado de un trueno lejano y retumbante, apenas perceptible.

—¿Qué piensas del asesino de Cheryl? —le preguntó. Ella siempre veía más en las declaraciones de los testigos y en las pruebas que cualquier otra persona con la que él hubiera trabajado.

Tras un largo silencio, respondió, volviéndose hacia delante y mirando la carretera desierta que tenía enfrente.

—Hay algo raro en todo este caso, Elliot. Es como si todos hubiéramos bajado por la madriguera del conejo blanco y aterrizado en un universo paralelo. La gente actúa como si nada, totalmente imperturbable, ante cosas que están a kilómetros y kilómetros de la normalidad. —Bajó la mirada un momento, con el ceño aún más fruncido—. Nunca me

he sentido tan impotente ante un caso. —Su voz se entrecortó—. ¿Cheryl disparó a tu víctima a sangre fría o en defensa propia? Quizá nunca lo sepamos.

—Cuéntamelo todo —le pidió Elliot—. No he estado para enterarme de las mejores partes, o eso parece.

—Pues, primero, la llamada al 911. Las cosas tan raras que se dijeron en ella, tú mismo la oíste. Como si Cheryl y el sudes compartieran un delirio común. Entonces, ¿cuál es la probabilidad de que una llamada de este tipo no consiga que se envíen unidades? Ninguna. Busqué en las bases de datos, intentando sacarle punta al asunto. —Lo miró rápidamente, como disculpándose por su declaración—. Nunca había ocurrido desde que funciona el centro de comunicaciones de emergencia de Redding.

—Estoy recordando algo de las declaraciones que hizo Heather en la llamada. Ella dijo algo así como: «Él se llevará a Julie», ¿verdad? Quizá por eso la operadora pensó que era una broma.

—Continúa.

—Parece que era cierto, y que Cheryl y las niñas sabían de alguna manera que Julie estaba en peligro de ser secuestrada. Entonces, ¿por qué no pedir ayuda? ¿Por qué no correr?

—Iba a hacerlo, ¿recuerdas? Había maletas preparadas en el pasillo, y ya oíste al doctor Labarre.

—Pero, entonces, ¿por qué siguió allí? —Encendió el aire acondicionado; el parabrisas empezaba a empañarse—. Si yo supiera que alguien viene a por uno de mis hijos, saldría corriendo de allí más rápido que un gato escaldado, disparado.

—Pues es justo eso —respondió ella, frotándose las manos emocionada. A él le encantaba ver esa chispa en sus ojos, cuando esa fantástica y aterradora mente suya empezaba a atar cabos—. Su arma se disparó, ¿verdad? Ella mató a tu John Doe.

—¿Estás diciendo...?

—Digo que puede ser que siguiera allí porque pensaba que había acabado con la amenaza contra Julie. Quizá ya había hecho las maletas cuando John Doe pasó por allí y le impidió marcharse. Entonces le disparó y se deshizo del cuerpo. ¿Para qué huir? —Arrugó la nariz—. No... todavía me suena un poco delirante. Aun así, huiría; acabo de matar a un hombre, y por alguna razón, no puedo alegar defensa propia ni pedir ayuda. Y entonces me mató a transportar ciento veinte kilos de John Doe a la interestatal en vez de llamar a la policía. —Kay se mordió el labio tras su relato; estaba construyendo escenarios y jugaba con ellos en su mente—. Luego está la extraña actitud de los Montgomery y cómo no se molestaron en preguntar por Julie. ¿Saben algo o forman parte de la misma locura que hace delirar a la gente por aquí?

—Bien visto. —Toda esa charla sobre delirios le había recordado a la doctora Edgell—. La psiquiatra de John Doe dijo que estaba delirando, por cierto. Me hace preguntarme si...

—Y también delira la madre de Frank Livingston.

—¿Era ella? No estaba allí para enterarme de eso.

—¿Cuando Frank Livingston me mintió en la cara? Elliot sonrió.

—No puedo culpar al hombre por no admitir su aventura delante de su esposa, Kay. Quizá quiera vivir para ver la luz del día de mañana.

—Sí, vale —concedió ella, pareciendo un poco molesta por su comentario—. En

cualquier caso, la anciana señora Livingston no paraba de decir cosas que no tenían sentido, y su hijo decía que deliraba debido a su alzhéimer. Ahora me pregunto...

—¿Qué?

—Verás, una persona puede parecer delirante ella misma si describe las acciones o palabras de personas delirantes. Lo único que me despistó mucho y me convenció de la explicación del alzhéimer fue que mencionara a los espíritus del valle.

—¿El qué?

—Afirmó que los espíritus del valle habían visitado a Cheryl y eran los responsables del secuestro de Julie, y que Frank conocía su intención de antemano y no había hecho nada.

Elliot se rio.

—Mira, yo también habría comprado la teoría del alzhéimer en ese momento. ¿Qué...? Kay había encendido el portátil y estaba realizando una búsqueda en la base de datos.

—Fue algo que ella dijo. ¿Y si, con espíritus o sin ellos, estaba tramando algo?

—¿Qué dijo?

—Que solo se habían llevado de la zona a las primogénitas, desde que ella tiene memoria, y nunca se ha encontrado a ninguna de las niñas. —Tecleó rápidamente, con sus ágiles dedos bailando sobre el teclado—. Pero me cuesta creerlo; crecí en esta zona y nunca oí que los espíritus del valle se llevaran a las primogénitas... —Se quedó callada un instante—. No me jodas... —murmuró.

—¿Qué pasa? —El caso se estaba volviendo más loco por momentos—. ¿Has encontrado a otras?

—Otras treinta y siete, Elliot. —Su entusiasmo había disminuido, sustituido por una tensión sombría que él conocía bien de otros casos en los que habían trabajado juntos. Su compañera había oído sangre—. Aquí dice que, en los últimos cincuenta años, se ha denunciado la desaparición o el secuestro de treinta y siete niñas en la zona, y todos los casos siguen abiertos. Cinco de esos casos eran asesinatos-secuestros, como el nuestro.

Elliot frenó en seco y maldijo en voz baja. Inmerso en la conversación, casi se pierde la salida. El todoterreno se desvió, derrapando sobre la capa de agua acumulada, y luego recuperó la tracción en el momento en que Elliot pisó el acelerador.

—¿Algún caso cerrado con los mismos parámetros?

—Es lo primero que he comprobado, y no hay ninguno. Hubiera esperado al menos alguna coincidencia, pero no hay ninguna. —Pulsó algunas teclas y giró la pantalla—. Elliot, mira el mapa. Todos estos casos se centran aquí, en Mount Chester, en un radio de cuarenta kilómetros más o menos. —Dejó de hablar por un momento—. De las chicas secuestradas como Julie nunca más se supo, no en cincuenta años.

Elliot apartó los ojos de la carretera durante una fracción de segundo, lo suficiente para vislumbrar el grupo de puntos rojos que rodeaba la zona en el mapa. Los extraños puntos aparecían en otras zonas del estado, varios en Los Ángeles, un par en San Francisco, ciudades ambas conocidas como centros de secuestros y casos abiertos de personas desaparecidas. De los muchos casos abiertos de personas desaparecidas, solo algunos habían sido de primeras hijas.

—¿Por qué cincuenta años?

—Buena pregunta. Retrocedamos cien. —En el mapa aparecieron algunos puntos rojos más—. Ahora hay cuarenta y tres, aquí, en esta zona. —Cambió de pantalla y entrecerró un poco los ojos para leer la letra pequeña del informe de fechas—. El más antiguo se

remonta a hace cincuenta y siete años.

Elliot giró al ver la señal de Complejo de Angel Creek, enviando una ola de agua encharcada al aire y salpicando la acera vacía.

—Esto ya no es un asesinato-secuestro —dijo Kay, tecleando al mismo tiempo un correo electrónico—. Trataremos esto como un caso de asesino en serie. Estoy poniendo al día a Logan. —Dejó de teclear un momento, como si estuviera reflexionando—. Podría, potencialmente, estar relacionado con el culto, después de todo. Si no, ¿quién sigue secuestrando y matando durante cincuenta y siete años?

CAPÍTULO TREINTA

Susurros

Julie hacía tiempo que no dormía, no profundamente. Tampoco había estado despierta; se había encontrado perdiendo y recuperando el conocimiento, tumbada en el suelo con la espalda pegada a la puerta, envuelta en el edredón que había quitado de la cama, pero sin sentir calor. Tampoco sentía frío; solo entumecimiento, desmayo y sueño.

Había dejado de beber agua, demasiado débil para levantarse y caminar hasta el cuarto de baño, donde el pequeño lavabo podía saciar su sed. Tampoco sentía sed; solo flotaba, alejada de su propio cuerpo, agonizante, mientras su madre estaba allí mismo, a su lado.

Ya no sangraba. El rostro de su madre era sereno y amable, sonreía con dulzura mientras le acariciaba el pelo como siempre hacía, pasándole los dedos por él mientras le rozaba la ceja con el pulgar, alisando sus mechones rebeldes.

—¿Estás enfadada conmigo, mamá? —susurró, palabras que solo ella podía oír cuando salían de sus labios resecos.

No lo estaba. Sonrió y le dijo que la quería. Julie no podía oír su voz, pero podía leer las palabras en el movimiento de sus pálidos labios. ¿Estaba realmente allí? No lo sabía... no podía estar segura.

Su conciencia se deslizó de nuevo hacia la nada y, cuando volvió, su madre seguía allí. El recuerdo de su cuerpo tendido en el suelo de la cocina sobre un charco de sangre se había desvanecido, como si hubieran pasado milenios, como si nunca hubiera sucedido en realidad.

Debió dormirse un rato, porque se despertó sobresaltada, aunque entonces se preguntó si estaba despierta de verdad o no. Había sentido la cálida mano de su madre acariciando su rostro helado, pero ahora ya no estaba.

—¿Mamá? —llamó, pero nadie respondió—. ¿Estás aquí?

No lo estaba, pero sus palabras, más débiles que un suspiro, no pudieron llegar demasiado lejos. Quizá volvería. La esperaría allí, agradecida de que sintiera sueño en lugar de frío, y dormirse parecía fácil, más de lo que nunca había sido.

Y de nuevo volvió a despertarse sobresaltada y buscó sonidos, cualquier prueba de que seguía viva, cualquier promesa de que podría sobrevivir a su terrible experiencia. Solo el tamborileo de la lluvia contra los canalones metálicos, y truenos lejanos y ominosos, como si la propia tierra rugiera con rabia.

El futuro ya no la asustaba. Deseó que su destino la encontrara ya, mientras aún le quedaba un gramo de energía corriendo por sus venas. Quería tener una oportunidad y luchar contra su captor, el hombre que la había raptado, mientras aún pudiera mantenerse en pie. Pero ¿realmente podría?

Como para ponerse a prueba, se apoyó en el suelo y levantó su débil cuerpo lenta y dolorosamente mientras los brazos le temblaban por el esfuerzo. Mareada y con náuseas, tuvo que detenerse, apoyándose en su brazo derecho, con las piernas dobladas bajo su cuerpo tembloroso. Sin embargo, prefería morir luchando, intentando liberarse, que morir poco a poco en aquel sótano, donde probablemente otras chicas lo habían hecho antes que ella.

«AYÚDAME».

Aquella palabra que había encontrado arañada en la mampostería junto a la puerta acudió a su mente con nitidez, sembrando el terror y la angustia, pero seguía sin poder ponerse en pie, ni aunque alcanzara el picaporte y se agarrara a él.

—Shhh, cariño —le dijo su madre, acariciándole la mejilla.

Julie se dejó caer de nuevo sobre el suelo de cemento y esbozó una débil sonrisa, con los labios resecos entreabriéndose.

—Mamá. —Estaba allí, y no estaba enfadada—. Lo siento mucho —susurró—, por todo lo que he hecho. —Quiso moverse un poco, sacar el brazo entumecido de debajo de sí misma, pero no encontró fuerzas. Mientras la oscuridad caía a su alrededor, ya no tenía miedo, solo tristeza—. Oh, mamá, hiciste bien en llorar el día que nací.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Espíritus

Frank Livingston estaba saliendo por el camino de su casa cuando los detectives se acercaron, y Elliot encendió las luces intermitentes un segundo para llamar su atención. Con la frustración claramente visible en su rostro, metió la marcha atrás en su Toyota Tacoma blanco y se detuvo antes de entrar en el garaje. A continuación, la puerta del garaje se bajó mientras abandonaba la comodidad de su camioneta y se apresuraba a refugiarse bajo el porche cubierto.

Fue una elección interesante, teniendo en cuenta el fuerte aguacero. En su lugar, Kay habría dado marcha atrás hasta el garaje, optando por la ropa seca; quizá tenía algo que esconder en ese lugar, o tan solo le avergonzaba el desorden habitual en los garajes californianos convertidos en trasteros.

Livingston los esperaba con expresión severa en el rostro y los brazos cruzados sobre el pecho a pesar de la gabardina que llevaba, cuyos costados ondeaban al viento con un crujido.

—Me están haciendo llegar tarde al trabajo, detectives. ¿Y ahora qué ocurre?

Kay se apresuró a llegar al porche, pero, cuando lo alcanzó, los zapatos le chapoteaban y la chaqueta estaba empapada. Tragó una larga maldición; esa temporada de lluvias podría haber sido un récord o algo así; ya debería haber terminado.

—No se preocupe, señor Livingston, saben que veníamos a verlo. Primero llamamos a la escuela.

Eso le hizo callar de inmediato y su rostro adquirió un tono ceniciento.

—¿De qué va esto?

—De mentiras —respondió ella con frialdad. Por instinto, él dio un pequeño paso atrás—.

Como cuando omitió contarnos la verdadera naturaleza de su relación con Cheryl Coleman.

El pánico drenó la sangre de su rostro. Sus pupilas dilatadas se clavaron en Kay, suplicantes, asustadas.

—Por favor, detective, no podía decir nada. Es que mi mujer —añadió, bajando la voz— no lo sabe. Y Cheryl y yo ya no nos veíamos. Eso se acabó, desde hace casi seis meses. —Juntó las manos con fuerza, con los nudillos blancos—. Por favor, detectives, ¿podemos mantener esto entre nosotros?

Miró brevemente a Elliot y luego a Kay. Ella no reaccionó de ninguna manera. Parecía más interesada en estudiar al hombre, en escuchar lo que tenía que decir.

—Eso depende, señor Livingston. Si tenemos su cooperación, tendrá la nuestra.

—Gracias —respondió con rapidez, y dejó escapar una larga y aliviada bocanada de aire—.

Cualquier cosa que quieran saber, solo pregunten. —Miró rápido a su alrededor—. Pero es mejor que nos quedemos aquí fuera. Espero que lo entiendan.

No había ningún otro coche en el garaje, y el suyo era el único vehículo en el camino de entrada. Su mujer ya debía haberse ido a trabajar.

—¿Está su mujer en casa? —preguntó Kay, a pesar de todo.

—No, pero mi madre... mmm, ella no puede guardar secretos. Ya sabe. Es su alzhéimer.

—De acuerdo, nos quedaremos aquí y bajaremos la voz —le tranquilizó Kay—. Hábleme de su aventura con Cheryl.

Frank Livingstone se encogió ligeramente de hombros.

—No duró mucho, solo unos meses. Había estado sola tras la muerte de Calvin, afligida, luchando. Entonces un día me pidió ayuda para cambiar el fluorescente del techo de su cocina. Una cosa llevó a la otra, y... —Desvió la mirada, con las mejillas sonrojadas—. En realidad, no sé cómo ocurrió ni quién empezó. Aunque recuerdo haberle dicho que mi matrimonio estaba roto.

Kay escuchó sin querer interrumpir, ansiosa por oír lo que él estaba dispuesto a compartir.

—Cheryl era una mujer hermosa, detective. Encantadora, divertida y vulnerable. Fuerte también y testaruda a veces, terca como ella sola.

—¿Cómo terminó su relación? ¿Quién rompió?

—Lo hizo ella —respondió, bajando la mirada durante un breve instante. Su voz estaba teñida de una tristeza que se reflejaba en las líneas que rodeaban su boca y en las comisuras caídas de sus ojos—. Dijo que había conocido a otra persona y, poco después, vino a verla otro hombre. —Suspiró, dolido—. Supongo que se sentía incómoda viviendo a mi lado... y al de mi mujer. Y yo fui... demasiado cobarde para decirle a Diane que quería el divorcio. —Tomó aire y se miró los zapatos durante un largo momento de silencio. Parecía derrotado, vacío por dentro—. Porque amaba a Cheryl con todo mi corazón, detective. Ella era mi segunda oportunidad de volver a sentirme joven, de estar vivo. Solo tenía treinta y cinco, y yo estoy rozando los cincuenta. —Tragó con dificultad, evitando aún los ojos de Kay—. Hizo bien en dejarme atrás.

—¿Se enfadó cuando le dejó? —preguntó Elliot—. Apuesto a que eso le hizo sentir como una mierda.

—Se me rompió el corazón —respondió con franqueza—. Pero, si me pregunta si le guardaba rencor o algo así, la respuesta es no. Quería a Cheryl y quería que fuera feliz. Por eso... —Se detuvo y se mordió el labio—. Es igual, ¿tienen alguna otra pregunta? Necesito salir de aquí.

—¿Por qué, señor Livingston? —preguntó Kay.

—Nada, en realidad, solo me siento culpable por haberme dormido durante su calvario, eso es todo —respondió un poco demasiado rápido para el gusto de Kay.

Definitivamente ocultaba algo, y había estado a punto de soltarlo. Frank desvió los ojos como si siguiera el rastro de una mosca en el aire, pero no pudo escapar de la intensa y exigente mirada de Kay—. Ella comentó algo, pero no creo...

—¿Qué dijo?

—Cuando me pidió que no me enfadara cuando nos separáramos, me dijo que había otra persona y que tenía que encontrar la verdad.

—¿Eso es lo que dijo? ¿Tenía que descubrir la verdad? ¿Sobre qué?

Él sacudió la cabeza.

—Eso fue todo, lo juro. Se lo pregunté varias veces, pero se negó, como si se arrepintiera de haberlo dicho. —Apretó las mandíbulas un momento—. Recuerdo que se lo pregunté porque se mostraba fría al respecto, distante, triste incluso. No parecía una mujer que hubiera encontrado un nuevo amor, pero opté por pensar que se abstuvo de decir más, de mostrar emoción, porque no quería herirme.

Kay cambió de dirección.

—¿Sabe el nombre del nuevo novio de Cheryl?

Sacudió la cabeza con firmeza.

—No. Nunca lo conocí, solo lo vi desde la entrada un par de veces, y las dos era casi de noche.

Elliot le mostró la foto de John Doe en su teléfono.

—¿Podría ser él?

Frank miró la foto, aparentemente desconcertado y preocupado al mismo tiempo, mientras un gesto arrugado aparecía en su frente.

—Sí, este podría haber sido él; reconozco su pelo. Pero este hombre también está muerto. ¿Qué está pasando, detective?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —respondió Kay—. Una cosa más, señor Livingston. ¿Podríamos hablar con su madre?

—¿Mi madre? ¿Por qué? —Metió las manos en los profundos bolsillos de su gabardina. Kay se dio cuenta de que había apretado los puños.

—Puede que sepa más de lo que dice. ¿Mira a menudo por la ventana?

Él parecía inquieto, vacilante, como si lo que pudiera a decir fuera a inculparle.

—Se pasa todo el día junto a su ventana, soñando despierta. Su mente ya no es lo que era.

—¿Hacia dónde da su ventana?

Un breve suspiro salió de sus labios.

—Hacia allá. —Señaló en dirección a la entrada de Cheryl y luego volvió a meterse la mano en el bolsillo, como si tratara de ocultar el ligero temblor que Kay ya había captado.

—Entonces ella podría saber algo, señor Livingston. Por favor, no tardaremos mucho.

De mala gana, abrió la puerta principal y los invitó a pasar. Kay echó un rápido vistazo a la familiar sala de estar y se dio cuenta de lo que había cambiado. La mesa del comedor estaba limpia y preparada para la cena, con un camino de mesa con especias y un jarrón con flores silvestres recién cortadas. Todo estaba en perfecto orden: los cojines del sofá simétricamente colocados y mullidos, todas las superficies brillantes y limpias de polvo. Diane Livingston podría haber dejado de ser la amante de su marido, pero estaba tratando de ser una buena esposa.

La anciana señora Livingston acudió ansiosa a su encuentro y, para sorpresa de Kay, se acercó a ella con paso inseguro pero enérgico y le dio dos efusivos besos en las mejillas.

—Querida niña, ven, siéntate conmigo. —Agarró la mano de Kay con dedos huesudos y la arrastró hasta la mesa. Ella tomó asiento mientras Frank ayudaba a su madre a tomar el suyo—. Nadie viene a visitarme. Qué placer.

—Lo mismo digo —respondió Kay—. Quería preguntarle por Cheryl, y qué pasó la noche que Julie desapareció.

—Ah, eso —respondió, luego extendió una mano temblorosa y pellizcó la barbilla de Kay con un gesto cariñoso normalmente reservado a los niños pequeños—. ¿Eres primogénita, querida?

Kay miró a Elliot durante un breve instante. Había diversión en sus ojos, mezclada con incredulidad.

—Sí, lo soy —respondió, sintiendo un inesperado escalofrío recorrer su espina dorsal al pronunciar las palabras.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, y Elliot reprimió una sonrisa. Entonces Betty le

tocó el brazo en un gesto tranquilizador—. No importa, querida, y perdóname por preguntar. Recuerdo que eres policía, y eso significa que eres demasiado mayor.

Kay frunció el ceño.

—¿Demasiado mayor para qué?

—Para que te lleven los espíritus —respondió ella, y Elliot se volvió para ocultar su risa. Pero la mujer parecía creer firmemente en lo que decía. ¿Y si no estaba delirando, después de todo? Si Kay admitiera por un extraño y retorcido momento que Betty estaba cuerda, ¿qué preguntas le haría?

—¿Cuántos años debería tener para que me llevaran?

—Supongo que menos de veinte —contestó con calma, como si fuera la persona más cuerda que jamás haya pisado la tierra—. Nunca llevé la cuenta. Los espíritus las quieren jóvenes: quince o dieciséis años, rara vez más. Me alegré de tener un hijo, no una hija, y él también tuvo hijos.

Kay se mordió el labio, enfadada por no haber prestado más atención al informe, donde se mencionaban claramente las edades de las víctimas. Descubrir que había tantas había sido inquietante. En toda su carrera nunca había oído hablar de un asesino en serie que siguiera matando durante cincuenta y siete años, sin parar, sin que lo atraparan. ¿Y qué significaba eso para Julie? ¿Ser atrapada por alguien con tanta experiencia en secuestrar y probablemente en matar mujeres? No tenía ninguna oportunidad... era probable que ya estuviera muerta. Sin darse cuenta, apretó los dientes y echó la barbilla hacia delante. Hasta que no encontrara los restos de Julie, no iba a dejar de buscarla.

—Cuénteme más sobre esos espíritus.

—Desde que tengo uso de razón, se llevan a las chicas para siempre. Son despiadados, ya sabes, los espíritus del valle; no se les puede derrotar. Cheryl lo intentó, dos veces, y aun así murió. Se llevaron a esa dulce niña de todos modos. —Se volvió hacia Frank y le preguntó—: ¿Dónde están tus modales? Tráenos un vaso de limonada, o algo. —Luego se volvió hacia Kay—. Viven para siempre.

—¿Vio a algún hombre visitando a Cheryl?

Ella lanzó a su hijo una mirada rápida e inquisitiva. La anciana sabía mucho más de lo que su hijo le atribuía.

—No —respondió ella con calma—. Solo a los espíritus. Dos veces —añadió, elevando un poco su frágil voz y levantando dos dedos nudosos en el aire.

Frank Livingston sacó una jarra de limonada fría de la nevera y llenó tres vasos con manos ligeramente temblorosas. Supiera lo que supiese su madre, le asustaba: la misma inquietud que había presenciado antes al hablar con los Livingston seguía presente, aunque la aventura hubiera quedado al descubierto. Tenía que tratarse de otra cosa.

Kay no tocó su vaso, ni tampoco Elliot, pero Betty se llevó el suyo a los labios con ambas manos y bebió unos sorbos.

—¿Qué aspecto tienen los espíritus? ¿Puede describirlos?

—No veo del todo bien —dijo, con un toque de tristeza en la voz—, pero lo intentaré.

Kay mantuvo la compostura, aunque le entraron ganas de maldecir en voz alta. ¿Estaba perdiendo un tiempo provechoso con una mujer que no decía nada con sentido?

—Primero, la oscuridad se arremolina alrededor de las casas donde viven las primogénitas. Entonces, cuando los espíritus acuden a la llamada, la oscuridad envuelve la casa, y solo se pueden ver volutas blancas a medida que se acercan. —Bajó la voz a un susurro, justo cuando Kay se disponía a marcharse. De mala gana, tuvo que admitir que

su tiempo era más valioso que eso.

Se levantó de su asiento con una sonrisa de disculpa, y Frank la siguió, aparentemente aliviado.

—Entonces toman forma humana —susurró. Kay se dejó caer en su silla—. Pero nunca vi sus caras.

—Y entonces, ¿qué pasa?

—Dejan rastros de su sangre, brillantes, rojos vívidos atravesando la oscuridad mientras se van, llevándose a esas pobres chicas con ellos.

—¿Los había visto antes, a esos espíritus?

—No. —Betty negó con la cabeza—. No hasta hace unas noches, no recuerdo exactamente cuándo. Pero he oído historias sobre ellos toda mi vida.

Kay se levantó, dispuesta a salir de allí. No había nada. Y aun así, antes de irse, quería comprobar una cosa más.

—¿Podría mostrarme la ventana desde donde vio a los espíritus?

Ella se levantó apoyándose en la mesa mientras Frank le retiraba la silla y le ofrecía el brazo, y luego la condujo a un pequeño dormitorio decorado con libros antiguos, macramé y varias bailarinas de porcelana en estanterías. La habitación olía a antigüedades, a papel amarillento y tela rancia acumulando polvo. A vejez.

Frente a la ventana había un gran sillón cubierto con una manta descolorida. La mujer se sentó en él, apoyó las piernas en un pequeño reposapiés y después se volvió hacia Kay y sonrió, con sus labios marchitos estirados sobre dos hileras de dientes envejecidos, todavía suyos.

—Aquí es donde paso mis días, querida.

La ventana daba al camino de entrada de la propiedad de Coleman y a la puerta trasera que el sudes había utilizado. Al final de la calle, una farola se erguía. Por la noche, inundaría la propiedad de luz amarilla brillante. Entonces, ¿de dónde venía esa idea de que la oscuridad rondaba la casa? ¿Qué había visto?

Se volvió para mirar a Betty y preguntarle, pero se quedó con la boca abierta. Ahora, a plena luz del día, podía ver a la anciana con más claridad.

Tenía cataratas en ambos ojos.

Todo lo que hubiera visto habría sido a través de un espeso borrón.

Dio las gracias a Frank Livingston y salió de la casa, feliz de respirar el aire fresco y húmedo del exterior. Luego, sin pronunciar palabra alguna donde los Livingston pudieran oírla, agarró a Elliot por la manga y tiró suavemente de ella.

—Sígueme.

—Por supuesto —respondió él, mientras ella ya corría bajo la espesa lluvia por el césped hacia la propiedad de los Coleman.

Una vez allí, se detuvieron bajo el tejado del porche.

—Me pregunto por esa tontería del remolino de oscuridad —dijo, mirando la farola—. Esta cosa habría iluminado el lugar muy bien. Pero solo hemos visto esta escena del crimen durante el día, así que me pregunto...

—Tiene cataratas, Kay, está prácticamente ciega.

—Sí, lo sé. No puede conducir ni leer, pero distingue la oscuridad de la luz.

—Y tiene alzhéimer, sabes mejor que yo que eso jode la mente de la gente.

—Sí, ya sé todo eso, pero sigo pensando que hay algo en toda esta locura. La forma en que Frank Livingston parece asustado de que descubramos algo que intenta ocultar, las

convicciones de su madre sobre esos espíritus, sean lo que demonios sean, y no olvidemos que fue la mujer prácticamente ciega y enferma de alzhéimer la que nos ha llevado a descubrir que hay un asesino en serie suelto, Elliot. En lo que a mí respecta, Betty se ha ganado un sólido crédito, y estoy dispuesta a comprar todo lo que dice, por muy delirante que suene.

—Me parece bien —respondió él, frunciendo el ceño al verla quitarse los zapatos y los calcetines y remangarse el dobladillo de los pantalones—. ¿Qué estás haciendo?

—Oh, borra esa sonrisa de tu cara, vaquero. No te crees ideas locas en la cabeza.

Él escondió su sonrisa, cada vez más amplia, bajo el ala de su sombrero durante un breve instante, luego se lo quitó de la cabeza y lo puso en la de ella, aún sonriendo mientras Kay corría bajo la intensa lluvia hacia la farola.

La rodeó, sintiendo el golpeteo de las gotas de lluvia como hojas de afeitar heladas en cada pesada gota que tocaba su piel. En la base de la farola, la carcasa se había colocado torcida, por lo que era fácil quitarla con las manos.

Dentro, todos los cables habían sido cortados.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Bajo la lluvia

Llevaba una chaqueta impermeable amarilla de la marca Helly Hansen y unos vaqueros que ya estaban empapados por debajo de la rodilla. No lo sintió mucho; se había puesto los pantalones por encima de las botas hasta la pantorrilla y pisaba sin cuidado los charcos y el barro, pensando solo en ella.

Volvió el rostro hacia lo alto, entrecerrando los ojos entre las gotas de lluvia para ver el cielo, para buscar sin descanso esa esquiva mancha azul que significaría la vida, para los dos, juntos. En cambio, la penumbra parecía más baja y pesada que nunca, las ráfagas de viento portaban gotas que parecían cuchillas congeladas que le apuñalaban la piel.

Agradeció las frías y refrescantes agujas contra su cara. Le dieron vigor, y le recordaron la ira de Madre y su sed insaciable de sangre.

Su sangre.

—Querida Madre, perdóname, perdona a tu débil y vacilante hijo —susurró, saboreando el agua en sus labios mientras hablaba. Las gotas de lluvia parecían precipitarse hacia él, aceleradas, impulsadas por una fuerza como nunca había visto antes, como cuchillas blancas y brillantes que cortaban el aire, golpeando el suelo sin piedad una tras otra por millones cada segundo, con una fuerza infinita, al igual que su crueldad.

El agua sabía un poco salada, como si el inmenso océano hubiera sido barrido por la tormenta y elevado a las profundidades de los cielos, solo para ser golpeado contra el suelo más tarde.

Se encontraba al borde de la herida, casi en la cima de la colina. La suave pendiente se había abierto bajo las fuerzas del agua que caía, y un trozo de la colina se deslizaba hacia abajo, arrastrado por la gravedad y su lubricante, el agua. Donde antes el verdor cubría la ladera, ahora el marrón oscuro de la tierra quedaba al descubierto, y riachuelos de lodo corrían hacia el fondo del valle como la sangre que abandona el cuerpo de un herido moribundo.

Su querida Madre sangraba, incapaz de curarse hasta que él hiciera lo correcto.

Estaba decidido; a pesar del ardiente dolor que sentía en el corazón al pensar en el sacrificio que le esperaba al día siguiente, esta vez no imploraría la clemencia de Madre para que perdonara a la chica ni volvería a vacilar. Había visto con sus propios ojos el tamaño de sus heridas, la profundidad, el dolor.

Abrió los brazos de par en par y recibió la fuerza de la lluvia dándole la bienvenida, deseando que su cuerpo fuera lo suficientemente grande como para proteger a Madre de ella. Sanadora y, al mismo tiempo, asesina, a la lluvia no le importaba... seguía cayendo, acompañada de rugidos y estallidos de truenos, algunos cercanos, otros distantes, lejanos, allí donde el bosque se encontraba con el cielo en el horizonte.

Su mente vagaba a la deriva, su corazón se apretaba en un puño de hierro de la preocupación.

Esa vez, dos niñas se habían quedado atrás. Dos niñas que ahora estaban con la policía, contándoles todo lo que habían visto, poniéndolo a él y a su trabajo en peligro. ¿Estaba

destinado a morir avergonzado, encerrado en una jaula como un animal? ¿O su obra le sobreviviría, glorificando su existencia y los muchos sacrificios que había soportado por el bien de Madre, su nombre recordado para siempre y pronunciado con admiración?

—¡Querida Madre, escucha a tu hijo! —gritó lo más fuerte que pudo, porque solo ella podía oírlo en ese momento. La lluvia le bañaba a ráfagas, pegándole el pelo a la cara, llenándole la boca cuando hablaba—. Protégeme como yo te protegeré. Defiéndeme y sostenme en tus brazos mientras te entrego el último sacrificio, mi propia sangre.

Reía y bailaba, girando con los brazos en alto como un derviche, llevado casi a la histeria por una euforia frenética.

Cuando se comenzó a sentir así —notando su apoyo bajo sus pies, recibiendo su protección en el viento que envolvía su cuerpo—, supo que ella y su hijo terrenal eran uno, unidos como estaban destinados, desde siempre, y ningún sacrificio sería indigno.

No importaba lo agonizante que fuera.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Monstruo

Cuando Kay entró corriendo por la puerta de la comisaría, aún iba descalza, llevaba los zapatos en una mano y el portátil en la otra bien pegado al pecho, con los pies mojados dejando huellas en la moqueta. Le había devuelto el sombrero a Elliot poniéndoselo ella misma en la cabeza, y aún recordaba la sonrisa cargada con la que él lo había aceptado y la chispa entre ellos cuando sus ojos se encontraron bajo el ala.

La comisaría olía a fuerte humedad, como si la lluvia del exterior se hubiera filtrado de algún modo a través de las paredes o el suelo. Los agentes del sheriff habían entrado y salido durante todo el día con las chaquetas empapadas y las botas que goteaban agua sobre la moqueta, y el ambiente estaba demasiado húmedo. Probablemente el lugar apestaría durante un tiempo, quizá hasta que el aire volviera a secarse, después de la primera nevada.

Les esperaba un inesperado comité de bienvenida. El sheriff Logan, aparentemente furioso, había salido de su despacho en cuanto Elliot se detuvo frente al edificio. La agente Farrell, que venía corriendo desde la parte de atrás, llevaba varias hojas de rotafolio llenas de garabatos de Erin. Sin otra opción, se volvió hacia el sheriff, pero no tuvo ocasión de abrir la boca.

—Me alegro de que tenga correo electrónico, detective, para que pueda soltarme una bomba sin la cortesía de mirarme a los ojos. —Estaba de pie con las manos apoyadas en las caderas, una postura que le gustaba desde que había ganado unos cuantos kilos de cintura. Su abultado abdomen amenazaba la integridad de varios botones de su camisa, uno de los cuales apenas colgaba de un par de hilos—. ¿Tienes idea de cómo cuarenta y tres secuestros en serie sin resolver, posiblemente homicidios, van a reflejarse en esta unidad? ¿Cómo contenemos esto?

Por supuesto, se lo tomaba como algo personal, sobre todo porque le importaban mucho las personas a las que había jurado proteger. Era un buen hombre que casi siempre tomaba decisiones sólidas, pero en un año electoral tenía todo el derecho a preocuparse por la percepción de los votantes.

—Yo diría que se reflejará positivamente —respondió Kay con calma—. Al fin y al cabo, esto ha estado ocurriendo durante cincuenta y siete años, y solo se ha descubierto bajo su liderazgo.

—Claro que sí... —respondió con rapidez, agarrando ese salvavidas y nadando con él—. Pero ahora, ¿qué vamos a hacer al respecto?

—Revisaré estos casos, incluso los antiguos, y los trabajaré según las normas. Descubrir patrones, estudiar la victimología, entrevistar a las familias de las víctimas recientes. Generaremos un perfil y lo atraparemos —prometió ella, con la esperanza de poder cumplir su promesa. Lo que le preocupaba era la longevidad del suceso. No tenía precedentes.

En sus ojos brilló la duda, rápidamente sustituida por la misma indignación defensiva que ella había logrado vencer solo por un breve instante.

—¿Qué, estás diciendo que no hicimos nuestro trabajo? Eso es lo que pensará todo el

mundo. Cuarenta y tres víctimas, Dios mío... —Se tapó la boca con la palma de la mano, angustiado—. La gente se asustará, y con razón.

—Investigar un secuestro es muy diferente a atrapar a un asesino en serie. —La voz de Kay era tranquilizadora, impregnada de una confianza que ella solo sentía en parte. Sí, había cazado a asesinos en serie durante ocho años después de entrar en el FBI y tenía un historial de casos perfecto para demostrarlo, pero este era diferente. Este sudes se las había arreglado para que no le pillaran en todos esos años, pero había algo más en él igual de improbable: nunca había escalado. La gran mayoría de los asesinos en serie escalaban, es decir, aceleraban el tiempo entre víctimas, una vez enganchados a la emoción del asesinato siempre buscando más, yonquis de la sangre en busca de su próxima dosis.

Excepto este.

Encendió el portátil y lo colocó en un escritorio cercano, tan ansiosa por consultar los datos que no se tomó la molestia de ponerse los calcetines y los zapatos. Sacó los informes de las personas desaparecidas y los ordenó por fecha desde el más reciente.

—Yo trabajé en ese caso —dijo Elliot con voz sombría—. Sigo hablando con los padres; nunca perdieron la esperanza. Lauren Costin, tenía quince años cuando desapareció mientras volvía del colegio. —Se detuvo un momento mirando su nombre en la pantalla; era el segundo de la lista, justo debajo del de Julie—. No encontré nada. Un momento estaba allí y al siguiente había desaparecido, y nadie había visto nada. Era como si la tierra se la hubiera tragado entera. Fue hace dos años.

—Trabajé en **su** caso. —Logan señaló con el dedo en la pantalla junto al tercer nombre de la lista, Estefanía Guerrero. Sacudió la cabeza, su angustia anterior sustituida por una impotencia frustrada—. Atrapa a ese hijo de puta, Kay. Tenemos muchas familias que esperan que se cierre su caso y una chica que podría seguir viva.

Ella levantó los ojos de la pantalla y miró al sheriff con severidad.

—Atraparemos a ese bastardo.

—Detective... —Farrell se abrió paso entre Logan y Elliot, sosteniendo aún las hojas de papel—. Echa un vistazo a esto. —Puso un pedazo de papel sobre el escritorio, manteniéndolo plano con las manos ahí donde se enrollaban las esquinas.

El dibujo había mejorado un poco en cuanto a detalles, pero seguía representando lo mismo. Una boca abierta, dibujada en negro, dibujada de forma simplista por una forma triangular y algo redondeada, apuntando hacia abajo, con líneas en zigzag que parecían dientes. Del centro del triángulo, flanqueado por los dientes, goteaba sangre verde.

—Intenté todo lo que se me ocurrió —dijo Farrell—. Le quité el rotulador verde, solo le dejé el azul y el rojo, y no dibujó nada. Le di el negro, y solo hizo la boca con los dientes. Lo que sea que esté dibujando, debe ser verde. —Suspiró—. No estoy segura de que esto sirva de mucho...

—Déjame ver eso —dijo Elliot, acercándose al escritorio. Frunció el ceño mientras estudiaba el dibujo y murmuró—: Me pregunto si no será... —Sacó el móvil y empezó a escribir rápidamente en la ventana del navegador. Momentos después, mostró a Kay la pantalla, donde aparecía una estilizada cabeza de serpiente.

Su sangre se convirtió en carámbanos.

—Es verde porque no es sangre, es la lengua de una serpiente —dijo—. Es el logo de un equipo deportivo de Austin, Texas. Los Vipers de **lacrosse**.

—¿Qué posibilidades hay de que sea real? —preguntó Logan con incredulidad—. Tiene

cuatro años, por el amor de Dios. Lo último que necesitamos es otra búsqueda inútil.

Con la cabeza algo inclinada, Kay comparó las dos imágenes. El parecido era evidente, si tenía en cuenta la edad de la artista. Se volvió para pedir a Farrell que trajera a Erin, pero la agente del sheriff ya estaba volviendo de la sala de interrogatorios con la niña a su lado. Parecía un poco asustada, sus ojos sorprendidos iban de una persona a otra mientras arrastraba tras de sí una manta suave, que debía ser otro objeto prestado por la agente Farrell.

Elliot se agachó frente a ella y se quitó el sombrero.

—Hola, jovencita —dijo con una sonrisa que a Erin le costó resistir. Le tocó el pelo rubio y despeinado, y ella dejó caer la manta—. ¿Te importa si miras algo por mí?

Erin sonrió con la boca abierta, lo más relajada que Kay la había visto desde que la encontraron durmiendo junto al cuerpo frío de su madre. El hombre tenía habilidades que competían seriamente con las de Farrell a la hora de hacer que los niños se sintieran a gusto, una característica bastante inesperada para un joven policía de Austin, Texas.

Kay le dio el móvil, pero lo mantuvo un momento bocabajo.

—Te voy a enseñar una foto. ¿Puedes decirme si reconoces al animal de la foto? No te hará daño; te lo juro. Te doy mi palabra.

La niña asintió, con la punta del pulgar en la boca y los ojos fijos en la mano de Elliot, que colocó la pantalla del teléfono para que la viera.

Su rostro se transformó al estudiar la imagen, la sonrisa sustituida por una mueca de miedo y agonía. Con el dedo apuntando a la pantalla, con voz quebradiza dijo:

—Monstruo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Plan

—¿Quién secuestra niñas y potencialmente las mata, durante más de cincuenta años seguidos? —preguntó Kay, sin esperar una respuesta. La cuestión iba dirigida sobre todo a ella misma, aunque la opinión de Elliot siempre era bienvenida.

Volvieron a su escritorio, donde él había retirado una silla y miraba la pantalla, que ofrecía fragmentos de información sobre casos recientes que le resultaban familiares. Se había mudado a Mount Chester hacía seis años, mucho después de que Kay se trasladara a San Francisco, pero solo había trabajado en uno de los secuestros.

Había una cosa que perturbaba a Kay, que la fastidiaba como un mosquito zumbando en la oscuridad. Había crecido en ese pueblo y era primogénita. Sin embargo, nunca había oído hablar de esos secuestros, ni su madre le había advertido nunca de que se cuidara las espaldas, no más de lo que lo haría una madre normal. Nunca había mencionado a los espíritus del valle ni ninguna leyenda relacionada. ¿Algo de eso era real?

Kay había crecido en su propio infierno; antes de que su madre hubiera tenido tiempo de preocuparse por los seres espirituales y el folclore local, había tenido que lidiar con un marido maltratador y en estado de embriaguez crónica, y con dos hijos a los que habitualmente tenía que proteger de su ira. El folclore —aunque su madre lo hubiera oído— había sido demasiado remoto, mientras que la rabia del padre de Kay había sido cercana, cruda, sin diluir.

—Denise, ¿tienes un momento? —llamó, al ver pasar la agente Farrell con dos pequeños cuencos con avena para las niñas, en dirección al microondas. Al igual que Kay, se había criado en la localidad, en el seno de una familia numerosa con antiguas raíces en la región.

Farrell se detuvo junto al escritorio de Kay, aún con los cuencos en las manos.

—¿Qué pasa? —Una pizca de preocupación tiñó su voz.

—Me preguntaba si tenías idea de la leyenda sobre las primogénitas. Creciste aquí, ¿verdad?

—Sí. —Farrell sonrió con nostalgia. Sus ojos se suavizaron. Debió tener una infancia agradable y llena de buenos recuerdos—. Mi madre solía decir que las hadas lloraban junto a la cama de la madre que daba a luz si la primogénita era una hija. Yo lo era, pero nadie me secuestró. Pero recuerdo que me sentía triste cada vez que mi madre decía eso. Pensaba que tal vez no me quería o algo así. —Se rio ligeramente—. Eso fue hasta que me hice mayor y lo entendí mejor. Era increíble, mi madre. —Esperó con paciencia un momento, pero Kay no respondió—. ¿Algo más? He dejado a las niñas solas.

—No, ya está, gracias —contestó Kay, y Farrell se marchó a la cocina para calentar la avena.

No era solo la mente de Betty Livingston, enferma de alzhéimer, la que estaba poblada de tan increíbles historias; la leyenda hundía sus raíces en algún lugar del pasado de la pequeña comunidad de Mount Chester. Probablemente había surgido cuando unos padres devastados intentaron dar sentido a su tragedia tras la desaparición de sus hijas

sin dejar rastro. Hacía cincuenta años, sin las constantes distracciones que traen internet, la televisión y las redes sociales, la gente tenía más tiempo para pensar, para hablar, para poner las cosas en su sitio y darse cuenta de patrones como el de la primogenitura en la victimología.

—Debe tener ahora ¿cuántos?, ¿ochenta años? —preguntó Elliot, mirando la pantalla. Mientras ella charlaba con la agente Farrell, él repasaba la lista de víctimas y leía los detalles de los casos más recientes.

—O más —le respondió, seca—. Tendrá ochenta años si empezó a llevarse a estas chicas a los veintitrés, que sería relativamente joven. Pero ese ni siquiera es el mayor problema que veo con este perfil. —Tomó un sorbo de café caliente y amargo del vaso de papel que tenía a su lado, después de sostenerlo un rato entre sus manos heladas para calentarlas. Por un momento, pensó en Avery Montgomery, en su porte distinguido, su pelo blanco y sus cenas de club con el alcalde. Pero no..., no encajaba, aunque no tuviera una coartada de hierro. Era demasiado tranquilo, demasiado sereno, y Julie era su bisnieta. Ella lo había mirado directamente a los ojos llorosos y no había visto ni rastro de culpa o miedo, ni el más mínimo parpadeo de preocupación. Aparte de tener ochenta y tres años, no tenía motivos para pensar en él como el sudes. Además, era débil y frágil, incapaz de cargar a alguien como Julie en su camioneta—. Lo que me preocupa es que no haya escalado —dijo—. Por lo que he podido ver, su *modus operandi* ha seguido siendo el mismo durante décadas. Y tampoco se ha acelerado entre víctima y víctima.

—¿Por qué es un problema? —preguntó Elliot.

—La mayoría de los asesinos en serie tienen motivaciones sexuales, aunque la lujuria no es el único motor que impulsa a matar. Pero podríamos eliminar con seguridad esa motivación del perfil. Los sádicos con motivaciones sexuales aceleran la línea temporal, ya que su búsqueda de la máxima emoción siempre los deja con ganas de más, y casi siempre se desesperan. También pierden el interés por matar cuando envejecen y su apetito sexual disminuye. —Se quedó mirando la pantalla llena de nombres, viendo cómo siempre pasaba un año o más entre secuestro y secuestro—. Bueno, no este sudes. No tenemos más remedio que considerarlo un asesino con una misión.

—Si no hemos encontrado ningún cadáver, ¿cómo puedes estar segura de que no hubo un componente sexual en los asesinatos?

—No puedo estar segura, pero estoy dispuesta a apostar a que no —respondió, mientras sus pensamientos indagaban en su razonamiento. Como siempre, la pregunta de Elliot, acertada, desencadenó otra ronda de análisis. ¿Estaba pasando detalles por alto, asumiendo que el sudes no violaba a sus víctimas? Pero, para un asesino lujurioso, ¿cómo podía tener sentido un periodo de reflexión constante de más de un año? No a menos que ese asesino siempre hubiera tenido la libido de un octogenario. Tomó otro sorbo de café, todavía pensando—. No, supongo que debemos considerar que tiene una misión.

Se detuvo un momento, sopesando la teoría en su mente. ¿Encajaba? No del todo. La mayoría de los asesinos en serie orientados a una misión querían eliminar algún mal percibido del mundo, o al menos de su rincón en él. Algunos querían que sus ciudades estuvieran libres de vagabundos, prostitutas o drogadictos. Cualquier grupo social que la mente retorcida del asesino percibiera como indeseable podría convertirse potencialmente en un objetivo. Pero ¿qué podía hacer que las jóvenes de familias de las afueras se volvieran indeseables? Esa era la parte que no encajaba. Tenía que investigar

la victimología antes de poder estar segura. La única alternativa que quedaba eran los sádicos ávidos de poder y control, pero la mayoría de ellos utilizaban el sexo como medio para controlar a las víctimas, y el sexo no encajaba bien con la longevidad y meticulosidad del sudes a la hora de ejecutar secuestros perfectamente organizados durante casi seis décadas.

Con un poco de pesar, abandonó el vaso de café caliente sobre el escritorio y ojeó algunas pantallas, aterrizando en el mapa donde se señalaban los lugares de cada caso.

—¿Ves cómo están todos centrados aquí, en Mount Chester? —Los puntos rojos estaban dispersos por el mapa hasta la costa del Pacífico y hacia el interior, a unos cuarenta kilómetros de la ciudad. Sin embargo, la pauta estaba clara—. Es local; tiene que serlo.

—¿Y estos otros casos, en Los Ángeles y San Francisco, y el de Bakersfield?

—Podrían estar emparentados, igual que algunos de los cuarenta y tres de aquí podrían no estarlo. Tiene más sentido centrarse aquí y averiguar qué tienen en común estos casos. Debemos dividir y vencer.

Elliot se levantó y apartó la silla del escritorio.

—¿Y cómo explicas su longevidad?

Por un momento, dejó que su mente vagara libre mientras miraba por la ventana la lluvia que caía y golpeaba el cristal por las furiosas ráfagas de viento.

—No puedo —contestó—. El asesino en serie más prolífico del que se tiene constancia es Samuel Little, con noventa y tres víctimas a lo largo de treinta y cinco años en doce estados. La investigación del FBI sobre ese caso continúa, y probablemente no termine muy pronto. —Se frotó las manos despacio, el gesto la ayudó a pensar—. Treinta y cinco años, Elliot, el más prolífico de la historia. Cincuenta y siete es inaudito. Estamos en territorio récord. —Se levantó, cerró la tapa del portátil y se puso la chaqueta. Todavía se sentía húmeda y fría contra su piel caliente, lo bastante para hacerla temblar—. No es imposible, supongo. O podría haber más de un sudes.

—¿Como qué, compañeros? ¿Un equipo?

Ella asintió.

—Son extremadamente raros y siempre involucionan. Nunca son tan pulcros, tan precisos como este ni tan duraderos. —Cogió dos hojas de papel de la impresora—. Pero tendría sentido si te paras a pensarlo. Lo que motive al primer asesino, ya sea un trauma, la herencia en sus genes, el desequilibrio hormonal o la psicosis que esté en la raíz de sus impulsos, será genética y ambientalmente diferente en su compañero. Los impulsos de matar y torturar no serán iguales. Al poco tiempo, el tejido que mantiene unido al equipo de asesinos en serie empieza a rasgarse por las costuras.

—Joder —murmuró él—. ¿Te imaginas salir ahí fuera y encontrar a otro asesino igual que tú, y forjar una alianza? ¿Cómo se hace eso? —Su rostro mostraba tanta repulsión que ella decidió no contarle lo que sabía sobre algunos de esos casos—. Pero si las chicas fueron asesinadas, como parece creer, ¿dónde están ahora? ¿Cómo es que nadie ha encontrado sus cuerpos en casi seis décadas?

—Todas son buenas preguntas —respondió Kay, incapaz de librarse de la sensación de que se le escapaba algo.

—¿Por qué crees que las mata?

Su pregunta la entristeció.

—Estadísticamente, es lo que ocurre, con muy pocas excepciones. Mantener cautiva a la gente es un negocio traicionero y caro. Por descorazonador que esto pueda sonar, esas

excepciones no son el resultado deseable ni de cerca, no para las chicas retenidas en un cautiverio interminable sin esperanza de ser encontradas jamás. —Sintió un escalofrío en la espalda al pensar en cuarenta y tres chicas retenidas en cautiverio durante tanto tiempo. ¿Las mataron? ¿Desearon morir para escapar de quién sabe qué horrible destino?—. Tengo fe en que encontraremos a Julie con vida. Esperemos que este sudor no se apresure a matarla.

Alejó de su mente los pensamientos perturbadores y se centró en la historia de los secuestros. Quizá su evolución a lo largo del tiempo le dijera más sobre su ubicación, su zona de confort. Volvió a encender el portátil, aún de pie e inclinada sobre su escritorio en lugar de sentada, y abrió el mapa con los puntos rojos que marcaban los casos de personas desaparecidas en la zona. A continuación, fijó el intervalo del informe en incrementos de diez años, viendo dónde aparecían los puntos en el mapa.

No había un patrón discernible en el momento de los secuestros. Los casos habían sido locales, sí, pero el orden en que aparecían en el mapa no ofrecía ninguna novedad.

Con un fuerte gemido, ojeó algunas pantallas más y cargó la base de datos del Departamento de Vehículos a Motor, el DVM. Allí, escribió en los parámetros y filtró por el vehículo Ford F-150 blanco más nuevo de cinco años, casi de manera impulsiva. No tenía ni idea de cuántos años tendría la camioneta, pero por algún sitio tenía que empezar.

—Pon «Texas» en el historial del DVM —sugirió Elliot—. Quizá podamos reducirlo a gente que haya ido a la universidad en Austin y haya jugado al **lacrosse** con los Vipers.

La lista de camionetas Ford blancas registradas a nombre de sus propietarios en el estado de California era incluso más larga de lo que ella esperaba, con miles de nombres. Al añadir Texas como filtro, la búsqueda se redujo drásticamente, quedando solo setenta y ocho nombres en todo el estado, con un gran problema.

Ninguno de ellos era local.

El propietario registrado más cercano de un Ford F-150 blanco que tenía un historial en el Departamento de Vehículos a Motor en el estado de Texas añadido vivía a trescientos kilómetros de distancia, en el condado de Marin. Era un arquitecto de cuarenta y tres años nacido en Pekín.

No tenían nada.

Suspiró y cerró de golpe la tapa del portátil.

—De acuerdo, yo me encargo de las entrevistas familiares, tú ve a ver a Brent, el novio de Julie.

—¿A quién vas a visitar primero? —le preguntó Elliot, caminando a paso ligero a su lado por el pasillo, en dirección a la salida.

Ella revisó brevemente las impresiones.

—A la familia Costin. Tu viejo caso.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Mentiras

Julie nunca quiso creer que aquello fuera cierto.

Cuando una anciana vecina le había contado la vieja superstición y la historia de su nacimiento, después de haberse bebido un número indeterminado de copas de vino en el funeral de su abuela materna, pensó que la arpía se estaba burlando de ella. Había conseguido no llorar, a sus siete años, aunque lo había hecho toda la mañana después de ver el cuerpo de su abuela inmóvil, delgado y surrealista en el ataúd abierto. Se secó los ojos y se alejó de la mujer, ignorando las palabras de la vieja hasta más tarde, cuando pudiera preguntarle a su madre.

Pero el peso de aquella historia se había convertido en una obsesión, consumiendo su joven mente. En el viaje de vuelta del cementerio, ya no pudo callarse más.

—¿Es verdad que lloraste el día que nací, mamá? —había preguntado, interrumpiendo la conversación entre sus padres. Aún recordaba el escalofriante silencio que había seguido a su pregunta—. ¿Es porque soy una chica?

—¿Quién te ha dicho eso? —había preguntado su padre, con un ceño fruncido que no prometía nada bueno. Él había girado la cabeza una fracción de segundo para mirarla, luego había mantenido los ojos en la carretera, pero ella aún podía ver su mirada en el espejo retrovisor de vez en cuando.

—¿Es verdad? —preguntó ella, con voz quejumbrosa que delataba las lágrimas que había estado luchando por mantener ocultas.

Su madre se había estirado por encima del respaldo de su asiento y le había cogido la mano con la suya.

—Cariño, eso es solo una estúpida superstición, nada más. —Le sonrió entre lágrimas—. Lloré de alegría, mi querida niña. El día que naciste fue el mejor de mi vida.

Aquellas palabras se repetían en su memoria una y otra vez, como un disco rayado que reproduce una canción que le encanta escuchar y que no puede apagar. Cuánto deseaba creer que fuera cierto..., tanto que se había convencido a sí misma de que era la realidad. Nunca había vuelto a hablar con aquella anciana vecina, limitándose a darle la espalda en la calle, en reuniones, funerales y otros actos por el estilo. La señora tenía que ser una mentirosa, sin buenas intenciones. Su padre le había dicho que mantuviera las distancias, y ella no haría otra cosa.

Solo nueve años después, le dijeron que su madre le había estado ocultando ese secreto. Julie no quería creer que aquello pudiera ser cierto. Ni entonces, cuando era pequeña, ni cuando oyó a su madre explicarle por qué había mentido sobre aquella vieja superstición a través de un velo de lágrimas, ni ahora, cuando yacía casi sin vida en el suelo helado y los fantasmas de su pasado estaban reunidos a su alrededor, hablando, discutiendo, tal vez mintiendo todavía.

No eran reales. Debía ser su imaginación la que les daba vida, porque estaba delirando de hambre y sed, se dijo a sí misma en un raro ataque de pensamiento racional. Pero parecían reales, tan reales como los cálidos dedos de su madre acariciándole la mejilla, su voz tranquila prometiéndole que todo iba a salir bien, porque no estaba sola.

—Ya estamos aquí, cariño —le dijo su madre, jugando con un mechón de su pelo—. Tu padre y yo estamos aquí.

—¿Esto es real? —le preguntó, o al menos eso creyó—. ¿Era este mi destino desde que nací, como dijo Betty?

Nadie contestó, pero su madre siguió sonriendo, con los ojos llenos de una luz que Julie nunca había notado antes, cuando había estado ocupada desobedeciéndola.

Esa vecina de al lado... Deseó poder preguntarle entonces lo que debería haberle preguntado hacía tantos años. ¿Quiénes eran los espíritus que se llevaban a las primogénitas? Porque podría decirle a la anciana que se la había llevado un hombre, un hombre de carne y hueso, no un espíritu. Y tal vez ella sabría por qué.

—Oh, mamá, ¿por qué no corriste? —preguntó, pero nadie respondió—. Si sabías que venían a por mí, ¿por qué te quedaste?

Entonces recordó, a través de una espesa niebla, mientras la imagen de su madre se desvanecía.

No corrió porque esperó a que volviera a casa.

Una nueva lágrima ardiente rodó por su mejilla.

En su mente desvanecida, donde se había instalado la oscuridad, imaginó que eran los cálidos dedos de su madre, acariciando su piel.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Los Costin

Sherman y Virginia Costin vivían en un pequeño rancho en el extremo norte de la ciudad. La propiedad presentaba signos de tragedia visibles en el descuido del césped delantero y en el patio trasero, que Kay pudo ver al aparcar junto a la acera. Las malas hierbas habían invadido el césped, amenazadas por el frío. Un viejo neumático estaba abandonado junto al camino de entrada, un alto arbusto de cardos crecía imperturbable en su centro. El estado de la propiedad le recordaba extrañamente a su propia casa familiar cuando regresó de San Francisco, solo que los motivos eran muy distintos. La casa a la que había regresado tras muchos años de ausencia seguía marcada por la tragedia, al igual que la casa de los Costin; pero su familia había encontrado un final. Los Costin no.

Empezaba a oscurecer cuando apagó el motor y los limpiaparabrisas detuvieron por fin su rítmico deslizamiento sobre el cristal. No podía saber sin mirar la hora si el sol ya se había puesto; sus rayos no se percibían, impotentes contra la espesa capa de nubes que arrojaba implacable agua en grandes y pesadas gotas, que salpicaban ruidosamente contra el techo de su coche.

Corrió hacia la puerta principal y se tomó un momento para quitarse las gotas de lluvia que se le pegaban a la chaqueta antes de llamar al timbre. Un hombre demacrado y de aspecto cansado abrió la puerta segundos después de que ella pulsara el botón. La esperanza que iluminó sus ojos cuando ella mostró su placa le dio un tirón en el corazón.

—¿Puedo entrar un momento? Tengo que hacerles algunas preguntas.

El atisbo de esperanza se desvaneció, dando paso a la angustia.

—Sí, por supuesto. —Arrastrando los pies, se hizo a un lado y la invitó a pasar.

El salón era pequeño y tenue, mal iluminado por una lámpara de techo con bombillas de poca potencia, como si los dos Costin no pudieran luchar contra la oscuridad que envolvía su hogar. La señora Costin estaba sentada en el sofá, pálida como un espectro, con su largo y ralo pelo rubio sin lavar desde hacía días, apelmazado en antiestéticos mechones. Llevaba una bata de estar por casa, generosamente sucia por manchas viejas y nuevas de lo que parecían ser percances de cocina. Un ligero olor a comida rancia y basura podrida llenaba el aire, pero ninguno de los dos parecía darse cuenta ni preocuparse. En la mesa del salón, una pila de cartas sin abrir acumulaba polvo junto a unas gafas de lectura baratas de montura gruesa. Una mirada de reojo, y Kay pudo darse cuenta de que el fregadero de la cocina estaba lleno de platos sucios, y la encimera también.

—Gracias por recibirme —dijo, mirando a su alrededor en busca de un lugar para sentarse, y luego optó por permanecer de pie.

El señor Costin se sentó en el sofá junto a su mujer. Sus manos se encontraron de inmediato y se entrelazaron como lianas en busca de apoyo.

—¿Tiene noticias de Lauren?

—No, lo siento —respondió ella, estremeciéndose mientras lanzaba la respuesta—. Pero seguimos investigando y tenemos nuevas preguntas.

El hombre la invitó a proseguir con un gesto de la mano y, acto seguido, apretó los dedos de su esposa.

—Sé que probablemente han contado la historia de aquel terrible día muchas veces, pero ¿pueden hacerlo una vez más? Cuéntenme todo lo que pasó.

Los Costin se miraron, como poniéndose de acuerdo sobre quién debía hablar.

—Pero ¿por qué...? —empezó a preguntar la señora Costin, con la voz entrecortada como si se hubiera quedado sin aliento.

Kay optó por la verdad, al menos en parte.

—Antes de volver aquí el año pasado, donde nací y crecí, trabajé como perfiladora del FBI en San Francisco. Espero poder ver o descubrir algo que mi colega, el detective Young, haya pasado por alto.

—Está claro que no trae noticias de Lauren —dijo la señora Costin, con una lágrima rodando por su pálida mejilla. Era como si esperara que Kay le hubiese mentido. Fue asombroso ver el poder de la esperanza y cómo la gente se aferraba a ella con uñas y dientes, contra toda razón y toda evidencia.

—Me temo que no —respondió Kay, con la voz inesperadamente entrecortada.

La señora Costin apretó la mano de su marido.

—Lauren desapareció cuando volvía del colegio —dijo con voz temblorosa y débil, presagio de las lágrimas que vendrían—. En septiembre, hace dos años. —Apartó los dedos del agarre de su marido y se llevó la mano al pecho, luego se agarró a la solapa de la bata—. Cuando no se presentó a cenar esa noche, supe que algo iba mal. Incluso antes de llamar a sus amigas, a sus profesores, a la policía, lo supe. Era como si alguien me hubiera arrancado el corazón del pecho y en su lugar hubiera dejado un hueco.

—¿Cogió el autobús escolar de vuelta a casa ese día?

La señora Costin sacudió la cabeza, mirando la desgastada alfombra oriental que tenía bajo los pies.

—No, aunque llovía —dijo el señor Costin—. A veces lo hacía, volvía a casa andando. Decía que le encantaba el aire de la montaña en otoño. Era activa, una atleta. —Se detuvo un momento, parecía perdido—. El detective Young vino aquí todos los días para contarnos lo que había averiguado. Llamó a todas las puertas, hizo todo el camino desde la escuela hasta aquí por la ruta que ella solía hacer. Y nosotros hicimos lo mismo. —El señor Costin miró a Kay con una pregunta tácita en los ojos—. Se había desvanecido. Nadie vio nada. ¿Cómo puede alguien...?

—La mayoría de la gente estaba en el trabajo; sus hijos, en la escuela —interrumpió la señora Costin, hablando débilmente—. El detective Young nos dijo que el mal tiempo debió ser la causa de que nadie viera a mi pequeña siendo... —buscó la palabra— raptada. No había nadie en la calle, ni siquiera para sacar los cubos de basura a la acera. Incluso el camión pasó a recogerlos a la mañana siguiente.

—Suplicamos a las autoridades que siguieran buscando, pero creo que se rindieron demasiado pronto. Incluso fuimos a ver al alcalde, pero no sé si hizo algo. —El señor Costin soltó de mala gana la otra mano del agarre de su mujer, se levantó y empezó a pasearse por el comedor, mirando hacia la ventana cada pocos segundos—. Publicamos anuncios en la televisión hasta agotar el dinero de nuestra jubilación. Y ahora, solo nos queda esperar. Pero Virginia no aguanta más.

—No puedo —sollozó la mujer, poniéndose la mano delante de la boca—. ¿Y si vuelve a casa y yo no estoy? ¿Y si alguien nos busca para hablarnos de Lauren?

Kay se mordió el labio. La extrema coacción había hecho que los Costin actuaran de forma irracional, aunque podía entender que a la madre de Lauren le resultara imposible abandonar la casa a la que su hija podría, algún día, regresar. Que el caso no se cerrase le estaba pasando una terrible factura a la familia Costin. Su dolor resonaba en ella, aunque no podía ni empezar a entender cómo se sentían.

—Háblenme de Lauren —pidió—. ¿Qué clase de chica era?

La señora Costin se levantó despacio, luego se acercó a la repisa de una chimenea polvorienta, que probablemente nunca se había utilizado, y cogió una foto enmarcada en plata. Con mano temblorosa, se la mostró a Kay.

—Mi pequeña es muy bonita. También es inteligente. Saca buenas notas, solo sobresalientes. —Sonrió, algo avergonzada, apartando la mirada durante un breve instante—. Algún notable también, pero sobre todo sobresalientes. Quiere ser veterinaria. —Se llevó la foto al pecho fuertemente con ambas manos, como si abrazara a su hija—. He estado enviando solicitudes para la universidad por ella. Cuando vuelva, no tendrá problema.

La visión de Kay se nubló un poco al ver a los Costin acurrucados, deshaciéndose, esperando, esperando juntos contra toda razón. Deseaba poder decir algo para aliviar su carga, pero no había nada, ni en las estadísticas de secuestros y adolescentes desaparecidas de los archivos del FBI ni en el folclore local, nada. Su simple presencia en su casa les había ofrecido una esperanza basada solo en su creencia de que aún podía producirse un milagro y que algún día encontrarían a su hija y se la devolverían.

—Una pregunta más —dijo Kay, indecisa de abordar el tema—. ¿Han oído hablar de una superstición local que menciona la desaparición de las primogénitas?

El matrimonio se acercó entre sí, como asustados por sus palabras.

—¿Qué? ¿Existe algo así aquí?

La señora Costin abrió los ojos de par en par, como si tuviera miedo de algo, de una amenaza desconocida. Luego miró a su marido durante un breve y cargado instante.

—Vinimos por su trabajo... No somos de aquí. A Sherman le ofrecieron el puesto de director de una sucursal cuando la nueva California Star Credit Union abrió sus puertas en Mount Chester hace dos años. —Se le cortó la respiración y se apoyó en su brazo en busca de apoyo—. Quizá, si no nos hubiéramos mudado aquí, ella seguiría con nosotros.

—¿Se mudaron justo antes de que desapareciera? —Eso podía ser un giro nuevo e inesperado.

—No. —El señor Costin condujo a su mujer al sofá y se sentó a su lado—. Me hicieron venir desde el principio, antes incluso de que pusieran la primera piedra del nuevo edificio. Elegí el lugar, contraté a los contratistas, compré los muebles, lo hice todo. Contraté a todos los empleados. Cuando Lauren desapareció, el edificio ni siquiera estaba terminado.

—¿Cuándo se mudaron entonces, exactamente, y desde dónde?

—En agosto hará tres años. —Sherman Costin se detuvo un momento, frunciendo el ceño, como si intentara recordar algo—. Desde San Francisco. He formado parte de esta empresa desde que me gradué de la universidad. Allí está la sede principal. —Miró a Kay con renovada preocupación en los ojos—. ¿Cree que esto tiene algo que ver con mi trabajo?

Ella consideró su respuesta durante un breve instante. Cuarenta y tres niñas habían sido secuestradas a lo largo de casi sesenta años. Lo más probable es que fuera el único

padre que se había trasladado allí por un nuevo trabajo. Victimología lo confirmaría.

—No, no lo creo, pero estoy mirando desde todos los ángulos.

—Gracias, de todo corazón —dijo la señora Costin, tendiéndole la mano. Kay la apretó suavemente. Se sentía seca, cálida y frágil—. Contamos con usted para traer a nuestra niña de vuelta.

Salió de la casa, agobiada por sus palabras, con algún pensamiento lejano y poco claro que le revolvía las tripas. ¿Qué no estaba viendo?

Se detuvo un momento bajo el tejado de su porche antes de salir disparada hacia su todoterreno aparcado en la calle. Cerró los ojos y repasó lo más destacado de la conversación, pero seguía sin saber qué era lo que le rondaba por la cabeza, como una palabra en la punta de la lengua que jugaba al escondite en su cerebro. Entonces comprobó la hora y se dio cuenta de que aún podía visitar a la familia Guerrero si se lo proponía.

El que fuera ese pensamiento evasivo vendría a ella.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Brent

Brent Barcenas podría pavonearse sentado. Representaba todo lo que estaba mal en la generación joven. A pocos días de cumplir dieciocho años, según sus registros del Departamento de Vehículos a Motor, el joven se apoyaba despreocupadamente en la parte trasera de una costosa camioneta repleta de complementos y características personalizadas, apoyando el pie descalzo en el parachoques y el codo en su rodilla. Ancho de hombros y musculoso, el joven debía estar destinado a jugar a la pelota en la universidad de una forma u otra. Su peinado casi hizo reír a Elliot, decolorado, con pinchos y cargado de gomina, mientras que los lados habían sido rapados, una tendencia similar a un *mohawk* moderno.

La casa de la que acababa de salir era una de las más caras de ese lado de la ciudad; a sus padres les iba visiblemente bien. Investigando un poco sobre la familia Barcenas, Elliot descubrió que poseían una participación en un gran viñedo del valle de Napa y que su empresa de contabilidad en Mount Chester prosperaba, ya que la señora Barcenas estaba considerada la mejor contable de la región. De forma paralela, el señor Barcenas realizaba una práctica de asesoría financiera estratégica que probablemente era la responsable de pagar el alquiler del BMW X7 que Elliot podía ver a través de las ventanas iluminadas del garaje familiar.

—¿Esta pequeña es tuya? —preguntó Elliot, señalando la flamante camioneta Ram.

—Sí —respondió Brent con una sonrisa divertida y engreída, lanzando una mirada de reojo hacia el todoterreno de Elliot. No llevaba ningún distintivo de la oficina del sheriff; solo dos luces ocultas tras la parrilla indicaban que era un coche de policía—. Apuesto a que ese es tu carruaje, ¿eh?

El chico era increíble. Su novia había sido secuestrada, y él hablaba de coches, aterido de frío y descalzo en la calzada empapada por la lluvia. A sus padres no les interesaba lo más mínimo por qué la policía había ido a aporrear su puerta buscando hablar con su hijo a las siete y media de la tarde.

Elliot sonrió. Podía jugar a lo que el chico quisiera, siempre y cuando no le hiciera perder el tiempo.

—Por supuesto. Tampoco está nada mal. —Su chaqueta y su sombrero le protegían de la lluvia, pero sus vaqueros se estaban empapando.

—Sí, pero ¿un Ford? —Obviamente no era un fan de la marca.

—Diseñado para la policía. Se llama Interceptor.

Brent deambulaba alrededor del vehículo de Elliot sin importarle la lluvia, estudiándolo, poco impresionado.

—¿No es como un Explorer? —La gomina que se aplicaba tan generosamente debía ser resistente al agua.

—Solo en lo guay que es —rio Elliot. Cogió una brizna de paja húmeda de un lado del césped perfectamente cuidado de los Barcenas y lo masticó. Se estaba empapando en ese miserable barrizal, y podía apostar a que el mocoso malcriado lo hacía a propósito, solo para reírse con sus amigos después. Se guareció bajo el tejado del porche—. Tengo

algunas preguntas para ti.

—¿Puedo mirar dentro? —preguntó Brent, pegando la cara a la ventanilla del conductor.

—Como quieras —respondió Elliot, tragándose un impropio mientras Brent abría la puerta.

—Bah, no puedo conducirlo, lo siento.

Frustrado, el chico cerró la puerta de un portazo un poco más fuerte de lo necesario y se acercó al porche, donde se encontraba Elliot. Probablemente nadie le había dicho que no en toda su vida.

—¿Qué necesitas? Estoy ocupado.

—Háblame de Julie Montgomery. Es tu novia, ¿verdad?

Volvió la sonrisa de suficiencia.

—Una de ellas, sí. ¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa que puedas decirme para ayudarnos a averiguar quién se la llevó y mató a su madre.

Se encogió de hombros, luego sacó un cigarrillo electrónico y le dio una calada rápida que iluminó su punta de azul eléctrico, sin preocuparse lo más mínimo de que sus padres pudieran verlo. Un aroma dulzón a canela y vainilla llenó el aire antes de que una ráfaga de viento lo disipara.

—Era callada y retraída; no hablaba mucho. Y una frígida. Para mí no era una gran pérdida si se mudaba.

—¿Si se mudaba a dónde?

—A San Francisco. —Frunció los labios, visiblemente molesto por algo. Elliot esperó. Brent tenía la mecha corta; tarde o temprano explotaría—. Esa noche, el lunes, su madre iba a llevárselas a todas a San Francisco, para empezar una nueva vida o algo así. Y Julie no era muy lista. Siempre estaba quejándose, con el corazón roto por tener que marcharse, como si alguien de verdad **quisiera** vivir en este agujero de mierda de ciudad.

—¿Por qué en pasado?

—¿Eh?

—Has hablado de Julie en pasado. —La paciencia de Elliot se estaba agotando. No entendía por qué alguien querría salir con ese chico—. ¿Por qué?

—¿Qué, de verdad crees que va a volver? ¿En serio? ¿No ves **Mentes Criminales**, o algo así, para enterarte de estas cosas? —se burló, y le dio la espalda a Elliot durante un largo momento. Otra nube de dulce vapor los envolvió un instante—. Esa chica está acabada, tío. Un tipo se lo está pasando en grande con ella, dándole todo lo que pueda aguantar. —Una sonrisa lujuriosa y ladeada floreció en su rostro e hizo que Elliot quisiera abofetearlo hasta dejarlo inconsciente—.

—¿Sabes por qué no quería mudarse a San Francisco?

—Se lo pregunté, pero no me aclaró nada, decía algo sobre que esto era su casa y alguna otra locura por el estilo. —Otra calada a su vaporizador—. Era una puta loca, lo reconozco. Salió a su madre. Que estaba más loca incluso.

—¿Cheryl?

—Cambiaba de novio como una perra en celo. Yo mismo me la habría pinchado —bajó la voz para susurrar—, no sé si entiendes a lo que me refiero. Las zorras estaban buenísimas, las dos.

—Háblame de los hombres con los que salía —preguntó Elliot entre dientes apretados.
—Julie y yo lo pasábamos en grande cuando su madre se tiraba al profesor de ciencias. Lo mirábamos en clase hasta que se sentía culpable y nos ponía sobresalientes. Era pan comido. Debía tener miedo de que se lo contáramos a su mujer o algo. —Miró a lo lejos, ahora envuelto por la oscuridad. La lluvia que se reflejaba en la luz del porche caía en un ángulo como si fueran meteoritos—. Sinceramente, si me hubiera puesto un notable, se lo habría soltado. —Se rio, encantado con su propia estupidez—. Pero nada, la querida Cheryl tuvo que dejar a ese tipo, y empezó a foll... —Elliot lo fulminó con la mirada—. Eh, a salir con alguien más.

—¿Sabes con quién?

—Julie dijo algo sobre que seguramente era un pariente lejano o algo así. Me pregunté si eso era siquiera legal, pero en realidad no eran parientes. Al menos, no de sangre. —Volvió a fumar del cigarrillo, revolviendo el estómago vacío de Elliot—. Por supuesto, ese tipo también estaba casado por lo que me enteré. La difunta señora Coleman no era muy inteligente. —Se rio en voz baja, una risa fría y despiadada que heló la sangre de Elliot—. O tal vez los quería así, para tener algo de emoción en su mierda de vida.

—¿Estaba Cheryl huyendo de ese hombre o de su mujer?

Brent se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y subió un pie descalzo a una silla amarilla.

—Ni idea. Todo lo que sabía era que Julie no quería salir de este agujero y mudarse a algún sitio guay, como San Francisco, lo que la convierte en una completa idiota. Esto es Mount Chester, en medio de la nada. ¿Hola? —Hizo un gesto dramático, extendiendo los brazos como si llamara a una multitud invisible—. ¿Qué cojones dices?

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Julie?

—El lunes por la noche, cuando la llevé a casa después del cine. Llovía más que ahora, si es que eso es posible. —Ni un rastro de vacilación antes de responder—. Estuvo llorando todo el maldito rato, como si yo la fuera a consolar. Solo quiero pasármelo bien, tío. Por eso pagué la película, la cena y toda esa mierda. Ya sabes a qué me refiero. —Le dio un codazo en las costillas a Elliot con una risa baja y cargada—. Quería llegar hasta el final esa noche. En cambio, ¿qué obtuve? El maldito llanto y todo tipo de tonterías sobre sentirse culpable, sobre lo que había hecho. Tal vez se escapó, quién cojones sabe.

Brent Barcenás le provocaba escalofríos, pero quizá estaba en lo cierto. ¿Había hecho Julie algo que trajera terribles consecuencias?

—¿Dijo lo que había hecho? ¿De qué se sentía culpable?

El chico se encogió de hombros, sus anchos hombros estiraron la tela de su camiseta. Era de color negro con una impresión en blanco y marrón que decía: «Mi don de gentes está genial. Es mi tolerancia a los idiotas lo que necesita trabajarse».

—Ni idea —se burló de nuevo, y volvió a meterse las manos en los bolsillos. Descalzo bajo aquella fría lluvia, debía estar helado, pero era demasiado orgulloso para admitirlo. Los dedos de sus pies se habían vuelto de un blanco azulado—. ¿Qué, crees que me importaba? Que le den, tío. —Se alejó de Elliot, como si su proximidad le enfureciera—. No tengo tiempo que perder. —Sacó su móvil y buscó con él—. Hay muchas más como Julie, y algunas están dispuestas a hacer feliz a este compañero. —Se palmeó la entrepierna y luego guiñó un ojo a Elliot—. ¿Algo más? Me estoy perdiendo mi programa favorito.

—No, es suficiente, gracias. —Le entregó una tarjeta—. En caso de que recuerdes algo

más.

El chico se la metió en el bolsillo trasero de los vaqueros y entró, cerrando la puerta tras de sí sin decir nada. Por su actitud, a sus casi dieciocho años, Elliot no le daba más de cinco años antes de acabar llevando sus esposas, o las de algún otro policía. La pregunta que quedaba era: ¿por qué delito? ¿Era Brent Barcenás un asesino? Eso era muy improbable; era un perro ladrador poco mordedor. Pero era un inútil, que nació como una persona deplorable y creció siéndolo aún más. En el futuro, ¿podría convertirse en un violador, un acosador o un maltratador? Tal vez. Parecía tener la combinación adecuada de genes y educación para ello, a menos que sus padres despertaran de repente y pusieran algo de sentido común y algunos valores fundamentales en el joven.

Corriendo bajo la lluvia hacia su todoterreno, Elliot se preguntó qué habría dicho Kay de Brent. Pensar en ella le arrancó una sonrisa que permaneció un rato en sus labios, incluso mientras arrancaba el motor y repasaba la lista de nombres que aparecían en el centro multimedia de coche hasta encontrar el que buscaba, un antiguo colega suyo de la oficina del sheriff de Austin, Texas.

El hombre no contestó, pero Elliot le dejó un mensaje de voz.

—Oye, colega, necesito que me hagas un favor, y lo necesito más rápido que los cotilleos de pueblo. ¿Puedes localizar a algún universitario de California que pudiera haber estado en el equipo de **lacrosse** los Vipers, de Austin?

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Los Guerrero

Seguía lloviendo cuando Kay llegó a la residencia Guerrero. Tras unas horas de relativo silencio, los truenos retumbaron de nuevo en el valle, enviando ecos amortiguados contra las colinas mientras los relámpagos iluminaban los oscuros cielos en cegadores destellos de luz.

Los Guerrero vivían lejos de la autopista, en su viejo rancho arrellanado contra la ladera, el único al norte de la sinuosa carretera. Kay había cruzado varios puentes pequeños en su camino desde la interestatal, un par de ellos apenas unos centímetros por encima del río crecido, los primeros en ceder si continuaban las crecidas repentinas. El huracán Edward debía ser la tormenta más lenta de la historia, con sus bandas de lluvia renovándose sin cesar su carga de agua sobre el Pacífico mientras la tormenta de casi setecientos kilómetros de ancho giraba y giraba, lenta y amenazadoramente.

Miró la hora antes de llamar al timbre. Se estaba haciendo tarde, pero las luces del salón seguían encendidas y podía oír la televisión, que emitía a todo volumen los comentarios en español de un partido de fútbol.

Una mujer de unos cuarenta años abrió la puerta, pasándose con rapidez la mano por el pelo y la ropa, como si quisiera comprobar si estaba lo bastante presentable para recibir invitados. Tenía los ojos amables con ojeras y el pelo largo, liso y negro, sujeto por una diadema que daba la ilusión de estar trenzada.

—¿Sí? —dijo, pareciendo dispuesta a volver corriendo al interior para ponerse a salvo, como si se hubiera sobresaltado por la presencia de Kay.

Ella le mostró su placa.

—Detective Kay Sharp, de la oficina del sheriff. ¿Es usted la señora Guerrero? —La mujer asintió—. Me pregunto si podría hacerle un par de preguntas.

Ella se hizo a un lado, dejándola entrar.

A diferencia de los Costin, los Guerrero eran una familia numerosa, tres generaciones compartían el hogar. La mesa del comedor era grande, con ocho sillas a su alrededor, una de ellas con un plato intacto colocado delante, mientras que el resto habían sido probados. Una preadolescente estaba limpiando la mesa, llevando solo unos pocos platos sucios a la vez, con cuidado de no dejarlos caer, y luego raspando los restos y enjuagándolos en el fregadero antes de cargarlos en el lavavajillas. El aire olía a guacamole, fajitas y especias que hacían la boca agua.

—**Isela, ¿quién es?** —preguntó en español un hombre mayor. Estaba sentado frente al televisor en un sillón reclinable, cuyos brazos tenían el tejido desgastado.

—**Es policía, papá** —respondió en el mismo idioma, y luego sonrió disculpándose—. Mi padre no habla muy bien inglés.

El hombre saltó de su asiento como si aún tuviera veinte años y se acercó a Kay con paso decidido.

—¿Ha encontrado a nuestra Estefanía? —Parecía que le costaba articular incluso las palabras más sencillas.

—No, me temo que no, pero estamos investigando nuevas pruebas. —Tuvo un **déjà vu**.

Era como si volviera a hablar con los Costin, destrozando las mismas esperanzas, avivando los mismos miedos, alimentando las mismas lágrimas. Solo que había más personas a las que decepcionar.

—Siempre le ponemos el plato en la mesa —dijo Isela, viendo a dónde se desviaban los ojos de Kay—. Quizá algún día nuestras plegarias sean escuchadas y vuelva a cenar con nosotros. —Se limpió el rabillo del ojo con el delantal.

—¿Qué nuevas pruebas? —preguntó otro hombre, seguramente el padre de Estefanía, Mauricio. Había estado de pie en el pasillo, como congelado por la aparición de Kay. Ahora se acercaba despacio, nervioso, con la mirada huidiza como la de un ciervo temeroso en el punto de mira del cazador, listo para huir al menor susurro de las hojas. Agarró la mano de Kay entre las suyas—. ¿Cree que volveré a ver a mi pequeña?

Kay se dio cuenta de que no le tenía miedo; estaba ansioso ante la idea de recibir malas noticias, de tener que soportar el peor dolor que un padre puede vivir.

El grifo del fregadero fue cerrado y un gran silencio llenó la habitación. La chica se había quedado quieta, sosteniendo un plato en el aire entre el fregadero y el lavavajillas, escuchando con la boca abierta.

Kay bajó los ojos durante un breve instante.

—No tenemos forma de saberlo, señor Guerrero, pero lo hacemos lo mejor que podemos.

Le soltó la mano y el hombre pareció envejecer diez años en un segundo. Su espalda se encorvó y sus brazos cayeron flácidos junto a su delgado cuerpo. Sus ojos se perdieron en la nada mientras su barbilla temblaba ligeramente.

—¿Qué necesita saber? —Su voz estaba llena de una tristeza indescriptible.

—Cuénteme todo lo que recuerde de ese día.

—¿Todo lo que recuerde? —se burló con amargura—. Nunca olvidaré un solo momento de ese día maldito. —Juntó las manos y se las retorció con fuerza—. Estábamos esperando a que Estefanía volviera del trabajo. Había terminado la escuela ese año. Martínez, un amigo nuestro, le dio trabajo de camarera en su restaurante. Era feliz, ahorra dinero para la universidad, estaba orgullosa de ser mayor y de tener su primer trabajo de verdad. —Lloriqueó y apartó la cara de Kay durante un breve instante—. Un día no volvió a casa. **Ese** día. —Se llevó el antebrazo a la boca, como si quisiera ahogar un sollozo. Isela se había acercado más y le tocó el hombro a su marido mientras se escondía detrás de él, como si Kay fuera amenazadora, peligrosa—. **El día en que Dios nos abandonó.** El día en que nuestro Señor se alejó de nosotros.

—**Sí, sí** —dijo el anciano, y luego se persignó rápidamente.

—Desapareció cuando volvía de la cafetería. El sábado pasado hizo tres años —continuó Mauricio—. Mi pequeña tenía diecinueve años. Ahora tiene veintidós —añadió, con los ojos encendidos por una fe feroz que alimentaba su esperanza de que volviera—. Tres años —sollozó, y se tapó la boca con manos temblorosas—. **Ay, Dios mío.**

Kay había leído las notas del caso, pero buscaba algo más, las cosas que normalmente no se documentan en registros e informes. Emociones, percepciones, cotilleos, la visión retrospectiva que rara vez se equivoca.

—¿Qué pensaron en ese momento? ¿Sospechaban de alguien? ¿Alguna idea de quién habría querido hacer daño a su hija?

Mauricio se quedó mirando los arañazos del suelo.

—Preguntamos a todo el mundo, llamamos a todas las puertas. Imprimí folletos en mi

oficina y los puse en todos los árboles entre aquí y el restaurante. Martínez aún tiene el folleto colgado en su pared.

—¿Alguien vio algo?

Sacudió la cabeza, derrotado.

—Era como si hubiéramos enfadado a Dios de alguna manera. Llovió tanto ese día que...

Kay dejó de escuchar, se quedó petrificada. ¿Lluvia otra vez? No prestó mucha atención cuando los Costin habían mencionado la lluvia; en otoño era bastante habitual en Mount Chester antes de que se convirtiera en nieve y cubriera las montañas de un perfecto blanco que relucía como diamantes, la clase de nieve por la que esquiadores de todo el mundo viajaban allí para disfrutar. ¿Qué probabilidades había de que se produjera otro secuestro bajo la lluvia? La costa del norte de California es famosa por su sequía, que rara vez suma más de diez días húmedos al año, pero estos siempre se producen en otoño, impulsados por los restos de los huracanes, durante lo que los lugareños llaman la estación de las lluvias.

—Lo siento mucho, señor Guerrero, por favor, ¿puede repetirlo? ¿Decía que ese día llovía mucho?

—Igual que ahora, o incluso peor —dijo.

—Peor —intervino Isela—. Recuerdo que temíamos que las inundaciones que bajaban de la montaña se llevaran nuestra casa.

¿Era la lluvia una contramedida forense para el sudes? ¿Esperaba a propósito a que lloviera para cebarse con las víctimas, sabiendo que los testigos verían muy poco desde debajo de los paraguas, concentrados en el difícil tráfico, o simplemente quedándose dentro de sus hogares, tras las cortinas cerradas? ¿Podría ser parte de su **modus operandi**? Frunció el ceño, considerando las implicaciones y sus próximos pasos. Tenía que comprobarlo y asegurarse de que no se trataba de una casualidad, pero, si otros secuestros también se habían producido durante fuertes tormentas, tenía que considerar la lluvia como un elemento crítico del perfil. De algún modo, el tiempo parecía desempeñar un papel importante en su precisa ejecución. No solo esperaba pacientemente a que hiciera el tiempo preciso —si es que era el caso—, sino que tenía el suficiente autocontrol sobre sus impulsos asesinos para esperar a que se dieran las circunstancias adecuadas —fuera de su control— y aprovechar las oportunidades en el momento en que se presentaban. La aparente falta de control del sudes sobre las circunstancias de cada secuestro no apoyaba la hipótesis de que fuera un sádico de poder; el sádico de poder es, por definición, un fanático del control extremo. Todos los hechos, aunque algunos aún necesitaban comprobación, apuntaban hacia el perfil impulsado por la misión, por mucho que ella creyera que no encajaba del todo.

Kay entregó a Isela y al señor Guerrero una tarjeta de contacto a cada uno.

—En caso de que recuerden algo más, les agradecería una llamada. —Dio las gracias a los Guerrero, se marchó y se puso con rapidez tras el volante de su coche. Con el motor en marcha y con aire cálido y seco chocando contra las ventanillas empañadas, escribió un mensaje a Elliot: «**Nos vemos para cenar en Hilltop**». Entonces se puso en marcha, ansiosa por llegar allí y seguir investigando, esta vez sobre las pautas meteorológicas.

Antes de que pudiera despegarse de la acera, un timbre llamó su atención, apenas perceptible por encima de la hipnótica cadencia de los limpiaparabrisas. Un mensaje de

Elliot que decía simplemente: «De ***camino***».

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Ritual

Recordó su primer sacrificio, el que le había arrancado el corazón del pecho, el que Madre había elegido para sí, a pesar de su compromiso de poner a sus pies una vida pura e inocente, digna de ella con cada fibra de su prístino cuerpo.

Aún recordaba cómo entonces su ira le causaba pavor, igual que ahora. La temía tanto como la admiraba, conociendo su dolor; sus heridas abiertas podían arruinarlo todo, tragárselo todo, enterrarlo vivo.

Al igual que ese día, la lluvia había agrietado profundamente la carne de Madre, con la tierra cayendo, arrastrada cuesta abajo por riadas repentinas, llevándose vidas con ellos, personas, **niños**, tragados por las aguas inquietas y violentas para nunca volver a ser vistos, mientras la naturaleza gritaba a su alrededor en truenos y rugidos de vientos enloquecidos.

Se había esforzado por comprender la voluntad de Madre, por leer sus pensamientos, pero había fracasado, pasando día y noche intentándolo, pero sin conseguirlo nunca. Le había suplicado que le facilitara la ofrenda para obedecerla, para darle lo que necesitaba para curarse, pero sus plegarias habían sido desoídas.

Hasta que ella llegó y Madre la tomó, señalando con el dedo al amor de su vida y eligiéndola como su debido sacrificio por encima de todas las demás, igual que él había elegido a la misma mujer por encima de todas las demás para tenerla y abrazarla.

Recordó cómo no podía creer lo que estaba sucediendo, su fuerza de voluntad sometida por Madre sin esfuerzo. Era tan hermosa, tan feliz... el orgullo de su vida. Pero luego desapareció. Al llevársela, Madre se aseguró de que nunca fuera olvidada, de que su vida tuviera un sentido, un sentido digno con el que la mayoría de la gente solo sueña.

La había convertido en inmortal, descansando para siempre en el seno de Madre, en expiación por los pecados humanos contra la naturaleza.

Ahora, solo unas horas antes del nuevo sacrificio, se sentía lleno de energía, ansioso por experimentar la gratitud de Madre. Una vez aceptada la ofrenda, sus heridas sanarían y el sol volvería a brillar. Sonreiría una vez más a su hijo, el único que de verdad la comprendía, como había hecho tantas veces en el pasado. Y esa sonrisa haría que todo valiera la pena.

Su mente vagó por los muchos sacrificados que había realizado a lo largo de los tiempos, cada vez más dolorosos y aterradores, pero ninguno tan agonizante como ese. Todo dependía de lo que ocurriera al día siguiente a mediodía. Esta vez, el ritual debía ejecutarse a la perfección.

Estaba preparado.

CAPÍTULO CUARENTA

Cena

Kay no podía creer que había llegado a tener una mesa favorita en el Hilltop Bar and Grill. En el año transcurrido desde que había regresado a Mount Chester, había construido muchos recuerdos entrañables en aquel lugar, la mayoría de ellos relacionados con el trabajo, o eso le gustaba pensar cuando evitaba reconocer que todos habían girado en torno a su compañero.

Elliot. La razón por la que sonrió mientras entraba en el viejo bar y se dirigía a su mesa favorita, contenta de ver que estaba vacía. Aquella noche no había más agentes del sheriff; todos estaban trabajando sin descanso para mantener a salvo las traicioneras carreteras y ayudar a la gente a huir de sus casas, amenazadas por corrimientos de tierra durante la que tuvo que ser una de las peores tormentas de la década.

También sintió una sensación de anticipación, de excitación, ansiosa por confirmar su teoría de que los crímenes del sudes tenían alguna correlación con el tiempo. Sería el primer indicio real de quién era ese hombre, el primer rasgo discernible de su perfil. Y casi siempre empezaba así, con un único rasgo que definía quién era el sudes, por qué mataba o secuestraba, qué alimentaba sus impulsos.

Kay dejó su portátil sobre la hortera mesa, apartando el portamenús, el dispensador de servilletas y el salero. Lo encendió, golpeando el suelo con el tacón con impaciencia, mientras sus ojos recorrían las paredes manchadas de humo, cubiertas de viejas fotos colgadas en marcos baratos o simplemente pegadas sin marco, unas junto a otras. Era como si estuviera repasando una historia ilustrada de Mount Chester. Bodas, cumpleaños, caras felices sonrientes, pero también fotos del alcalde y de varios de los sheriffs, actuales y pasados. Cazadores y sus perros, esquiadores y sus trofeos, incluso un equipo de carreras de trineos tirados por perros. Casi como un álbum familiar, porque, en definitiva, eso es lo que era el pueblo de Mount Chester: una familia.

Y alguien se llevaba a sus hijas.

Tecleó con rapidez y realizó una búsqueda en internet de datos meteorológicos históricos; enseguida descubrió que Weather Underground había mantenido registros impecables de las lecturas de sus estaciones meteorológicas. Accedió al servicio y eligió la estación meteorológica de Redding. No había ninguna para Mount Chester, pero Redding estaba lo bastante cerca, a unos pocos kilómetros.

Pasando rápidamente del informe a los datos meteorológicos, empezó a comprobar las fechas de los secuestros, uno a uno, los cuarenta y tres nombres de la lista. Y, uno a uno, los datos confirmaban su teoría: con cada nombre se le helaba un poco más la sangre y se le ponía la piel de gallina.

—¿Qué quieres tomar, cariño?

Consiguió sonreír a la camarera, que la conocía por su nombre, pero seguía utilizando ese término tan amable con todas sus clientas.

—Unas galletitas saladas y un agua con gas. Estoy esperando...

—¿A ese guapísimo vaquero tuyo? —Se rio con familiaridad infantil y le guiñó un ojo, dándole una palmada en el hombro—. Bajo mi humilde opinión, no sé a qué esperas.

Kay sonrió, un poco inquieta, con los ojos clavados en la pantalla del ordenador. La camarera captó la indirecta y se marchó. Momentos después, un cuenco de galletas saladas y un vaso de agua con gas aparecieron sobre la mesa.

—Aquí tienes, cariño. Que lo disfrutes.

—Gracias.

Comió distraídamente mientras repasaba toda la lista, comprobando el tiempo, los centímetros cúbicos de lluvia que había llovido en la región la semana anterior y, en concreto, el día en que habían raptado a Julie.

Cada vez que habían secuestrado a una primogénita, había llovido mucho, fuertes chaparrones que dejaban caer varios centímetros cúbicos en intervalos de veinticuatro horas. Aunque eso significara que el sudes tuviera que esperar tres años hasta su siguiente oportunidad, llegando hasta 1984.

Su entusiasmo se marchitó cuando el archivo de datos meteorológicos en línea le mostró un «***Sin datos registrados***» para todos los años anteriores a 1973. No había muchos secuestros más antiguos a ese; solo unos pocos. Tras encontrar el número de teléfono de la sede central, llamó y explicó lo que buscaba.

—Eso es porque esos archivos aún no se han digitalizado, detective —explicó el meteorólogo de turno en un agradable barítono—. O quizá la estación meteorológica de Redding no se construyó hasta 1973; podemos averiguarlo si lo desea. Pero, si me da las fechas que busca, puedo sacar los datos de los archivos en papel y llamarla.

—Perfecto, gracias. —Desplazándose por los últimos nombres, leyó las fechas una a una, mientras una pregunta insistente la acosaba. ¿Y si los registros meteorológicos no fueran los únicos que no se hubieran digitalizado antes de determinadas fechas? ¿Y si los secuestros de primogénitas se remontaran a más de cincuenta y siete años?

Leyó la fecha del último nombre de la lista y se quedó helada.

—Le llamo más tarde. —Y colgó, mirando el nombre en la pantalla. ¿Cómo no se había dado cuenta?

El nombre de mayor edad en el informe de casos abiertos era Anna Montgomery, de veintitrés años.

El sudes ya había cogido a una chica Montgomery antes.

—Hola —oyó la voz de Elliot, y su sangre helada volvió a correr por sus venas.

Levantó la vista y sonrió sin darse cuenta. Luego frunció un poco el ceño, dolorosamente cohibida. Él se las había arreglado para pasar por su casa, darse una ducha y ponerse ropa limpia, y ahora olía a champú, a gel y loción para después del afeitado, mientras que ella apestaba a ropa usada y pasada por la lluvia que se había secado repetidamente por el calor corporal. Incluso su sombrero era nuevo, uno marrón oscuro que ella nunca había visto antes. Los vaqueros encalados y la camisa de cuadros azules le combinaban a la perfección, resaltando el azul de sus ojos.

La camarera se presentó en la mesa antes de que él pudiera sentarse, con un bloc de notas en la mano y una amplia y tentadora sonrisa en los labios. Elliot se quitó el sombrero y lo dejó en una silla, luego cogió la que estaba enfrente de Kay para él.

—Necesitaremos un momento —dijo Elliot, y la camarera desapareció—. Veo que estás enterrada en el trabajo. ¿Has encontrado algo interesante?

Kay se tomó medio segundo antes de responder, aferrándose a la imagen de su sonriente compañero antes de sumergirse en el abismo de las mentes de los asesinos en serie.

—Sí —respondió entonces, consciente de que su voz estaba teñida de matices de arrepentimiento. Deseó poder tomarse su tiempo y disfrutar de la cena, olvidándose del sudor como ya se había olvidado de su ropa maloliente y de su pelo estropeado. Pero Julie seguía ahí fuera, en algún lugar de aquella húmeda oscuridad, y cada segundo importaba—. Cada vez que se ha llevado a una chica, ha llovido. Lluvia torrencial, como si el mundo se acabara con el arca de Noé y el diluvio universal.

—¿Qué? —exclamó—. No hubiera caído en eso.

—Hay más. Su primera víctima, bueno, la primera que tenemos archivada, también era una Montgomery, Anna Montgomery. —Se metió una galleta en la boca y la masticó; el crujido salado la satisfizo profundamente, eran adictivas—. Resulta que era la mujer de Avery. Fue él quien denunció su desaparición, hace cincuenta y siete años.

—¿Qué quieres decir con la primera que tenemos archivada?

—¿Y si hubiera más, anteriores a la digitalización de los registros?

—Ya lo pillo... —Con el rostro arrugado, cogió el menú plastificado que ambos se sabían de memoria—. ¿La mujer de Avery? ¿Cuántas probabilidades puede haber?

—Ninguna. Tenemos que poner a esa familia en el punto de mira. —Hizo una seña a la camarera y esta se acercó, radiante—. Quiero una hamburguesa Hilltop, con todo menos cebolla, y patatas fritas dobles. —Necesitaba que sus arterias estallaran para alimentar su cuerpo. Las horas siguientes iban a ser críticas.

—Yo quiero lo mismo —dijo Elliot, abandonando el menú en su lugar habitual, el soporte de hierro forjado que Kay había apartado a un lado para hacer sitio a su portátil.

—¿Cómo te fue con Brent? —preguntó Kay en cuanto la camarera desapareció del alcance de sus oídos.

—Oh, tenemos un buen ciudadano en ciernes en ese joven —respondió.

Se rio.

—¿Tan malo es?

—Peor. Me preguntaba qué pensarías de él. —El fuego recorrió su sangre al oír que había estado pensando en ella—. Pero no es nuestro perpetrador. Es un bocazas sin valores. Un día volverá a cruzarse en nuestro camino, ya verás.

—¿Te dijo algo útil? ¿O solo te mostró un atisbo de su encantadora personalidad?

Elliot negó con la cabeza.

—Nada que no supiéramos ya. —Cogió una galletita del cuenco, pero su mano se detuvo en el aire—. Bueno, tal vez sí. Julie estaba muy disgustada por algo, se sentía culpable y todo eso, y desde luego no le entusiasmaba la idea de irse de la ciudad. Se iban a San Francisco, se mudaban allí, según Brent. Nada de lo que dijo ese pequeño asqueroso apuntaba a que Julie y su madre huyeran **de** algo.

—Qué raro —dijo Kay, ensimismada.

La camarera les puso la comida delante, llenando el aire de deliciosos olores a **bacon** chisporroteante, queso suizo fundido y patatas fritas saladas.

—Que aproveche —dijo, y se alejó contoneando las caderas.

—¿Qué piensas? —preguntó con humor—. No se me ocurre nada que no sea extraño en este caso.

—Pues que, en el momento de la cita de Julie con Brent, Cheryl ya había disparado a tu John Doe. Sin embargo, no dijo nada al respecto, sino que parecía culparse a sí misma. Por qué, no lo sabemos. —Cogió una patata frita y la masticó con avidez. Habría tomado más, pero aún estaban demasiado calientes—. Imagina esto, una adolescente que es

testigo, al menos indirectamente, de cómo su madre dispara a un hombre en su casa. Sin embargo, dos días más tarde, tiene una cita y acude a ella, aunque está triste y llorando. ¿Qué demonios nos estamos perdiendo?

Elliot le dio un buen mordisco a la hamburguesa y sus ojos semicerrados se iluminaron de satisfacción al morderla con sus perfectos dientes blancos.

—Por lo que dijo Brent, lloraba porque no quería irse de aquí.

Eso no tenía ningún sentido. Su madre había disparado a alguien, ¿y su mayor preocupación era mudarse?

El encanto de la cena compartida se desvaneció, como si la oscuridad del caso los engullera. Siempre fuertes lluvias. Una superstición, con décadas de antigüedad o quizá más, demostrada por la historia estadística de los casos. Y una víctima cuya familia parecía estar involucrada de más de una manera. Una familia que no se molestó en preguntar por Julie, como si fuera una conclusión inevitable. Y la primera niña secuestrada hacía cincuenta y siete años, Anna Montgomery, primogénita también y que era miembro de la familia.

Kay le dio un mordisco a su hamburguesa, ya sin apetito, solo para darse cuenta de que había perdido el sabor. Las patatas fritas también le parecieron sosas; se tragó las pocas que se había metido en la boca con un buen trago de agua con gas y apartó el plato.

—Esa familia tiene todas las respuestas, Elliot —dijo ella, mirándolo por primera vez desde que había llegado, temerosa de ver el fuego en sus ojos, temerosa de lo que le hacía a ella—. Ahí es donde tenemos que buscar. —Comprobó su reloj; eran casi las diez y media, quedaban unas largas horas hasta que pudiera volver a interrogar a los Montgomery. Otra noche para que Heather y Erin durmieran en condiciones improvisadas. Otra larga noche para Julie en cautiverio, si es que seguía viva.

Elliot pidió la cuenta con un gesto de la mano justo cuando sonaron los móviles de ambos. Kay sacó el suyo y encontró un mensaje del doctor Whitmore que decía:

«John Doe tiene 12,5 cM en común con la chica desaparecida, Julie, pero ninguno con la madre. Eso significa que su tío abuelo paterno. Basándome en eso, saqué los registros del DVM. El nombre de John Doe es Dan Montgomery».

El mensaje terminaba con el emoji de los dedos cruzados.

—Ah, Montgomery otra vez —dijo Kay, intrigada—. ¿Sabes quién es? El marido de Marleen. —Se preguntó cómo encajaría esa pieza del rompecabezas en el panorama general, qué nuevos ángulos presentaría.

—¿Qué diablos es un cM? —preguntó Elliot con una tímida sonrisa, rascándose las raíces del pelo.

Kay sonrió ampliamente. Parecía avergonzado, como un colegial al que pillan sin los deberes hechos, cuando no debería. El término pertenecía al glosario de especialidades del médico forense.

—Centimorgan. Es una unidad para medir el enlace genético. Se define como la distancia entre los marcadores cromosómicos...

Elliot levantó la mano para detenerla y luego la agitó por encima de su cabeza con un silbido tranquilo, como si quisiera dar a entender que la información le sobrepasaba.

—Vale, lo he entendido, gracias. —Su sonrisa se ensanchó mientras las comisuras de sus ojos se suavizaban, conmovidas. La chispa que había notado antes en su azul infinito

había reaparecido cuando él la había mirado. Su mirada se desvió hacia los lados mientras su rostro se sonrojaba.

Sin dejar de evitar sus ojos, ella se puso en pie.

—Ahora que John Doe tiene un nombre, tenemos que averiguar más sobre esta familia y cómo están involucrados.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Orden judicial

Las primeras luces del alba despertaron a Kay y encontró a Heather durmiendo acurrucada con la espalda pegada a su cuerpo. Durante las tres horas que había dormido, la niña debió arrastrarse hacia ella, encontrando calor y comodidad cerca a su lado, aunque eso significara dormir en los duros bordes de los catres unidos. Por alguna razón, sentir a la niña agitándose contra su cuerpo en su sueño inquieto despertó sentimientos en su interior, anhelos que nunca supo que tenía.

Con tanta suavidad como pudo, se levantó, apartándose con lentitud para no despertarla, y luego cubrió su cuerpo con mullida la manta del Rey León que le habían prestado en casa de los Farrell. Heather se despertó de todos modos. Abrió los ojos y miró a Kay a través de una bruma de sueño.

—Hola —susurró, la primera palabra que pronunciaba fuera de la hipnosis desde que habían matado a su madre. A Kay se le hinchó el corazón. Le colocó la almohada y le acarició el pelo.

—Duerme un poco más, ¿de acuerdo? Traeré algo de comer y volveré pronto —susurró, pero la niña ya estaba dormida.

Se fijó en Erin, que descansaba apretada con el pulgar en la boca, y luego salió de puntillas de la habitación, solo para toparse con el sheriff Logan en el oscuro pasillo.

Se sobresaltó.

—Oh, buenos días —murmuró, deseando haber tenido tiempo de cepillarse el pelo y enjuagarse la boca.

—Tal vez para usted, detective —respondió sombríamente. Olía a loción para el afeitado, pero no parecía que hubiera descansado más de un par de horas. A juzgar por las arrugas de su camisa, esas horas podrían haber sido en su coche de servicio y el afeitado, utilizando una maquinilla eléctrica alimentada por el enchufe del encendedor del mismo vehículo.

No necesitaba preguntar por qué; era el quinto día desde que se habían llevado a Julie, el sexto desde que había empezado la tormenta, el tercero desde el primer corrimiento de tierras que había causado pérdidas de vidas humanas. Cuando conducía, en la radio solo oía hablar de las muertes causadas por las condiciones meteorológicas y de la desaparición de Julie, salpicadas con algún comentario irónico de los locutores, que se preguntaban qué estaba haciendo la policía y por qué aún no había respuestas.

—¿Qué ocurre? —preguntó en su lugar, con recelo.

—La tía está aquí de nuevo, esta vez con una orden judicial. Voy a dejar que se lleve a las niñas. —Dio un paso más hacia la puerta de la sala de descanso, pero ella se interpuso firmemente en su camino.

—No me importa esa orden judicial, sheriff —dijo, pero enseguida dulcificó el tono, al ver cómo se le alzaban las cejas a su jefe—. Todas las pruebas conducen a que la familia está implicada, y ningún juez, sabiendo lo que sé ahora, habría firmado esa orden.

Logan apoyó las manos en las caderas con un gemido de frustración.

—¿Y por qué no sé lo que sabes ahora? —Su tono era amenazador, impaciente. Debió

percibir su tardanza en informarle como intencionada, tal vez incluso maliciosa.

—Porque me enteré de estos hechos anoche, cuando ya se había ido.

—¿Y?

—A riesgo de sonar a la defensiva, me dijo que nunca le soltara bombas por correo electrónico. Pensaba hablar con usted hoy, en persona.

Cruzó los brazos sobre el pecho, todavía con el ceño fruncido.

—Te escucho.

Tomó una larga bocanada de aire, tranquilizándose. No era lugar para emociones y nervios a flor de piel.

—En primer lugar, John Doe es el marido de Marleen —dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia la entrada, donde podía ver la silueta de la mujer a lo lejos, caminando de un lado a otro sin descanso—. No tuve tiempo de avisar a los familiares. Cuando supimos su identidad, era casi medianoche. —El rostro de Logan se arrugó ligeramente—. Pero eso no es todo.

—¿Qué más? Aún no veo esa bomba, detective.

—Piénselo. Tenía una aventura con Cheryl, la cual acabó disparándole. Le digo que esta familia está involucrada de alguna manera.

—No veo ninguna prueba de ello, solo circunstancias. —Dejó de hablar un instante y apretó los labios—. No podemos ignorar la orden judicial, Kay. Se las lleva con ella; no podemos hacer nada.

—Están involucrados en el secuestro, jefe. No podemos dejar que se lleven a estas niñas.

—Dijiste que era un caso de asesino en serie, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Quieres decir que los Montgomery están implicados en cuarenta y tres casos de secuestro?

Ahogó un suspiro.

—No sé si cuarenta y tres en este momento, pero sé que están involucrados en este.

—Pero ¿no dijiste...?

—Sí, dije que es un asesino en serie, y tengo más pruebas que apuntan en esa dirección, pero...

—¿Qué pruebas? —Sus manos volvieron a encontrar sus caderas y dio otro paso, más cerca de ella, como dispuesto a abrirse paso a la fuerza.

—Todos los secuestros ocurrieron durante temporales como este.

Aquel argumento final debió dar en el clavo, porque sus hombros bajaron un poco y se hizo a un lado, dejando espacio para que ella pasara por el estrecho pasillo.

—Muy bien, caliéntala un poco más. Supongo que eso es lo que quieres hacer.

—Y algo más —respondió ella, incapaz de contener una sonrisa.

Con Erin durmiendo en la sala de descanso con su hermana, y la temprana hora del día sin sospechosos bajo custodia, la sala de interrogatorios principal estaba abierta, y allí fue a donde llevó a Marleen Montgomery. La mujer parecía cabreada, caminaba con la barbilla levantada y la espalda recta, agitando la orden judicial en su mano enguantada como si fuera un abanico.

Llevaba otro pañuelo, esta vez uno con un de flores con estampado oriental en tonos burdeos, dorado y azul oscuro, ceñido al cuello y anudado como si al soltarse pudiera ocurrir algo terrible. Los colores del pañuelo combinaban armoniosamente con el

elegante traje azul oscuro, y sus finos guantes de cabritilla burdeos, con su bolso y sus zapatos de salón.

Kay la invitó a pasar a la sala de interrogatorios y luego cerró la puerta.

—No veo por qué el retraso, detective —dijo levantando la voz—. Tengo una orden judicial...

—Por favor, siéntese —dijo Kay, tomando asiento frente a ella.

Vacilante, la mujer apartó la silla metálica de la mesa y la examinó con mirada crítica.

—¿Le importa si me quedo de pie? No estaré aquí mucho tiempo.

«**Eso ya lo veremos** —estuvo a punto de decir Kay en voz alta—. **Puede que quiera retenerte durante veinticinco años**».

—Como quiera —respondió ella.

Se colocó frente a Kay, sin moverse, sin flexionar una rodilla, simplemente erguida.

—¿De qué va esto?

—¿Dónde está su marido, señora Montgomery?

Ella frunció el ceño y una breve mirada de confusión nubló sus escrutadores ojos.

—De viaje de negocios. ¿Por?

—¿Qué clase de negocios?

—Habrá oído que nuestra familia tiene una empresa de construcción —contestó ella, con mucho sarcasmo en la voz—. Está visitando a los proveedores para los suministros del próximo año.

—Cuénteme más, por favor. ¿Qué proveedores, concretamente? ¿Y dónde?

Ella suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Mi marido y yo gestionamos la cadena de suministro de la empresa. Yo me encargo de los envíos, el papeleo y los pagos, pero él sale y elige el granito, los paneles de yeso, el suelo, etcétera. Insisto, ¿por qué lo pregunta?

De nuevo, Kay la ignoró. Marleen empezaba a inquietarse, como ella quería.

—¿A qué proveedores en concreto está de visitando esta vez?

La mirada de la mujer pasó de molesta a ser recelosa. Habló despacio, eligiendo sus palabras.

—La semana pasada visitó a un proveedor en Nuevo México para encimeras de granito. Luego se fue a Texas, para electrodomésticos y aparatos de iluminación, un distribuidor al por mayor. Finalmente, iba a ver un terreno al norte del condado de Marin; lo envió Avery. Quiere pujar por ese terreno y construir casas de media hectárea. —Se detuvo un momento, observando a Kay, como si quisiera decirle que había descubierto su juego—. Si quiere sus nombres, puedo proporcionárselos.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su marido?

Esa simple pregunta la desconcertó. Una nube de preocupación oscureció su mirada. Desvió rápidamente la vista, pero no lo bastante como para que Kay no viera el pánico escrito en ella.

—El fin de semana, supongo.

—¿No suelen hablar por teléfono cuando él no está?

Sin importarle ya el estado de los muebles, Marleen golpeó con su bolso de cuero la mesa doblada y manchada, justo al lado de la argolla para las esposas.

—¿Por qué le interesa, detective? —Las palabras salieron en un susurro amenazador.

—Siento mucho informarle, señora Montgomery, de que su marido fue asesinado a tiros el sábado pasado. —Había suavizado la voz; al fin y al cabo, seguía siendo una

mujer que recibía la peor noticia de su vida. A pesar de sus sospechas, Kay sintió empatía.

Sin habla y poniéndose pálida bajo su maquillaje cuidadosamente aplicado, Marleen apartó la silla de la mesa, cuyas patas chirriaron con un estrépito contra el suelo de cemento. Luego se dejó caer en ella. Sus ojos encontraron los de Kay mientras susurraba:

—¿Cómo?

—Seguimos investigándolo —respondió Kay con cautela. No era solo la mujer de una víctima; también era una sospechosa.

Las lágrimas empezaron a asomar a los ojos de la mujer, pero sus labios formaban una línea firme y enfadada.

—¿Por qué me lo dice ahora? Si no hubiera venido aquí con esto —golpeó con la palma de la mano la orden judicial—, ¿nunca me lo habría dicho?

—Lo siento, señora, pero no lo identificamos hasta anoche. Íbamos a ir a verla esta mañana, pero se nos ha adelantado. —Kay la estudió un momento. La pena, la conmoción y la rabia chocaban en el rostro de la mujer, turnándose para ganar, pero la rabia seguía llevando la delantera—. Me temo que hay más malas noticias.

La boca de la mujer se entreabrió, pero de ella no salió ningún sonido. Se estaba preparando.

—Tenemos razones para creer que su marido tenía una aventura con Cheryl Coleman.

—¿Qué? No, ¡no puedo creerlo! —reaccionó, aparentemente sorprendida por la idea.

—Dígame, señora Montgomery, ¿cómo mató a Cheryl? Porque ahora sabemos por qué.

La mujer se levantó con brusquedad, haciendo caer la silla hacia atrás, dispuesta a salir corriendo de allí como una exhalación. Dio unos pasos hacia la puerta y se quedó inmóvil.

—¿Qué me está preguntando? ¿Está trastornada o qué? Ya han comprobado mi coartada. Tal vez solo sea una vaga que busca acabar con esto usando la oportunidad más fácil.

Kay mantuvo la calma, estudiando sus reacciones. Seguía ocultando algo, aunque no lograba averiguar por qué. Pero no parecía mostrar culpa ni miedo cuando había mencionado la muerte de Cheryl, solo sorpresa.

—Hay formas en que la gente puede matar sin mancharse directamente las manos de sangre —replicó Kay, poniendo a prueba otra teoría. Quizá se había enterado de la aventura de su marido y había contratado a alguien para el asesinato, aunque Kay no creía que fuera una hipótesis viable, dada la desaparición de Julie y los testigos que había dejado. Ningún asesino a sueldo que se precie dejaría testigos.

Marleen sacudió la cabeza con tanta fuerza que el nudo de su pañuelo de seda se deshizo.

—No sé de qué me está hablando. Yo no tenía ni idea —se le quebró la voz— de que Dan tenía una aventura con... ella. —Un atisbo de resentimiento, de desprecio preexistente hacia la joven madre, se asomó. Unas lágrimas indeseadas inundaron sus ojos y comenzaron a recorrer su rostro. Se tapó la boca abierta con la mano enguantada—. Oh, Dios mío, no.

Kay le concedió unos instantes para recuperar la compostura. Pero la mujer se recompuso antes de lo esperado. En menos de un minuto tenía los ojos secos, los labios apretados y la cabeza erguida.

—Creo que hemos terminado aquí, ¿no?

—¿Qué ha hecho con Julie? —preguntó Kay, reclinándose en la silla y cruzando las piernas.

—¿Perdón? —Su reacción pareció genuina.

—Nunca han preguntado por ella, así que ya debe saber a qué me refiero. ¿Dónde está? Marleen volvió a sacudir la cabeza, solo una vez.

—No sé de qué me está hablando. Creo que es el momento...

—Hábleme de las últimas veinticuatro horas con su marido —la interrumpió Kay—. ¿Qué ocurrió? Paso a paso, cada detalle, por pequeño que sea.

La mujer suspiró y sopesó sus opciones. Probablemente estaba pensando en llamar a su abogado, pero eso le habría llevado algún tiempo, y parecía tener prisa por irse.

—Fue el viernes —acabó diciendo—. Nos despertamos a las cinco y media, como siempre. Nos duchamos, desayunamos, hizo la maleta y se fue.

—¿En coche o en avión?

—En coche —respondió ella enseguida—. Iba a visitar primero al proveedor de tejas y luego conducir hasta Marin.

—No ha mencionado a un vendedor de tejas cuando le he preguntado antes.

Ladeó la cabeza hacia Kay, burlona.

—Lo he olvidado, así que demándame. Mejor aún, métame en la cárcel.

—Y después, ¿qué pasó?

—Se marchó y yo me fui a la oficina, donde estuve todo el día, con testigos presentes.

—¿Y no le preocupó no saber nada de su marido durante una semana?

Su pecho se hinchó en una respiración forzada. Apartó un instante la mirada.

—Teníamos algunos problemas. No sabía lo de la aventura con Cheryl, pero sospechaba que se veía con alguien. —Bajó la mirada, avergonzada—. No cuesta mucho darse cuenta cuando los viajes de negocios empiezan los viernes y la primera cita con el proveedor es el lunes siguiente. —Su voz se había vuelto amarga, venenosa. Cuando levantó los ojos, miró a Kay con renovada ira, como si las indiscreciones de su marido fueran de algún modo culpa suya—. Si no me va a detener, esta entrevista ha terminado.

Cogió su preciada orden judicial de la mesa y salió por la puerta. Kay la acompañó hasta la entrada.

Entonces se detuvo en seco y miró a Kay a los ojos.

—Está perdiendo su tiempo, detective, y el poco tiempo que la pobre Julie aún pueda tener, persiguiéndome a mí y a mi familia por esto. Debería estar ahí fuera, buscando a quien mató a mi marido.

Kay sintió que algo le tocaba la pierna. Al mirar hacia abajo, vio a Heather, que arrastraba la manta del Rey León por el suelo y se agarraba la mano con dedos temblorosos. Debía haberse escapado. Por instinto, empujó a la niña a su espalda, protegiéndola.

—Creo que esto sigue siendo válido —dijo la señora Montgomery, agitando la orden judicial—. Me llevo a las niñas conmigo.

Heather gimió. A sus pies crecía un charco de líquido mientras la niña miraba a su tía abuela con los ojos entornados por el miedo.

Detrás de ella, la agente Farrell se acercaba corriendo de la sala de descanso, con cara de disculpa. Kay puso la mano de Heather en la de Farrell.

—Llévatela de vuelta, por favor. Voy, enseguida. —Luego se volvió hacia Marleen

Montgomery y le dijo—: Si lo que quiere es un tribunal, vayamos a ver al juez.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Blanco

Julie sintió que flotaba en el aire, levantada por fuertes brazos que se la llevaban.

—¿Mamá? —llamó, sus palabras apenas eran un leve susurro que nadie captó.

La estaban tumbando sobre una superficie blanda, aparentemente con suavidad, pero ya no podía sentir gran cosa. Se obligó a despertar, a levantarse y luchar, a salir de allí como se había prometido. A través de un borrón, vio a un hombre trabajando en algo a su lado. Conocía a ese hombre; lo había visto antes un par de veces, pero no recordaba su nombre.

Llorando, intentó agarrarle la mano para que la mirara. Tal vez, si viera su cara, recordaría su nombre. Pero a él no pareció importarle cuando sus débiles dedos surcaron el aire, sin alcanzar su brazo, y cayeron inertes junto a su cuerpo.

Las manos del hombre se movieron con rapidez y le quitaron la ropa con gestos hábiles. Le sujetó la cabeza mientras le quitaba la blusa y tiró suavemente al quitarle los vaqueros. Asustada, se agitó y se retorció, pero no fue rival para los fuertes brazos del hombre. Poco a poco, le fue quitando las perneras de los vaqueros y luego la ropa interior.

Quiso gritar, pero lo único que salió de sus labios fue un débil gemido. Desesperada, dirigió su mirada borrosa a todos los rincones de la habitación, intentando ver si había alguien más allí que pudiera ayudarla.

Si su madre seguía allí.

¿O se lo había imaginado todo? ¿Había estado sola todo el tiempo?

Ese pensamiento la invadió con una sofocante oleada de pánico. Intentó levantarse, pero sus débiles brazos no la sostenían. Sin mediar palabra, el hombre pasó el brazo por debajo de su espalda y volvió a dejarla en el suelo.

Con la sacudida de fuerza y conciencia gracias a la adrenalina que recorría su cuerpo, se dio cuenta de que estaba tumbada en la cama que había estado evitando desde que la habían llevado allí. El hombre debió haber empujado su cuerpo al entrar en su celda, y ella ni siquiera se había despertado para luchar contra él. Todo había sido en vano.

—¿Por qué...? —susurró ella, pero él no la oyó, o no le importó contestar. Estaba de espaldas a ella. Tomó aire e intentó hablar más alto—. ¿Por qué haces esto?

Él se volvió y se acercó llevando algo blanco en los brazos, un vestido que sonaba como la seda y brillaba con chispas resplandecientes.

—Así es como tiene que ser, querida —respondió con calma, su era voz sombría e inquietante, pero tranquilizadora.

Puso el vestido en la cama, a su lado, y empezó a adornarla. Todo lo que le ponía era blanco, y sus manos se movían suaves y rápidas. En el borde de su conciencia surgió un pensamiento. Ya lo había hecho antes... más de una vez.

—Agua..., por favor —le susurró cuando estuvo lo bastante cerca para oírla.

Él sacudió la cabeza despacio, con los ojos tristes.

—Ya no importa. Pronto se acabará. —Le tocó la mano con una suave caricia—. Siento haber tardado tanto.

Luego la irguió para deslizarle el vestido por la cabeza. Le levantó el pelo por encima del cuello y le acomodó las mangas hasta que cayeron en su sitio. Después la ayudó a recostarse contra las almohadas. Le arregló la falda, tirando de ella hacia abajo y alisándola hasta que le llegó a los tobillos.

Le peinó el pelo y le puso un bálsamo labial suave y cremoso, pasándoselo primero por el dedo y luego dándole golpecitos en los labios.

Se inclinó sobre ella y le acomodó un mechón de pelo, pasándoselo por detrás la oreja, antes de susurrarle:

—Estás lista. Y tú eres la más hermosa hasta ahora.

En ese momento, antes de que todo se oscureciera, por fin lo reconoció. Justo cuando él la levantó de la cama y salió del sótano llevándola en brazos, ella le preguntó una vez más:

—¿Por qué?

No hubo respuesta.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

En los tribunales

El viaje de madrugada a Redding había sido tenso. Marleen Montgomery había insistido en conducir ella misma hasta Redding y volver, pero Kay no estaba de acuerdo. Si conducía, podría ganar un buen rato utilizando las luces de emergencia y acelerando a fondo en la interestatal a pesar del fuerte aguacero, pero no iba a poner en peligro la seguridad de un civil por hacerlo ni a perder un tiempo precioso conduciendo al límite de velocidad. En su lugar, insistió en que la desafiante señora Montgomery tomara asiento en la parte trasera de su todoterreno sin matrícula.

Cuando por fin se pusieron en camino, Marleen no dejó de quejarse de las condiciones que se veía obligada a soportar y del trato que estaba recibiendo, al ser arrastrada contra su voluntad al asiento trasero de un coche de policía, donde antes se habían sentado todos los matones y la escoria de la tierra.

—Se trata de un flamante vehículo de detective —explicó Kay, al límite de su ingenio, pero sintiendo aún compasión por la mujer a la que acababa de notificar que su marido había sido asesinado—. Ninguna escoria de la tierra se ha sentado ahí todavía.

—Pero ¿y si alguien me ve? —siguió argumentando, con un irritante tono de voz que a Kay le recordaba a las uñas arrastradas contra la pizarra.

—Es un vehículo sin matrícula, señora Montgomery. Nadie lo sabría, a menos que usted lo diga. Ni siquiera estoy usando las luces intermitentes.

—Sigo creyendo que de alguna manera ha violado mis derechos, y le preguntaré a mi abogado cómo hacerla responsable de esto, cómo hacerle pagar por ello. No sería justo que se saliera con la tuya, en absoluto.

Kay reprimió un gemido de agotamiento.

—Es la forma más rápida de que ambas tratemos este asunto y acabemos con él.

—No —espetó—. Lo más rápido hubiera sido que cumpliera la orden judicial y me entregara a las niñas. Mi abogado...

Eso era todo; la actitud detestable de la mujer había erosionado cualquier simpatía que Kay pudiera sentir por la nueva viuda, a pesar de creer que ocultaba información crítica que podría haberla ayudado a encontrar a Julie.

—Llegados a este punto, tendré que sugerirle encarecidamente que guarde silencio. — Las palabras de Kay estaban cargadas del significado que sabía que la mujer encontraría en ellas: una amenaza tácita. Por fin, se hizo el silencio. Intimidada pero furiosa, la señora Montgomery se recostó en su asiento con el ceño fruncido, los brazos cruzados sobre el pecho y, por suerte, permaneció en silencio durante el resto del viaje.

Descubrieron que el juez Drysdale seguía en su despacho, aunque con la agenda completa, pero Kay no estaba dispuesta a esperar. Se dirigió a su despacho y llamó a la puerta arañada.

Su Señoría se estaba poniendo la toga y se mostraba positivamente enfurecido por la intrusión. Era un hombre corpulento, con al menos quince kilos de más, y su rostro mostraba signos de consumo habitual de alcohol. Unas manchas rojas, casi moradas, en la cara y la garganta, justo por encima del ajustado cuello de su camisa blanca, eran un

claro indicio de que debería haberse tomado la tensión. Esa decoloración de la piel tan temprano por la mañana solo podía significar que había bebido lo suyo la noche anterior, y que había conseguido mantenerse despierto esa mañana con la ayuda de un café cargado, engullendo un vaso de papel de Starbucks tras otro, como atestiguaban el que ya estaba vacío tirado en la papelería junto a la puerta y el otro sobre su escritorio. Un fino polvillo de caspa cubría los hombros de su túnica, y más voló de su cabeza cuando se pasó las manos por su corto pelo blanco, exasperado.

—Cuando me despiertan a las cinco de la mañana para emitir una orden judicial porque unos policías, nada menos que las personas a las que se paga para hacer cumplir la ley, resulta que la incumplen y se niegan a entregar una custodia a los familiares legítimos, no espero que se haga caso omiso de esa orden.

—Señoría, soy la detective Kay Sharp, de la oficina del sheriff de Mount Chester. Si me permite que le explique...

—He oído hablar mucho de usted, detective. —Casi gritaba mientras señalaba las dos sillas frente a su escritorio—. Usted es la que ha mantenido a dos niñas como rehenes, encerradas en la parte de atrás de una comisaría, ¿no?

—Bueno, yo...

—Déjeme decirle algo, detective. **Elegí** el derecho de familia porque no hay nada en este mundo que me preocupe más que el bienestar de los niños —bramó, de pie detrás de su escritorio, inclinándose hacia delante para imponerse amenazadoramente sobre Kay—. Sin embargo, usted está poniendo en peligro el bienestar de esas niñas cuando hay una familia respetable, su abuelo y su tía, dispuestos a acogerlas y darles una buena vida. —La miró con un desprecio más allá de las palabras—. ¿Cómo puede vivir consigo misma? —Se aflojó el cuello de la camisa y las manchas rojas de su cara se volvieron cada vez más moradas—. No se equivoque, la **sancionaré** por desacato. ¿Qué tiene que decir en su defensa?

Kay tragó con fuerza, con la garganta de repente contraída y seca.

—Señoría, tenemos razones para creer que la señora Montgomery, y potencialmente otros miembros de la familia Montgomery, están directamente implicados en la muerte de Cheryl Coleman y el secuestro de Julie Montgomery.

Sus cejas blancas y sin recortar se fruncieron.

—¿Implicados, cómo?

—La investigación sigue en curso —dijo, consciente de lo poco convincente que sonaba, pero, con Marleen Montgomery presente, no podía revelar mucho sin poner en peligro el caso—. Hemos establecido que el difunto esposo de la señora Montgomery visitó la residencia Coleman antes de la muerte de Cheryl Coleman. También hemos establecido que el marido de la señora Montgomery tenía una aventura con Cheryl Coleman, y eso habla de un posible motivo.

—Señoría, proporcioné a las fuerzas del orden una coartada comprobada para el momento de la muerte de Cheryl Coleman y el secuestro de Julie. No tienen pruebas contra mí, o llevaría esposas —explicó Marleen, extendiendo las manos como para demostrar que no llevaba ningún tipo de atadura.

El juez Drysdale dirigió sus ojos castaño oscuro hacia Kay.

—¿Es eso cierto, detective?

Ella asintió a regañadientes.

—Comprobamos su coartada, sí, pero hay otras formas en las que...

—Desde mi punto de vista, no tiene nada más que añadir, y yo tengo trabajo que hacer. La orden judicial se mantiene.

Marleen sonrió y le lanzó a Kay una mirada triunfante.

—Gracias, Señoría.

—Señoría, hemos establecido que el secuestro de Julie forma parte de una serie de secuestros que abarca más de cincuenta años —soltó con rapidez, temiendo que él la cortara de nuevo. Pero sus palabras lo tomaron por sorpresa, callado y con la mandíbula floja—. Estamos ante un asesino en serie. Solo necesitamos un poco más de tiempo. Y esas niñas son esenciales para nuestra investigación. Su seguridad nos preocupa mucho, ya que fueron testigos del asesinato de su madre y del secuestro de su hermana. —El juez la miró sin interrumpirla, pues había llamado su atención hasta el punto de haber disuelto su cólera anterior—. Le juro que están bien cuidadas.

Marleen se quedó mirando al juez, visiblemente horrorizada, boquiabierta y tiesa de indignación.

Kay dejó de hablar, conteniendo la respiración, esperando a que él decidiera. Ya había dicho más de lo que debía, y era muy consciente de cómo se sentiría el sheriff Logan si alguna vez se enteraba. Solo deben presentarse ante los tribunales hechos respaldados por pruebas sólidas, independientemente de las circunstancias. La especulación y las teorías no probadas solo perjudican a las personas y a las carreras.

El juez Drysdale extendió la mano por encima de su escritorio y cogió la orden judicial de la mano de la señora Montgomery. Esta se quedó boquiabierta.

—Tiene cuarenta y ocho horas, detective. —Su voz había vuelto a la normalidad, y las manchas violáceas de su piel se estaban desvaneciendo hacia su tono habitual rojo vino—. En cuarenta y ocho horas, o acusa a la señora Montgomery de un delito, o ella se queda con la custodia total de esas niñas. Así lo ordeno.

Una oleada de alivio inundó a Kay mientras la señora Montgomery protestaba, con voz débil y humilde, con matices de desesperación.

—Pero, Señoría...

—Señora Montgomery, no me haga empezar —replicó el juez, caminando hacia la puerta con grandes pasos que hacían ondear su toga tras él como una capa—. Usted convenientemente omitió varios hechos críticos, como que estas chicas estaban, de hecho, bajo custodia preventiva como testigos de un crimen. No me haga perder más el tiempo. —Abrió la puerta y se la sujetó con el rostro arrugado e impaciente—. ¿A qué esperan? Mi secretario redactará la nueva orden y esta vez, detective, será mejor que la cumpla. —Pronunció esas palabras con severidad, justo cuando Kay salía de su despacho. Cerró la puerta detrás de ella sin miramientos y se dirigió con paso enérgico hacia los juzgados.

El viaje de vuelta comenzó en silencio, solo interrumpido por los mocos de la pasajera de Kay. En algún momento se derrumbó, sollozando sin control; la carga emocional de la situación finalmente la había alcanzado. Cuando llegaron a Mount Chester, se había recompuesto, al menos en apariencia.

Kay se detuvo junto a su coche y esperó. La lluvia seguía cayendo copiosamente, pero los relámpagos habían amainado un poco, solo en contadas ocasiones un parpadeo iluminaba las nubes lejanas. El aparcamiento de la oficina del sheriff era un gran charco ondulado por las gotas de lluvia que caían, pero Kay no podía hacer nada al respecto. Su reacia pasajera estaba a punto de empaparse los zapatos.

—Esto no ha terminado —dijo la señora Montgomery antes de salir del todoterreno—. Mi abogado se pondrá en contacto con usted. —Cerró la puerta tras de sí y Kay esperó a que subiera a su Mercedes Clase S para no empaparla con el agua de los charcos si se alejaba demasiado rápido.

Después, se apartó despacio, observando a Marleen por el retrovisor. La mujer sollozaba con fuerza, con los brazos sobre el volante, la cabeza hundida entre ellos y los hombros agitándose.

Perder a un marido nunca era fácil. Descubrir que te había estado engañando debía de ser insoportable, desgarrador. Sin embargo, Kay tenía que mirar a esa familia más de cerca; su implicación era una apuesta segura en su mente. Aún le faltaban algunas piezas fundamentales del rompecabezas y todavía no podía hacerse una idea de todo el panorama, pero hacer las preguntas adecuadas a las personas adecuadas probablemente lo arreglaría.

Dio la vuelta al edificio, buscando un lugar tranquilo donde pasar unos minutos. Quería hacer algunos deberes sobre los Montgomery antes de empezar a llamar a todas las puertas; siempre compensaba estar preparado. Cuando aparcó, un timbre le avisó de un nuevo mensaje de texto.

El doctor Whitmore los invitaba a ella y a Elliot a la morgue; tenía nuevas pruebas.

Dividida entre sus prioridades, dudó un momento, pero luego decidió pedir a Elliot que visitara a solas al forense mientras ella empezaba temprano a entrevistar a la familia.

El tiempo se agotaba. Para Julie, puede que ya hubiera caducado.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Historia

La lluvia golpeaba con fuerza el techo de su todoterreno, lo que la llevó a colocarlo bajo un árbol, donde el ruido disminuyó un poco y solo las gotas más gruesas lograban atravesar el espeso follaje. De vez en cuando, una rama arrancada o una bellota caían con un ruido sordo, pero Kay apenas se daba cuenta.

Había sacado un informe sobre Construcciones Montgomery. Fundada poco después del final de la Segunda Guerra Mundial, la empresa había estado en manos de la familia Montgomery desde entonces. Su fundador, William Montgomery, un veterano de guerra condecorado, había vuelto a casa y se había encontrado con que la nación se estaba reconstruyendo más rápido de lo que se podía encontrar contratistas. Así que se convirtió en uno.

La empresa había pasado apuros al principio, luchando contra la recesión de 1945, sin mucha gente capaz de permitirse nuevas viviendas tan poco tiempo después de la guerra, pero William había aprovechado su condición de veterano para conseguir algunos contratos con el Gobierno. Había construido varios edificios locales, estatales y federales, algunos de los cuales habían sido sustituidos posteriormente por otros más nuevos, pero la mayoría aún perduraban.

Avery era su único hijo.

La primera vez que los registros oficiales mostraban el nombre de Avery era relativamente poco después de la fundación de la empresa, cuando Avery apenas tenía veintidós años. Tres meses más tarde, una declaración posterior mostraba a Avery haciéndose cargo de la empresa de manos de su padre, quien, según un artículo de periódico enterrado en las profundidades del archivo local del ayuntamiento, había estado luchando contra un cáncer de páncreas. Unos meses más tarde, una pequeña nota acompañaba su obituario: había perdido la batalla. Y, poco después, su esposa, la madre de Avery, lo siguió hasta el cementerio Valley Rose.

Después, ni artículos ni archivos notables, salvo el que anunciaba el nacimiento del hijo menor de Avery, Raymond. Probablemente, los anuncios anteriores de sus dos hijos mayores y de su matrimonio se habían perdido, ya que una biblioteca que luchaba por mantener las luces encendidas nunca llegó a digitalizar esos registros antiguos.

Un año después del nacimiento de Raymond, se denunció la desaparición de la esposa de Avery.

Anna Montgomery, de veintitrés años en aquel momento, era una rubia despampanante, con el cuerpo intacto tras sus tres embarazos, si es que la foto descolorida que Kay estaba mirando había sido tomada justo antes de desaparecer. En blanco y negro con un matiz sepia, la imagen era un escaneo del informe original de personas desaparecidas, probablemente la que Avery llevaba en la cartera. Las esquinas se habían redondeado por el uso, y tenía numerosas líneas que la atravesaban como una telaraña que hablaba de las muchas veces que esa foto había sido manipulada. Anna sonreía alegre en el retrato, luciendo un vestido blanco de verano, casi transparente, contra el sol. Parecía feliz, serena, llena de vida.

La mirada de Kay se detuvo en el rostro de la mujer, en sus bellos rasgos, y deseó poder averiguar más sobre quién había sido como persona. Siempre era la primera víctima de un delincuente en serie la que tenía más significado. Aún no había validado del todo que no se hubieran producido otros secuestros de primogénitas antes de cincuenta y siete años atrás y que, de algún modo, hubieran quedado fuera de los archivos. Hasta que se demostrara lo contrario, consideraba a Anna como la primera víctima de la desalentadora lista del sudés, y era diferente del resto, al menos en un aspecto.

Era una mujer.

A diferencia de las otras cuarenta y dos víctimas, que eran todas chicas que vivían con sus padres, Anna había sido la mujer de alguien, la madre de alguien.

Todas las víctimas habían sido blancas, nativas o hispanas, pero Anna y solo unas pocas más habían sido rubias. Para el sudés, la raza y la fisonomía no parecían importar demasiado, ya que su elección de víctimas coincidía, en proporciones casi perfectas, con la composición de la población de la región. Fuera lo que fuese lo que tenían en común, no era su aspecto físico, y eso parecía apoyar su teoría sobre los asesinatos por encargo.

Cerró los archivos municipales y abrió el informe de desaparición de Anna. Avery lo había presentado él mismo, menos de un día después de que ella desapareciera. Según su declaración, había estado fuera todo el día trabajando en la obra y había vuelto a casa después de la puesta de sol, solo para encontrar la puerta abierta y que su mujer no se encontraba allí. Sus hijos, todos menores de cuatro años en ese momento, fueron encontrados dentro de la casa, ilesos.

«**Vaya** —pensó Kay—, **otro caso en el que dejó testigos vivos. Parece que solo le importan las hijas primogénitas y nadie más**». Porque sí, según los registros de la ciudad, Anna también había sido primogénita, hija única.

No había signos de entrada forzada ni huellas que no pertenecieran a otra persona. El detective que había investigado el caso había considerado necesario poner en su informe que la señora Anna Montgomery parecía haberse marchado por voluntad propia, aunque no faltaba equipaje, pasaporte ni dinero de la casa. Todas sus joyas seguían allí, prueba de un allanamiento de morada que salió mal. Leyendo entre líneas el informe, Kay dedujo que el detective se había sentido poco motivado para investigar, suponiendo que la joven madre acababa de abandonar a su marido y a sus hijos pequeños y se había marchado a San Francisco, sola o con un amante desconocido, en busca de una vida mejor en la ciudad de la bahía.

Faltaba un detalle crítico en el expediente del caso, y era el tiempo atmosférico, que nunca se exigió que se incluyera. Al revisar sus llamadas recientes, Kay llamó a Weather Underground al mismo número que había marcado la noche anterior. Reconoció el agradable barítono en cuanto el hombre descolgó.

—Soy la detective Kay Sharp, hablamos ayer.

—Ah, sí, detective, tengo su lista casi terminada —respondió jovialmente el hombre—. Me llevó un tiempo desenterrar todos estos datos, ya sabe.

Kay sospechaba que su lista era la razón por la que aquel trabajador estaba atendiendo el teléfono mucho después de que hubiera terminado su turno.

—¿Por cuál ha empezado?

—Por los más antiguos. Supuse que serían los más difíciles de desenterrar.

—Perfecto. ¿Podría decirme, por favor, qué tiempo hacía en la más antigua de las fechas, el... 29 de agosto...?

—Sí, lo tengo aquí. Diez centímetros de lluvia, viento con rachas de hasta setenta y dos kilómetros por hora, una caída de la temperatura de veinte grados. Los típicos restos de ciclón, cortesía del huracán Elba. —El meteorólogo dejó de hablar un momento, solo se oía el crujido del papel a través de la línea abierta—. En realidad, acabo de darme cuenta, pero todas las fechas que me hizo buscar coinciden con grandes tormentas tropicales generadas por huracanes del Pacífico.

—¿Cómo es que tenemos tantos? No estamos en las Bahamas.

—No son muchos —respondió, la sonrisa en su voz era evidente. Su ignorancia debía ser entretenida para él—. Normalmente vemos unas dieciséis tormentas con nombre en el Pacífico cada año. Por término medio, diez de ellas se convierten en huracanes y tienden a desviarse hacia el oeste-noroeste, como todos los huracanes del hemisferio norte. La mayoría de ellas mueren en el mar, unas pocas recalcan en México. Rara vez vemos un huracán tocar tierra en el norte de California; casi nunca ocurre. De vez en cuando tenemos restos de ciclones y huracanes, pero normalmente son tormentas tropicales. Podrían pasar dos o tres años antes de que veamos uno, y siempre es en otoño.

Al hombre le encantaba hablar del tiempo. Se notaba que le apasionaba la profesión que había elegido.

—¿Y cómo de malos son, normalmente?

—Cuando llegan hasta nosotros, estos sistemas tormentosos son mucho menos peligrosos que un huracán, aunque a veces aún perdura el nombre de la tormenta que ha generado el ciclón postropical o los remanentes.

Eso fue inesperado.

—Entonces, ¿qué es esto? —Señaló la lluvia fuera de su coche, como si el meteorólogo pudiera verla.

—¿Este tiempo, ahora mismo? Solo un sistema de tormentas alimentado por el huracán Edward. Verá, un huracán es una tormenta enorme, su presión central es tan baja que atrae humedad de cientos de kilómetros de distancia. —Hizo una pausa, pero ella pudo oírlo reír en voz baja—. Supongo que nunca ha experimentado un huracán, ¿no, detective?

—No, no he tenido el placer —respondió ella, mirando la lluvia racheada que azotaba su coche con saña y preguntándose cuánto peor podría ser un huracán.

Le dio las gracias y colgó. Lo único que importaba era el tiempo que hacía el día en que Anna Montgomery había desaparecido, y había sido igual de malo, si no peor. Y ese hecho trajo más preguntas que respuestas.

¿Qué significaba la tormenta para el sudes? ¿La contramedida forense de la naturaleza? ¿O guardaba algún significado secreto que solo él comprendía? ¿Estaba repitiendo un trauma anterior que pudo ocurrir durante una tormenta? En cualquier caso, todo apuntaba a Construcciones Montgomery, y hacia allí se dirigía en busca de respuestas.

Encendió la radio y arrancó, lanzando al aire ondas de agua de charcos de metro y medio de altura. Se dirigía a la sede de la empresa, un edificio que conocía bien, ya que pasaba por delante cada mañana de camino al trabajo.

Encendió la radio, sin prestar apenas atención a la música que sonaba. Después de que Imagine Dragons terminara su canción sobre los mentirosos y cómo no consiguen hacer felices a sus parejas, el locutor mencionó algo sobre las lluvias que estaban provocando más desprendimientos de tierra a lo largo de las carreteras costeras y amenazando la

interestatal en dos de los puentes sobre el río Blackwater.

Pisó el acelerador y puso los limpiaparabrisas al máximo, entrecerrando los ojos para ver por dónde iba. Un trueno lejano resonó extrañamente en su corazón, provocándole escalofríos.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Arma homicida

Menos mal que el mensaje de texto de Kay llegó a Elliot antes de que le diera un mordisco a su bocadillo. Solo con ver el nombre del forense en la pantalla del teléfono, el apetitoso olor a jamón cocido con miel parecía estar contaminado con formol. Sintiendo que se le revolvía el estómago, envolvió el bocadillo y lo abandonó sobre su mesa, eligiendo en su lugar un café solo.

Llevaba doce horas funcionando solo a base de café, desde que Kay y él compartieron una cena que no podía quitarse de la cabeza. Había estado despierto toda la noche, dando vueltas en la cama, con preguntas sobre John Doe alias Dan Montgomery agitando su mente, entrelazadas con otras preguntas sobre Kay. Sobre la imagen de ella con las dos niñas, que se había quedado grabada para siempre en su memoria, sembrando escenarios tácitos en su mente.

Él la admiraba, y eso lo complicaba todo. Era tan lista como un lince; el mero hecho de estar a su lado le hacía perder el sentido. Para colmo, ella era su compañera, y él sabía que no debía pensar en una compañera de esa forma nunca más. La última vez le hizo dejar atrás Texas cuando su relación personal con su expareja se utilizó en los tribunales para dejar libre a un delincuente. Fue una lección que nunca olvidaría.

Sin embargo, los pensamientos sobre Kay Sharp lo mantuvieron despierto por la noche, haciéndose preguntas. ¿Y si fuera ella? ¿Y si nunca volvía a ser el mismo si de algún modo conseguía alejarse de ella? ¿Y por qué demonios iba a tener la fortuna, grande como Dallas, de que esa buena mujer lo viera así, aunque solo fuera un segundo?

Apartó esas preguntas de su mente mientras conducía hacia la morgue, preparándose para otra sesión de tortura.

Cuando entró por la puerta principal de la oficina del forense, ya tenía la nariz untada de Vicks VapoRub, y no podría oler ni a un cerdo salvaje podrido aunque estuviera muerto a sus pies.

Por suerte, las dos mesas de examen de acero inoxidable estaban vacías, sus superficies limpias y brillantes, toda la morgue impecable. En cuanto a los olores, no podía decirlo con todo ese Vicks VapoRub en sus fosas nasales.

—Ah, ahí estás —lo saludó el doctor Whitmore. Su bata de laboratorio estaba recién limpia y planchada, pero no parecía que acabara de llegar al trabajo. Llevaba la camisa y los pantalones del día anterior, un poco más arrugados de lo que Elliot recordaba, como si hubiera dormido un poco en el sofá de polipiel del rincón, junto a la puerta.

Estrechó la mano del médico, algo confuso por su sonrisa divertida.

—Hoy no hace falta tanto mentol —comentó con una rápida carcajada—. Todos mis inquilinos están bien metidos en sus frigoríficos. —Se volvió hacia un lado y señaló una lata de café de unos cuatro litros que había sobre una mesa de laboratorio—. Esto es lo que quería enseñarte. —Frunció el ceño y miró hacia la puerta—. ¿Dónde está Kay?

—Está interrogando a un sospechoso. Soy todo lo que tienes hoy, doctor.

—De acuerdo. —El doctor Whitmore golpeó con las uñas la lata metálica de café—. Dos rondas de búsqueda en la escena del crimen no nos sirvieron. —Sonrió, haciendo

aparecer líneas en las comisuras de sus ojos—. Pero valió la pena enviar a los agentes de nuevo a hacer otra búsqueda. —Un destello de emoción iluminó sus ojos mientras su sonrisa se ensanchaba—. Encontramos el arma homicida. —Se acercó a otra mesa de laboratorio con ruedas y la acercó. Tenía una Glock de nueve milímetros en una hoja de papel—. Estaba completamente desmontada y empapada en cloro, por lo que las huellas dactilares y cualquier ADN están descartados, pero pude compararla con la bala que recuperamos del cuerpo de Dan Montgomery.

—Eso significa, más allá de toda duda razonable, que dispararon a mi víctima en la residencia Coleman, ¿no?

—Sí, exactamente.

—¿Cómo diablos se les pasó?

—Esto —señaló la lata—, estaba metido debajo del fregadero de la cocina, abierto y lleno de líquido sucio, como si lo hubieran puesto allí para recoger las aguas residuales de un desagüe con fugas. —Ladeó la cabeza y se pasó la mano por el pelo blanco—. He de reconocérselo a Cheryl, es una idea inteligente.

—Cierto. —Elliot cambió el peso de una pierna a la otra, preguntándose si eso era todo. Con olores o sin ellos, quería salir de allí lo antes posible.

—Entonces, las fibras en el cuerpo de Dan Montgomery... se confirma que provienen de una camioneta Ford. —Se sentó frente al ordenador y abrió su perfil del Departamento de Vehículos a Motor—. Una vez identificado, tenemos el año y modelo de su F-150, y coincide con las fibras que encontramos. —Se detuvo un momento, mirando la pantalla, pero aparentemente pensando en otra cosa—. Es una coincidencia **genérica**, lo que significa que las fibras coinciden con todas las camionetas Ford de ese año, ese modelo y esa combinación de colores. Necesitaría ver la camioneta real para ver si puedo comparar alguna de las otras partículas que encontré en la ropa de la víctima. Entonces podría actualizar mi hallazgo a **específico** en lugar de genérico.

—He añadido las etiquetas de la nueva información a la orden de búsqueda esta mañana —respondió Elliot—. Si está ahí fuera, la encontraremos.

La sonrisa del doctor Whitmore reapareció, tímida, vacilante.

—Es una coincidencia bastante extraña, ¿no?

—¿Cuál?

—Las camionetas. Dan conducía una Ford F-150 diésel blanca, y se cree que el vehículo del sudes era de la misma marca y modelo, según el análisis de la llamada al 911.

—Sí —respondió Elliot. Era una extraña coincidencia. Como con todo lo demás en ese caso, ¿cuáles eran las probabilidades?

—¿Crees que podría ser la misma camioneta?

—¿Dices que el sudes encontró la camioneta de Dan y la llevó a casa de Cheryl para hacer qué? ¿Terminar el trabajo que Dan podría haber empezado? ¿Vengarse por su muerte? Pero, si sabía de la muerte de Dan y le importaba, ¿lo habría dejado pudrirse en una zanja junto a la interestatal? —Elliot negó con la cabeza—. Pronto lo sabremos, doctor, y estas cosas empezarán a tener sentido. Kay no descansará hasta que todo esté alineado a la perfección.

—Kay y tú, querrás decir.

Sintió que una oleada de calor le subía a la cara.

—Sí, a eso me refería. Aunque ella está mucho mejor preparada que yo para tratar este tipo de casos. —Una vez abiertas las compuertas, las palabras salieron de su boca como

un torrente—. He atrapado a ladrones y traficantes de drogas, he arrestado a algunos secuestradores y a más de un alborotador, violador y maltratador de mujeres, pero la escoria que ha encerrado ella, no puedo ni empezar a comprender cómo alguien decide que quiere ganarse la vida así. Y tampoco tiene margen de error, ni un solo centímetro.

La sonrisa del doctor Whitmore se ensanchó mientras estudiaba a Elliot hasta que este tuvo que bajar la mirada, temeroso de que el médico lo descubriera.

—Nuestra Kay es increíble, ¿verdad?

Elliot asintió con la cabeza, protegiéndose los ojos bajo el ala del sombrero.

—Y tanto que lo es. ¿Cómo se asocia uno con alguien así? —preguntó, arrepintiéndose al instante de haber dicho las palabras en voz alta.

—Se aprende de ella, no hay más que hablar —respondió el médico, con voz reflexiva y cálida, casi paternal—. Por lo que he visto, ella está más que dispuesta a enseñarte todo lo necesario.

—Sí, es verdad —respondió Elliot con rapidez, inquieto, deseoso de cambiar de tema—. ¿Tienes algo más para mí, doctor? Tengo que irme.

—Para ti no tanto como para ella, pero supongo que es lo mismo, ahora que trabajáis juntos en los dos casos, ¿no?

—¿Qué pasa?

El médico tecleó un momento y varias imágenes aparecieron en la pantalla.

—Se trata de Cheryl. He terminado formalmente mi autopsia, y hubo algo que se me pasó durante la preliminar. —Se levantó, se acercó a la pantalla y señaló dos fotos de la cara y el cuello de Cheryl—. Estos no eran inmediatamente visibles debido a la acumulación de sangre y lividez, y son un poco más viejos. ¿Ves aquí y aquí? —Señaló sus labios y luego su garganta, donde la decoloración de la piel era solo un poco más oscura—. Esto me dice que alguien intentó estrangularla, incluso le tapó la boca con los dedos, así. —Hizo una demostración sin tocar, utilizando un esqueleto que descansaba en un soporte en un rincón de su laboratorio—. Por detrás. Le tapó la boca y luego intentó estrangularla con el brazo, al estilo militar, pero no mostraba petequias. Por alguna razón, se detuvo y no usó toda la fuerza que podría haber usado. No apretó lo bastante como para verlos sin el fluoroscopio, le dejó solo hematomas subdérmicos.

—¿Cuántos años tienen estos...?

—¿Moratones? Fueron infligidos unas cuarenta y ocho horas antes de su muerte.

—Eso es más o menos cuando Dan Montgomery estaba allí, ¿verdad?

—Exacto. —Apagó la pantalla y se sentó en su escritorio con un fuerte gemido de dolor—. Eso es todo lo que tengo para ti.

Elliot se tocó el ala del sombrero en señal de agradecimiento.

—¿Cuándo te vas a casa, doctor? Estás hecho un trapo.

Lanzó una sonora carcajada que resonó inquietantemente en el depósito de cadáveres.

—Nunca me habían llamado **así**, hijo. Me voy a dormir un poco ahora mismo. —Se quitó la bata de laboratorio y empezó a apagar el ordenador—. Tienes ambos informes en tu bandeja de entrada, tú y tu guapa compañera.

A diferencia de antes, cuando apenas podía esperar a salir de allí, Elliot se encontró demorándose, esperando a que el médico cerrara todo lo necesario para poder marcharse.

—Es esa familia, doctor, tiene que serlo —dijo, preguntándose qué se estaba perdiendo. El doctor canceló el apagado de su ordenador y sacó el perfil de Dan Montgomery en la

pantalla.

—¿Qué ocurre con la familia? —dijo, sentándose en su taburete de cuatro patas con ruedas, con una expresión de excitación en el rostro—. Hacía tiempo que no ponía a prueba mis dotes de detective.

—Es algo que dijo Kay. —Elliot miró la foto del Departamento de Vehículos a Motor de Dan Montgomery por encima del hombro del médico. Había sido un hombre apuesto, con cierta dureza en sus rasgos, en sus ojos. Parecía frío, decidido, y ese bronceado que había notado el día que lo encontró estaba ahí desde hacía cuatro años, cuando había renovado el carné. Ahora que sabía que el hombre trabajaba en la construcción, tenía sentido. Estuvo expuesto al sol de California y a los vientos costeros durante todo el día, probablemente con un casco que no le protegía la cara de los rayos UVA.

El doctor Whitmore tenía las manos sobre el teclado, parecía dispuesto a escribir. Estaba esperando a que terminara sus pensamientos.

—Dijo que ningún asesino en serie de la historia ha matado durante cincuenta y siete años, y que podríamos tener entre manos un asesino en serie generacional. —Dejó de hablar, preocupado por no recordarlo bien—. O eso es lo que creo que dijo.

—Ah, interesante. —El doctor tecleó con rapidez, mostrando en la pequeña pantalla, uno a uno, los perfiles de los miembros varones de la familia Montgomery—. Enciende la pantalla grande para mí, ¿quieres?

Elliot lo obedeció, aunque eso significara tener que pasar por delante de una estantería que contenía especímenes en frascos, mucho más cerca de lo que hubiera querido encontrarse nunca del hígado de alguien.

—Dan era el hijo de Avery —dijo el doctor Whitmore—. Pero podemos tacharlo de la lista; estaba muerto en ese momento. ¿Y Avery? Oí que ya lo habías absuelto.

—Sí, lo hicimos. Una coartada sólida como una roca.

—Ahí está Mitchell, tiene sesenta y un años. Es el padre de Calvin, el difunto marido de Cheryl. —Suspiró desde el fondo de sus pulmones—. De alguna manera, encuentro el escenario más allá de lo enfermizo; que el abuelo de la niña estuviera involucrado de alguna manera. Va en contra de todo lo que he visto en toda mi vida detrás de la mesa de autopsias, y me he dedicado a este trabajo cuarenta y cinco años.

Pero Elliot había dejado de escuchar hacía rato, con los ojos clavados en la foto de Raymond. Era el menor de los hijos de Avery, el que había abandonado la ciudad y se había mudado a San Francisco hacía años, según los registros del DVM. Tal vez, si hubiera optado por dejar atrás el negocio familiar y convertirse en otra cosa, y estuviera en otro lugar, valdría la pena hablar con él.

Quizá no fue su pasión por la fotografía de moda lo que le alejó... quizá fueron los secretos familiares. O algo terrible que ocultar.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Lynn

La sede de Construcciones Montgomery era un edificio de tres plantas en forma de cubo y construido en lo alto de una suave colina, con una elevación suficiente para dar al edificio un aspecto imponente, sobresaliendo por encima de la interestatal. El logotipo —también un cubo en perspectiva, con cuatro de sus líneas más atrevidas para formar la letra M en azul cielo de California— se había colocado con gusto en el borde vertical del edificio, y era visible desde cuatro direcciones en la autopista.

Ligeramente inclinado, el aparcamiento no retenía el agua; en lugar de acumularse en charcos como en todas partes, el agua de lluvia fluía hacia sumideros cubiertos por rejillas, que se mantenían libres de residuos y en perfecto estado de funcionamiento. La entrada del edificio estaba bajo una amplia zona cubierta como las que suelen verse en los hoteles de lujo, lo que permitió a Kay detener su todoterreno y entrar en el edificio sin que una sola gota de lluvia tocara su ropa.

Se fijó en el umbral al pisar el suelo de mármol blanco, las puertas se abrieron e inmediatamente se cerraron con un silbido sordo. Había dado dos pasos hacia el gran mostrador de recepción cuando la chica que había detrás se levantó bruscamente. Parecía nerviosa, como dispuesta a salir corriendo.

Lynn.

La nueva novia de Jacob, la mujer que había hundido su mano tatuada en la cárcel en el cajón de la ropa interior de Kay y le había metido en la bolsa una muda limpia por la que aún estaba agradecida. La mujer a la que no le había dado todavía una oportunidad.

Kay borró el ceño de su frente y sonrió.

—Eres tú. —Su sonrisa se amplió—. Qué sorpresa. No sabía que trabajabas para los Montgomery.

Lynn se sonrojó y miró a un lado, ocultando los ojos durante un breve instante antes de mirar a Kay.

—**Soy** una Montgomery. —Sus palabras iban acompañadas de un encogimiento de hombros en señal de disculpa, como si quisiera decir que no tenía elección.

—No tenía ni idea. En realidad, pensé...

Ella puso su mano tatuada sobre el mostrador del escritorio. Tenía unos dedos largos y elegantes y una manicura perfecta.

—Oh, ¿esto? Jacob me lo dijo. Nunca me han detenido —comentó ella, volviendo a apartar la mirada, y sus mejillas adquirieron un tono más oscuro de vergüenza—. Pero puede que ya lo sepas. Jacob estaba dispuesto a apostar que ibas a comprobarlo en cuanto llegaras a la oficina.

Su hermano la conocía bien, pero la habían llamado de la escena del crimen de Angel Creek antes de que hubiera podido informarse sobre la chica.

—Entonces, ¿por qué el tatuaje de la prisión?

—Salía con un chico muy malo en la universidad: motero, cuero, **rock** duro... Y él tenía uno. De alguna manera me convenció para que me hiciera uno a juego, y no pensé que tuviera un significado oculto. Todos los que sabían lo que significaba me rehuían y yo no

tenía ni idea de por qué hasta que me enteré. —Se encogió de hombros, sin dejar de mirar hacia abajo—. ¿Qué puedo decir? Fui una idiota. Al menos, Jacob fue abierto al respecto.

—Es directo, en todo caso, ¿no?

Su sonrisa iluminó sus ojos mientras miraba a Kay.

—Es genial. La honestidad es muy rara en los hombres hoy en día. —Tomó asiento detrás del mostrador de recepción y Kay se apoyó despreocupadamente en él. La chica ignoró a propósito una llamada que iluminó su complejo teléfono, sonando con suavidad.

—¿No tienes que cogerlo? —Encontrar a alguien a quien Kay conocía personalmente, sentada con comodidad en el corazón del negocio familiar de los Montgomery, era una ventaja inesperada y quería ser muy cuidadosa al respecto. Se lo debía a Julie, pero también a su hermano; no quería estropear su relación.

Lynn se despreocupó.

—Puede ir al buzón de voz. Les llamaré más tarde. ¿Qué puedo hacer por usted, detective?

Kay se rio. —Supongo que eso ya lo hemos superado. Has visto toda mi ropa interior. Por favor, llámame Kay.

Se sonrojó un poco más y se unió a Kay con una tímida risa, desviando la mirada.

—Gracias por eso, por cierto. Me salvaste la vida.

—Le pedí a Jacob que no te lo dijera —admitió con sinceridad—. Pensé que te enfadarías. Dijo que la alternativa era peor. Me habló de una vez que le pillaste rebuscando en tus cajones.

Ella casi lo había olvidado.

—Éramos niños, él era solo un chiquillo que no sabía lo que hacía. Se escapó con mis bragas, jugó con ellas en el patio, las colgó en su árbol favorito. ¿Te lo imaginas? —Kay se rio con cariño al recordarlo—. Le dije que, si alguna vez se acercaba a mis cosas, le retorcería el cuello.

—Te creyó —dijo Lynn, poniéndose seria—. No tocaría ese cajón ni nada de tu habitación. Te respeta mucho, ¿sabes?

Kay lo sabía bien. Era Lynn, la extraña en sus vidas que era un poco problemática, una tercera persona que se unía a los dos hermanos en su viaje por la vida. Entonces surgió en su mente un pensamiento sorprendente. ¿Y si la situación fuera al revés y ella estuviera trayendo a Elliot a sus vidas? ¿Elegiría Jacob ser un completo imbécil? ¿O elegiría seguir siendo el mismo hermano cariñoso y comprensivo en el que ella siempre había confiado? La respuesta era obvia.

—Bueno, me alegro de que haya encontrado a alguien como tú —dijo ella, dándose cuenta de que de verdad lo sentía. Lynn era amable, agradable y sabía pensar con la cabeza. Tenía agallas y le gustaba defender sus creencias y decir lo que pensaba, incluso ante alguien tan intimidante como podía ser una policía con la reputación de Kay. Jacob había tenido suerte. Pero ¿tenía que salir con una Montgomery? ¿De verdad? De todos los nombres aburridos de las **Páginas Blancas** locales, había tenido que elegir ese.

Sonrió a modo de agradecimiento y asintió.

—Dime, ¿conocías a Cheryl?

Los ojos de Lynn se oscurecieron y su sonrisa se desvaneció.

—Era mi cuñada. Calvin, su marido, era mi hermano.

—¿Qué pensabas de ella?

Miró por la ventana a lo lejos durante un breve instante, pensando.

—Quería mucho a mi hermano. Fue una buena mujer para él; compartieron el romance perfecto —añadió con una sonrisa triste—. Llevaban saliendo desde el instituto. Incluso cuando Calvin se fue a la universidad, su relación perduró y se hizo aún más fuerte con la distancia.

—Se cambió el nombre después de la muerte de Calvin, ¿no?

—Sí, volvió a su apellido de soltera, Coleman.

—¿Por qué hizo eso, lo sabes?

Dudó, visiblemente incómoda.

—Esta es mi familia. Yo no... Bueno, por favor, tómate esto con humor. —Otra pausa—. Son buena gente.

—Claro —respondió Kay, frunciendo el ceño.

—Eh, justo antes de su accidente, Calvin tuvo una discusión con Avery y Mitchell, nuestro padre. Nada nuevo, algo por lo que discutían mucho.

—¿Sobre qué discutían?

Otra vacilación, luego su cara cambió como si hubiera decidido mentir al respecto, o mantener las cosas más guardadas de lo que a Kay le hubiera gustado.

—Algún procedimiento de hormigonado, cimentación o algo así. Solo, mmm, cosas de construcción, pero podía ponerse negro. Calvin era de sangre caliente, joven, y Avery, bueno, es viejo y puede ser bastante obstinado. Quiere que las cosas se hagan a su manera y ya. —Suspiró y sus ojos se humedecieron—. Entonces Calvin cayó con el andamio y murió en el acto. —Lynn juntó las manos, retorciéndoselas nerviosamente—. Cheryl nunca quiso creer que fue por accidente. Estaba furiosa y dijo a todo el que quisiera escuchar que Avery se deshacía del nieto que no seguía las reglas. Pero la empresa fue absuelta.

Kay se acercó más y apoyó los codos en el brillante mostrador.

—¿Y tú qué crees? —preguntó, bajando la voz hasta un susurro conspirativo.

Lynn desvió la mirada durante un breve instante.

—Yo quería mucho a Calvin; era mi único hermano. No creo que hubiera juego sucio en su muerte, solo mala suerte. Todas las medidas de seguridad estaban en su sitio, el andamio era nuevo y estaba instalado correctamente, eso es lo que la Administración de Seguridad y Salud Laboral puso en su informe.

—Y después, ¿qué pasó?

—Mala suerte —repitió, mirando por la ventana—. El tiempo era aún peor que este. Recuerdo la lluvia de aquel día. Uf... increíble. Avery debería haber parado las operaciones, pero puede ser muy testarudo. —Inspiró, un suspiro estremecido abandonó su pecho—. En realidad, no fue culpa suya, pero es fácil pensar que sí. Calvin no debería haber subido al andamio ese día. Y simplemente cedió —soltó, y se limpió una lágrima del raballo del ojo con un rápido movimiento del dedo—. El andamio no, la tierra.

—¿Un desprendimiento, quieres decir?

—Uno pequeño —añadió en voz baja—. Pero tuvo que ser justo debajo de ese andamio, justo cuando mi hermano estaba allí arriba, bajo esa lluvia.

El tiempo, otra vez. Kay hizo una nota mental para cotejar la fecha de la muerte de Calvin con cualquier denuncia abierta sobre personas desaparecidas. No sabía muy bien por qué ni qué podían tener en común ambos acontecimientos, pero valía la pena

intentarlo.

—Sí, ya veo que ha sido pura mala suerte —dijo, para calmar los temores de Lynn. Miró a su alrededor por un momento, al vestíbulo de tres pisos de altura y a la enorme y moderna lámpara de araña que colgaba del techo, a los grandes ventanales contra los que la lluvia golpeaba sin cesar, a las ominosas nubes que podía ver a lo lejos, abultándose inquietas, iluminadas de vez en cuando por los relámpagos—. Gran parte de la familia trabaja para la empresa. ¿Es una buen trabajo?

—**Todos** en la familia trabajan para la empresa —rio Lynn torpemente—. Bueno, excepto Ray. Así lo quiere Avery. Pero es una buena vida; me paga más de lo que cualquiera pagaría a una recepcionista. Cuando Marleen se jubile, me encargaré de la gestión de proveedores. Es una gran oportunidad para mí.

—Entonces, ¿la empresa está gestionada estrictamente por la familia? —No era inaudito; una elección limitante y extraña para alguien con la ambición de Avery. Para convertir la empresa en el mayor contratista de California, tendría que ampliar el negocio, y eso significaba incorporar a unos cuantos desconocidos en puestos de liderazgo clave.

—Sí —respondió ella—. Siempre ha sido así.

—¿Qué tal Dan y Marleen? ¿Están contentos de estar en el negocio? —Kay se preguntó si Lynn se habría enterado del fallecimiento de Dan.

La chica se encogió de hombros.

—Parecen estar al menos contentos, si no felices. A veces Marleen es... puede ser una zorra —añadió bajando la voz—. Cuando las cosas no salen como ella quiere.

—¿Qué tal Raymond? También es hijo de Avery, ¿no?

—Sí, pero se fue hace mucho tiempo. Todavía estaba estudiando. —Bebió un sorbo de un vaso de papel sin marca, que podría haber cogido de la cafetería del edificio que Kay podía ver a lo lejos, a través del pasillo—. Todavía recuerdo lo mal que lo pasé. Avery se lo tomó como algo personal, lo repudiaba, uf, qué desastre.

—¿Por qué se fue? —Kay sonrió alentadoramente—. Si es una vida buena...

—Quería hacer otra cosa, más artística. No le gustaba la construcción. Lo odiaba, y odiaba a Avery por obligarlo a ir a la escuela para ello, obtener un título inútil y todo eso. Menudo griterío. —Se rio con cara de culpabilidad—. ¿Te imaginas estas ventanas temblando?

—¿Todavía lo ves? ¿A Raymond?

—No, el tío Ray nunca volvió. Ni para las cenas de Acción de Gracias o Navidad, no desde que se fue. He oído que le va bien en San Francisco, pero se supone que no debemos mencionar su nombre, no cuando Avery está cerca.

—Hablando del diablo —bromeó—, ¿puedes anunciarme, por favor? Me gustaría hablar con Avery.

—Oh, no está aquí —respondió Lynn enseguida—. Y no creo que vuelva hoy. —Lanzó al exterior una mirada llena de decepción.

—¿Qué tal Mitchell, tu padre? ¿Está aquí? Solo tengo unas preguntas. —Decidió compartir un poco más, con la esperanza de que le abriera algunas puertas—. No sé si lo sabías, pero Dan Montgomery ha sido asesinado.

Lynn jadeó y se tapó la boca con las manos.

—Oh, Dios mío... ¿Cuándo ha pasado? —Parecía disgustada por la noticia, nerviosa incluso, con un destello de miedo coloreando sus ojos.

—Al parecer, el sábado pasado. Seguimos investigando.

—Era mi tío, el hermano menor de papá. —Su voz se entrecortó, cargada de lágrimas—. Estaban muy unidos. ¿Lo sabe Marleen?

—Sí. ¿La has visto hoy?

—No, no ha venido. Me preguntaba... —Hizo una pausa, pero entonces debió de recordar la petición inicial de Kay—. No, papá tampoco está aquí. Están todos en el lugar donde estamos construyendo.

—¿Con este tiempo?

Lynn volvió a encogerse de hombros y se echó la larga y sedosa melena por encima del hombro con un rápido movimiento.

—No es que hoy estén vertiendo hormigón, pero se sigue trabajando. Tienen caravanas allí, oficinas móviles. —Se detuvo un momento, con el gesto torcido—. Avery podría estar por allí también. Sé que Victor está. —Vio la mirada confusa de Kay—. Es mi primo, el hijo de Dan. Aunque, con lo de Dan... No sé, de verdad que no, lo siento. —Una larga y temblorosa bocanada de aire abandonó sus pulmones y terminó en un sollozo ahogado. Sacó un pañuelo de papel de la caja que tenía sobre el escritorio y se secó los ojos con él.

—¿Dónde está ese lugar del que hablabas?

Se animó un poco, pero sus ojos seguían llenos de lágrimas.

—Ah, está en la colina Ash Brook. No te lo puedes perder. Estamos levantando el mayor hospital jamás construido en esta zona —añadió, con el orgullo coloreando su voz.

—Oh, ya sé dónde está —respondió Kay—. Es grande. —Enorme habría sido un mejor término para ello. Habían cortado la cima de la colina para echar los cimientos.

—Cuando llegues, pídele a papá que te enseñe los planos. Va a ser increíble. Oí decir a Avery que es nuestro mayor proyecto hasta ahora, con trescientas camas.

—Oh, vaya —exclamó Kay, preguntándose de paso por qué alguien invertiría y construiría un hospital con cientos de camas en una ciudad de apenas tres mil ochocientos habitantes, la última vez que había comprobado la señal verde de la carretera en los límites de la ciudad. Probablemente tenía algo que ver con la afluencia prevista de jubilados y propietarios de casas de campo, que elevaría la población a casi diez mil habitantes en los próximos años. Y, aun así, era enorme. Tal vez iba a ser otra elegante unidad de rehabilitación para los adictos a la cocaína de Silicon Valley, o algo por el estilo.

—Gracias —sonrió Kay—. Has sido de gran ayuda. Mi hermano es un hombre afortunado.

Lynn se sonrojó. Kay abrió los brazos de par en par en un gesto de invitación, y Lynn salió rápidamente de detrás del escritorio y se lanzó a ellos con entusiasmo juvenil. El abrazo fue cálido y terminó con un beso en la mejilla de Kay. Le dio las gracias y se marchó, sintiéndose de nuevo agradecida por poder caminar sobre asfalto seco hasta su coche.

Al arrancar, Kay mantuvo la velocidad tan alta como se lo permitía la fuerte lluvia. Llegó al emplazamiento donde se encontraba la colina Ash Brook en solo cinco minutos y tomó el camino de acceso sin asfaltar hasta el lugar; su todoterreno apenas era capaz de subir la pendiente por los surcos de un metro de profundidad llenos de barro rojizo. El lado de la colina que daba a la interestatal había empezado a deslizarse, amenazando los cimientos que aún se estaban vertiendo. El límite del terreno expuesto apenas

quedaba a unos metros del borde del hormigón.

Mientras seguía el sinuoso camino hacia la caravana, se giró y jadeó al verlas. Aparcadas una al lado de la otra y de cara a la caravana, había tres camionetas Ford F-150 blancas idénticas alineadas. La más cercana a ella tenía el emblema Power Stroke en el lateral. Según sus colegas expertos en coches, eso significaba que eran camionetas diésel.

Detuvo su vehículo junto a los tres vehículos y salió bajo la intensa lluvia, mirando a su alrededor.

El hospital estaba situado en lo alto de la colina Ash Brook y, una vez terminado, dominaría la zona de forma majestuosa. Pero no se había completado mucho trabajo; estaba lejos de terminarse. Habían nivelado la cima de la colina y hacía poco que habían empezado a echar los cimientos, pero, como pudo deducir gracias a un laberinto de postes provisionales y cinta amarilla de «PELIGRO-NO PASAR», tenían un problema en uno de los lados de la colina, donde el terreno se había vuelto inestable y se había desplazado cuesta abajo: el corrimiento de tierras que había visto antes mientras conducía.

Salvo las tres camionetas Ford F-150, no se veían otros vehículos personales, solo equipos de construcción: un par de excavadoras, un cargador frontal y varios camiones de carga pesada. Al parecer, todos los trabajadores habían sido enviados a casa debido a las inclemencias del tiempo, que a ella la había calado hasta los huesos, haciendo que le castañetearan los dientes.

Estaba a punto de dirigirse a la caravana, deseosa de mantener una conversación con los Montgomery, y se preguntó si sabrían lo de Dan, si Marleen ya se lo habría contado. Quizá por eso estaban juntos en la colina Ash Brook en un día de tiempo tan terrible.

Una ráfaga de viento le provocó un escalofrío que se le enroscó en las entrañas y le puso los pelos de punta, como si hubiera sentido el aliento de alguien en la nuca. Cuando se giró para mirar detrás de ella, el golpe fue muy fuerte y todo se volvió completamente negro. Las estrellas estallaron en una explosión de dolor abrasador e insoportable. Cuando su cara llegó al barro, ya habían desaparecido y solo quedaba la oscuridad.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Familia

Se quedó mirando un momento a la mujer desplomada en la silla metálica, con las muñecas y los tobillos sujetos con bridas tan apretadas que le cortaban la carne. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y el pelo rubio le cubría casi por completo la cara. Aún podía ver la mancha de sangre en su mejilla, mezclada con barro que empezaba a secarse. En la parte posterior de la cabeza tenía el pelo dividido en el lugar donde el golpe le había partido el cuero cabelludo y la sangre se había coagulado, juntando los mechones en un antiestético amasijo.

Mitchell y su mano dura. Había criado a un bruto... Madre no estaría contenta.

Levantó su mirada fulminante y miró a su hijo. Mitchell aún llevaba el casco y tenía una mancha de sangre en la frente, donde debió pasarse el dorso de la mano sucia para limpiarse las gotas de lluvia. Se había metido las manos en los bolsillos de los vaqueros y mantenía la mirada fija, desafiante, a unos metros de él. Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura derecha de sus labios.

—Tú querías esto —dijo Mitchell—, y yo fui tan tonto que te hice caso. Es esa federal, o policía, o lo que sea, por el amor de Dios, y sabías quién era cuando me enviaste tras ella. —Se paseó por la habitación con andares ansiosos—. Deberíamos haberla dejado ir. Habría hecho algunas preguntas y luego se habría ido. ¿Por qué demonios nos molestamos todos en conseguir coartadas si vamos a hacer estupideces como esta? —Sus palabras estaban llenas de miedo y rabia, vertidas con rapidez.

—Sí, abuelo, ¿por qué demonios hemos cogido a una policía? —preguntó Victor, burlón. Estaba medio sentado en la superficie rayada del escritorio, normalmente cubierta de borradores, planos enrollados y dibujos técnicos—. ¿Crees que me apetece terminar en la silla eléctrica? Porque soy demasiado joven para eso.

Su voz arrogante e insolente le recordó a Dan. Solo de pensar en su hijo muerto sintió que se le retorció una cuchilla en el corazón y se ahogó, durante un rato incapaz de respirar, asfixiado por una pena que nunca había creído posible. Su hijo, su propia sangre, disparado por la espalda y tirado junto al asfalto como un inservible animal atropellado... ¿Cómo no lo sintió cuando ocurrió? ¿Cómo dejó Madre que asesinaran así a su hijo?

Debió ser esa zorrita escuálida, Cheryl, esa pedazo escoria barriobajera, desagradecida e inservible que Calvin había arrastrado hasta su puerta un maldito día. Mitchell, su primogénito, le había dado su primer nieto con Calvin, y había estado inmensamente orgulloso del niño hasta el día en que la trajo a la familia. Aun así, como buen abuelo, la había acogido en la familia, pero ella se había vuelto contra él y lo había acusado del asesinato de su nieto. Renunció a **su nombre** y le impidió ver a esas niñas, sus propias nietas. Dijo a todos los que quisieron escuchar que Avery Montgomery había matado a su nieto por alguna razón inventada que solo ella entendía. Solo Cheryl podría haber hecho algo tan despreciable como disparar a un hombre por la espalda y dejar que se pudriera junto a la interestatal; probablemente era la forma en que su gente hacía las cosas en su barrio. Pero alguien la tuvo que ayudar, y él no descansaría hasta averiguar

quién era.

—Fue Cheryl —susurró, mirando por la ventana el cielo sombrío que descargaba su recompensa—. Tuvo que ser ella.

—No puedes estar seguro, papá —replicó Mitchell.

—Sí que puedo. Puedo sentirlo por dentro —replicó con voz quebradiza, golpeándose el pecho con el puño. Sonaba hueco, tal como se sentía—. Se suponía que Dan traería a Julie esa noche. Fue a buscarla, y nunca volvió. Esa fulana, esa serpiente —tartamudeó—, podría haberle partido el cuello como una ramita con mis propias manos. —Se llevó las manos al frente, apretando el cuello imaginario de Cheryl mientras una mueca llena de odio estiraba sus labios, dejando al descubierto los dientes.

—Ya recibió su merecido, abuelo —interrumpió Victor con naturalidad—. Y ahora, ¿qué demonios hacemos con **ella**? —Señaló a Kay con desdén. Se volvió hacia Mitchell y sonrió satisfecho—. Mitchell, ¿en qué demonios estabas pensando?

—¡Ella ha venido a nosotros! —bramó Avery, tan fuerte que Mitchell dio un paso atrás—. Al igual que mi dulce Anna vino a mi primer edificio y me desgarró el corazón cuando la vi. ¡La Madre Tierra ha hablado! Es su decisión, y quiere a esta mujer. Si no, no estaría aquí. No habría venido. —Suspiró, no de alivio, sino de frustración—. ¿Has visto lo difícil que ha sido llegar hasta aquí esta mañana? La carretera está resbaladiza, los surcos de barro son profundas como ejes y solo se puede conducir con potentes camiones cuatro por cuatro. Nunca habría llegado hasta aquí sin la ayuda de Madre, igual que Anna.

—Esto es ridículo —replicó Victor—. Ella conduce un...

Antes de que pudiera terminar de hablar, una fuerte bofetada cayó sobre su mejilla. A Avery le dolieron la mano y la muñeca artrítica después de asestar el golpe, pero no le importó.

—¡No toleraré más faltas de respeto en esta familia! Una más, y yo mismo te pondré bajo tierra.

Victor bajó por fin los ojos, aún brillantes de rabia y humillación.

—Lo siento, abuelo, no quería ofenderte.

—Entonces, ¿**qué** querías decir con tu comentario? —Victor pronto se haría cargo del negocio. Con Dan y Calvin ya fuera, no quedaba mucho tiempo hasta que eso ocurriera, y para entonces, más le valía saber cómo había que hacer las cosas. Más le valía aprender a mostrarle a Madre el respeto que se merecía, o su venganza sería rápida y los frutos de toda una vida de duro trabajo se los llevaría el torrente de su ira.

El silencio fue la única respuesta que obtuvo. Satisfecho de haber hecho entrar en razón a Victor, se acercó a donde estaba Kay y le agarró un puñado del pelo empapado en sangre. Tiró hacia atrás para dejarle la cara al descubierto y gruñó.

—¿Seguro que sigue viva? —le preguntó a Mitchell.

—Sí, solo está inconsciente, pero no permanecerá así mucho tiempo. Y es casi mediodía.

—Maldita sea —murmuró Avery, caminando hacia la mesa de diseño, donde Julie estaba tumbada bocarriba, con las manos cruzadas sobre el pecho—. Se nos acaba el tiempo. Hagámoslo.

Mitchell miró al exterior, preocupado.

—¿Has visto cómo llueve? No podemos verter hormigón aquí; nunca fraguaría, y el lunes por la mañana, cuando vuelvan los obreros, aparecerá ahí tirada, expuesta, y la

encontrarán. —Se acercó enfadado a Avery, pero se detuvo a unos metros de él, con el puño apretado en un gesto de rebeldía—. Nos condenarás a todos con tu locura.

—Ellas —dijo Avery con calma, mirando por la ventana. Llovía mucho, pero era lo que Madre quería. Cuando pusiera el sacrificio a sus pies, el cielo se cerraría, aunque fuera por unos instantes, los suficientes para que el hormigón empezara a fraguar. Aceptaría el sacrificio con gusto.

—¿Eh? —preguntó Mitchell—. ¿Qué quieres decir?

—Ellas, no ella —explicó Avery, con un tono despreocupado y tranquilo, como si estuviera enseñando a su hijo a verter hormigón sin sacrificios humanos. Esa parte no le importaba a Avery; era lo que había que hacer.

—Entonces, ¿quieres enterrar a la policía **y** a Julie? —quiso saber Victor, acercándose a los dos hombres tras echar un vistazo al cuerpo inmóvil de la chica ataviada con el vestido perfectamente blanco—. Madre nunca ha exigido dos sacrificios al mismo tiempo. Y ella es de la familia, de tu propia sangre.

Avery apretó el puño y luego se lo llevó a la boca, donde hundió los dientes en el dedo; el dolor que sentía aliviaba la intensidad de la pena que le desgarraba el corazón. Las lágrimas amenazaban con romperse, no deseadas, nada más que un signo de debilidad ante la entrega a las exigencias de Madre.

—Ya ocurrió antes —dijo por fin, hablando contra su puño, su voz apenas inteligible—. El año en que se llevó a mi nieto, Calvin, justo después de que le diéramos a esa pelirroja, Lauren. —Suspiró, la larga bocanada de aire lleno de dolor se quebró, como si estuviera a punto de romper a llorar. Sin embargo, luchó contra el nudo en la garganta, la sensación de ardor en los ojos llenos de lágrimas, y consiguió reprimir los sollozos. Ya habría tiempo para el duelo más tarde, en la intimidad de su propio estudio, mirando al cielo azul y rogando a Madre que no abandonara a su hijo perdido y desconsolado.

Victor sonrió satisfecho.

—Qué oportuno —murmuró.

Mitchell se giró y lo miró fijamente, como instándolo a que se callara.

—No, déjale hablar —siseó Avery, a punto de volver a abofetear a Victor. Su actitud podría hundir la empresa más rápido que la ira de Madre. Si en aquel chico se enconaba el odio, o el desprecio, él quería que se descubriera y se extirpara de su alma, del mismo modo que un cirujano expone un tumor antes de extirparlo.

Victor desvió la mirada hacia un lado y se subió la cremallera del chubasquero como si se dispusiera a marcharse, luego se metió las manos en los bolsillos.

—Solo digo que Calvin empezaba a hacer las preguntas equivocadas por aquel entonces, ¿no?

Avery lo miró sin una palabra que lo invitara a decir más, con la barbilla hacia delante y temblando de rabia.

—Admitámoslo —añadió Victor con una risita arrogante—, él nunca tuvo las agallas para lo que estamos haciendo. Quisiste persuadirlo, pero era demasiado blando para ello. Él, sus pesadillas y su maldita conciencia iban a hacer que nos encerraran a todos.

—Se encogió de hombros con indiferencia. Solo digo que **Madre** se lo llevó en un momento muy conveniente. —Había acentuado la palabra de forma sarcástica.

Avery dio un paso adelante y sus ojos se clavaron en los de Victor. El joven no bajó su mirada gris y tenaz.

—¿Tienes algo más que añadir, querido muchacho? —susurró.

Mitchell dio un paso atrás y maldijo en voz baja.

Victor permaneció quieto, inamovible.

—Solo digo que Julie es de la familia y, a diferencia de Calvin, no ha hecho nada malo. No hay necesidad...

—¡Ella es sangre de mi sangre y carne de mi carne! ¿Crees que no lo sé? Eso es lo que exige Madre. Siempre elige a las primeras hijas que sacrificamos. Eso es lo que costará construir este hospital —bramó Avery, su voz resonó extrañamente en la pequeña caravana. Como para subrayar sus palabras, un trueno retumbó en el exterior, haciendo vibrar el vehículo y provocando un destello de miedo en los ojos rebeldes de Victor.

Avery corrió hacia la puerta y la abrió. Una ráfaga de viento se arremolinó en el interior como una mano invisible, moviendo la tela de la falda de Julie, agarrando papeles y levantándolos en el aire, y llevando la lluvia al interior. Sin embargo, se quedó en la puerta, indiferente al agua que le empapaba el pelo y le abofeteaba la cara. Su mirada fanática se elevó hacia el cielo oscuro mientras gritaba:

—¡Te he oído, Madre! Tu voluntad es mi ley.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Despierta

Lo primero que Kay sintió fue un dolor insoportable y punzante en la nuca. Rápidamente se dio cuenta de que estaba atada, agarrada con unas bridas que le cortaban la carne alrededor de las muñecas y los tobillos. Tenía la cabeza gacha y deseaba poder levantarla para aliviar el dolor de su cuero cabelludo partido, pero oía voces a su alrededor, demasiado cerca para su comodidad.

Sin moverse, aguantando el dolor y respirando entrecortadamente, escuchó.

Reconoció el tono de Avery y abrió los ojos despacio para contemplar la escena. No podía verle la cara y distinguía muy poco del entorno. Su pelo caía como una cortina delante de su cara, protegiéndola, pero, al mismo tiempo, limitando su visión.

Otros dos hombres estaban presentes y discutían con Avery sobre lo que había que hacer con ella y sobre la correcta colocación del hormigón. Sin embargo, algo más había captado su atención, algo que Avery había dicho sobre su dulce Anna llegando a su primer edificio de forma parecida a como Kay había llegado de visita, no deseada, pero instantáneamente condenada a muerte.

Tenía la vista borrosa, tal vez por el golpe en la cabeza, y los mechones de pelo delante de la cara no ayudaban mucho. A través de la ventana que había a su lado, vio que el cielo era de un gris oscuro y amenazador; las nubes se movían, corrían por el cielo mientras dejaban caer su carga de lluvia. A través de la ventana, reconoció las camionetas Ford F-150 que conducían los hombres, que debían ser la marca y el modelo elegidos por su empresa de construcción. Esa en concreto era una de las más populares entre los contratistas.

Pero entonces, mientras Avery seguía hablando de la falta de respeto del más joven, se dio cuenta de que en realidad no reconocía las camionetas; sabía que estaban allí porque las había visto antes. El fuerte y metálico golpeteo de las gotas de lluvia contra el techo confirmaba que estaba en la oficina de la caravana. No, a través de su visión borrosa y con su pelo empeorando las cosas, apenas podía ver las camionetas.

«***Solo se pueden ver volutas blancas a medida que se acercan***». La voz quebradiza de Betty resonó en su memoria. Con sus cataratas, eso es lo que parecería un vehículo blanco, una brizna de blanco rayando frente a su ventana. Como la farola no funcionaba, el camino de entrada debía estar sumido en la oscuridad, y lo único que habría visto era la carrocería blanca de la camioneta, quizá los faros si el sudes no los hubiera apagado.

¿Y qué era lo que había dicho después sobre los espíritus del valle? Algo sobre rastros de su sangre, brillantes, rojos vívidos atravesando la oscuridad mientras se van. ¿Y si eran sus luces de freno al partir? Después de que el sudes saliera de la entrada de Cheryl, Betty pudo ver borrosamente algo rojo que se adentraba en la noche, y su imaginación, alimentada por el alzhéimer, creó el resto.

La anciana no estaba loca después de todo.

Kay casi sonrió, cuando algo llamó su atención en lo que discutían los hombres. Por lo que decía el más joven de ellos, Calvin se había opuesto a Avery y de alguna manera

había acabado muerto. Eso aportó una nueva perspectiva a las acciones de Cheryl, una que se le había escapado por completo a Kay.

Cualquiera que fuera la queja de Calvin, debió compartirla con su esposa. Por eso Cheryl insistía en que lo habían matado. Por eso se había cambiado el nombre, ahondando aún más la ruptura entre ella y el anciano.

Pero entonces, si tanto despreciaba a la familia Montgomery, ¿por qué había estado saliendo con Dan?

Kay recordó al instante lo que había dicho Frank, que no había tenido mucho sentido en aquel momento. Había dicho algo sobre que Cheryl tenía o quería encontrar la verdad.

Su corazón lloraba por la viuda que había estado dispuesta a acostarse con un Montgomery solo con la esperanza de que desenmascarara al asesino de su marido. Ella debía conocer la leyenda, o tal vez incluso más que eso, por Calvin. Debió sentirse segura, pensando que era de la familia y que nunca se llevarían a Julie, lo bastante como para quedarse en el pueblo donde había nacido. Hasta que un día, Dan vino de visita con una agenda distinta en mente.

La última pieza del rompecabezas encajó en su sitio y toda la imagen se aclaró, aunque aún quedaran algunos interrogantes. Calvin había muerto al derrumbarse el andamio debido a un corrimiento de tierras por mal tiempo. Pero ¿quién explicaría qué hacía en ese andamio? Tal vez Avery lo había enviado, o alguien más que quería silenciarlo para siempre. Unas horas con cualquiera de esos hombres en su sala de interrogatorios y lo sabría.

Avery se acercó a ella y la agarró del pelo, tirándole de la cabeza hacia atrás, preguntándose si seguiría viva. Estuvo a punto de chillar, pero consiguió mantener los ojos cerrados. No tardó en soltarle la cabeza, provocándole un nuevo dolor punzante en el cráneo, tan fuerte que estuvo a punto de desmayarse. Luchaba por mantenerse consciente mientras los tres hombres discutían sobre verter hormigón bajo la lluvia y enterrarlas a ella y a Julie.

Julie... Tenía que estar ahí en alguna parte, cerca.

Abrió los ojos despacio, con cuidado de no ser vista. Por suerte, su pelo aún le cubría la cara y podía asomarse entre los mechones.

Tumbada sobre una gran mesa de diseño, la adolescente estaba inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho como si hubiera muerto, y llevaba un vestido blanco. Su visión seguía siendo borrosa, no podía distinguir los detalles, pero le pareció ver el pecho de la chica agitándose lentamente.

Julie seguía viva.

Avery volvió a decir algo sobre Anna, y el dolor en su voz hizo que Kay se hiciera preguntas. ¿La muerte de Anna había sido el detonante de su impulso de secuestrar y matar mujeres y, si lo que había oído era cierto, enterrarlas en hormigón? ¿O había matado él mismo a Anna, impulsado por un ataque de psicosis, desencadenado por quién sabe qué factor?

El tiempo.

Ese había sido el factor. Por eso nunca había acelerado, nunca había escalado. Sus impulsos no eran sexuales. Su psicosis le recordaba a Kay a la de un fanático religioso que oye voces que le impulsan a matar. Solo los demonios de Avery exigían que las niñas fueran enterradas en hormigón o emparedadas, para apaciguar el clima que su mente

psicótica consideraba sobrenatural.

La respuesta había estado delante de ella todo el tiempo. Su propensión a construir edificios en lo alto de las colinas, como su propia sede y ese hospital, además de otros que ella había reconocido en la cartera de logros de la empresa. El corrimiento de tierras amenazaba los cimientos del edificio que estaba levantando. Los desprendimientos aparecen por todas partes en la región, impulsados por la deforestación imprudente realizada en el siglo pasado, que deja la tierra expuesta a los elementos sin raíces de árboles que estabilicen el suelo. A eso tenían que referirse sus palabras sobre la Madre Tierra.

Recordaba el informe de la desaparición de Anna como si aún tuviera las páginas delante. Había grabado cada palabra en su memoria. Los niños salieron ilesos. La puerta lateral, abierta. Y Anna desapareció sin dejar rastro, para no volver a ser encontrada nunca más, porque había sido enterrada bajo quién sabe qué edificio que él estaba levantando en ese momento, un edificio que el tiempo había amenazado, igual que a este.

Era hora de que «despertara».

Levantó la cabeza poco a poco y apretó los dientes mientras el dolor le atravesaba el cráneo como una cuchilla palpitante. Justo después de que Avery cerrara la puerta de la caravana, los hombres discutieron acaloradamente sobre el vertido de hormigón en la tormenta. Reconoció a Mitchell, el padre de Lynn, y a Victor, el hijo de Dan, por las fotos del Departamento de Vehículos a Motor que había visto antes.

Tres generaciones de asesinos.

Se aclaró la garganta en silencio y preguntó:

—Tu mujer fue tu primer sacrificio, ¿verdad?

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Anna

Hace cincuenta y siete años

Los dos últimos años habían sido difíciles para el joven Avery Montgomery. Una intensa felicidad mezclada con angustia y dolor, una y otra vez, hasta que su corazón se entumeció. Había perdido a su padre, un hombre al que amaba entrañablemente, tras una enfermiza y desoladora batalla contra el cáncer, a la que había asistido impotente y cada vez más furioso. Unos meses después, su bella esposa, Anna, había dado a luz a su primer hijo, Mitchell. Pero la alegría duró poco en la familia Montgomery.

La madre de Avery, Hope, se había ido consumiendo; a los pocos meses de la muerte de su marido, solo era una sombra de lo que solía ser. Hasta su fallecimiento, Avery rara vez recordaba que había tenido una hermana mayor, Grace, que había muerto muy joven, antes de que él naciera. El dolor devastador de Hope tras la pérdida de su marido había traído consigo recuerdos de Grace, los dos seres queridos que había perdido conectados para siempre en su mente, igual que creía que estarían conectados en el cielo.

Avery no estaba seguro de cómo había muerto Grace; tenía algo que ver con un corrimiento de tierras o quizá con un terremoto, porque Hope hablaba de «el día en que la tierra se abrió y se llevó a mi niña», tocando siempre el medallón que llevaba colgado del cuello cada vez que hablaba de su hija. O tal vez el funeral de la niña había sido tan devastador para Hope que solo recordaba ese momento en que la tierra se abrió para recibir su cuerpo, y no el momento real de la muerte de su hija. Aun así, rara vez la mencionaba; apenas pronunciaba ya algunas palabras.

Había dejado de comer, y pronto no podría retener nada, aunque lo intentara. Las únicas veces que salía de su habitación y dejaba de lamentarse era cuando preparaba las comidas familiares.

Vestida con ropa negra que ya no le quedaba bien, pero negándose a abandonar su hábito de luto, vagaba sin rumbo por la casa como un fantasma, como si buscara a su cónyuge ausente. El medallón que siempre llevaba era un misterio para Avery; nunca compartía lo que guardaba dentro. A veces, cuando creía que nadie la oía, hablaba con su marido y con Grace como si aún estuvieran allí. Las únicas veces que parecía estar mejor, aunque fuera en lo más mínimo, era cuando preparaba la cena. Nunca probaba lo que cocinaba ni comía, aunque Avery había insistido en que al menos se sentara a la mesa con ellos, pensando que tal vez se le abriría un poco el apetito al verlos devorar sus deliciosas comidas. A regañadientes, había accedido un par de veces, pero luego se enfadó y le gritó a Avery que la dejara en paz.

Así lo había hecho, demasiado cansado para luchar contra ella después de noches en vela con un bebé llorón y con cólicos y un trabajo difícil y exigente a cargo del legado de su padre, la empresa de construcción. A veces, pasaba por el dormitorio de su madre y se asomaba después de llamar y esperar inútilmente a que lo invitasen a entrar. Siempre la encontraba en el mismo sitio, en su silla, mirando a la puerta de su habitación como si

esperara el regreso de su marido, tocándose distraída el medallón que llevaba en el pecho. Nunca tenía una sonrisa para él ni una buena palabra, solo le hablaba con dureza si intentaba sacarla de su dolor, que la consumía por completo.

Entonces, un día, mientras preparaba la cena, se dejó caer al suelo, sin vida, sin mostrar ningún signo de angustia ni hacer ruido. Nada de lo que hiciera Avery podría traerla de vuelta. Los médicos le habían dicho que había muerto de un ataque al corazón; Avery dijo que deseaba tanto estar con su marido que abandonó a su hijo sin dudarlo.

Estaba desconsolado por su muerte, pero también enfurecido, culpando a Hope de morir como si lo hubiera hecho a propósito, porque Avery creía firmemente que así era. De lo contrario, al menos habría intentado disfrutar un poco de la vida, conocer a su nuevo nieto o tomar algo de vez en cuando con su hijo y su familia. Al abrazar su dolor en lugar de la vida que él le ofrecía, al matarse de hambre, se había suicidado, y él le guardaba rencor por ello, por abandonarlo y rechazarlo.

Asistió al funeral de Hope con los ojos secos y el labio superior rígido, observando su cuerpo frágil y demacrado en el ataúd abierto sin nada más que resentimiento tirando de su corazón. Parecía casi real, con un vestido negro y el mismo medallón que había visto en su cuello desde que tenía uso de razón. En un impulso irreflexivo, se acercó al ataúd abierto y le arrebató el medallón. Más tarde, junto a la tumba, lo abrió cuando nadie le prestaba atención y encontró dentro la foto envejecida, en blanco y negro, de una preciosa niña vestida de blanco. Ver a aquella chica le retorció y rompió algo en su interior, como si de repente comprendiera el dolor de Hope, como si él también empezara a sentirlo por la hermana que nunca había conocido. Arrodillado junto a la tumba, sacó la foto y la colocó sobre el ataúd; luego cogió unos granos de tierra y los esparció sobre la foto de la niña, haciendo descansar su recuerdo. Algunos de esos granos de tierra, que olían a gotas de lluvia en primavera, a briznas de hierba y flores silvestres, se colaron en el medallón, que cerró y deslizó bajo su camisa.

Fue entonces cuando empezó a soñar con ella, más o menos una semana tras su muerte, poco después de que se hubiera celebrado el funeral y el ajetreo de actividades hubiera dejado por fin de ocupar su mente. Soñaba con ella caminando hacia él con su atuendo negro de luto, a veces amenazante, otras cálida y amable, pero siempre dándole algún consejo. Qué decir a un cliente disgustado para mejorar las cosas. Cómo tratar a un empleado problemático. Cómo ayudar a Anna con su depresión posparto tras el nacimiento de su segundo hijo, Dan.

La madre de sus sueños era muy distinta de la que había sido en la realidad. Una joven prematuramente amargada por haber criado sola a Avery mientras su marido estaba en la guerra, nunca había sido demasiado blanda con el pequeño y nunca se le había pasado por la cabeza la idea de ofrecerle una infancia llena de alegría. Con ropa oscura y sombría y voz grave y severa, había llenado la joven mente de Avery con sus opiniones sobre las perpetuas miserias de la vida y lo duro que era todo. Rara vez había ofrecido consejos sobre algo mientras vivía, pues apenas conocía otra cosa que las adversidades de criar sola a un hijo durante una economía asolada por la guerra y llorar hasta dormirse cada noche preguntándose si su marido seguía vivo.

Pero cualquier consejo que ella le ofrecía en sueños él lo seguía, y funcionaba. Uno a uno, sus problemas más molestos fueron desapareciendo, y llegó a confiar tanto en las llamadas nocturnas de su madre que se echaba la siesta en mitad del día si tenía un

problema urgente que resolver, invitándola a visitarlo. La echaba mucho de menos, pero seguía enfadado con ella. A veces, ese enfado traspasaba la barrera del subconsciente y soñaba con él mismo gritándole a su madre con rabia, preguntándole por qué lo había abandonado cuando más la necesitaba, con hijos pequeños que criar y un negocio que sabía administrar muy poco. Pero el espectro de sus sueños no respondía; se limitaba a decirle lo que tenía que hacer, y sus consejos siempre resultaban acertados, aunque las soluciones que ofrecía fueran a veces insólitas.

Cuando nació su tercer hijo, su negocio había empezado a repuntar: el nombre de Montgomery se reconocía en la zona con la suficiente frecuencia como para darle algún que otro contrato que no tuviera que dejarse la piel vendiendo. Los contratos eran sobre todo para viviendas residenciales, pocas y muy distantes entre sí; las principales fuentes de ingresos seguían siendo los tratos con el gobierno local y federal que su padre había iniciado. Los antiguos contactos de William Montgomery habían fruncido un poco el ceño antes de firmar tratos con el joven de veintiséis años, pero este tenía toda una empresa detrás, con trabajadores bien informados, y se había graduado *cum laude* en su especialidad.

Así es como consiguió el contrato para el nuevo ayuntamiento, sin casi mover un dedo. El cliente era un viejo amigo de su padre, un hombre alto y huesudo llamado Nestor Carson. Con voz de pregonero y soplándole en la cara un aliento que olía a puro, le había dado una palmadita en el hombro al joven Avery y luego le había adjudicado el contrato para la construcción de un nuevo local para los dirigentes de la ciudad.

Carson ya había conseguido los planos del nuevo edificio. Los planos mostraban el orgulloso edificio de dos mil metros cuadrados en lo alto de una colina de suave pendiente. El terreno había sido comprado a los propietarios locales.

Cuando Avery visitó el solar, aún cubierto de vegetación y arbustos que crecían salvajemente, se enamoró del futuro edificio. Su emplazamiento le confería un atractivo majestuoso, desde cerca y desde la autopista cercana, que prometía convertirse en un monumento de renombre que la gente no tardaría en amar.

Demasiado orgulloso y ambicioso para decirle al cliente que no tenía dinero para empezar a trabajar en el nuevo edificio, Avery hipotecó la casa familiar sin decirle una palabra a Anna. No había razón para preocupar a su bella esposa. Entonces, sabiendo que el préstamo apenas cubría el coste de los materiales y el equipo, ofreció a sus trabajadores un aumento salarial del diez por ciento si aceptaban una indemnización diferida, que pagaría una vez que el edificio estuviera terminado en un ochenta por ciento. Las leyes que regulaban la contratación de obras y los anticipos eran estrictas, y solo permitían un adelanto del diez por ciento antes del inicio de los trabajos. El contrato, estandarizado y no negociable, preveía pagos escalonados a medida que avanzaran las obras, pero la mayor parte del dinero, el cuarenta y cinco por ciento, no debía pagarse hasta que el edificio hubiera pasado la inspección final.

El anticipo apenas cubría los gastos de medición del terreno, desbroce y preparación de los cimientos. Los camiones hormigonera eran costosos, alquilados a regañadientes por horas a un competidor que había superado la oferta para el mismo proyecto. Pero, una a una, las hormigoneras desfilaron colina arriba, con sus cargas girando lentamente, y luego se alinearon para verter los cimientos de lo que iba a convertirse en el edificio máspreciado de la ciudad.

Entonces empezó a llover.

Al principio, no estaba preocupado, solo molesto. Anna estaba atravesando un momento especialmente duro con un nuevo brote de depresión posparto; lloraba por las noches, con la cara hundida en la almohada, y él no podía hacer nada para calmarla. Había estado fuera de casa mucho tiempo, trabajando dieciséis horas al día todos los días, dejándola a ella sola para criar a tres niños pequeños. Cuando terminara de echar los cimientos y cobrara el segundo plazo, pensaba traer ayuda para su dulce Anna, aunque le preocupaba un poco que los trabajadores se enteraran y fruncieran el ceño al ver que el jefe tenía dinero para una nueva asistente o niñera, pero no les pagaba el sueldo.

Cada vez que sonaba un trueno o un relámpago iluminaba la habitación, se despertaba y se encontraba con el rostro bañado en lágrimas de Anna sobre la almohada, sus ojos mirándolo, cargados de amor y anhelo, y de una tristeza infinita. La abrazaba con fuerza, susurrándole al oído promesas y disculpas, y quedándose dormido a mitad de palabra.

El primer día que la lluvia arreció, amenazando el hormigón sin curar, los obreros lo cubrieron con una lona y dejaron de verter, pagando una fortuna para que las hormigoneras se quedaran aparcadas en la carretera. Con una sonrisa de satisfacción, su competidor había advertido a Avery de que, si devolvía los camiones mientras durase la tormenta, no podría volver a alquilarlos cuando cambiase el tiempo. Sin opciones, se resignó a incurrir en el sobre coste, con los ojos puestos en el premio final: un edificio del que él y todos los demás se sintieran orgullosos, dinero suficiente para duplicar el tamaño de su negocio y comprar todo lo que Anna deseara, para poner una sonrisa en esos labios cariñosos y temblorosos.

Tres días después, el terreno empezó a deslizarse y se llevó consigo la esquina noreste de los cimientos. En cuestión de minutos, bajo su mirada petrificada, el hormigón se había desmoronado en pedazos como si fuera una galleta, y había sido arrastrado por la lluvia hasta la base de la colina, en una cascada de barro, suciedad y sueños rotos.

Pedir una segunda hipoteca sobre la casa le costó mucho trabajo, pero lo consiguió de algún modo, mostrando el contrato que había firmado para el ayuntamiento e invocando varias veces el buen nombre de su padre. Afirmó que necesitaba el dinero no por ninguna dificultad, sino por los retrasos debidos a las inclemencias del tiempo; pero el mal tiempo no dura mucho, ¿verdad? Sobre todo en California.

El segundo préstamo apenas cubrió la estabilización del terreno y el coste del nuevo hormigón, una vez que las lluvias menguaron. Estaba a punto de terminar de verter toda la sección cuando un largo y ominoso trueno le dijo que aún no había pagado su cuota. En pocos minutos empezó a diluviar, y él se apresuró, con su equipo, a colocar lonas protectoras por todos los cimientos sin curar y las laderas de la colina. Cuando terminó, toda la cima de la colina estaba cubierta de plástico azul mientras llovía copiosamente.

Ya sin trabajadores, cayó de rodillas en el barro, mirando lo que había construido y dándose cuenta de que estaba a punto de desmoronarse de nuevo si el suelo se movía aunque solo fuera una pequeña fracción de centímetro. El señor Carson y su hija tenían prevista una visita al día siguiente, y esperaban encontrar toda la cimentación vertida y curada. En cambio, el plástico azul que lo cubría todo le diría al hombre que se había arriesgado con Avery Montgomery que el suelo bajo su nuevo edificio no era lo bastante estable como para soportar un edificio, algo que Avery debería haber sabido.

Su vida había terminado.

Incapaz de entregar el edificio y cubrir los enormes gastos en que había incurrido, iría a

la cárcel, dejando a su pobre esposa sin hogar, con tres niños hambrientos agarrados a su falda.

Levantado la vista hacia el cielo, entrecerrando los ojos para que no le entrara agua, y bramó:

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué tengo que hacer para terminar este edificio? Solo dime lo que quieres, ¡por favor!

Entonces, cansado de suplicar sin obtener respuesta, levantó el puño y lanzó amenazas que sabía que no podría cumplir, gritando y sollozando hasta que no pudo respirar más. Agotado y destrozado, cayó de lado en el barro, con las manos juntas en el pecho, temblando bajo el fuerte tamborileo de la lluvia contra su cuerpo cansado.

Quizá se había desmayado primero y luego se había quedado dormido, porque no podía creer que uno pudiera dormirse en esas circunstancias, pero lo había hecho, y había soñado con su madre. En su sueño, ella estaba enfadada y le regañaba por los riesgos que había corrido, pero parecía perdonarle y le había dicho que algunos edificios merecen cualquier sacrificio por erigirse.

—Voy a ir a la cárcel, Madre —gritó en sueños—. Anna y los niños se quedarán solos, sin dinero, hambrientos, todo por mi culpa.

—Hay que sacrificar a una primogénita —respondió su madre, inquietantemente tranquila al respecto—. Viva. Solo entonces los cimientos se mantendrán firmes y el edificio estará terminado. Su vida infundirá vida a este edificio, y vivirá, hijo mío. Vivirá con orgullo durante años.

Su sueño le inquietaba, pues se había convertido en una pesadilla. Todavía dormido, pensó en la única hija del cliente, que iba a visitar el lugar al día siguiente. Hizo planes: cómo secuestrarla y hundir su cuerpo en hormigón recién vertido.

—**Yo** elegiré tu sacrificio —habló la Madre, leyendo su mente. La imagen que tan bien conocía cambió ligeramente, convirtiéndose en otra persona, con gotas de lluvia como sus lágrimas, frondosas lianas verdes como su pelo y el color oscuro del suelo desnudo tras un diluvio como su cuerpo. Olía a tierra mojada, a prados tormentosos y a suelo recién hendido, donde el agua había clavado una cuchilla en el cuerpo de la tierra. Cuando ella volvió a hablar, su voz aún se parecía a la que él conocía desde que había nacido—. Elegiré tu sacrificio y, una vez que haya hablado, deberás entregarlo. La primera mujer que suba esta colina será una primogénita y será el sacrificio que exijo.

En su sueño, él respiraba con tranquilidad. La hija de Carson era la única mujer que se suponía que debía visitarlo al día siguiente. La elección de Madre tenía sentido; debía compartir el sacrificio con el propietario del edificio y, de ese modo, conseguiría permanecer cerca de sus seres queridos incluso tras la muerte. Un domingo, cuando los trabajadores estaban libres y solo él iba a estar allí.

—Ahora, vuelve y vive, hijo mío —le ordenó la mujer de sus sueños, tocándole brevemente la cara con dedos húmedos, fríos y embarrados.

Avery se despertó de un sobresalto. Aquella noche apenas dirigió la palabra a Anna y se fue a la cama con ganas de volver a soñar con su madre, o con ese nuevo espíritu en el que se había transformado, para volver a preguntarle si de verdad le exigía que acabara con una vida. Todo lo que obtuvo fueron truenos, amenazadores e inquietantes.

Al día siguiente, la lluvia había amainado un poco, y él lo tomó como una señal. La Madre Tierra, como la había bautizado desde entonces, estaba conteniendo su ira hasta que él pudiera entregar el sacrificio que exigía. Todavía luchando contra la idea de quitar

una vida, levantó la lona azul e inspeccionó el nuevo hormigón vertido en la esquina noreste del edificio. Al fin y al cabo, solo era un sueño; quizá los cimientos estuvieran bien, y él estaría bien.

Una gran grieta empezaba a avanzar, comenzando a tres metros y medio de la esquina en el lado norte y arañando el lado este. Puso el pie en el borde y este cedió sin esfuerzo bajo la mitad de su peso.

Allí mismo, en ese instante, en esa fracción de segundo en que la pieza de la esquina se desprendía, tomó una decisión. Le daría a Madre lo que pedía. No tenía otra opción.

Enloquecido, condujo tres de los camiones hormigonera para conseguir cargas frescas y los aparcó cerca. Retiró la lona azul y preparó la superficie para otro vertido, dándole forma, dejándolo todo listo para cuando la señorita Carson viniera a visitarlo.

Cuando terminó, quedaban dos horas para su llegada. Agotado y sin aliento, se sentó en el borde de los cimientos y apoyó la cabeza en las manos, mirándose los pies y contemplando lo que estaba a punto de hacer... lo impensable.

Cuando por fin levantó la vista, vio a una mujer que subía la colina a pie, resistiendo el viento y la lluvia con un vestido blanco, el pelo rubio empapado, pegado a la cara en largos mechones apelmazados. Lo saludó y le llamó por su nombre.

Anna.

—¡No, no! —gritó, mirando al cielo y levantando el puño—. No me hagas esto. ¡No lo hagas! —gritó, pero solo le respondió el trueno. Luego intentó decirle a Anna que se marchara, que diera media vuelta y se fuera. Al fin y al cabo, aún no había llegado a la cima de la colina, ¿verdad?

Cuando el señor Carson y su hija llegaron más tarde ese mismo día, se había vertido hormigón fresco en la esquina noreste de los cimientos. Había dejado de llover y se veía un trozo de cielo azul hacia el oeste, apenas una grieta entre las nubes, presagio del buen tiempo que se avecinaba.

En cuanto a Avery, se quedó de pie frente al edificio, empapado y embarrado, escuchando las palabras elogiosas de Nestor Carson con una mirada vacía y atormentada.

CAPÍTULO CINCUENTA

Ray

El estudio de Raymond Montgomery estaba en el distrito de Sunset, en San Francisco, y la hora punta de la tarde pasaba factura a pesar de los intermitentes y los ocasionales sonidos de sirenas. Algunas calles estaban tan abarrotadas de vehículos que no quedaba más remedio que esperar, atascado, con el resto de los conductores.

El estudio estaba instalado con gusto en una casa adosada, los colores de su fachada eran brillantes e inusuales: rosa, carmesí y gris mármol. Destacaba un poco, aunque la mayoría de las casas de esa calle competían por el exterior más original. Una neblina densa rodaba por las calles como sólidos cúmulos de nubes al nivel del suelo, pero las alegres casas contrarrestaban la penumbra de aquella persistente niebla oceánica de sabor salado.

Elliot subió las escaleras que conducían a la entrada y estaba a punto de llamar al timbre cuando se abrió la puerta. Una joven, vestida con un top transparente y la falda más diminuta que jamás había visto, le dirigió una sonrisa deslumbrante y le rodeó el cuello con sus escuálidos brazos, empujando la pelvis hacia delante.

—Vaya, hola, Texas —susurró ella, tan cerca de su cara que sintió su aliento en la boca y olió el aroma afrutado de su brillo de labios.

La apartó con firmeza y le puso la placa delante de los ojos.

—Debería acusarla de agresión a un agente —dijo, sin rastro de humor en su voz. De algún modo, en lugar de sentirse halagado o incluso excitado, la interacción le había hecho sentirse utilizado, despreciado.

Le sacudió la placa y sonrió al ver cómo la joven taconeaba apresuradamente para alejarse de él, bajando aquellas escaleras más rápido que un gato escaldado.

—Hay gente que pagaría mucho dinero por cambiarse por ti —le dijo un hombre con un tono divertido—. Es Janessa, la chica de la portada de **Vogue** del mes que viene.

Elliot se encogió de hombros.

—No es lo que he venido a hacer aquí. Usted es Raymond Montgomery, ¿verdad? —preguntó, reconociendo al hombre por su foto del Departamento de Vehículos a Motor—. Soy el detective Young, de la oficina del sheriff de Mount Chester.

—Ah —exclamó el hombre. Una nube de preocupación y tristeza bañó su rostro mientras se apartaba, invitando a Elliot a entrar.

Alto y bien formado como sus hermanos, Ray tenía el aura del éxito, esa confianza en sí mismo que acompaña a las personas cuando han alcanzado sus metas y están disfrutando de sus vidas, haciendo lo que tiene sentido para ellos y aporta felicidad a su existencia. Cabeza alta, expresión de calma y una cálida sonrisa en los labios. Ropa cara pero no llamativa, solo una camisa informal de botones de punto en azul marino y unos pantalones grises que parecían nuevos, al igual que sus sencillas zapatillas blancas.

Pero toda esa atmósfera de disfrute y confianza en sí mismo se desvaneció en el momento en que Elliot mencionó Mount Chester.

—¿Qué puedo hacer por usted, detective? —Cerró la puerta tras Elliot y la atrancó con un movimiento suave, agarrando el cerrojo para empujar la puerta y cerrarla. El

vecindario debía haber dictado aquel comportamiento preventivo—. Aquí, tome asiento, por favor. —Condujo a Elliot hasta un conjunto de sillones colocados con gusto alrededor de una pequeña mesa de café. El olor a cuero nuevo y a caros ambientadores llenaba la habitación.

El estudio era grande, instalado en lo que debía ser el salón. Las paredes eran blancas, con alguna que otra fotografía enmarcada con gusto.

—¿Qué puedo hacer por usted, detective? —preguntó con un atisbo de sonrisa que parecía forzada, temblorosa, como si tras ella se escondiera un miedo tácito.

—Una chica ha desaparecido en Mount Chester. Su sobrina, Julie Montgomery.

Ray arrugó el rostro.

—¿La hija de Cheryl?

Elliot asintió.

Ray bajó la mirada un momento, como si estuviera considerando lo que iba a decir. Luego miró a Elliot con una expresión neutra en su cara.

—Me temo que no sé nada de ella. Ya se habrá enterado de que yo ya no estoy en contacto con mi familia. —Volvió a mirar brevemente hacia abajo, removiéndose en su asiento—. Creo que ha desperdiciado un viaje viniendo aquí, detective. —Cruzó las piernas, llevando el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha, una postura relajada que parecía artificial, bien ensayada.

—Creo que sabe más de lo que dice, señor Montgomery —dijo Elliot, con voz de sombría advertencia—. La vida de una joven está en juego. Cualquier cosa que pueda decirnos podría ayudar a salvar su vida. —Hizo una pausa—. Cualquier cosa que decida retener podría llevarle a la cárcel. Antes de decidir qué hacer a continuación, sopesé bien las implicaciones.

Los hombros de Ray se tensaron y su actitud relajada se tornó recelosa y tensa.

—¿Cómo desapareció? —preguntó con un leve temblor en la voz.

Premio.

—Esa es precisamente la pregunta correcta, señor Montgomery —respondió Elliot—. Fue raptada en su casa, después de que Cheryl fuera asesinada, defendiéndose del atacante.

—¡Oh! —exclamó, sorprendido—. No tenía ni idea de que Cheryl había... ¿Cuándo ocurrió?

—El pasado lunes por la noche. —Elliot observó las reacciones del hombre. Por alguna razón, cuando mencionó lo del lunes, Ray lanzó una rápida mirada a la ventana, donde la niebla era cortada por una llovizna fría, ni de lejos tan feroz o azotada por el viento como las lluvias torrenciales que sacudían Mount Chester—. Me temo que las malas noticias no acaban aquí. A su hermano, Dan Montgomery, le dispararon el sábado pasado.

—¿Cómo? —Se levantó y empezó a caminar por la habitación, como si la respuesta estuviera en alguna parte de aquellas paredes—. ¿Dan también? —En su rostro no había pena, solo conmoción, y mucho más del miedo del que Elliot había detectado antes, dilatando sus pupilas y dibujando arrugas en su frente.

—Supongo que nadie se lo notificó, señor Montgomery, ¿no es cierto?

—Por favor —espetó—, llámeme Ray. El señor Montgomery es mi **padre**. —Escupió la palabra como si decirla le quemara los labios.

—Ray —reconoció Elliot—. ¿Qué es lo que no me está contando? —Se inclinó hacia

delante, con las manos apoyadas en las rodillas. Pero Ray seguía paseando por la habitación, con una tormenta en su interior, arrugando las facciones a veces, como si estuviera discutiendo con alguien en su mente, tal vez consigo mismo—. ¿Por qué alguien abandona el negocio familiar y no mira atrás? Por no hablar de hermanos, sobrinas y sobrinos.

Se quedó inmóvil y se metió las manos en los bolsillos del pantalón, mirando a Elliot como si estuviera analizando al detective para saber si era de fiar. Luego suspiró, y la profunda respiración hizo que su pecho se agitara como aplastado por una carga no expresada.

—De acuerdo, se lo contaré. Quizá haya llegado el momento. —Se mordió el labio, aún indeciso, pero Elliot no le presionó en modo alguno, aunque era consciente de cada minuto que pasaba—. Elegí alejarme de lo que yo llamaría delirios compartidos.

Otra vez esa palabra.

—¿Qué quiere decir?

Él bufó con amargura.

—Julie... nunca volverán a verla. —Se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre el pecho—. Si ha llegado tan lejos como para hacerme **a mí** preguntas sobre ella, entonces ya lo sabe. Ninguna volvió jamás.

Elliot negó con la cabeza.

—**No** lo sé. Precisamente por eso estoy aquí. Espero que pueda decirme lo que otros no quieren o no pueden. —Sostuvo la mirada de Ray con sinceridad.

Como si acabara de envejecer veinte años, Ray se acercó al sillón y se sentó, con una postura tensa y los hombros encorvados hacia delante.

—Cuando terminé la universidad, habían desaparecido algunas chicas de la zona. La gente hablaba de una maldición, de los espíritus del valle, pero yo nunca creí esas tonterías. —Se rio con tristeza y vergüenza en la voz, con los ojos clavados en el reluciente suelo de madera—. Tan solo elegí alejarme.

—¿Qué sospechaba? —preguntó Elliot, pero Ray no respondió, parecía perdido en recuerdos difíciles—. ¿De qué se alejó? —añadió tras un largo silencio.

Ray le lanzó una mirada rebosante de tristeza.

—Mi padre tuvo algo que ver... tal vez. —Juntó y soltó las manos, nervioso, inquieto—. Nunca me atreví a afrontarlo, a enfrentarlo, a desenmascararlo, temeroso de estar señalando con el dedo a un hombre que había hecho todo lo posible por criarme bien, al menos según sus criterios y creencias. —Apretó los labios formando una delgada línea—. ¿Cómo es posible que nada más que una sospecha justifique poner a la policía en contra de un buen padre, el único que te queda? —Volvió a juntar las manos—. Así que me alejé y nunca miré atrás, rezando para que mis sospechas fueran equivocadas y para estar haciendo lo correcto al mantener la boca cerrada. —Una sonrisa triste se dibujó en la comisura de sus labios—. Nunca me perdonó que me fuera. Que lo abandonara.

—¿Eso es todo? —El tono de Elliot tenía un claro matiz de incredulidad—. ¿Nunca tuvo más que una corazonada de que algo andaba mal con su familia? ¿Sin pruebas contundentes?

Ray se tapó la boca con la mano y negó con la cabeza.

—No, no tenía nada, y fui demasiado cobarde como para averiguarlo.

Elliot esperó un momento a que continuara, pero no lo hizo.

—¿Qué quiere decir?

—Mi padre es un hombre muy testarudo, al que le encanta controlar el destino de todos. —Miró a Elliot, parecía avergonzado de lo que iba a decir—. Nunca le importó que yo odiara la construcción y quisiera hacer otra cosa con mi vida. Aun así, me hizo ir a la universidad y estudiar Ingeniería Civil, bajo la funesta amenaza de separarme de todo: familia, dinero, incluso de la casa.

—¿Le habría echado de casa si hubiera elegido otra carrera?

Ray asintió, con una expresión de vergüenza aún presente en su rostro.

—Nadie desobedece a mi padre. Yo era joven y no tenía medios. Tardé cuatro años de miseria absoluta en comprender que estaría mejor sirviendo mesas en San Francisco que viviendo con mi padre y haciendo lo que él quería.

—¿Cuándo abandonó Mount Chester?

La mandíbula de Ray se tensó, como si la ira se hubiera agitado en su interior.

—Poco después de terminar la universidad, mi padre y mis hermanos empezaron a hablar de mi iniciación en el negocio familiar, una especie de ritual que nunca entendí y que nunca se molestaron en explicarme. Parecía provenir del mismo delirio compartido que le he comentado. Nunca quise participar en eso, aunque mis dos hermanos sí. —Desvió los ojos un momento, como si intentara recordar—. Verá, ese ritual no tenía sentido, porque yo ya trabajaba para la empresa familiar. Mi padre decía que era muy importante que pasara por la iniciación, pero a su vez lo iba posponiendo.

—¿Por qué?

Ray hizo un rápido gesto con la mano cerca de la sien.

—Algún tipo de locura, de eso estoy seguro. Dijo que por el tiempo. —Ray volvió a burlarse—. ¿Se lo imagina?, decía que tendría que ser durante una fuerte tormenta.

El silencio llenó el aire entre ellos, cargado de palabras no dichas. Loco o delirante, todo empezaba a cuadrar y todas las pistas apuntaban a Avery. Incluso con su sólida coartada, parecía estar en el centro de ese caso.

Ray se levantó y cruzó los brazos sobre el pecho. La entrevista había terminado, pero la tristeza y la vergüenza permanecían en sus ojos.

—Espero que encuentre a Julie ilesa y, cuando lo haga, espero que descubra que mis peores temores no eran más que una parte de los delirios masivos que rondan por Mount Chester. Si no, seré tan culpable como él por no haber hablado antes. —Miró una vez más a Elliot con una extraña fuerza en la mirada, como si hubiera tomado una decisión—. Y para eso no hay perdón.

Pero Elliot ya estaba en la puerta, ansioso por avisar a Kay. La última vez que hablaron, iba a visitar a Avery a la sede de la empresa, pero eso había sido por la mañana. Desde entonces, no tenía noticias de ella.

Una vez al volante, pisó el acelerador y se dirigió a la rampa de la autopista más cercana, con las luces intermitentes encendidas y la sirena a todo volumen.

No importaba cuántas veces volviera a marcar el número de Kay, ella no contestaba.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Victor

El móvil de Kay volvió a sonar, enterrado en su bolsillo. El alegre tono de llamada de Elliot enfureció a Avery, que se pasó las manos por el pelo, nervioso, como si estuviera a punto de arrancárselo de la cabeza.

—¡Basta ya con esta mierda! Necesito pensar.

Sin inmutarse, Kay sostuvo la ardiente mirada de Avery y sonrió.

—Nunca dejarán de buscarme.

Victor maldijo, golpeándose la mano contra el muslo en un gesto de frustración, como diciendo: «¿No te lo dije?».

Mitchell lanzó una mirada de disgusto a su sobrino y se acercó rápidamente a Kay. Tras meter la mano en el bolsillo, sacó la pieza de tecnología ofensiva y la tiró al sucio suelo de madera; luego la pisoteó con el tacón de su bota de punta de acero.

El sonido de la lluvia fue lo único que Kay oyó por un momento, más fuerte que el doloroso latido de su cabeza y el constante pitido de su oído izquierdo. Sin dejar de sonreír, siguió mirando a Avery, sin prestar atención a los otros dos hombres.

—Sabes que soy policía, ¿verdad?

Avery no contestó. Su única reacción fue volver a pasarse los dedos artríticos por el pelo y gruñir.

—Por qué no te callas de una vez. —Levantó la mano como si fuera a darle una bofetada, pero ella siguió mirándole, inflexible.

—Ella fue tu primer sacrificio, ¿verdad? —afirmó, casi susurrando—. Te rompió el corazón cuando murió, pero tenías que hacerlo, ¿no? —Las pupilas de Avery se dilataron y las lágrimas brillaron en sus ojos inyectados en sangre. Iba por buen camino—. Es lo que **ella** quiere, ¿no? —Con la boca entreabierta, la miró fijamente, mientras su mano descendía despacio, como si estuviera en trance—. Ella también me quiere a mí, ¿verdad? Si no, no estaría aquí, ¿cierto? —añadió, utilizando todo lo que había oído antes para que se centrara en ella.

—Lo entiendes —susurró, y con la misma mano ahora le acariciaba el pelo con suavidad, provocándole punzadas de dolor en el cráneo y náuseas en la boca del estómago.

—Yo sí, pero nadie más lo hará. —Enfrió el calor que había puesto en su voz y en sus ojos—. No dejarán piedra sin remover hasta que me encuentren.

—Tiene razón, papá —intervino Mitchell—. Ya la están buscando. ¿Cuánto tiempo crees...?

Avery se volvió hacia su hijo y le agarró de las solapas de la chaqueta con una fuerza inesperada.

—Pon en marcha las hormigoneras. Prepara las cargas y ponlas en fila. Vertemos en diez minutos —añadió siseando las palabras entre sus dientes apretados—. Ya es tarde.

—Pero...

—¡Ni una palabra! —bramó Avery de repente—. No hay lugar en mi vida, en mi negocio, para un cobarde. Si no tienes agallas para hacer lo que hay que hacer, prepárate para

unirte a ellas en el hormigón.

Padre e hijo se miraron durante un largo y cargado instante, y luego Mitchell bajó la mirada.

—Como quieras. Solo me preocupaba verter con este tiempo. Mira afuera, es todo lo que pido.

Avery se acercó a la ventana en silencio, con los labios apretados en una línea de desaprobación. La lluvia caía con insistencia, golpeando el techo de la oficina móvil con un tamborileo incesante y monótono. El cielo, ahora de un sólido gris plomizo, apenas era visible, oculto en la bruma de las gotas de lluvia que caían sin cesar. Movía los labios, pero Kay no oía lo que decía. Parecía murmurar para sí mismo. Luego se volvió hacia Mitchell, con la ira uniéndose a sus pobladas cejas en la raíz de la nariz.

—Ya hemos hecho esto antes, ¿no? —preguntó con tono decepcionado—. Sabes lo que tienes que hacer, así que deja de decir tonterías.

Mitchell y Victor —que había permanecido sentado en silencio en una silla junto a la ventana todo el tiempo, observándolos como si estuviera viendo un espectáculo entretenido— intercambiaron una rápida y sombría mirada.

—Ya he colocado las lonas —dijo Victor—. Estamos listos para verter. Pero el viento aún podría levantarse durante la noche y arrancar las lonas, dejar al descubierto el hormigón y arrastrarlo todo antes de que se seque.

—Eso no sucederá —anunció Avery con severidad—. Ella aceptará el sacrificio y la tormenta terminará. Siempre ocurre así. —Una sonrisa curva retorció su barba blanca—. Siéntete libre de pasar la noche vigilando si te preocupa.

Por un momento, Kay se preguntó si lo que oía era real. ¿Aceptar el sacrificio pondrá fin a la tormenta? Todas las tormentas terminaban al final. La psicosis de Avery era más profunda de lo que había calculado. Había hecho un trabajo increíble ocultándoselo a todo el mundo.

Victor puso los ojos en blanco, pero decidió dejar de hablar. Tal vez Avery no había hecho un buen trabajo al intentar lavarle el cerebro a su nieto.

Satisfecho con el silencio desafiante que probablemente interpretó como acuerdo, Avery se volvió hacia Mitchell y le dijo:

—Prepara el hormigón. Ahora.

Mitchell asintió y se levantó el cuello de la chaqueta antes de salir a la tormenta. Cuando cerró la puerta tras de sí, un trueno retumbó con fuerza y una ráfaga de viento sacudió el edificio.

Lidiar con dos era más fácil que con tres. Kay casi sonrió, pero aún no había terminado. Ni mucho menos. Lanzó otra mirada hacia Julie. La chica parecía estar durmiendo, o tal vez inconsciente, porque no se había movido ni un centímetro desde que la había visto por primera vez, pero su pecho seguía agitándose despacio; sus respiraciones eran superficiales y espaciadas. Todavía estaba viva.

Kay centró su atención en Victor, el más joven de los tres y probablemente el menos decidido a matar. La psicosis y los impulsos detrás de los asesinatos iniciales eran de Avery. Basándose en lo que ya había presenciado, su hijo y su nieto habían heredado algunos rasgos psicopáticos, pero carecían de la determinación de matar, de la sed de sangre. Tal vez, como ocurría en todos los casos documentados de asesinos en serie generacionales que había leído, habían empezado a cuestionarse los motivos, o la emoción de acabar con vidas no era tan intensa para ellos. Lo más probable es que Avery

los llevara a una vida de asesinatos, y luego se sintieran obligados por el mero hecho de conocer la sangre que tanto él como ellos mismos habían derramado.

—¿Sabes?, después de cierta edad, la vida en prisión no significa mucho. —La afirmación, dicha con voz neutra, le valió una mueca de enfado de Avery, que se apresuró a ignorar—. Aunque matar a un policía te lleva a la silla. —Se encogió de hombros, arrepintiéndose al instante del gesto dramático cuando un dolor le atravesó la parte posterior del cráneo—. Bueno, solo importaría para ti. Él probablemente moriría en el corredor de la muerte, esperando a que alguien pulsara ese interruptor.

Fingió una risita, observando la dinámica del dúo. Avery estaba cada vez más enfadado, y ella se arriesgaba a recibir un golpe silenciador en cualquier momento. Pero Victor estaba interesado en lo que Kay tenía que decir, lo supo por sus pupilas dilatadas por el miedo, sus manos inquietas, jugueteando, y su pie izquierdo golpeando con un ritmo rápido contra el suelo. Frunció el ceño y una mueca de tensión se dibujó en su boca. Estaba listo para un poco más.

—Oh, pero déjame que te cuente lo que les pasa a los asesinos de policías en la cárcel —añadió con una sonrisa malvada que no tuvo que fingir, su voz estaba rebosante de excitada diversión—. Podrías creer que serías el héroe de la población general, pero, de hecho, pasarías tus días en el corredor de la muerte, aislado, al merced de (lo has adivinado) otros policías. —Se rio en voz baja, haciendo una mueca por el latido pulsante que sintió en la cabeza—. No tienes ni idea de lo que esos tíos pueden hacer con una porra. Uf.

Victor saltó de su silla y se acercó a ella furioso, pero Avery lo detuvo con una mano firme contra su pecho.

—Las quiere impolutas —murmuró Avery—. Contrólate.

Victor gruñó, con los ojos clavados en los de Kay, cargados de rabia homicida.

—Te haré pagar por esto, tú...

Dos breves bocinazos les alertaron de la llegada de la hormigonera, que pasó junto a la oficina móvil y desapareció por la izquierda, probablemente deteniéndose junto a los cimientos, donde estaba a punto de verterse el hormigón nuevo. Transformados, tanto Avery como Victor parecían haberse olvidado por completo de ella y se centraban en el trabajo que tenían entre manos.

—¿Cómo quieres hacerlo? —preguntó Victor con naturalidad.

—Yo llevaré a la chica, tú trae a esta —dijo Avery, haciendo un gesto en dirección a Kay. Sus ojos brillaban con el fulgor de la locura, como si sus visiones estuvieran presentes en carne y hueso, atormentándole allí mismo, bajo la mirada de Kay. Parecía transfigurado, poseído, tocado por algo más allá de su comprensión.

Demostrando una resistencia inusual para su edad, Avery levantó en brazos el cuerpo inerte de Julie y se dirigió hacia la puerta. Victor la abrió, luchando por mantenerla en su sitio mientras una fuerte ráfaga de viento amenazaba con arrancarla de sus goznes. El aire, frío y cargado de gotas de lluvia heladas, se arremolinó en el espacio, y luego se apagó cuando Victor cerró la puerta.

Y entonces solo quedó uno.

—Hasta ahora, no has infringido ninguna ley —dijo Kay sin perder tiempo.

Victor le lanzó una mirada dubitativa, luego se agachó a sus pies y cortó las ataduras de los cables que rodeaban sus tobillos.

—Cierra la boca, perra.

—No te dejes caer en la silla eléctrica, porque ese es el castigo por matar a una federal, y la Madre Tierra no te defenderá ante un tribunal —añadió de un tirón, viendo lo rápido que se le acababa el tiempo—. Mi compañero me estaba llamando, y sabe a dónde fui esta mañana. Ya está sobre ti y toda tu familia. Hoy en día saben cómo rastrear teléfonos.

—Levántate —gruñó, agarrándola por el hombro y obligándola a levantarse. Le sentaba bien estar de pie, pero no lo bastante como para luchar contra aquel hombre. Era joven y fuerte, con el tipo de fuerza en la parte superior del cuerpo que se desarrolla cuando se bombea hierro en el gimnasio o se trabaja en la construcción.

—¿No quieres salir de esto? —preguntó, con un deje de sorpresa en la voz. ¿Se había equivocado con él? Tal vez sí había un impulso de matar detrás de esos ojos grises y fríos, tan exigente que aniquilaba su instinto de supervivencia. Quizá había estado ahí todo el tiempo y ella lo había pasado por alto de alguna manera.

La empujó hacia la puerta. Unos pasos más y estaría fuera, en la tormenta, donde Avery y Mitchell esperaban para enterrarlas a Julie y a ella bajo una capa de hormigón.

—Estoy segura de que tienes algo de dinero escondido en alguna parte con el que podrías comprarte una vida bastante decente en algún lugar al sur de la frontera —añadió, empezando a oponer resistencia a medida que se acercaban a la puerta—. Piensa en margaritas y chicas menores de edad, en lugar de en policías y sus porras. —La duda estaba profundamente sembrada en su mente—. ¿Cómo terminaste mezclado en esta locura?

Victor gruñó, todavía empujándola, pero no tan convencido.

—La maldita iniciación —murmuró, como si las palabras salieran de sus labios contra su voluntad—. Pensé que sería alguna fiesta para darme la bienvenida a los asuntos de la empresa de manera oficial. Cuando me di cuenta de lo que estaban haciendo, ya había presenciado un crimen: primero un secuestro y luego un asesinato. Podría haberlos entregado, pero...

—La empresa se habría acabado —se apresuró a decir Kay, ansiosa por terminar la conversación antes de que Avery pudiera regresar.

—¡Que se joda la empresa! —bramó—. ¡Son mi familia! Mi padre, mi abuelo, mi tío. —Tragó con fuerza, la tensión hacía bailar sus músculos bajo la piel de sus mandíbulas—. Y, una vez que presencié el primer sacrificio, me convertí en cómplice. Pero yo nunca he matado a nadie. Nunca.

Ella no vio ni un atisbo de decepción en su rostro.

—Entonces, ¿por qué no huiste?

—¿De verdad crees que me habrían dejado marchar? —le preguntó, aunque sus manos agarraban con fuerza sus brazos.

—Tendrías que dejarme marchar a mí primero —bromeó—, y hacerlo rápido. Mi compañero y el resto de la caballería están a minutos de distancia, en el mejor de los casos.

Él, vacilante, le soltó los brazos. Kay dio un paso hacia un lado, poniendo distancia entre ellos. Su mano buscó instintivamente la funda donde guardaba su arma. Estaba vacía.

Victor se rio.

—No pensarás que te dejaríamos el arma, ¿no? —Un pensamiento le borró la sonrisa de la cara y la sustituyó por preocupación y rabia—. Ibas a dispararme, ¿verdad?

Demasiado para confiar en una policía.

—No, cumplo mi palabra. Ha sido un acto reflejo. —No parecía convencido—. ¿Sabes la cantidad de gilipolleces que tiene que pasar un policía para justificar la pérdida de un arma reglamentaria? Mucho papeleo. Es mejor evitarlo.

Volvió la sonrisa socarrona.

—Lo siento, no puedo. Avery te la arrebató en cuanto Mitchell te arrastró aquí. —Puso la mano en el pomo de la puerta y con la otra buscó su brazo, pero el agarre era más suave, tentativo—. ¿Por qué me dejarías ir?

Kay se encogió de hombros y enseguida hizo una mueca de dolor.

—Un favor se paga con otro. —Ella le guiñó un ojo—. Y nunca has matado a nadie, que yo sepa. No te pasará nada. Haré que Avery y Mitchell paguen por mi cabeza golpeada y mi ego magullado.

—No, nunca he matado a nadie —respondió con calma. Había un destello de algo imposible de distinguir en sus ojos. Y no me importará si Avery es quien paga las consecuencias. Estoy más que cansado de que me dé órdenes. —Sus labios se estiraron en una sonrisa de satisfacción—. Su dinero será bien gastado, lo prometo. —Abrió la puerta y una corriente de viento les salpicó la cara con la lluvia.

—Entonces, dirígete a tu camioneta y no pares hasta llegar a la frontera —dijo—. Solo puedo darte unas horas.

Al salir, su pie resbaló en el barro y ella se agitó, buscando instintivamente el equilibrio, agarrando la chaqueta de Victor. La cremallera cedió y dejó al descubierto la sudadera que llevaba puesta. Tenía frente a ella los ojos estrechos de una serpiente, la boca abierta de una víbora con dientes afilados y una lengua verde y rasgada.

«El monstruo».

Se había equivocado.

Cuando ella lo miró, él sintió enseguida que algo no iba bien. Levantó la mano para golpearla, pero ella se apresuró a esquivar el golpe y le devolvió un impacto directo en un lado del cuello. El dolor, que le atravesaba el cráneo sin piedad, hizo que volviera a ver las estrellas, pero no se detuvo. Se deslizó detrás de él y le rodeó la garganta con los brazos, luego dejó colgar todo su peso en un intento poco convincente de asfixiarlo.

Él no tardó en soltarse y la arrojó al suelo, donde aterrizó con fuerza, sin aliento en los pulmones. Kay le dio una patada en la ingle, pero no lo bastante fuerte. Murmurando una maldición, Victor se sentó a horcajadas sobre ella y le rodeó el cuello con las manos, estrangulándola. Ella se retorció y tiró de sus manos, pero él era demasiado fuerte. Resistiendo el impulso de luchar contra la constricción de sus vías respiratorias y sabiendo que le quedaban pocos segundos de vida, buscó en el barro algo con lo que golpearle.

La roca no era grande, pero tenía bordes afilados. Estaba cubierta de barro resbaladizo y le costó agarrarla bien, pero al final lo consiguió. El golpe en la sien de Victor fue duro, sus manos soltaron su garganta lo suficiente para que una bocanada de aire vital entrara en sus pulmones. Él gimió y sus dedos empezaron a apretar de nuevo. Ella asestó un segundo golpe, y sintió el sabor salado y metálico de la sangre en los labios mientras el cuerpo de él caía, pesado e inmóvil, sobre el de ella.

Jadeante, salió de debajo de su cuerpo y se levantó temblorosa sobre unas piernas débiles. Después miró a su alrededor para ver a dónde se había llevado Avery el cuerpo de Julie. Desde donde ella estaba, solo se veía una parte de los cimientos. Dobló la

esquina de la oficina móvil y se detuvo, atónita, cuando vio la imagen completa.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Lugar

Agazapada tras una pila de sacos de cemento cubiertos con una lona sujeta con maderas de dos por cuatro, Kay observó horrorizada cómo Avery se paseaba alrededor del delgado cuerpo de Julie, con los brazos en alto, cantando y gritando palabras ininteligibles cubiertas por la furia de la tormenta. Bajo la lona de plástico azul, elevada sobre los postes, la había colocado sobre la rejilla de armadura en una sección de los cimientos encofrada y preparada para el vertido, peligrosamente cerca de la corona de un nuevo desprendimiento. La ladera de la colina había descendido, dejando al descubierto el escarpe en bruto. Las vengativas gotas de lluvia la devoraban, lavando la tierra poco a poco y arrastrándola cuesta abajo en arroyos fangosos.

Las barras de acero de refuerzo, de unos treinta centímetros de grosor, tocadas por el marrón anaranjado del óxido, estaban listas para reforzar el hormigón que pronto se vertería, como un esqueleto oculto bajo la superficie gris del vertido. Solo que ahora servían de apoyo para el débil cuerpo de la muchacha, sin dejar que tocara el suelo, manteniéndola elevado cinco centímetros por encima de la superficie fangosa. Su vestido blanco ondeaba al viento, ya empapado y manchado de barro, un sudario en ciernes.

Julie no se movía. Desde donde estaba, Kay ya no podía saber si respiraba. Con las frías y furiosas ráfagas de lluvia debería haberse despertado, debería haber girado la cabeza para protegerse los ojos y la nariz de la lluvia que caía. Debería haber dado una señal — cualquier señal — de que seguía viva.

Kay miró a Avery pensando en un plan para derribar a ambos hombres con las manos desnudas y descubrió el bulto de su pistola en el cinturón del anciano. Siempre llevaba su arma reglamentaria en modo uno, con una bala en la recámara, lista para ser disparada. No podía acercarse a él, no con su hijo cerca.

Mitchell estaba al volante de un camión hormigonera, maniobrando cerca para verter el contenido. Dio marcha atrás poco a poco, con las ruedas traseras a escasos centímetros del borde de la corona del desprendimiento, donde ya empezaban a aparecer fisuras bajo el enorme peso de la hormigonera cargada. Se detuvo cuando el conducto de descarga estuvo lo bastante cerca del encofrado y cesó el pitido rítmico que había acompañado el movimiento del camión.

Entonces la mezcla de hormigón empezó a bajar por el canal, aterrizando cerca de las piernas de Julie. El tremendo rugido de un trueno pareció sacudir el terreno, y Kay se agachó más cerca del suelo. Aterrorizada, vio cómo el hormigón bajaba a toda velocidad, precipitándose por el conducto más rápido de lo que esperaba. En cuestión de segundos, llegó a los pies de Julie y empezó a engullirlos.

La chica movió ligeramente la pierna, nada más que un tic, alejándose del frío hormigón. Aún estaba viva, pero al parecer tan débil o quizá tan drogada que no podía defenderse.

Frenética, Kay centró su atención en Mitchell. Había apagado el motor del camión, pero el tambor seguía girando y el hormigón seguía cayendo por el canal de descarga.

Pronto llegaría a la cabeza de Julie, asfixiándola.

Mitchell saltó del camión y se unió a Avery bajo la lona, y pareció entablar una acalorada conversación. En algún momento, ambos miraron hacia ella, seguramente preguntándose dónde estaba Victor y por qué tardaba tanto en traer a Kay. Luego continuaron su conversación, con la voz alzada, probablemente para oírse por encima de la furia de la tormenta.

Esa era su oportunidad.

Corriendo a toda velocidad entre las pilas de materiales que podía utilizar para cubrirse, Kay corrió hacia la puerta del conductor de la hormigonera. La abrió despacio y subió con cuidado de no ser vista por los dos hombres. Buscó el contacto, pero las llaves no estaban allí. A pocos metros, Mitchell jugaba con ellas despreocupadamente, lanzándolas al aire y luego atrapándolas, una y otra vez.

Desesperada, empezó a pulsar botones en el gran salpicadero, pero nada parecía detener el flujo de hormigón. Incluso si lo conseguía, enseguida estarían sobre ella y volverían a empezar. Se obligó a respirar despacio y a serenarse hasta el punto en que pudiera encontrar soluciones reales a su problema actual.

Una sonrisa ladeada estiró sus labios. Con cuidado, soltó con lentitud el freno de mano, sabiendo que el vehículo empezaría a deslizarse de forma inmediata cuesta abajo. Con un poco de suerte, podría acabar al pie del desprendimiento, hecho pedazos.

La hormigonera se puso en marcha antes de lo que ella esperaba, antes de que tuviera la oportunidad de bajarse. Avery y Mitchell profirieron gritos alarmados, y el más joven corrió hacia el vehículo. Kay apenas tuvo tiempo de deslizarse hasta el lado del copiloto, arrastrándose por los asientos con la cabeza agachada, y salió por la puerta, esperando que una bala atravesara de inmediato su dolorido cráneo, proveniente de su propia pistola sostenida por la mano de Avery.

Pero él no había reparado en ella, y tampoco Mitchell, que luchaba desesperado por detener la carrera de la hormigonera sobre la hierba húmeda mezclada con barro. Acelerando el motor, hizo que las ruedas giraran en su sitio y patinaran sobre la hierba húmeda, desprendiendo trozos de ella y descubriendo tramos de barro resbaladizo debajo. Con el motor rugiendo, el camión siguió deslizándose hacia atrás, casi hasta el borde del desprendimiento.

Bien. Mitchell iba a estar ocupado durante un rato.

Aprovechando la oportunidad, se abalanzó y atacó a Avery por la espalda, alcanzando la pistola al mismo tiempo. Consiguió quitársela del cinturón, pero se le resbaló de las manos mojadas y llenas de barro. El anciano de ochenta y tres años era más fuerte de lo que ella hubiera esperado. Con las pupilas dilatadas y psicóticas de un maníaco y su larga cabellera empapada de blanco azotada por el viento racheado, bramó y la atacó de frente, asestándole golpe tras golpe con los puños. Uno le dio en la mandíbula y ella gritó, el rápido giro de su cabeza al ser golpeada reavivó el intenso dolor en la parte posterior de su cráneo. Sintió el sabor metálico de su propia sangre en la boca mientras estallaban ante sus ojos ráfagas de estrellas verdes. Forzando unas cuantas bocanadas de aire frío en los pulmones, consiguió mantenerse en pie. Esquivó el siguiente golpe de Avery y se tiró al suelo de lado, propinándole una fuerte patada en el tobillo con ambos pies al aterrizar. Este se dejó caer al suelo como un tronco y permaneció inmóvil, con los ojos muy abiertos, que parecían llenos de lágrimas bajo la incesante lluvia.

Kay se levantó gimiendo, mareada y temblorosa, con el dolor palpitándole en el cráneo,

y corrió al lado de Julie. Arrodillada entre dos barras de acero, le buscó el pulso. Estaba ahí, pausado y débil. La chica se desvanecía, incapaz de resistir la frialdad del hormigón, su corazón corría el riesgo de pararse por la conmoción.

Kay deslizó las manos bajo las axilas de Julie e intentó levantarla, pero no pudo. La parte inferior del cuerpo de la chica ya estaba sumergida en hormigón, el denso material se aferraba a los numerosos pliegues de su largo vestido blanco, y Kay no era capaz de moverla ni un centímetro.

Echó una mirada de reojo hacia la hormigonera y lo vio dando marcha atrás hacia la ladera de la colina, siguiendo el borde del desprendimiento. Probablemente Mitchell había renunciado a acercarse y estaba a punto de dar media vuelta y volver a subir por la carretera principal. En cuestión de segundos, pasaría por delante del cuerpo de Victor, tendido en el barro frente a la oficina móvil. Tenía menos de un minuto, en el mejor de los casos.

Apoyándose en las barras, tiró con fuerza del cuerpo de Julie, pero fue en vano. Cuando el camión hormigonera se acercó rápidamente por el otro lado y giró, levantó la cabeza de la niña y deslizó las piernas por debajo para apoyarse.

Entonces, el hormigón comenzó a verterse de nuevo, en dirección hacia la cabeza de Julie. Con una mirada de acerada determinación en los ojos, Mitchell se acercaba a ella con una palanca.

Mientras volvía a ponerse en pie, pensó en Elliot y lo llamó por su nombre. Si tan solo la encontrara. Pronto.

Se agachó con rapidez para evitar la palanca blandida por Mitchell y miró su pistola, a varios metros de distancia. Estaba fuera de su alcance. Sus manos, cubiertas de hormigón goteante, no servían de mucho para cualquier cosa que quisiera agarrar para defenderse. Mirando a Mitchell a los ojos para ver dónde y cuándo iba a atacar de nuevo, se raspó un poco de hormigón de las manos y lo convirtió en una pequeña bola de piedra blanda. Luego, sin previo aviso, se la lanzó a los ojos, cegándole durante unos preciosos segundos.

Desesperado por limpiarse, dejó caer la palanca, gritando y maldiciendo.

—Te mataré, perra, aunque sea lo último que haga. —Con dedos temblorosos, se limpió el material pegajoso de los ojos, parpadeando rápidamente y balanceándose como un ciego que hubiera perdido el equilibrio. En un segundo, volvería a ver lo suficiente para matarla.

Kay volvió a mirar su pistola, pero le parecía demasiado lejos para el tiempo que le quedaba, mientras que la palanca abandonada estaba allí mismo, a sus pies. La agarró con ambas manos y luego dijo:

—Mitchell Montgomery, tienes derecho a permanecer en silencio...

Él gritó mientras saltaba extendiendo las manos, preparándose para agarrarla por el cuello y estrangularla. Con un rápido movimiento que le costó toda la vida que aún le corría por las venas, Kay blandió la palanca hacia arriba y hacia los lados, apuntando a la cabeza de Mitchell.

El sonido de su cráneo al romperse fue lo bastante fuerte como para cubrir brevemente el trueno que sonó en la distancia, y luego fue seguido por el ruido sordo de su cuerpo cayendo al suelo fangoso. La sangre empezó a colorear el agua de lluvia que brotaba bajo la lona.

Agitada por el esfuerzo, cayó de rodillas junto a Mitchell y le tomó el pulso. Se había

ido. Luego miró a Julie.

—Oh, no, por favor, Dios, no —gritó. El hormigón había llegado a su cara y la había engullido casi por completo, solo una parte de sus labios y sus fosas nasales quedaban aún por encima de la masa gris.

Kay miró la hormigonera, recordando cuánto tiempo le había llevado subir al interior y quitar el freno de mano para hacerlo deslizarse hacia atrás, y decidió que no había tiempo suficiente para eso. En lugar de eso, se arrastró al lado de Julie y elevó su cabeza sobre sus piernas, como había hecho antes.

Sujetando la cabeza de la chica en su regazo, empezó a limpiarle suavemente el hormigón de la cara. No podía detener el flujo de hormigón, pero sí alcanzar un borde de la lona de plástico. La agarró con dedos helados y tiró de ella con todas sus fuerzas, una y otra vez, hasta que cedió. Una ola de agua de lluvia acumulada las bañó, y Kay jadeó, helada hasta los huesos, con los dientes rechinando sin control. Pero la lluvia arrastró parte del hormigón, diluyendo la mezcla y enviándola ladera abajo, donde tiñó el marrón de la tierra expuesta con tonos de gris cemento.

De alguna manera, ver eso hizo que todo valiera la pena.

Entre las ráfagas de viento y el aleteo de las lonas de plástico desgarradas sobre su cabeza, Kay casi no percibió el bramido rabioso de Avery. Giró la cabeza para mirar, con el dolor subiéndole por la nuca, y vio al anciano, que se acercaba con el pelo al viento y la boca abierta, soltando maldiciones y gritando palabras sin sentido.

Se dio cuenta de que no tenía fuerzas para volver a luchar. Desesperada, miró hacia la autopista, esperando ver acercarse el vehículo de Elliot, pero no había nada. Solo lluvia. Siempre le había gustado la lluvia... hasta ahora.

—¡La Madre Tierra me ha hablado! —gritó ella, esperando que su estrategia manipuladora funcionara.

Avery dejó de gritar y escuchó, transfigurado.

—¿Puedes oírla? —preguntó él, cogiendo el medallón que llevaba en una cadena alrededor del cuello y sosteniéndolo en la palma de la mano, para luego llevárselo a los labios.

—Dice que estás perdonado y que ya puedes descansar. Tus hijos continuarán tu trabajo.

En cuanto lo dijo, se dio cuenta de su error. No le quedaban hijos... Dan había sido asesinado la semana anterior, Mitchell yacía ensangrentado a los pies de Avery, y Raymond le había dado la espalda hacía décadas.

Enfurecido, gritó tan fuerte que Kay creyó oír el eco de su voz contra la ladera, a pesar de la lluvia. Un rayo cayó cerca, el destello de luz la cegó y el trueno que siguió sacudió el suelo.

—¿La has oído? —gritó—. ¡Exige su sacrificio elegido!

Cargó contra ella, pero Kay no se movió, aún sosteniendo la cabeza de Julie en su regazo. En el momento justo, ella levantó el pie y dio una patada hacia delante, golpeando a Avery en la rodilla cuando este saltaba por encima de las barras de refuerzo para golpearla. Dio un grito y cayó al suelo, donde su cráneo chocó contra el borde del encofrado de hormigón con un sonoro crujido.

Al caer, su medallón se abrió y unos granos de tierra se esparcieron por su pecho, rápidamente convertidos en barro por la lluvia que caía.

La respiración de Kay se agitó. Con la adrenalina abandonando su cuerpo, las gotas de

agua que caían se sentían como dagas de hielo atravesando su piel. Protegiendo la cara de Julie y acercándola mientras la lluvia caía sobre el cemento, reunió fuerzas para moverse. Luego, se obligó a moverse hacia un lado y tocó el cadáver de Avery, buscando en sus bolsillos con la esperanza de encontrar un móvil que funcionara.

A lo lejos, una sirena de policía creció lo suficiente como para cubrir el sonido de la lluvia, justo cuando un rayo de sol brillaba a través de una grieta distante en las nubes.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Caída del telón

Kay estaba sentada en el parachoques trasero de una ambulancia, con el uniforme de repuesto del sanitario y una manta ceñida a los hombros. El lugar estaba repleto de gente, que parecía ir en todas direcciones sin ton ni son, cuando en realidad todo el mundo hacía exactamente lo que se suponía que tenía que hacer. No les prestó mucha atención, ni a su jefe, que ladraba órdenes a unos metros, manteniéndose a una distancia prudencial del borde del desprendimiento. Ni al alcalde, que se había puesto una mano en la cabeza al salir de su vehículo una hora antes, y parecía que no la había bajado desde entonces, al parecer luchando contra la madre de todos los dolores de cabeza. Parecía estar en un estado total de consternación, contemplando un completo desastre en un año electoral. Era comprensible; después de todo, había estado a punto de cortar la cinta de un flamante edificio y de ser de los primeros en caminar a escasos centímetros de los cadáveres de dos mujeres en lo que se suponía que iba a ser el mayor centro sanitario de la región. Su nombre quedaría asociado para siempre a la colina Ash Brook.

No, solo le importaba el policía que estaba de pie a unos metros de ella, con un sombrero vaquero negro de ala ancha que aún conservaba algunas gotas de lluvia que lanzaban chispas como diamantes a los penetrantes rayos del sol poniente. Lanzaba dagas con los ojos a cualquiera que quisiera acercarse a ella, y parecía dispuesto a retorcerle el pescuezo al sanitario que la había hecho gemir cuando le curó la herida del cuero cabelludo.

—Tendrá que venir con nosotros al hospital, detective —dijo el sanitario, un hombre corpulento llamado Deshawn, nombre que llevaba bordado una etiqueta y que ella llevaba también en el pecho de una camiseta azul de algodón prestada. Él había tenido la amabilidad de prestarle su uniforme de repuesto, y ella agradeció estar caliente y seca para variar, aunque la tela almidonada olierá más a desinfectante que a suavizante.

—No quiero, D —respondió ella, mirándolo con ojos suplicantes—. Necesito algo de tiempo lejos de todo ahora mismo.

—Tiene que hacerlo, D —respondió, riéndose de su propia broma y mostrando dos filas de dientes increíblemente blancos—. Puede que tenga una conmoción cerebral.

Puso los ojos en blanco, pero incluso ese pequeño movimiento de sus globos oculares desencadenó un agudo ataque de dolor.

—No, no tengo que ir. Mi visión es clara, no tengo sueño, no siento mareos, náuseas ni me he desmayado. Estoy bien.

—Pero...

—Prefiero lavarme este maldito cemento del pelo, antes de que se convierta en piedra y tenga que raparme la cabeza.

El sanitario apretó los labios en una línea y cruzó los gruesos brazos sobre el pecho, la expresión de desaprobación de su rostro no necesitaba otras palabras. Ella sonrió con toda la dulzura que pudo y le dio unas palmaditas en el codo.

—Gracias, D, se lo agradezco.

Se levantó con cuidado, haciendo un inventario reflexivo de todos sus dolores y molestias. Eran demasiados para contarlos, pero un par de días de descanso arreglarían la mayoría.

Había dejado de llover y los tímidos rayos del sol le calentaban la cara. Cerró los ojos un momento y se dio cuenta de que los pájaros cantaban, un sonido que hacía tiempo que no oía.

—Nunca adivinarás dónde encontraron la camioneta de Dan —dijo Elliot.

Sonriendo, ella abrió los ojos y lo miró. Había un destello en su mirada cuando sus ojos se encontraron, un calor que ella percibió durante el más fugaz de los momentos antes de que él la apartara. Le calentó el corazón y sembró su mente de muchos «tal vez».

—¿Dónde?

—La empresa estaba terminando un edificio gubernamental, la nueva instalación de clasificación para el servicio postal al otro lado de la montaña. Cheryl debía saberlo, porque aparcó la camioneta de Dan detrás de ese edificio. Nadie lo habría denunciado.

—¿Cómo la encontrasteis?

—No lo hicimos **nosotros**. —Soltó una carcajada rápida y humilde que le rozó los ojos—. El hombre que vive calle arriba tiene insomnio y a veces da paseos nocturnos. La vio aparcada allí varias noches seguidas y llamó hace una hora.

—Hay que reconocérselo a Cheryl, es una idea inteligente —replicó Kay.

Elliot dio una palmada, como para mostrar su entusiasmo.

—Eso es exactamente lo que dijo el doctor Whitmore cuando me estaba mostrando dónde encontraron el arma homicida. —Ella asintió, animándolo a continuar—. Debajo del fregadero, a la vista de todos, en un recipiente que parecía estar ahí para recoger las fugas del desagüe.

La sonrisa de Kay se ensanchó. Después de los horrores por los que había pasado, solo ver la luz del sol y la sonrisa de Elliot le daban alas.

—Pero sigo haciéndome preguntas sobre Cheryl, por lo pasó, sola, sin nadie en quien confiar. Viviendo aquí, donde su marido fue asesinado, posiblemente por un abuelo del que sospechaba, pero contra el que no podía hacer nada, y acostándose con el tío de Calvin en un intento desesperado por llegar a la verdad. No puedo evitar imaginarme cómo se pudo sentir. Se me eriza la piel. —Hizo una pausa, pensando que probablemente nunca averiguarían qué ocurrió en realidad aquella noche en que Dan acudió a su llamada, y cómo acabó muerto, con un disparo en la espalda. Ahora sabía que Avery lo había enviado a buscar a Julie; había oído las conversaciones entre el anciano y Mitchell, su hijo mayor; esa parte estaba clara. Pero ¿por qué Cheryl se quedó en la ciudad, después de haber matado a Dan? ¿Por qué darle a Víctor la oportunidad de ir a buscarla? ¿Había asumido, al igual que los detectives, que solo había un asesino que se llevaba a las chicas y que ella había acabado con él? ¿Y por qué no llamar a la policía?

Una bala en la espalda habría requerido muchas explicaciones, y el riesgo era considerable. Cheryl y Dan eran amantes. El argumento de la defensa propia invocando lo que en aquel momento no parecía más que un extraño cuento seguramente habría llevado a Cheryl a la cárcel y habría perdido la custodia de sus hijas.

A favor de los Montgomery.

Ah... Por eso no había pedido ayuda. Pero ¿por qué quedarse?

Tal vez habría una manera de averiguarlo cuando Julie se sintiera mejor.

—¿Alguna novedad sobre Julie? —preguntó a Elliot, pero Deshawn asomó la cabeza

desde la ambulancia.

—Está en cuidados intensivos. Estaba desnutrida y gravemente deshidratada, pero estiman que se recuperará por completo.

—¡Impresionante! —En un impulso, se acercó al sanitario y lo abrazó. Su corazón se hinchó al imaginar el reencuentro entre Julie y sus hermanas—. Gracias, superdoctor.

—Me ha parecido oír tu voz fuerte y chillona —dijo el sheriff Logan, acercándose rápido, sin prestar mucha atención a los charcos de barro que pisaba con sus botas militares—. ¿Tienes el alta médica?

—Sí —respondió ella con decisión.

Al mismo tiempo, Deshawn dijo «No» con la misma decisión.

Logan levantó los brazos y luego los dejó caer.

—Genial. Me alegro de que estéis de acuerdo en algo. —Se acercó dos pasos a Kay—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella suspiró.

—Sí. —Sus pensamientos volvían una y otra vez a Julie y sus hermanas—. ¿Qué va a pasar con las chicas?

—Bueno, el fiscal dice que el único miembro de la familia al que no acusaremos es Lynn Montgomery. Parece que se ha apartado completamente de todo este lío. ¿La conoces?

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Kay al oír su nombre.

—Sí, me gusta.

—Supongo que estás de acuerdo con que se lleve a las niñas.

—Sí. —Si su relación con Jacob continuaba, Kay podría tener a las niñas cerca de ella. La idea de seguir en contacto con ellas, de ayudarlas en su recuperación, no dejaba que esa sonrisa se borrara de sus labios.

—Todavía no sabemos dónde está Victor...

—Espera, ¿qué? —dijo, sintiendo un escalofrío recorrer su espina dorsal.

—Victor Montgomery, él es...

—Yo misma golpeé a ese enfermo hijo de puta y lo dejé tirado en el barro allí mismo, junto a la puerta de la oficina —volvió a interrumpir a Logan—. ¿Quieres decir que ha escapado?

Logan ya había sacado su radio del cinturón.

—Sí. ¿Algún sitio donde debemos buscar?

—Sí —gimió, comprobando su reloj. Tenía un buen margen de tres horas—. Se dirige al sur, a México.

—¿Te dijo eso? —La radio de Logan se acercó a sus labios unos centímetros más y luego se detuvo en el aire.

—Más o menos, se lo sugerí yo. —Sonrió con timidez.

Logan negó con la cabeza.

—No voy a preguntar. —Luego pulsó el botón de la radio—. Quiero controles de carretera y una orden de búsqueda y captura actualizada sobre Victor Montgomery. Se dirige al sur.

—Llevaba una sudadera de los Vipers —le dijo Kay a Elliot—. Tenías razón. Pero seguimos sin saber por qué la tiene, aunque eso ya no importa. Fue a la universidad aquí, en California.

—Bueno, resulta que, cuando haces la pregunta equivocada, no obtienes buenas respuestas durante un tiempo —bromeó Elliot—. Pero las he conseguido. —Sus mejillas

se colorearon un poco—. Me han dicho que los Vipers no son un equipo universitario, sino de instituto, y él estuvo allí en su último año. Acabo de recibir el mensaje de texto hace una hora.

Se rio bajo los cálidos rayos del sol.

—Lo habríamos atrapado de todos modos.

—Y lo hemos atrapado —dijo Logan, radiante, con sus mejillas regordetas levantadas por una sonrisa tan alta que sus gafas descansaban sobre ellas—. Lo han detenido por exceso de velocidad al norte de San Francisco, hace poco más de una hora, con la sudadera de la serpiente y todo, sangrando por la sien. Supongo que es obra tuya.

Kay levantó la mano.

—Culpable de los cargos. La verdad es que me sorprende que haya podido huir. —Se miró las manos, sus finos dedos, apretando y aflojando los puños. Se sentía débil, sin fuerzas—. Puede que necesite ir al gimnasio, fortalecerme. No puedo permitir que los delincuentes se me escapen así.

Logan se rio entre dientes.

—Está bien, detective. Pero, por ahora, estamos hasta arriba de trabajo, muchas gracias. Tenemos cientos de edificios que inspeccionar con radar de penetración en el suelo y rayos X móviles, y aún estamos intentando averiguar qué ocurrirá si encontramos cuerpos enterrados en los cimientos de edificios en uso. ¿Los demolemos para llegar a los cuerpos? —se burló. Pero todo el buen humor desapareció de su rostro y fue sustituido por una mirada de amargura frustrada en sus ojos—. Por suerte, eso lo decidirá el fiscal en lo que podría acabar siendo una batalla legal de quién sabe cuántos años.

—Puedo ayudar un poco —dijo Kay, mirando el lugar una vez más en la penumbra. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando miró la zona donde se había vertido el hormigón sobre el cuerpo de Julie. Había un espacio entre ese lugar y el borde del hueco para el hormigón, y de repente se dio cuenta de por qué. Allí era donde se suponía que debía estar su cuerpo... Avery le había guardado un sitio junto a la corona del derrumbe. Ahogada, se aclaró la garganta en voz baja—. Nunca enterraban a las niñas en los cimientos a menos que hiciera mal tiempo. Puedo correlacionar las fechas de los informes de personas desaparecidas con los edificios que estaban levantando en ese momento, específicamente los que sufrieron el impacto de las tormentas, y podemos partir de ahí. Con solo cuarenta y tres edificios, no cientos.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Logan, rascándose las raíces del pelo cortado al rape.

—Sí —respondió sin vacilar—. A Avery le gustaba construir en lo alto de las colinas, como Ash Brook, y creía que las tormentas eran la ira de la Madre Tierra, que exigía sacrificios humanos. —Recordó su conversación con el meteorólogo—. Las colinas estériles como esta son propensas a los desprendimientos cuando llueve mucho, pero él pensó que era sobrenatural.

Elliot silbó.

—El hombre no tenía todos los cables bien conectados.

Kay bajó la cabeza un momento.

—En mi perfil original, lo tenía por un asesino en serie con una misión, aunque eso no encajaba en realidad, porque la victimología estaba fuera de lugar. Había algo erróneo. —Miró a Logan disculpándose—. Era lo que los criminólogos llaman un asesino en serie

visionario: mentalmente demente, oía voces que le guiaban sobre qué vidas tomar y cómo. Al mismo tiempo, al igual que un asesino con una misión, fue capaz de funcionar en sociedad, establecer relaciones, tener un gran éxito y convencer a sus hijos para que siguieran su camino. Demostró ser muy organizado y un perfeccionista de cabeza fría cuando se trataba de sus secuestros y asesinatos. Eso es lo que me desconcertó. Por eso no lo atraparon durante tanto tiempo.

—¿Sus hijos también estaban locos? —preguntó Logan.

Ella apretó los labios un momento.

—Tendría que decir que no, al menos no en la medida en que lo estaba Avery. Incluso a él, después de hablar con él y verlo interactuar con los demás, dudé en ponerle la etiqueta de locura clínica, porque estaba muy bien organizado. Tendré que estudiarlo más a fondo, y me encantaría invitar a mi antiguo mentor de Quantico para que le eche un vistazo a este caso. —Se detuvo un momento—. Tendré la oportunidad de entrevistar a Victor, y me servirá para comprender mejor sus motivaciones y cómo han evolucionado a lo largo de tres generaciones. Logan asintió mientras Elliot la miraba con intensidad—. No creo que Mitchell y Victor tuvieran el mismo impulso de matar. No, creo que fueron obligados y coaccionados para seguir los pasos de Avery. —Repasando a todos los miembros de la familia en su mente, recordó al que sobresalía como un pulgar dolorido—. ¿Y Marleen?

—El fiscal la acusará, aunque dijo que todo lo que tenemos contra ella es circunstancial en el mejor de los casos. Cree que deberíamos indagar más en su paradero.

—Y yo creo que era una pieza clave en el juego de coartadas que se llevaban entre manos.

—¿Qué juego? —preguntó Logan, con las manos apoyadas en las caderas.

—Por lo que los oí decir, cada vez que se llevaban a una chica, lo planeaban cuidadosamente, de modo que la mayoría de los miembros de la familia tuvieran coartadas sólidas como una roca, y los demás fueran avalados por uno de los miembros de la familia exculpados. —Sonrió con impaciencia, recordando la arrogancia engañosa de Marleen—. No sería la primera vez que volvemos a un delincuente contra otro, ¿eh? Se romperá como una ramita.

—Ja —reaccionó Logan—. Apuesto a que lo hará, detective. —Miró la escena plagada de policías y técnicos de criminalística, y ella siguió su mirada. Se habían instalado y encendido varias luces led. La cima de la colina Ash Brook brillaba como el escenario de un teatro morboso, pero ella estaba ansiosa por marcharse. Ya sabía cómo acababa la historia, con años de investigaciones continuadas y montañas de informes por escribir. Con un cierre para todas aquellas familias que habían pasado décadas preguntándose, esperando, afligidas, incapaces de sanar. Con la muerte sin ceremonias del mito de la hija primogénita.

Como si leyera su mente, Logan dijo:

—Hazte una revisión, Kay. Es una orden. —Luego se marchó.

Lo vio alejarse, con la mirada fija en la escena, saboreando el momento. Se había acabado.

—¿Qué tal si cenamos? —preguntó Elliot—. Apuesto a que agradecerías una hamburguesa doble con queso ahora mismo. Yo lo haría.

A Kay se le iluminó la cara.

—Ya lo creo. Patatas fritas también, y una cerveza. —Se le hizo la boca agua.

Elliot le ofreció el brazo y ella lo cogió, contenta por el apoyo. Sus piernas parecían un poco débiles, un efecto secundario de toda la adrenalina que había llenado sus músculos de energía, preparándolos para la batalla. Se sintió mareada, pero apretó con más fuerza el brazo de Elliot y siguió su ritmo entusiasta, ansiosa por salir de allí.

—Pero, primero, me encantaría una ducha.

—Entendido —respondió, con una cálida risa tiñendo su voz—. Aunque seas la cita peor vestida y más embarrada que he tenido con diferencia, sigo pensando que estás estupenda.

—¿Una cita? —preguntó, dándose cuenta de lo mucho que le gustaba la idea.

—Quería decir una cita de trabajo, ¿verdad?

—Claro —respondió ella, arrastrando un poco la vocal y bajando la voz entre risas.

Ella luchaba por mantener el ritmo; se sentía como si colgara de su brazo, arrastrada, apoyándose cada vez más en él. ¿Dónde demonios estaba el todoterreno de Elliot?

Fue entonces cuando todo se oscureció.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Cancelado por lluvia

Cuando Kay despertó, Julie estaba de pie junto a su cama, mirándola con ojos temerosos. Llevaba una bata de hospital holgada con un pequeño estampado floral que le colgaba extrañamente de los delgados hombros. Se agarraba a un soporte de suero con ruedas que había traído de la cama contigua a la de Kay. Una vía intravenosa iba de la bolsa a la aguja pegada al dorso de su mano. Kay leyó las letras negras de la bolsa intravenosa transparente: cinco por ciento de glucosa.

Se apoyó en las mullidas almohadas y sonrió, pero el miedo en los ojos de la chica no desapareció. Estaba pálida, su piel casi translúcida. Sus pupilas dilatadas no se movieron, fijas en Kay con una pregunta tácita.

Y Kay tenía sus propias preguntas. No recordaba cómo había llegado allí, qué hospital era ni qué día de la semana. A través de las persianas parcialmente abiertas de la ventana, podía ver un cielo azul lleno de sol, ni rastro de la tormenta que había pasado.

—¿Qué tal, Julie? ¿Necesitas algo? —preguntó, tendiéndole la mano a la adolescente.

La chica se apartó, aparentemente asustada de tocarla.

—¿Estás aquí para vigilarme? —preguntó.

Kay se llevó la mano a la parte posterior del cráneo, donde sintió algo inusual. Le habían vendado la herida y probablemente cosido el cuero cabelludo. Le dolía menos de lo que recordaba, quizá porque ahora estaba cerrada, pero seguía palpitando.

—No —respondió ella, sonriendo y poniendo humor en su voz—. ¿Crees que estaría así solo para vigilarte? —Se señaló la nuca sin dejar de sonreír.

Sus pupilas seguían dilatadas, pero se desviaron hacia el pasillo.

—Entonces, ¿me vigila él?

A través de la puerta de cristal cerrada, Kay vio a Elliot durmiendo en un sofá, con el sombrero cubriéndole la cara. Su placa estaba a la vista, colgando de su cinturón.

—No —respondió Kay—. Estoy bastante segura de que está aquí por mí, no por ti. —No pudo evitar soltar una ligera risita—. ¿Qué estás pensando?

Una lágrima rodó por el rostro de la chica.

—¿Vas a detenerme?

Kay se apoyó un poco más en la almohada y palmeó con la mano el espacio que había a su lado, invitando a Julie a sentarse. Vacilante y nerviosa como si la proximidad de Kay fuera peligrosa, se sentó de mala gana en el borde de la cama.

—¿Por qué debería detenerte, cariño?

Julie bajó los ojos y los cerró, dejando escapar más lágrimas de sus pestañas.

—Sabes por qué —susurró—, eres policía, ¿verdad?

—Sí, soy detective, pero no se me ocurre ninguna razón para detenerte.

La chica lloriqueó y miró a su alrededor, presa del pánico.

—Estaba estrangulando a mamá. Disparé...

Al instante, los dedos de Kay tocaron los labios de la chica y la silenciaron. Las piezas del rompecabezas iban encajando, dejando pocas preguntas sin respuesta. Por eso Cheryl se había esforzado tanto en ocultar el tiroteo en defensa propia de Dan

Montgomery. Por eso nunca llamó a la policía.

Estaba protegiendo a su hija.

Con las cejas levantadas y las pupilas dilatadas, Julie miró fijamente a Kay, un tono más pálida que antes. Sus miradas se cruzaron durante un largo instante mientras Kay pensaba en lo que iba a hacer.

Julie nunca sería acusada por el asesinato de Dan, teniendo en cuenta la abundancia de pruebas descubiertas sobre los numerosos asesinatos perpetrados por los Montgomery. Si no, su nombre quedaría asociado para siempre a aquel tiroteo, y cualquiera que hiciera una búsqueda en internet la conocería como la chica que disparó a un hombre, aunque fuera en defensa propia. En una época en la que ya nadie tenía derecho a ser olvidado o perdonado, en la que todo lo que se publicaba en internet se quedaba ahí para siempre, destruyendo vidas y arruinando futuros, Kay estaba mejor guardando ese secreto. De lo contrario, Julie nunca sería admitida en una universidad decente ni conseguiría un buen trabajo. Su vida sería desperdiciada, destruida para siempre por el mismo hombre que había matado a su madre y la había torturado. No se ganaba nada si salía a la luz este pequeño trozo de verdad; absolutamente nada. Era lo que había que hacer.

Kay acarició el largo cabello de Julie con dedos suaves.

—Déjame decirte lo que la policía sabe sobre lo que pasó, ¿de acuerdo? —La chica asintió y tragó con dificultad—. Sabemos que tu madre disparó y mató a Dan Montgomery para protegerte. Luego lo cargó ella sola en la camioneta y lo abandonó junto a la interestatal. Sabemos con certeza, por el testimonio de Heather, que estabas arriba con tus hermanas cuando ocurrió. La investigación de la muerte de Dan Montgomery está oficialmente cerrada. —Sonrió animada, notando cómo los hombros de Julie se relajaban un poco—. Así que, como ves, no hay razón alguna para que te detenga. ¿Está claro?

Julie asintió de nuevo, bajando la mirada y ocultando una lágrima rebelde.

—Gracias —susurró.

Kay abrió los brazos y la chica se acomodó a su lado, con la cabeza apoyada en el hombro de Kay.

—Ahora, ¿puedes decirme qué día es hoy?

—Domingo, creo —gimoteó, sin levantar la cabeza.

—¿Qué? —dijo Kay con voz jocosa—. ¿He estado fuera de servicio dos días? No me extraña que tenga hambre.

Julie se rio entre lágrimas silenciosas.

—Una cosa que me gustaría saber, si no es demasiado doloroso para ti decírmelo. —Hizo una pausa, esperando una respuesta, pero no hubo ninguna, solo una respiración larga y dolorida—. ¿Por qué no os fuisteis todas después de la muerte de Dan? ¿Por qué esperar?

Los hombros de Julie se hincharon y rompió a sollozar. Levantó la cara del brazo de Kay, pero evitó su mirada.

—Fue culpa mía. Mamá murió por mi culpa.

—Cuéntame cómo sucedió. —Ella no creía que eso fuera cierto, pero aún quedaban algunas preguntas sin respuesta—. Paso a paso. ¿Qué sucedió después de que tu madre se fuera en la camioneta de Dan?

La chica lloriqueó y moqueó. Cuando hablaba, su voz temblaba, quebradiza.

—Esperamos y esperamos. No volvió hasta el domingo por la tarde. Tenía miedo de que alguien la pillara, pero ella... —Se le cortó la voz mientras lloriqueaba y se limpiaba la nariz con el dorso de la mano. Kay cogió la caja de pañuelos de la mesita auxiliar y la colocó despreocupadamente sobre la cama, al alcance de Julie. La chica cogió uno y lo arrugó, luego se limpió la nariz y se aferró a él como si temiera soltarlo. Respiró hondo, temblorosa, antes de continuar—. Bordeó la ciudad atravesando el bosque, para que nadie la viera.

Tenía sentido. Desde el nuevo edificio de correos, donde habían encontrado la camioneta de Dan, hasta Angel Creek, había unos veinticinco kilómetros en línea recta, quizá treinta o más por carretera. Se le encogió el corazón cuando imaginó a Cheryl atravesando el bosque sola en aquella tormenta, a pie y en plena noche, para que nadie pudiera situarla cerca de donde se encontraran el cuerpo o el vehículo de Dan. Que se sepa, había pasado la noche del sábado y la mañana del domingo con sus hijas, en la casa.

—Ya veo. ¿Y por qué no os fuisteis el domingo, cuando regresó? —preguntó Kay, sabiendo que Cheryl podría estar demasiado cansada para mantenerse en pie en ese momento. Conducir cientos de kilómetros bajo una tormenta no debió ser una opción viable.

Julie seguía con la mirada baja, pero sus gemidos se habían calmado un poco. Miró brevemente a Kay, avergonzada.

—No teníamos dinero. Mamá no quiso usar sus tarjetas cuando nos fuésemos y los bancos estaban cerrados. No quería pedírselo a nadie.

—¿Y el lunes? —Victor había ido a su casa el lunes por la noche, cuando ya habían hecho las maletas, pero seguían allí.

Un sollozo desgarrador abandonó el pecho de Julie.

—Por mi culpa... y por eso murió, porque fui una estúpida. —Kay le acarició suavemente el pelo y esperó—. Yo, eh, salí, tenía una cita y, eh, no volví hasta que era muy tarde, y el tiempo era malo. —Se detuvo un momento, gimoteando—. Era la última vez que iba a ver a Brent. Quería despedirme. Pero a él... no le importó demasiado. Fui una idiota.

—Cariño —dijo Kay, abrazando a Julie—. No es culpa tuya que tu madre muriera. —De algún modo, sus palabras avivaron las lágrimas de la niña, pero le dio tiempo para llorar, la abrazó y le recordó que no estaba sola—. Ahora estás a salvo y todo irá bien. —Seguía susurrando palabras tranquilizadoras mientras su mente divagaba, pensando en la tragedia que había golpeado a su familia.

Calvin pudo haber muerto en un accidente, o tal vez quiso liberarse de la tradición homicida de su familia y fue ejecutado por ello. Avery podría haber considerado que sabía demasiado y que era un lastre. Esa parte probablemente nunca la sabrían con certeza, aunque Víctor seguía vivo y, si lo sabía, ella se lo sacaría. Pero las sospechas de Cheryl sobre Avery apoyaban esa teoría. Debió ser algo que Calvin le dijo antes de morir lo que alimentó su implacable búsqueda de justicia.

La puerta se abrió con un silbido sordo y Lynn entró sonriendo con timidez, con Heather y Erin de la mano. Detrás de ella iba Jacob, con una amplia y orgullosa sonrisa, como si las niñas ya fueran suyas y le hubieran nombrado padre del año.

Apretó la mano de Julie y le dijo:

—Mira quién está aquí, cariño. —Luego observó el reencuentro, luchando por ocultar

sus propias lágrimas.

Jacob se acercó tímidamente a la cama, como si se dispusiera a salir corriendo si ella estornudaba, y le dio un beso en la frente.

—¿Cuándo vuelves a casa? —preguntó, yendo directo al grano, como siempre—. Habrás oído que las cosas se han complicado un poco para Lynn y para mí.

Kay se rio.

—Bah. Estaréis bien. Todos vosotros.

Julie se había arrodillado en el suelo para acercar su rostro al de sus hermanas y las abrazaba con fuerza, compartiendo sus lágrimas y susurrándoles.

—Sabía que estabas bien —le dijo Heather a Julie, señalando con la mano a Kay—. Es amable. Yo también he dormido con ella. —Kay se mordió el labio para contener las lágrimas. Era la primera vez que Heather pronunciaba una frase entera desde el día en que murió su madre.

La mirada de Kay se desvió hacia el pasillo buscando a Elliot. Estaba de pie en el umbral de la puerta, con el sombrero en la mano, su pelo rubio despeinado, una visión poco común, sus ojos azules chispeando de risa al oír las palabras de Heather, y algo más también, algo que ella no podía nombrar, pero en lo que le habría encantado perderse.

Se acercó a su cama, vacilante, mientras ella subía un poco más las mantas para ocultar su horrible bata de hospital.

—Supongo que no iremos a nuestra...

—¿Cita a cenar? —preguntó feliz, sonriendo. Lo vio desviar la mirada un momento y luego encontrarse con la suya.

—Sí. —Miró rápidamente a Jacob, luego a Lynn y a las niñas, apiñadas y hablando todas al mismo tiempo—. Podemos dejarlo para otro día si quieres. Partido cancelado por lluvia.

La sonrisa de Kay desapareció, dejando sus labios apretados en una expresión de fingida desaprobación.

—Podremos dejarlo para otros muchos días, detective. Y aceptaré una cancelación por la calamidad que quieras. Por terremotos o incluso por nieve. Pero nunca jamás quiero volver a oír la palabra lluvia.

Sus ojos, preocupados durante unos instantes, se iluminaron. Inclinandose sobre la cama, dijo:

—Para que lo sepas, sigues siendo la cita peor vestida que he tenido.

UNA CARTA DE LESLIE

Muchísimas gracias por leer ***Las chicas de Angel Creek***. Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades, solo tienes que suscribirte en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida, y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/leslie-wolfe

Cuando escribo un nuevo libro, pienso en ti, el lector, en lo que te gustaría leer a continuación, en cómo te gustaría pasar tu tiempo libre y en lo que más aprecias de estar en compañía de los personajes que creo y experimentar indirectamente los retos que les planteo. Por eso me encantaría saber tu opinión. ¿Te ha gustado ***Las chicas de Angel Creek***? ¿Te gustaría que la detective Kay Sharp y a su compañero, Elliot Young, regresaran con otra historia? Tus comentarios son muy valiosos para mí, y te agradezco que me cuentes lo que piensas. Ponte en contacto conmigo directamente a través de uno de los canales que encontrarás a continuación. El correo electrónico funciona mejor: LW@WolfeNovels.com. Nunca compartiré tu correo electrónico con nadie, y te prometo que recibirás mi respuesta.

Si te ha gustado mi libro, y si no es mucho pedir, tómate un momento y deja una reseña. Puedes recomendar ***Las chicas de Angel Creek*** a otros lectores. Las reseñas y las recomendaciones personales ayudan a los lectores a descubrir nuevos títulos o autores por primera vez. Gracias por tu apoyo, y espero seguir entreteniéndote con mi próxima historia. ¡Hasta pronto!

Gracias,
Leslie

¡Ponte en contacto conmigo!

LW@WolfeNovels.com
www.WolfeNovels.com
wolfenovels

Sigue a Leslie en Amazon: <http://bit.ly/WolfeAuthor>

Sigue a Leslie en BookBub: <http://bit.ly/wolfebb>

Visita la tienda de Leslie en Amazon: <http://bit.ly/WolfeAll>

SOBRE LA AUTORA

El mito eterno de la esposa emparedada

La primera vez que oí esta leyenda popular, *The Walled-Up Wife* (La esposa emparedada), estaba de viaje por Europa con mis padres y tenía unos diez años. Se me quedó grabada; oscura, convincente y apasionante, como debe ser una buena historia, aunque le faltaba un final feliz. Había algo profundamente perturbador en ella, en la idea de que los albañiles encerraran a sus cónyuges para aplacar a los espíritus oscuros y malignos que arruinarían su trabajo durante las horas nocturnas.

¿Quién haría eso? ¿Quién sacrificaría a un ser querido por su trabajo? En sentido figurado, casi todos los profesionales de éxito lo hacen hoy en día; una triste marca de nuestros tiempos modernos. En cuanto a la literalidad, entonces no sabía la respuesta. Aún no la sé con certeza, pero tengo algunas teorías.

Pero, primero, hablemos sobre el mito en sí. Según el profesor Alan Dundes, de la Universidad de California, en Berkeley, trasciende los siglos: la versión más antigua documentada se remonta a hace más de mil años. Se dice que se originó en la India, se extendió por Europa a través de los Balcanes y llegó hasta Alemania e Inglaterra. Hay muchos casos documentados de víctimas encerradas tras los muros de antiguas iglesias inglesas.

Independientemente del toque local, la leyenda popular cuenta la misma historia, con pequeñas variaciones. Los lugares pueden ser pozos, puentes, iglesias o ciudades enteras. Independientemente del escenario, la leyenda muestra a un grupo de albañiles encargados de construir una edificación, cuya obra es demolida de la noche a la mañana por fuerzas sobrenaturales. Dichas fuerzas exigen un sacrificio, normalmente la mujer del jefe de albañiles, aunque en algunas versiones los espíritus piden que la mujer sacrificada sea la primera en llegar al lugar, y esa resulta ser la mujer del jefe de albañiles, un ejemplo simbólico de lo que debe ser una buena esposa: la primera en llevar alimento y alegría a su marido en el trabajo.

Esta versión de la leyenda popular es la que más me ha gustado, porque apoya la teoría de que este mito es, de hecho, una metáfora que ilustra con imágenes poderosas los muchos sacrificios que hace una mujer después de casarse. Renuncia a su libertad, a su autonomía, a su vida, por el éxito personal y profesional de su marido, y acaba siendo la fuerza invisible que sostiene el edificio que él construye. Citando el libro del profesor Dundes, *The Walled-Up Wife: A Casebook*, «Al contraer matrimonio, la mujer queda «figurativamente inmersa». Mantenido tras los muros para proteger su virtud, es tratada como una ciudadana de segunda clase». En el mismo libro, otro erudito, Paul G. Brewster, escribió sobre las mujeres que eran asesinadas en rituales como una forma de sacrificio fundacional.

Con respecto a ello, el hallazgo más sorprendente de nuestros tiempos modernos es la validación forense de los mitos. En varios de estos lugares, donde el folclore local hablaba de mujeres emparedadas vivas, los edificios demolidos han revelado cadáveres que apoyaban la letra de las viejas leyendas, añadiendo un peso inesperado a los relatos. Se descubrió que varias iglesias inglesas escondían esqueletos de sacrificios milenarios.

Según Paul G. Brewster, la puerta del puente de Bremen (Alemania) reveló el cadáver de un niño; el castillo de Niederburg, en Manderscheid (Alemania), reveló el cadáver de una joven cuando, en 1844, se rompió el muro en el punto indicado por la leyenda.

Yo misma tengo un par de teorías, en marcado contraste con la corriente dominante, bastante romántica, que hablan de sacrificio y metáfora.

¿Y si los asesinos en serie existieran hace mucho más tiempo del que estamos acostumbrados a creer? En Estados Unidos, H. H. Holmes fue el primer asesino en serie documentado; murió en 1896, tras acabar con más de cien vidas. Pero antes de él, a lo largo de la historia, ha habido varios asesinos en serie notables, remontándose hasta el año 331 de la era cristiana, cuando una asociación de ciento setenta matronas de la antigua Roma, conocida como el Anillo del Veneno, fue declarada culpable de matar a más de noventa hombres. Asimilemos por un momento: el primer asesino en serie documentado en la historia fue una mujer; mejor aún, ¡un grupo de ellas!

Así, desde el noble Gilles de Rais, que mató a más de ciento cuarenta niños en la Francia del siglo XV, hasta Elizabeth Báthory, condesa a la que se le atribuyen la tortura y el asesinato de cientos de sirvientas en Hungría a finales del siglo XVI y principios del XVII, la historia no anda escasa de asesinos en serie. Entonces, ¿y si en los tiempos en que no había muchas opciones de ocultar sus inclinaciones en comunidades pequeñas y unidas, y se carecía de los medios modernos de transporte y eliminación de cadáveres, los asesinos en serie podían engañar a las masas contando historias sobre sacrificios solicitados por fuerzas sobrenaturales, y así matar a la vista de todos? No es tan descabellado, ¿verdad? No cuando ahora sabemos tanto sobre la Edad Media y las diversas formas de tendencia sanguinaria que hemos aprendido a asociar con nombres como el escritor francés Marqués de Sade o el inquisidor español Tomás de Torquemada.

He aquí otra teoría. ¿Y si lo que derribaba los míticos edificios por la noche no era una fuerza sobrenatural, sino... la gravedad? Las barras de refuerzo se inventaron en el siglo XIX y se empezaron a utilizar como soportes estructurales a principios del siglo XX. ¿Sabías que el hueso tiene una elasticidad comparable a la del hormigón, pero es diez veces más resistente a la compresión? En cuanto al acero (el componente de las barras de refuerzo), el hueso tiene una resistencia a la compresión similar, pero es tres veces más ligero. La combinación de ambos —hueso humano y hormigón— mantiene la resistencia a la compresión del hormigón, pero confiere al material reforzado con hueso más elasticidad, más resistencia a la tracción. Entonces, pregunto: ¿es demasiado descabellado imaginar que en los viejos tiempos, cuando aún no se habían inventado las barras de refuerzo y la ingeniería de la construcción estaba era bastante pobre, algunos edificios mal diseñados se vinieran abajo y solo los huesos de una doncella los estabilizaran? Al igual que Avery, que no se atrevía a dejar de construir en lo alto de las colinas, arriesgándose a un derrumbe tras otro, aquellos albañiles debían saber que sus cimientos necesitaban refuerzos. Algunos de ellos, por suerte solo algunos, decidieron que su trabajo merecía el sacrificio de vidas humanas, revelando su verdadera naturaleza de asesinos en serie, mientras que otros probablemente encontraron líneas de trabajo diferentes y menos desafiantes.



Cinco minutos a solas

Cleave, Paul
9788742812778
566 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Carl Schroder y Theodore Tate, a quienes los medios de comunicación llaman los Policías del Coma, por fin están recuperando sus vidas. Tate ha vuelto al cuerpo de policía y está agradecido de que su mujer, Bridget, haya regresado a casa.

Sin embargo, para Schroder, las cosas no son ni buenas ni malas; hace seis meses recibió un disparo en la cabeza que lo ha arrojado a un desierto emocional casi tan mortífero como la bala.

Cuando un violador convicto es encontrado sin vida tras ser arrollado por un tren, Tate tiene que determinar si se trata de un caso de asesinato o de un suicidio. A la noche siguiente, otros dos violadores desaparecen y la investigación se intensifica. Pero es difícil investigar cuando parece que todos los miembros del cuerpo de policía apoyan al asesino.

Hay una súplica común que los detectives reciben de los seres queridos de las víctimas: «Cuando encuentres al hombre que hizo esto, dame cinco minutos a solas con él». Y eso es exactamente lo que está sucediendo: alguien se está tomando la justicia por su mano ayudando a estas víctimas a tener sus cinco minutos. Pero, cuando comienzan a morir personas inocentes, Tate y Schroder se enfrentan a objetivos distintos, y pronto no solo luchan contra un asesino desconocido, sino también entre sí.

«Paul Cleave es lectura obligatoria para mí». —*Lee Child*

«Intensamente cautivador, deliciosamente retorcido y con un toque de humor oscuro como el infierno».—*Mark Billingham*
«Impresionante narración que te hace pensar y sentir».—*The Listener (Nueva Zelanda)*.

«[Un] thriller diabólicamente retorcido... La brillante escritura de Cleave se combina con una velocidad y un desarrollo de personajes sobresalientes». —*Publishers Weekly* (reseña destacada).

«Breaking Bad reimaginado por los hermanos Coen».—*Kirkus Reviews* (reseña destacada).

«Una historia poderosa... Un thriller apasionante de principio a fin». —*Booklist* (reseña destacada).

«Me cuesta encontrar palabras para describir lo perfecta que creo que es esta novela... Si eres fanático de los thrillers rápidos y descarnados y nunca antes has leído a Paul Cleave, pide prestado/compra todo lo que ha escrito. ¡No te arrepentirás!». —*The Sweet Escape.com*

«¡Cinco minutos a solas es lo mejor de lo mejor! Un thriller criminal realmente cautivador, intenso, emocionante y trepidante. Brillantemente escrito y pronosticado como "thriller criminal del año"». —*reseña en Goodreads*

«Cleave ofrece una novela profunda y bien escrita, involucrando al lector de principio a fin. Un thriller oscuro con personajes profundos y complejos». —*reseña en Goodreads*

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La viuda silenciosa

Blædel, Sara
9788742812976
400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Tras una larga excedencia, Louise Rick vuelve al trabajo como jefa de la recién creada Unidad Móvil de Investigación. La Policía de Fionia les ha pedido ayuda tras el asesinato de una posadera en Tåsinge, y es allí donde Louise conoce a su nuevo equipo por primera vez.

La policía no tiene muchas pistas sobre el asesinato, pero cuando Louise inicia un registro minucioso del primer piso de la posada, donde residía la víctima, encuentran algo que no encaja con el caso.

A Louise no le entusiasma, pero tiene que ponerse en contacto con Eik Nordstrøm, del Departamento de Búsqueda y Rescate. La última vez que se vieron fue en una playa de Tailandia cuando terminó su relación. Pero ella necesita su ayuda.

Louise le pide consejo a su amiga Camilla Lind, quien no parece especialmente interesada en el caso. Pero la muerte de un joven seis meses antes en Tåsinge despierta la curiosidad de Camilla y, gracias a su enfoque periodístico de la historia, llega a sus manos información relacionada con el caso de Louise que tanto ella como la policía desconocen.

Louise y Camilla se implican a fondo en el caso, y cuando acaban en una situación complicada y vulnerable, se dan cuenta de lo bueno que es hacer las cosas en equipo...

« Una trama muy bien construida... un buen entretenimiento » .
Fyens Stiftstidende

« Un thriller absolutamente fantástico ».
Krimiormen

« Lo mejor de Sara Blædel en años » .

Bogfidusen

« Una de las tramas más sólidas de la serie de Louise Rick » .
Sidses Bogleol

« Un libro maravillosamente escrito » .
Cats, books and coffee

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Grito del silencio

Marsons, Angela

9788742812167

300 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Ni siquiera los secretos más tenebrosos pueden permanecer enterrados para siempre

Cinco figuras se reúnen alrededor de una sepultura poco profunda. Se han turnado para excavar. La fosa de un adulto les habría tomado más tiempo. Una vida inocente ha caído en sus manos, pero han hecho un pacto. Sus secretos quedarán enterrados, sellados con sangre... Años más tarde, la directora de un colegio aparecerá brutalmente estrangulada, y ella será solo la primera de una serie de horribles asesinatos que conmoverán Black Country.

Después, cuando se descubren restos humanos en una antigua casa de asistencia, con ellos se desentierran, también, secretos inquietantes. La detective Kim Stone pronto se dará cuenta de que está a la caza de un individuo tortuoso cuya ola de homicidios se ha extendido por decenios. Se acumularán más muertes y Kim se verá forzada a detener al homicida antes de que vuelva a atacar. Pero, para atraparlo, ¿podrá confrontar los demonios de su propio pasado antes de que sea demasiado tarde?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Morir dos veces

Gerritsen, Tess
9788742812792
392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Él la dio por muerta. Pero ella sigue aquí. Cuando la detective de homicidios de Boston Jane Rizzoli y la médica forense Maura Isles llegan a la escena de un crimen brutal, se encuentran con una matanza digna de la bestia más feroz; incluso hay marcas de garras en el cadáver. Allí, el renombrado cazador y taxidermista Leon Gott ha sido grotescamente exhibido como si fuera uno de los magníficos animales cuyas cabezas adornan las paredes de su propia casa. ¿Acaso Gott ha despertado a un depredador más peligroso que cualquier que haya cazado? Maura teme que ese no sea el primer homicidio del asesino y que tampoco sea el último. Después de vincular el crimen con una serie de homicidios sin resolver en áreas salvajes de todo el país, se pregunta si las respuestas podrían encontrarse en un remoto rincón de África. Seis años antes, un grupo de turistas en un safari cayó presa de un asesino que estaba entre ellos. Aislados en lo profundo de la sabana de Botsuana, sin medios de comunicación y con solo un guía armado con un rifle para protegerlos, los turistas aterrorizados rogaban desesperadamente que llegara el rescate antes de que sus peores instintos —o los animales que acechaban en las sombras— los hicieran pedazos. Pero el depredador más letal ya estaba entre ellos, y solo una víctima escapó sus garras sangrientas. Ahora este asesino bestial ha elegido Boston como su nuevo territorio de caza y Rizzoli y Isles deben encontrar una manera de hacerlo salir de las sombras y acorralarlo. Incluso si eso significa ofrecerle el cebo al que ningún cazador puede resistirse: la única víctima que escapó.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Una verdad mortal

Marsons, Angela

9788742812570

460 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿Cuán lejos estás dispuesto a ir para proteger tus secretos más siniestros?

«Suicidio», dicen todos cuando encuentran a la adolescente Sadie Winters muerta a un lado del edificio. Este parece haber sido el devastador acto final de una niña cargada de problemas. Pero, cuando en la misma escuela aparece el cuerpo maltrecho de otro chico, se hace evidente, para la detective Kim Stone, que estas muertes no han sido accidentes trágicos.

Mientras Kim y su equipo comienzan a desentrañar la siniestra red de secretos, una de las profesoras parece tener la clave de la verdad; pero, cuando está a punto de romper el silencio, muere en circunstancias sospechosas.

Con más vidas de niños en peligro, la detective tiene que arrostrar lo impensable: la posibilidad de que un alumno pudiera ser el culpable de los asesinatos. Sus intentos por profundizar en la psicología de los niños asesinos la ponen en contacto con su antigua adversaria, la doctora Alex Thorne, una peligrosa sociópata que tiene por vocación destruir a Kim.

Desesperada por atrapar al asesino, la detective descubre un vínculo entre los homicidios recientes y las novatadas de hace algunos decenios. Pero la salvación de esas vidas inocentes tiene un costo... Y, en el equipo de Kim, alguien tendrá que pagar el precio más alto.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)